

En este libro Dorothy Harrer nos entrega narraciones de mitos, leyendas, biografías y algunos sucesos históricos que recopiló para la enseñanza de la historia en la clase quinta (niños de doce años) de la Escuela Waldorf. Con esta publicación esperamos aportar bibliografía, en español, de apoyo para la enseñanza y comprensión de la historia.

Basado en las enseñanzas que entregó Rudolf Steiner (1861-1925) en varios ciclos de conferencias antroposóficas y pedagógicas, se aborda aquí el relato histórico como desarrollo y evolución de la conciencia a través del tiempo, entendiendo, entonces, que la historia no transcurre solamente en el plano físico, sino que los eventos exteriores son la manifestación de los impulsos espirituales concebidos en el alma humana.

De los siete períodos culturales enunciados por R. Steiner, se recorren en esta obra algunos aspectos de los cuatro primeros: Cultura Proto Hindú, Cultura Proto Persa, Cultura Egipto Caldea babilónica y la Cultura Greco Latina. Esperamos que esta introducción se convierta en motivación para una mayor profundización de cada una de ellas en las fuentes originales que se mencionan.



ISBN 978-956-8799-08-3



9 789568 799083 >



VIDA EN LA ANTIGÜEDAD

DOROTHY HARRER

VIDA EN LA ANTIGÜEDAD

DOROTHY HARRER



VIDA EN LA ANTIGÜEDAD

DOROTHY HARRER



ÍNDICE

LA ANTIGUA INDIA	9
Versos	9
El canto de la creación del Rig Veda	11
La Creación y el Diluvio	13
Las Leyes de Manu	18
La Historia de Rama	21
Gautama Buda 563 AC-483 AC	27
LA ANTIGUA PERSIA	37
Versos	37
Las Fuerzas de Luz y las Fuerzas de Oscuridad	38
Zarathustra	41
Algunas de las Enseñanzas de Zarathustra	43
Oración para la mañana y la noche	45
MESOPOTAMIA	47
Versos	47
Gilgamesh	49
Mesopotamia	58
La Estrella de Navidad	62
Senaquerib y los Asirios	65
Esarhaddon, Rey de Asiria 681-668 AC	70
ANTIGUO EGIPTO	75
Versos	75
El Viento y la Luz	78
Osiris	79
La Biografía del Río Nilo	82
Keops	87
Los Egipcios	93
La Vida y la Muerte	98

CHAPTERS FROM ANCIENT HISTORY – ROMAN LIVES

Dorothy Harrer

© Mercury Press – New York

VIDA EN LA ANTIGÜEDAD

© 2009 Editorial Idunn Ltda.

2da edición: marzo de 2011

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual: 182.466

ISBN: 978-956-8799-08-3

Traducción: Pilar Salinas C.

Traducción versos: Isabel Lara B.

Editado y publicado por Editorial Idunn Ltda.

Las Urbinas 81, oficina 3B, Providencia

Santiago de Chile

(56-2) 233 4137

info@editorialidunn.cl

www.editorialidunn.cl

Diagramación de portada e interiores: Salgó Ltda.

Impresión: Dimacofi

Derechos reservados. Prohibida su reproducción.

ANTIGUA Y TEMPRANA GRECIA	101
Versos	101
Orfeo	103
Los Dioses Griegos y el Principio de Todas las Cosas	108
El Rey Minos de Creta	111
Teseo	114
Los Héroes Egeos	118
Henry Schliemann	126
Los Doce Trabajos de Hércules	128
El Oráculo de Delfos	133
La Mano de Grecia	135
Licurgo de Esparta (siglo IX AC)	137
La Temprana Atenas	143
Solón de Atenas (639-559 AC)	145
El Tirano Pisístrato (605-527 AC)	148
La Educación en Atenas	151
Temístocles (525-460 AC)	154
Los Juegos Olímpicos	168
Sacerdotes de la Belleza	173
Pericles (499-429 AC)	174
Sófocles (496-406 AC)	177
Fidias (500-432 AC)	179
Sócrates (469-399 AC)	181
Después de Pericles	183
Demóstenes (384-322 AC)	185
Filipo de Macedonia (359-336 AC)	186
Alejandro Magno (356-323 AC)	188
VIDA DE LOS ROMANOS	199
Versos	199
Eneas	201
Los siete reyes de Roma	209
Rómulo	210
Numa Pompilio	213
Tulio Hostilio	217
Anco Marcio	220
Lucio Tarquinio Prisco	222

Servio Tulio	224
Lucio Tarquinio el Soberbio	225
Héroes de la República	228
Todos los caminos conducen a Roma	236
Proverbios Latinos	239
Roma gobierna Italia	241
Roma y Cartago	242
Marco Porcio Caro 234-149 AC	250
El Circo Romano	254
Los Graco	257
Mario y Sila	260
El Primer Triunvirato	268
Julio César 100-44 AC	270
César Augusto 63 AC-14 DC	280
Tiberio César 42 AC - 37 DC	286
La situación del mundo cuando nació Jesús	291
La Predicción del Mesías	293
Historias de la Vida de Cristo	294
Tiempos de Cambios	305
Cayo César Augusto Germánico Calígula	307
Claudio I 41-54 DC	310
Nerón, el Divino	311
San Pedro y San Pablo	314
Los Sucesores de Nerón	321
Marco Aurelio	323
Los Soldados Emperadores	325
Constantino el Grande	327
La Caída de Roma	329
Nuevos Líderes	332
Julián el Apóstata	333
Los Bárbaros	336
Teodosio	340
Índice de imágenes	345

LA ANTIGUA INDIA

LOS VEDAS COMPLETOS, SON LA FUENTE PRIMIGENIA DE LA LEY SAGRADA.

TODAS LAS LEYES DECRETADAS POR MANU, PARA LAS DISTINTAS PERSONAS, HAN SIDO ENUNCIADAS EN LOS VEDAS.

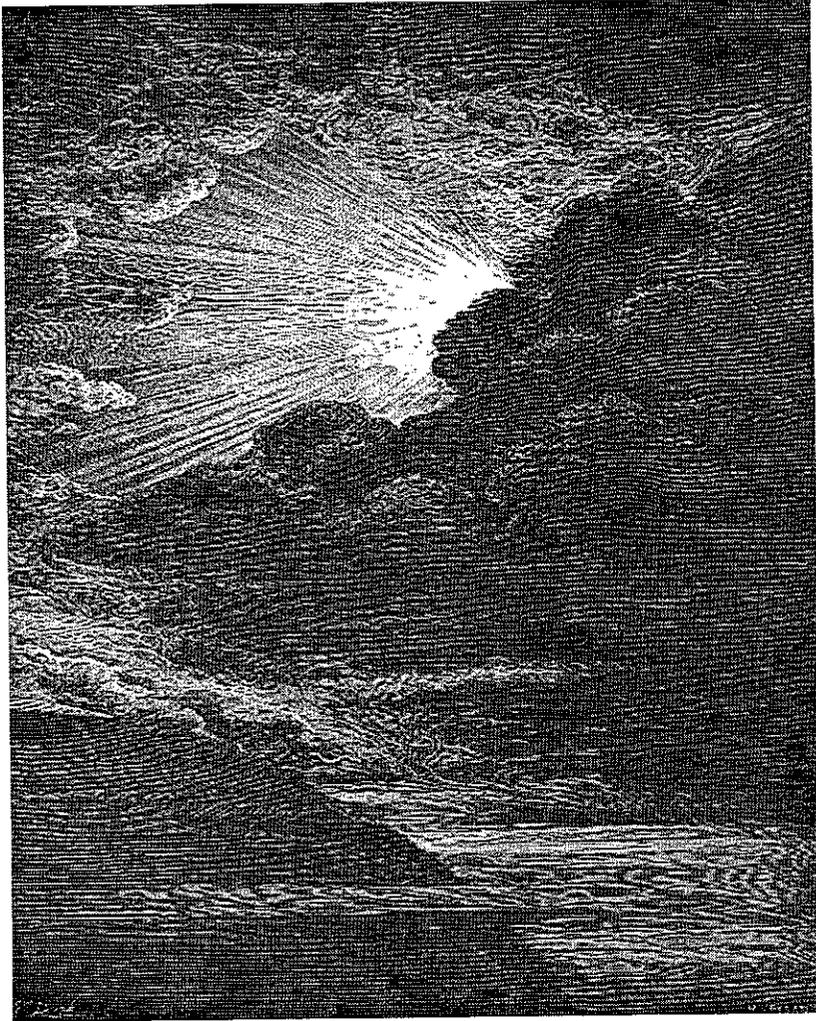
EXCELSO, EN MAJESTUOSA DIGNIDAD Y CORAJE,
EXCELSO, EN LA SACRA ERUDICIÓN VÉDICA,
DASADARATA GOBERNÓ EN SU IMPERIO, EN LOS FELICES
DÍAS DE ANTAÑO, COMO EL MONARCA ANTIGUO MANU,
PADRE DE LA RAZA HUMANA, DASADARATA GOBERNÓ
A SU GENTE CON LA BENEVOLENCIA AMOROSA DE UN
PADRE, LOS HOMBRES NACIDOS DOS VECES ESTABAN
LIBERADOS DE LAS PASIONES, DE LA LUJURIA POR
EL ORO Y DE LA CODICIA IMPURA, ERAN FIELES A
SUS RITOS Y ESCRITURAS, HONESTOS EN HECHOS Y
PALABRAS LOS KSHATRAS, SE INCLINABAN ANTE LOS
SANTOS BRAMANES, LOS VAISYAS, ANTE LOS KSHATRAS
SE INCLINABAN, LOS LABORIOSOS SUDRAS VIVÍAN DEL
TRABAJO, ORGULLOSOS DE SU HONORABLE DEBER...
ESTA ES LA NOBLE VERDAD, EN LO QUE RESPECTA
AL CAMINO QUE CONDUCE A LA DESTRUCCIÓN
DE LAS PENURIAS, ¡VERDADERAMENTE ES ASÍ SE
TRATA DEL CAMINO ÓCTUPLE; ES DECIR: OPINIONES
CORRECTAS; ASPIRACIONES CORRECTAS; LENGUAJE
CORRECTO; CONDUCTA CORRECTA; VIDA CORRECTA;
ESFUERZO CORRECTO; PENSAMIENTOS CORRECTOS;
CONTEMPLACIÓN CORRECTA.

En la antigua India
Los hombres contemplaban este mundo como algo irreal.
Anhelaban el retorno al mundo real del cielo
Donde todo es real y eterno
Y consideraban la vida en la tierra
Como una preparación para volver adonde Brahma.

EL CANTO DE LA CREACIÓN DEL RIG VEDA

No había ni lo no-existente, ni lo existente:
No había ámbito del aire, ni cielo más allá.
¿Qué lo cubría y dónde? ¿Y qué le daba refugio?
¿Había agua allí, aguas de profundidades insondables?
Muerte no había entonces, ni había nada inmortal.
Ninguna señal había, del que divide el día de la noche.
Aquella cosa, sin aliento, respirada por su propia naturaleza.
Aparte de esto era la nada en todo caso.
Oscuridad había, al comienzo oculta en la oscuridad
Todo esto era caos indiferenciado,
Todo lo que existía entonces era vacío y sin forma,
Por el gran poder del calor nació el Único.
Quien lo sepa con certitud y quien lo pueda declarar,
¿De dónde nació y de dónde viene esta creación?
Los dioses vienen después que esta producción del mundo.
¿Quién sabe entonces de dónde emergió y fue?
Él, el origen primigenio de esta creación,
Ya sea que lo formó todo o que no lo formó;
Cuyo ojo controla este mundo en el cielo más alto,
Él lo sabe con certitud, o tal vez no lo sabe.

LA CREACIÓN Y EL DILUVIO



En el principio no hubo nada con vida o sin ella. No existía el aire, el cielo, ni nada que señalara una división entre el día y la noche. El universo existía en forma de oscuridad y estaba completamente inmerso en ella, como durmiendo profundamente.

Luego apareció el Ser-divino existente, con un poder irresistible, disipando la oscuridad. Él, capaz de contener en sí mismo a todos los seres que brillan ante su propia voluntad.

El Ser-divino anheló crear diferentes seres; creó las aguas y las insufló de calor, después puso en ellas su propia semilla. La semilla se transformó en un huevo dorado, más brillante que el sol y dentro del huevo, el ser-divino se concibió a sí mismo como Brahma, el Padre del mundo.

Brahma permaneció dentro del huevo por todo un año. Luego, con su pensamiento, dividió el huevo en dos. De estas dos mitades formó el cielo y la tierra, y en la esfera media, creó la morada eterna del océano.

Con su aliento, Brahma creó a los dioses que habitaron en el cielo y respirando hacia abajo, creó a los demonios. Así Brahma separó el bien del mal y la luz de la oscuridad. Con la creación de los dioses brilló el día y con la creación de los demonios llegó la oscuridad.

Entonces Brahma buscó la prosperidad de los mundos haciendo aparecer de su boca a los sacerdotes; de sus brazos, a los guerreros; de sus muslos, a los comerciantes y de sus pies, a los hombres, que se convertirían en sirvientes de los demás. Luego, dividió su cuerpo en dos partes, hombre y mujer, y concibió un hijo que se llamó Virag, quien más

tarde se convirtió en el padre de Manu, que fue llamado el Hijo del Sol el Primer Rey de los Hombres.

Por intermedio de Manu, Brahma reveló las Leyes Sagradas, en las que describía cómo debía comportarse el ser humano en la tierra.

Cuatro grandes épocas siguieron a la Creación del Mundo y de la Humanidad.

En la época de Krita Yuga o la Edad Perfecta todos los seres humanos eran santos, no conocían el temor, el orgullo, ni el odio. Sus almas se hallaban constantemente llenas de encanto, pues percibían el cielo y a los seres espirituales que guían el mundo y se sentían como hermanos, los hijos de Brahma, su Creador. Los hombres decían: «*Vivimos en Brahma, somos parte de Brahma.*»

El clima no era muy frío ni muy caluroso. No había casas de ningún tipo, tampoco había plantas. Los seres humanos satisfacían sus necesidades sin esfuerzo y no envejecían a pesar de vivir por cuatro mil años. Nunca se enfermaban, ni se accidentaban. Sus hijos nacían una vez en la vida y en pareja, nacían de su pensamiento. Cuando finalmente los seres humanos morían, otros hombres descendían del universo para ocupar su lugar.

Luego comenzó una nueva época, la Tetra Yuga, que fue menos perfecta. Los seres humanos se sintieron más alejados del cielo, ahora satisfacían sus necesidades a través de un árbol sagrado, llamado el Árbol del Hogar Kalpa. El árbol les proveía de vestimenta, ornamentos, frutas, la miel más dulce y aromática, cuyo sabor y color eran altamente fortalecientes. Los seres humanos se alimentaban de esta miel que no era producida por abejas.

Con el paso del tiempo los hombres comenzaron a experimentar un insaciable deseo de apropiarse del Árbol Kalpa, pero como esto era considerado un pecado fueron destruidos todos los árboles y la tierra se tragó todo lo que

crecía. En la tierra cambió el clima, pasando bruscamente del calor al frío y los seres humanos debieron encontrar refugio en cuevas, algunos construyeron casas y casi murieron de hambre y sed. Entonces, Brahma les proporcionó habilidades para trabajar con sus manos, para cultivar la tierra y cosechar sus granos.

Manu, el hijo de Virag, vivió durante esta época, la Tetra Yuga y se dice que Manu convocó a diez grandes sabios, quienes crearon por turno a otros siete sabios o Santos Rishies. Con su ayuda, Manu les enseñó las Sagradas Leyes a los seres humanos, para que la humanidad se apartara de la oscuridad y del mal, aunque de todos modos el mal debía incrementar-se en la tierra, para que el ser humano pudiera aprender la diferencia ente el bien y el mal.

Finalmente llegó el momento en que, guiados por el demonio, las fuerzas del mal capturaron tantas almas humanas, que el bien en el mundo se redujo a la mitad. Ésta fue la época Dwapara Yuga, durante la cual hubo enfermedad, calamidad y afán por las cosas mundanas.

En esta época aún vivía Manu, que significa «saber». A menudo Manu salía solo a caminar al bosque, dónde permanecía por largos períodos de tiempo, con sus pensamientos dirigidos hacia Dios, silenciando cualquier otro pensamiento.

Un día, mientras Manu estaba parado ante un riachuelo vio saltar un pez del agua. El pez le rogó que lo protegiera de los grandes peces que acechaban para devorarlo y le prometió una recompensa a cambio. Entonces, Manu sacó el pez del agua y lo puso dentro de un jarro. Cuando el pez fue más grande, lo puso en un estanque, hasta que creció tanto, que el pez le pidió que lo devolviera al río. Después de un tiempo se convirtió en un pez tan grande, que le pidió a Manu llevarlo al océano.

El pez sonrió y dijo: «*Oh adorado protector, has de saber que se aproxima el fin de los tiempos. Ha llegado el momento para erradicar el Mal de la esfera terrestre. He de anunciaros que*

tú eres el indicado para llevar a cabo esta misión y de este modo estarás a salvo. Construye una poderosa arca, cúbrela con una larga cuerda. Cuando esté lista, entra en ella acompañado de siete Rishies, lleva contigo todas las diferentes semillas que crecen en la tierra y cuida de ellas. Las multicolores y brillantes nubes se juntarán en el cielo, como una manada de elefantes cubiertos con guirnaldas de relámpagos. Repentinamente las nubes estallarán y la lluvia caerá sin detenerse durante doce años hasta que el mundo esté completamente inundado. Entonces desaparecerán las nubes. El Dios Creador de los Mundos, la Primera Causa de Todo, alejará los vientos y se irá a dormir. El universo quedará cubierto de agua, de modo que sin mi protección no lograrás salvarte de este terrible diluvio.»

Entonces ocurrió todo cómo el pez le había anticipado y Manu actuó como el pez le había aconsejado. Se adentró en el oleaje junto a los siete Rishies, llevando las semillas que había recolectado. Manu pensó en el pez y éste apareció de entre las aguas, como una isla, con la forma de un animal con cuernos.

Manu hizo un lazo con una soga y la arrojó a los cuernos del animal, de modo que el pez pudo remolcar el arca sobre el enfurecido mar, que sacudió con fuerza el improvisado bote hasta casi volcarlo. No había tierra a la vista, solamente agua. Sólo se veía a Manu, a los siete Rishies y el pez.

Después de muchos y largos años, el arca alcanzó la cima más alta del Himavat, que aún se llama Naubandhana —el puerto— y allí se quedó varada.

Entonces habló el pez diciendo: *«Yo soy Brahma, el Dios de todas las criaturas. No existe nadie más poderoso que yo, por eso te he salvado del cataclismo. Ahora, Manu, volverás a crear a todos los seres. Practicando una austeridad severa adquirirás este poder.»*

El pez nunca más volvió a aparecer. Manu aguardó que el agua descendiera para bajar de la montaña y ofrecer al agua

sus alimentos: mantequilla, leche ácida, queso requesón y suero de leche. El alimento se hizo sólido, y de allí salió una mujer que dijo ser su hija. Luego fue renaciendo mucha gente en la tierra y Manu, junto a los siete Rishies, les enseñaron las Leyes de Brahma.

De acuerdo con las escrituras, ahora vivimos en la cuarta gran época de la humanidad en la tierra, el Kali Yuga. Sólo queda un cuarto del bien original. El hombre tiende cada día más a la maldad y el mundo sufre grandes calamidades, a pesar de que ha habido algunos seres humanos que enseñan al mundo cómo cerrar las puertas del mal.

LAS LEYES DE MANU

«La fuente primigenia de la Ley Sagrada es el Veda completo. En el Veda se encuentran todas las leyes que han sido proclamadas por Manu para la humanidad».

Esta sabiduría dividió a la humanidad en cuatro castas: Brahmana, Kshatriya, Vaisya y Sudra.

La casta Brahmana salió de la boca de Brahma, el primogénito, el poseedor del Veda, con derecho a gobernar toda la creación. El nacimiento de los Brahmana es una encarnación eterna de las Leyes Sagradas. Su nacimiento es un llamado a satisfacer las Leyes Sagradas para llegar a ser uno con Brahma. Todo lo que existe en el mundo, pasa a ser propiedad de los Brahmana, debido a la excelencia de su origen. Los otros mortales subsisten gracias a la benevolencia de los brahmanes. Sólo un Brahmana dedicado debe estudiar cuidadosamente las leyes de Manu para luego enseñarlas a sus discípulos, y nadie más debiera intentarlo.

Los Kshatriya nacieron de los brazos de Brahma para proteger a la gente.

Los Vaisya nacieron de los muslos de Brahma. Ellos deben cuidar el ganado, cultivar la tierra, llevar el comercio y prestar dinero.

Los Sudra nacieron de los pies de Brahma y su vida consiste en servir humildemente a las otras castas.

Las leyes de Manu disponen de cuatro pasos: Iniciación, Aprendizaje, Hogar y Retiro.

Tan pronto un niño perteneciente a cualquiera de las tres clases superiores, cumplía una cierta edad, debía pasar

por la Iniciación y esto le permitía perfilar las metas de su vida en la tierra. Entonces él recibía el conocimiento de que pese a que al nacer entró en un mundo oscuro e irreal, podría ahora vivir su vida, de modo de asegurar su regreso al mundo de Brahma, donde volvería a hallar esa luz que no puede ser oscurecida por las sombras, y la bienaventuranza, que no puede ser perturbada por el placer o el dolor.

Después de la Iniciación, el niño podía escoger a un maestro, que representaba para él la imagen de Brahma, por lo que se merecía el más absoluto respeto. El niño recién aprendía algunas reglas de conducta al convertirse en estudiante. *«No se debe permitir que el estudiante conteste o converse con su Guru reclinado en la cama, sentado, comiendo, o evadiendo su mirada. El estudiante debe estar de pie mientras el Guru se halla sentado. El estudiante no debe sentarse descuidado ante la vista de su maestro. No debe ni siquiera pronunciar el nombre de su Guru sin añadir un título honorífico, ni siquiera a sus espaldas. Tampoco puede imitar su paso, discurso o conducta. Dondequiera que halle gente dispuesta a difamar a su maestro —ya sea justo o no— el niño debe cerrar sus oídos o apartarse de allí.»*

Después de aprender a purificarse, a realizar la adoración al fuego y las oraciones del crepúsculo, el discípulo se hallaba preparado para estudiar el Veda, de modo que permanecía junto a su Guru hasta terminar este estudio. Después podía el joven contraer matrimonio. Durante su vida matrimonial se mantenía encendido el fuego ceremonial del sacrificio desde el día de su matrimonio. Sus deberes como jefe de hogar incluían el estudio diario del Veda, las ofrendas diarias al fuego por todos los seres del mundo y por los dioses y proporcionar regalos a los pobres, a los enfermos y los animales.

Cuando un hombre completaba su vida como jefe de hogar y sus hijos habían crecido, él abandonaba la casa y se iba a vivir como ermitaño en el bosque, vestía ropas fabricadas de corteza, se alimentaba de raíces, frutos salvajes y

bayas, habitaba en una cueva o bajo las raíces de algún árbol, llevaba el altar del fuego para continuar con los sacrificios a los dioses, meditaba sobre el Veda, cuidaba cada vez menos la comodidad corporal y se preparaba para la muerte, de tal modo que, después de su deceso fuera capaz de tomar el camino directo hacia Brahma, su creador.

LA HISTORIA DE RAMA

Valmiki era un ermitaño del bosque que un día se encontró con un Rishi, quien le contó la historia de Rama. Más tarde fue Valmiki al río a bañarse y se encontró con dos garzas que jugaban a la orilla del río, repentinamente pasó por ahí un cazador que le disparó al macho y el ave cayó muerta en un charco de sangre. La hembra se hallaba desconsolada y Valmiki, sintió el alma tan profundamente triste al oír sus gritos de angustia, que comenzó a recitar lo que sentía en una maravillosa poesía. Tan musical y poético era lo que decía, que Brahma, se le acercó y le encomendó que recitara en verso la historia que había escuchado del Rishi. Entonces, Valmiki obedeció a Brahma, se sentó en una alfombra de pasto, bebió un sorbo de agua sagrada y se concentró en sus pensamientos, hasta visualizar la historia que se le había revelado. Luego, verso tras verso, Valmiki cantó el Ramayana, historia que será recitada por los labios de la humanidad mientras perduren las montañas y los ríos fluyan en dirección al mar.

En Lanka (Ceilán), habitaba Rahvana el Rey de los Demonios. Su poder era aún mayor al de Yama, el dios de la muerte; Agni, el dios del fuego; Vayu, el dios del viento, e incluso Surya, el dios del sol. Rahvana molestaba a Indra, el dios del rayo.

Indra recurrió a Brahma, el creador de los dioses, los demonios y los hombres, para que liberara a los dioses de las garras de Rahvana. Brahma, condujo a Indra y a otros dioses ante Vishnu, el Salvador, y ellos le rogaron a Vishnu que los salvara del Rey de los demonios. Vishnu dijo: *«No tengas miedo. Rahvana no puede resistir a los simios ni a los hombres.*

De modo que ¡Oh, dioses! Id a la tierra, tomad los cuerpos de los simios, y yo me dividiré en cuatro partes, para nacer como los cuatro hijos de Rajah Dasaratha. Ustedes me brindaran ayuda cuando luche contra Rahvana.»

El Maha Rajah Dasaratha gobernó el antiguo reino de Ayodhya, en la orilla del río Gogra. Ayodhya era una bella ciudad, con calles, templos, naranjales, jardines, palacios y fuentes de agua. La ciudad enarbolaba las banderas.

Los brahmanes corearon los Vedas y los músicos tocaron en honor del Maha Rajah. Los arqueros, con sus armas enfundadas, custodiaban los 12 muros, las torres y las puertas de la ciudad. Rishies brahmanes, dictaban clases a los estudiantes en los templos. Los guerreros Kshatriya, enseñaban a las tropas a usar la espada, la lanza y los arcos. Los mercaderes Vaisyas, vendían su mercadería en las ferias. Los Sudras, cultivaban la tierra en los campos que rodeaban la ciudad. Los hombres de las clases inferiores a los Sudras se ocupaban del comercio, la joyería y la forja de hierro; los hombres cantaban, las mujeres danzaban, había además conductores de carruajes y vendedoras de flores. Todos los hijos—de las clases más altas a las más bajas—respondían al llamado del padre para mantener la armonía.

El Maha Rajah habitaba en su palacio en el centro de la ciudad, era amado y venerado, como el más grande Rajah en todo el mundo. El Maha Rajah, tenía ocho consejeros para los asuntos del estado, y dos brahmanes, que actuaban como sacerdotes y consejeros espirituales. Además tenía tres reinas, que con el tiempo le dieron cuatro hijos:

Rama, el mayor, hijo de Kausalya la buena.

Bharata, hijo de Kaikeyi, la mala.

Los mellizos, Lakshmana y Satrughna, hijos de Sumitra, la dulce.

Rama era el más bello. Los brahmanes, Vasishtha, vieron en Rama las huellas de Vishnu. De pequeño lloraba por la

luna y ni la leche, las joyas, o las oraciones lograban calmar su llanto. Cuando le pusieron en las manos un espejo que reflejaba la luna, Rama se tranquilizó, creyendo que le habían entregado la luna. Mientras crecía junto a sus hermanos, Rama los superó a todos. Como una bandera que se agita en la cúpula más alta, Rama, se destacaba en todo lo que aprendía: gramática, música, pintura, danza, uso del arco, lanza, montando caballos o elefantes y conduciendo carruajes.

Cuando Rama cumplió dieciséis años, el Rajah de un reino vecino proclamó que entregaría a su hija en matrimonio al miembro de los Kshatriya que lograra tensar el arco de Shiva, un gran arco nunca antes doblado ni encordado. Rama y Lakshmana fueron a la corte del Rajah y trajeron el arco en un carruaje de hierro con ocho ruedas. Rama sonrió y levantó el arco, lo encordó y dobló con tanta fuerza que se partió en dos, emitiendo un sonido tan aterrador como el de un trueno. La tierra, comenzó a temblar y las montañas repitieron ecos, como si hubieran sido golpeadas por uno de los rayos de Indra. Todos cayeron aturdidos al suelo, a excepción de Janaka, el Rajah, Rama y Lakshmana.

Así fue que Rama conquistó a Sita como su esposa y grande fue el festejo en el reino de Dasaratha.

Como el Rajah Dasaratha ya era muy anciano sus consejeros ansiaban que Rama asumiera como el Joven o Yuvarajah, para gobernar el reino. Así, Dasaratha podría pasar sus últimos años preparándose para la muerte. Todos los sabios y jefes guerreros estaban de acuerdo, incluso Dasaratha quien amaba a Rama, estaba muy contento y lo proclamó como su sucesor. Durante la noche se prepararon grandes celebraciones. La ciudad se iluminó con antorchas, las bandas de músicos salieron a tocar en las calles y bajo el paraguas real se preparó el trono de oro. Los templos se engalanaron con guirnaldas, se lavaron las calles y las cubrieron con alfombras de pétalos de flores. La gente que vivía en el campo acudió a la ciudad para participar de la fiesta.

Pero una sirvienta malvada, que odiaba a Rama, convenció a Kaikeyi, la madre de Bharata, de que si Rama asumía como Rajah tanto ella como su hijo se convertirían en esclavos. En el pasado, Kaikeyi había salvado la vida a Dasaratha y en esa oportunidad, él le prometió que la recompensaría con dos favores cuando ella lo necesitara.

Kaikeyi amenazó con envenenarse si Dasaratha no le cumplía los dos favores: primero que Bharata se convirtiera en el Yuvarajah y segundo, que Rama fuera expulsado al bosque por catorce años, por lo que Dasaratha se vio obligado a cumplir su promesa.

Kaikeyi mandó a llamar a Rama y desde el trono le comunicó su suerte. Rama no se mostró consternado, sino que se dirigió ante su padre y le prometió que esperaría en el bosque. Luego fue adonde Sita para despedirse, sin embargo Sita y Lakshmana insistieron en acompañarlo. Los tres salieron caminando descalzos en dirección al palacio para despedirse de Dasaratha, mientras la gente lloraba tristemente. Al abandonar la ciudad, muchos intentaron seguir a Rama, pero a la mañana siguiente él los dejó atrás, en la entrada del reino conduciendo un carruaje. Sita, Lakshmana y Rama se alejaron en dirección al Sur, hacia el río Ganges.

Al tiempo murió Dasaratha y Bharata fue llamado a asumir el trono. Bharata preguntó por Rama y recién se enteró de la treta de su madre. Entonces Bharata juró que jamás se sentaría en el trono de Rama y salió de inmediato en su búsqueda seguido de un gran ejército. Al encontrar a Rama, Bharata le rogó que volviera a Ayodhya, incluso le ofreció quedarse en su lugar en la selva. Sin embargo, Rama se rehusó a quebrantar su promesa de alejarse por catorce años. Luego, Bharata le pidió a Rama que se probara un par de sandalias de oro, Rama lo hizo y se las devolvió. Bharata regresó a Ayodhya con las sandalias de Rama, se vistió con cortezas y se fue a vivir en la selva a las afueras de la ciudad. Allí puso

las sandalias de Rama bajo el paraguas real, como un símbolo de la soberanía de Rama mientras él quedaba custodiando el reino hasta su regreso. Allí aguardó Bharata durante los catorce años que Rama vivió en el exilio.

Mientras tanto, Rama, Sita y Lakshmana recorrieron la India, cruzaron las montañas Vindhya y construyeron una cabaña cerca de la desembocadura del río Godavari. Durante trece años y medio vivieron allí en paz.

Un día la hermana de Rahvana caminó hasta la ermita y al ver a Rama se enamoró de él. El horrible demonio se transformó en una hermosa doncella, le contó quien era y que lo había escogido como esposo. Pero Rama rehusó su ofrecimiento y le sugirió a Lakshmana, quién se burló de ella. Entonces el demonio atacó a Sita, pero Rama le dio una estocada por la espalda y Lakshmana le cortó las orejas y la nariz.

El demonio debió alejarse volando, aullando como una tormenta de viento, en busca de otros demonios en los alrededores para contarles lo que había sucedido. Al enterarse, los demonios salieron a capturar a Rama y a Lakshmana, quienes se defendieron hasta matarlos. Sólo el líder de los demonios logró escapar y reunió a otros cuatro mil demonios, que también fueron derrotados por Rama y Lakshmana.

La doncella-demonio llamada Surpa-nakha se alejó volando hacia Lanka para contarle todo a su hermano, el Rey demonio.

No mucho después de esto pasó por la ermita un maravilloso venado dorado con manchas plateadas, la cornamenta llevaba adornos de zafiro, sus ojos eran tan azules como las flores de loto. Al verlo, Sita deseó tenerlo como mascota y le rogó a Rama que lo atrapara. Rama salió a perseguir al venado, mientras Lakshmana se quedó cuidando a Sita. Rama lo persiguió hasta dispararle una flecha que dio en el corazón del venado. Entonces, el hermano de Rahvana, salió

del cuerpo del animal, gritando con la voz de Rama: «¡Sita, Sita, sálvame!» Sita escuchó el llamado y le rogó a Lakshmana que fuera en ayuda de Rama, mientras ella esperaba, sola y desprotegida, el regreso de ambos.

Rahvana aprovechó para secuestrarla, llevándosela a Lanka, en su carruaje que podía volar por el aire como una poderosa ave, ya que lo conducían asnos con cabeza de demonio. Cuando Rama y Lakshmana regresaron, se angustiaron mucho al no encontrar a Sita y de inmediato salieron en su búsqueda; cruzaron las colinas boscosas llamando en cada montaña y colina, a cada ave y animal, para preguntarles si la habían visto pasar, hasta que se encontraron con el Rey de los buitres, quién les contó que había visto a Rahvana llevándose a Sita en dirección al Sur.

Luego se encontraron con un demonio de un solo ojo y largos dientes, que se alimentaba de carne humana y que intentó ahorcarlos con sus largos brazos. Pero Rama y Lakshmana lograron vencerlo, para después quemarlo. De las cenizas del demonio apareció danzando un dios —víctima de un maleficio— que ahora era liberado. El dios le dijo a Rama que fuese a Lanka a rescatar a Sita, pero primero pidiera ayuda con el Rey de los simios.

La historia de como Hanuman (Vayu, el dios del viento) y Sugriva (Surya, el dios el sol) ayudaron a Rama a rescatar a Sita se encuentra en el Ramayana. Después Rama, Lakshmana y los Vanars (simios), les hicieron la guerra a los demonios y los vencieron derrotando así a Rahvana. Se cumplió el plazo de catorce años, se acabó el exilio y Rama regresó como Rey a Ayodhya junto a Sita. Bharata y Satrugna todavía protegían el reino y las sandalias doradas aún lo esperaban. ¡El pueblo se sintió feliz de recibir a Rama!

Finalmente Rama se convirtió en el Maha Rajah, gobernando sabiamente por el resto de su vida.

GAUTAMA BUDA 563 AC-483 AC

Había una vez un terrateniente que salió temprano a bañarse, se inclinó hacia la tierra y el cielo, el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, mientras lanzaba arroz rojo y blanco con ambas manos.

Entonces se le acercó un hombre de rostro radiante, vestido con una túnica amarilla y al ver al terrateniente le preguntó, «Hermano ¿por qué te arrodillas?» El terrateniente contestó: «Señor, éste es el modo que nuestros antepasados nos enseñaron a recibir el día antes del trabajo, para protegernos de los demonios del cielo y la tierra, y de todos los vientos que soplan.»

Aquel de rostro radiante habló diciendo:

«No debes esparcir arroz, mejor es ofrecer pensamientos de amor para todos:

Para los padres, como el Este, de donde proviene la luz del amanecer,

Para los maestros, como el Sur, de donde provienen finos obsequios,

Para la esposa y los niños, como el Oeste, de donde provienen los colores del destello del amor y de la calma diaria.

Para los amigos, la familia y todos los hombres, como el Norte, de donde provienen los más humildes.

Para los santos, los ángeles y los benditos en el más allá. Así se aleja el mal y se mantienen seguros los seis cuartos principales.»

¿Quién era este hombre de rostro radiante y túnica amarilla, que le dijo al terrateniente que enviara pensamientos y actos de amor en las cuatro direcciones en lugar de arroz?

Él nació en la India, en el año 563 AC, y ahora les contaré su historia.

El reino del Rey Sudhodana yacía a la sombra de las montañas Himalayas. El Rey era rico, justo y poderoso, pero su esposa, la Reina Maya, no le había dado un hijo.

Cuatro ángeles soberanos, se sientan bajo el cielo más alto. Más abajo, se halla un reino cercano a la tierra, donde se reúnen los santos espíritus que desean bajar a la tierra. El Señor Buda, era uno de los santos que allí aguardaba. Los cuatro ángeles, distinguieron las cinco señales que anunciaban su pronta bajada a la tierra. Entonces los cuatro ángeles exclamaron: «¡Buda bajará nuevamente para ayudar al mundo!» Y Buda respondió: «Así es, ahora bajaré al mundo para ayudar por última vez. Después de esta experiencia de vida no necesitaré volver nuevamente al mundo.»

Esa noche, la Reina Maya soñó que en el cielo brillaba una estrella de seis puntas, tan resplandeciente era, que brilló sobre ella y le penetró por el costado derecho. La Reina Maya despertó sintiéndose bendecida. A pesar de que aún era de noche, la Reina vio que una amorosa luz, iluminaba la mitad de la tierra, las montañas temblaron, el mar se tranquilizó y florecieron todas las flores que sólo lo hacen de día.

Al escuchar su relato, los intérpretes de sueños del Rey dijeron: «Es un buen sueño. A la Reina le nacerá un hijo sagrado, su sabiduría será asombrosa. Él escogerá entre liberar a los hombres de la ignorancia o gobernar el mundo.»

Y sucedió tal como se había anunciado. El día del nacimiento de su hijo, la Reina Maya se encontraba de pie en el jardín del palacio bajo la sombra de un árbol Palsa, alto y recto, como la torre de un templo, con sus brillantes hojas, y sus brotes floridos. Sabiendo que había llegado el momento

para las cosas nuevas, el árbol se inclinó para protegerla. La tierra quedó cubierta por una alfombra de flores, mientras que de una roca cercana brotó agua pura, para el primer baño del niño. Todo esto sucedió el día de su nacimiento.

Rápidamente, en el palacio se enteraron de la noticia y enviaron un palanquín para traer a casa al pequeño príncipe. Entonces el niño fue transportado por cuatro ángeles vestidos con trajes de sirvientes del Rey. También otros dioses bajaron a la tierra y caminaron entre los hombres. A pesar de la ignorancia humana, el cielo se alegraba, porque el gran Buda había vuelto a nacer.

El Rey Sudhodana, ordenó las mayores celebraciones por el nacimiento de su hijo y la gente llegó de todas partes del reino para saludar alegremente a su príncipe. Entre ellos, llegó un anciano de cabello gris, un Rishi, quien había escuchado, desde su ermita en el bosque, al coro de ángeles que proclamaba el nacimiento de Buda. El Rey y la Reina intentaron poner al niño a sus pies, pero el anciano exclamó: «¡No! Bendito sea el niño, es Él, el Buda, quién enseñará la ley del Amor y la Sabiduría. ¡Salve! Yo mismo no podré escucharlo, pues pronto moriré, pero al menos alcancé a contemplarlo.»

Entonces, el Rishi le explicó al Rey que cuando su hijo viera cuatro signos: la vejez, la enfermedad, la muerte y un ermitaño, desearía acabar con su reino en la tierra y cambiarlo por un reino celestial.

El príncipe se llamó Sidharta Gautama. Al cumplir los ocho años, su padre buscó a un Brahmana para que fuera su maestro, pero pronto el Brahmana descubrió que su estudiante lo superaba en sabiduría. Sin embargo, el estudiante era humilde y obediente, gentil y de modales delicados. Era un jinete excelente, un buen conductor de carruajes, y en todas las disciplinas mostraba mayor destreza que el resto de sus compañeros. Un día de primavera, su padre llevó el niño al campo, donde los campesinos estaban ocupados en arar la tierra y

sembrar granos; los pajaritos volaban y cantaban en el bosque, los matorrales susurraban con la presencia de lagartijas y escarabajos, hormigas y otros bichitos, que se alegraban con la primavera. Todas las cosas parecían estar ocupadas y contentas, por lo que el príncipe Sidharta se regocijaba. Sin embargo, al mirar detenidamente, Sidharta vio que los campesinos debían trabajar duro, hasta que el sudor brotaba de sus frentes, además vio que los campesinos pinchaban los toros con palos aguzados para forzar el tranco. Vio las lagartijas alimentándose de hormigas, los pájaros comiendo mariposas. Sidharta descubrió la vida sobre la tierra, dio un suspiro y le preguntó a su padre: *«¿Acaso es éste el mundo feliz que me querías mostrar?»*

Entonces, Sidharta se alejó de su padre, se sentó bajo un manzano rosa, y allí se quedó meditando en las cosas que había visto. Sidharta se apenó profundamente, y era tanto el deseo de ayudar a todos los seres sufrientes, que cinco ángeles, que en ese momento sobrevolaban el manzano, se detuvieron y percibieron la presencia divina del ser más puro. Luego, escucharon una voz que decía: *«Este es aquél que ayudará al mundo. Descended y adoradlo.»* De modo que los brillantes seres bajaron entonando cantos de alabanzas y doblando sus alas ante él. Así pasó el día, el príncipe aún se encontraba sentado bajo el árbol cuando los sirvientes del Rey llegaron a buscarlo. Estaba atardeciendo y todas las sombras se habían desplazado, a excepción de la sombra del manzano, que esperaba que el príncipe se retirara, para moverse. Pero los sirvientes del Rey escucharon una voz que decía: *«¡Dejad tranquilo al hijo del Rey, mi sombra no se moverá hasta que desaparezca la tristeza de su corazón!»*

El Rey fue envejeciendo y comenzó a pensar en el día en que Sidharta lo sucedería. Al ver el desconsuelo que embargaba al niño, el Rey temió por las cosas que el Rishi había advertido en su nacimiento: que al ver la vejez, la enfermedad, la muerte y el retiro, Sidharta desearía abdicar.

Entonces, el Rey rodeó de placeres a su hijo, le construyó tres palacios en medio de bellos jardines y naranjales por donde el príncipe solía pasear. Sin embargo Sidharta persistía con una actitud triste y pensativa. Los consejeros del Rey le sugirieron que le buscara una esposa, confiando en que superaría la tristeza, tan pronto conociera y se enamorara de una bella Yasodhara. Sidharta, tendría que conquistarla en un swayamwara, dónde también participarían otros príncipes.

Sidharta fue el único capaz de tensar un arco y lanzar una flecha más lejos que el resto. Después, cortó de un solo golpe dos troncos con su espada, y el corte fue tan delicado que no dejó rastros, hasta que los ángeles del aire soplaron en dirección al Sur, y las dos verdes coronas cayeron sobre la arena. Además Sidharta fue el único que domó y cabalgó un caballo salvaje.

Después del matrimonio, el Rey construyó un palacio de placer para Sidharta y su esposa. El palacio estaba rodeado de altos muros y las puertas de entrada protegidas con guardias y en su interior no se permitía la vejez, la tristeza, ni la enfermedad, incluso nadie debía siquiera mencionarlas. Ahí vivía el príncipe junto a su princesa, en la mayor comodidad, rodeado de bellas cosas, paisajes y sonidos. De este modo, el Rey pretendía conquistar el corazón de Sidharta por su reino.

Pero un día, Sidharta pidió que lo llevaran a pasear afuera del muro para visitar el territorio y la gente que algún día gobernaría. El Rey aceptó, sin embargo, envió un pregonero que advirtiera a la gente, para que el príncipe no viera tristeza alguna; enfermedades, ni vejez. Los ciegos y paralíticos debían mantenerse lejos de los caminos o las calles.

A pesar de que el pueblo se esmeró, barriendo y decorando la ciudad para la visita del príncipe, en un momento, Sidharta pasó cerca de un anciano arrugado y vestido con harapos, tenía la espalda encorvada, sus ojos estaban enrojecidos por el llanto, y estaba desdentado. El anciano, con

su delgada mano, sostenía un bastón que le permitía levantar sus huesudas piernas, y la otra mano la llevaba apretada a su lado. El hombre, apenas respiraba mientras exclamaba: «*¡Buena gente, dadme una limosna, pues mañana moriré!*» Luego tosió casi hasta asfixiarse. La gente corrió a sacarlo del camino gritándole: «*¿Es que acaso no te das cuenta? Es el príncipe Sidharta. ¡Debes salir del camino!*»

Entonces, Sidharta, quién nunca había visto a un ser humano sufriendo, se dio vuelta y le preguntó al conductor del carruaje: «*¿Qué es esto, que parece un ser humano, sin embargo se ve tan encorvado, miserable, tan horrible y triste? ¿Se trata acaso, de seres humanos que a veces nacen así? ¿Qué significa cuando dice que mañana morirá?*»

Y el conductor contestó: «*Príncipe, éste es el camino de la vida. Alguna vez este hombre fue tan joven como su majestad, de espalda recta y fuerte, pero ahora su juventud se ha ido.*»

El príncipe no se había repuesto aún de la impresión cuando se le apareció un mendigo cubierto con las marcas de una enfermedad mortal. El conductor aclaró: «*Este también es el camino de la vida.*»

Entonces, apareció un grupo de gente gimiendo e implorando: «*¡Rama, Rama, escúchanos!*» Sobre una camilla de bambú llevaban un cuerpo rígido y frío de un cadáver. El conductor aclaró: «*Y éste es el final de la vida.*»

Entonces, Sidharta se devolvió a su hogar con lágrimas en los ojos y una gran tristeza en su corazón, diciendo: «*Siempre he vivido creyendo que la vida es hermosa, pero ahora me doy cuenta que no es cómo yo pensaba. ¿Cómo puede Brahma crear un mundo y permitir que se llene de miseria? Si tiene tanto poder como para permitirlo, entonces Brahma no es bueno; y si no tiene el poder para cambiarlo entonces Brahma no es un dios.*»

Esa noche, Yasodhara, tuvo tres sueños:

El primero, consistía en que un toro blanco, llevando joyas de gran valor en su frente, salía caminando por las calles

de la ciudad hasta la puerta de entrada. Una voz decía: «*Si permitís que él abandone la ciudad, se llevará consigo la gloria de ésta.*»

Pero nadie pudo impedirlo. Entonces, ella se agarró fuerte a su cuello, pero el toro blanco hizo un movimiento brusco con la cabeza, la empujó a un lado y abandonó la ciudad.

En el segundo sueño los cuatro ángeles soberanos, junto a todos los otros, barrieron vientos hacia la ciudad y la bandera dorada de Indra, que estaba izada en la puerta de entrada, se agitó hasta caer. Entonces se izó una nueva bandera plateada cubierta con rubíes. De la nueva bandera, se oyeron bellas palabras que traían paz a todos los que escuchaban.

Finalmente la princesa soñó que no podía hallar a Sidharta, a pesar de buscarlo por todas partes, y una voz exclamaba: «*¡Ha llegado el momento!*» Luego la princesa despertó y le contó a Sidharta sus sueños, pero él la tranquilizó hasta que ella volvió a quedarse dormida. Sidharta oyó en su corazón las palabras: «*¡Ha llegado el momento!*», y se levantó de su cama; decidió que, mientras existiera el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, él buscaría un camino para comprenderlos y encontrar una respuesta a su pregunta: ¿Por qué Brahma creó un mundo así?

De modo que Sidharta abandonó a su esposa esa noche, salió en su carruaje cabalgando hasta el amanecer. Luego, bajó del carruaje, se sacó sus vestimentas reales y sus joyas, y se las pasó al conductor. Sidharta se cortó su larga cabellera con la espada y le envió todo esto al Rey, con un mensaje que decía: «*Sidharta le implora al Rey que lo olvide hasta su regreso, cuando haya conquistado sabiduría, en su solitaria búsqueda.*»

Sidharta se alejó por un camino, donde se encontró con un grupo de ermitaños que creían que al torturar sus cuerpos, encontrarían a Brahma o la Verdad en sus almas. Algunos ermitaños permanecían día y noche con los brazos levantados, hasta que caían endurecidos. Otros apretaban sus manos por

tanto tiempo que las uñas crecían atravesando penosamente sus palmas. Otros caminaban con sandalias de clavos o se ponían espinas en la piel. Sin embargo, el príncipe no pudo entender que eso fuera bueno, ya que añadía dolor a un mundo que ya tenía demasiado sufrimiento, y los abandonó.

Después, Sidharta se encontró con un ganadero que llevaba ovejas para sacrificarlas en el palacio de un Rey. Sidharta lo siguió, observó el fuego de sacrificio, las ceremonias preparativas y la matanza de los corderos, luego, se dirigió al Rey y a sus sacerdotes y les dijo que la vida es algo fácil de quitar, a pesar que nadie es capaz de darla. Todas las criaturas aman la vida y tratan de conservarla, la vida es maravillosa, querida y placentera para todos, sin importar el tamaño de la criatura. El hombre implora piedad a los dioses, pero no tiene piedad por los animales, a pesar de que las criaturas lo consideran como a un dios.

El Rey se asombró con su sabiduría, e intentó persuadirlo para que se quedara con ellos y les enseñara a él y a su pueblo, incluso le ofreció asumir el gobierno a su muerte. Pero Sidharta contestó que él ya tenía un reino como ese y ahora iba en búsqueda de uno mejor.

Sidharta, continuó un largo camino por las montañas hasta llegar a un lugar dónde se erguía un gran árbol: el Árbol Bodhi. Aquí era dónde se le había revelado que encontraría la verdad, así que lentamente caminó hacia el árbol. ¡Todo el mundo se alegró! Mientras Sidharta, se sentaba bajo el árbol, el pasto se inclinó para adorarlo, alrededor de sus pies brotaron las flores, las ramas del bosque se inclinaron para proporcionarle sombra, sopló la brisa fresca para refrescarlo, los animales salvajes se acercaron a contemplarlo, y ante él se pararon en paz, hombro a hombro, panteras y venados, la cobra abrió la capilla en su honor y las mariposas volaron alrededor de su cabeza. Entonces, Sidharta hizo un voto de jamás abandonar ese lugar hasta haber descubierto la verdad.

Así llegó la noche trayendo a Mara, el Malo, para tentar a Sidharta con sus siete pecados mortales, como el pecado del ego: «*¿Para qué pensar en los otros?*»; el pecado de la duda: «*¿Cómo saber si lo que haces es correcto?*»; y otros pecados. Sin embargo, Sidharta se quedó sentado serenamente y desechó cada una de las tentaciones.

La tierra se quedó en calma y al príncipe se le presentó una luz, en la que se le reveló cada una de sus quinientas cincuenta vidas pasadas en la tierra. Sidharta vio que cada vida buena era seguida por otra mejor, y a la vez cada vida mala era seguida por otra peor.

En la próxima visión vio Sidharta a través de todos los mundos que yacen bajo éste. Percibió el transcurso del tiempo, época tras época, hasta que finalmente experimentó el poder creador del mundo, el poder que destruye y vuelve a construir, gobernando todas las cosas de acuerdo a la ley de la virtud, la belleza, la verdad y el uso. De tal modo que hace el bien, quien sirve a estas fuerzas y el que no, sólo hace el mal.

Sidharta pudo percibir como el Sufrimiento acompaña la vida, cuando el ser humano piensa que todo lo que percibe con sus ojos físicos y oye con sus oídos es real, a pesar de que siempre tiene un final. Vio que los seres humanos deben vivir, una y otra vez, hasta que encuentran aquello impercedero. Cuando encuentren aquello eterno, los seres humanos podrán entrar al Nirvana, dónde nada cambia y entonces, se pueden liberar de la rueda de la reencarnación.

Y mientras esta verdad iba penetrando en su alma, Sidharta adoptó su nombre celestial: Buda. Salió el sol y el mundo se santificó. Los hombres se sintieron en paz al despertar, los enfermos durmieron sonriendo en sus dolorosos lechos, los muertos sonrieron con alegría, y a lo lejos, el triste corazón de Yasodhara, sintió una dicha repentina.

LA ANTIGUA PERSIA

OH HACEDOR DEL MUNDO MATERIAL,
TÚ, SANTÍSIMO,
¿CUÁLES SON LOS LUGARES DONDE SE PERCIBE MÁS FELIZ
LA TIERRA?
ES EN AQUEL LUGAR
DONDE UNO DE LOS FIELES ERIGE UNA CASA
CON UN SACERDOTE ADENTRO,
CON GANADO,
CON UNA ESPOSA, CON NIÑOS,
Y BUENOS REBAÑOS DENTRO.
ES EN AQUEL LUGAR
DONDE UNO DE LOS FIELES SIEMBRA
PRINCIPALMENTE GRANO, PASTO Y FRUTA,
DONDE RIEGA EL SUELO SECO,
O DRENA EL SUELO INUNDADO.
ES EN AQUEL LUGAR
DONDE MÁS AUMENTAN
LAS BANDADAS Y LOS REBAÑOS.
ES EN AQUEL LUGAR
DONDE LAS BANDADAS Y LOS REBAÑOS
PRODUCEN MÁS ABONO.

En la Antigua Persia
El ser humano sabía
Que el mundo físico no era un mundo eterno
Pero debían trabajar en él
Para transformarlo
Y acercarlo al mundo verdadero.

LAS FUERZAS DE LUZ Y LAS FUERZAS DE OSCURIDAD



El poder único de Zrvan Akaran produjo la Luz Divina. De esta Luz surgió el Primer Nacido, Ahura Mazdao, creador del mundo puro, las huestes de ángeles y una luz reflejo de la Luz Divina.

El Segundo Nacido fue Ahriman, hambriento de poder y deseoso de arrebatarse el suyo a Ahura Mazdao. Por esto, Ahriman fue expulsado a los confines de la oscuridad y la noche. Allí creó a los Daevas para que lo ayudaran a ensombrecer el poder de la Vida que Ahura Mazdao había insuflado en la luz.

Ahura Mazdao creó al primer hombre y a la primera mujer con los restos esparcidos de vida, pero Ahriman tentó a la mujer con fruta y leche, de modo que al comer de ella,

ofendió la voluntad de Ahura Mazdao. Así comenzó la lucha entre el bien y el mal.

Ahura Mazdao creó dieciséis territorios perfectos y Ahriman les insufló el invierno con el hielo y la nieve, remolinos de viento, inundaciones, serpientes y alimañas. Ahriman luchó contra la bondad, la justicia, la paciencia, la compasión y la paz. Sin embargo, Ahura Mazdao sabía que contaba con un arma que el mal nunca podría derrotar. *«El ser humano bueno y correcto, que tiene buenos pensamientos, habla con buenas palabras, y ejecuta buenos actos, quién trabaja en el mundo para rescatarlo de la oscuridad y llevarlo hacia la luz.»*

Jemshid fue un hombre así. Jemshid recibió la ley del mismo Ahura Mazdao, pero se rehusó a ser un maestro para la humanidad. En cambio, Jemshid ofreció colaboración para el crecimiento de todos los seres de la tierra.

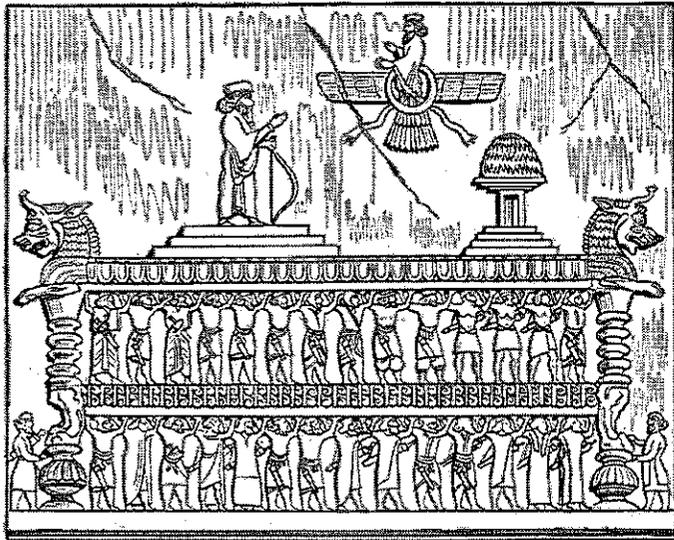
Ahura Mazdao le entregó a Jemshid un sello y una daga de oro. El cuerpo de Jemshid brillaba a la luz, luego se dirigió hacia el Sur en dirección al sol, apretó fuertemente el sello en la tierra y luego aró con la daga de oro exclamando: *«¡Oh, Espíritu de la tierra! Abrios amorosamente y propagaos, para alimentar las bandadas, las manadas y a los hombres.»*

La tierra respondió. El número de bandadas, manadas, perros y hombres aumentó de tal forma, que ya no hubo espacio para nadie más. Entonces, Ahura Mazdao le advirtió a Jemshid la amenaza de un malvado invierno, engendro de Ahriman, y le enseñó a Jemshid a construir una Vara (caja) de dos millas cuadradas con altos muros. Dentro de la Vara debía guardar estanques de agua, casas, estufas y un representante de cada planta, animal y ser humano.

Así sucedió. El malvado invierno descendió a la tierra y sólo se salvaron los habitantes de la Vara. Luego se derritió la nieve profunda, y la tierra quedó cubierta de agua. Sólo se salvaron aquellos que se habían cobijado con Jemshid y ellos formaron una nueva raza.

La lucha entre Ahura Mazdao y Ahriman continuó incesantemente. Ahura Mazdao conquistó a la gente para que viviera en paz, en cambio Ahriman alentó a otros con deseos malvados y ansias de guerra, que buscaban acabar con cualquier indicio pacífico de vida.

La gente de Ahura Mazdao le imploró ayuda y éste envió a la tierra a uno que podía salvar a su gente de Ahriman. Este salvador se llamó Zarathustra, quien vino a la tierra al término del reinado de Jemshid.



ZARATHUSTRA

Toda la naturaleza se alegró con el nacimiento de Zarathustra. Los árboles, los ríos y las montañas entonaron cantos de alabanza para celebrar la victoria de Dios sobre el Diablo. Una Luz divina iluminó el mundo y a medida que el niño se acercaba a la Luz comenzó a reír de buena gana.

Los espíritus del mal intentaron causarle la muerte. Un espíritu del mal trató de romperle la cabeza, mientras el niño yacía en la cuna, pero su mano se marchitó en el intento. Otro, arrojó al niño en la mitad del camino por donde pasaba el ganado, pero un toro, guiado por la mano de Ahura Mazdao se detuvo delante de él y lo salvó de la estampida mortal. Un tercer demonio llevó al niño hasta la guarida de unos lobos, pero éstos rehusaron hacerle daño, en cambio, trajeron una oveja madre para que alimentara al niño.

Durante su juventud, caminó Zarathustra entre la gente ayudando a los más ancianos, sanando enfermos, alimentando a los hambrientos, confortando a los sufrientes y aligerando la carga de los animales. Se dice por ahí que su maestro fue Manu.

Al cumplir los treinta años Zarathustra estaba meditando en una cueva, cuando repentinamente se le apareció de frente Ahura Mazdao y le permitió ingresar al cielo para aprender los secretos del mundo, la diferencia entre la verdad y la mentira, entre la Luz y la Oscuridad.

Entonces regresó Zarathustra con los hombres para enseñar lo que había aprendido. Estas enseñanzas se hallan en el Avesta, libro sagrado de los persas.

Zarathustra se convirtió no sólo en el primer Maestro, sino que también en el primer Sacerdote y en el primer Campesino. Como Sacerdote, Zarathustra enseñó a los persas sobre la gloria de la Luz que brilla en el sol, la gloria de Ahura Mazdao. Como campesino, Zarathustra enseñó a la gente como arar la tierra, a trabajar los campos y a regarlos, haciendo canales desde donde se derrite la nieve en las montañas; a sembrar semillas, a cuidar las plantas, a ennoblecer los árboles salvajes, para poder cosechar dulces frutos como ciruelas, peras y manzanas. Zarathustra también enseñó a los hombres a domesticar los animales salvajes para que sirvieran al hombre justo.

Permanentemente los espíritus de Ahriman intentaron vencerlo, sin embargo, Zarathustra logró sobreponerse una y otra vez, hasta completar su misión en la tierra. Al morir, apareció un arco iris en el cielo, mientras Zarathustra adoraba el Templo del Fuego Sagrado, que yacía en ruinas por un ataque del ejército.

Una vez Zarathustra le había preguntado a Ahura Mazdao: «¿Qué significa el arco iris?» y Ahura Mazdao le contestó: «El arco iris es la sonrisa de las almas que están en el cielo para brindar apoyo a las almas que sufren en la tierra».

ALGUNAS DE LAS ENSEÑANZAS DE ZARATHUSTRA

Todo lo que es bueno viene de Ahura Mazdao, el ser que habita en la Luz, detrás de la luz del sol. La Luz creó el mundo y habita en él; sin embargo, la oscuridad también penetra en el mundo físico. Todo se halla en la lucha entre la Luz y la Oscuridad, entre Ahura Mazdao y Ahriman.

Infeliz es la tierra que permanece sin cosecha y guarda a un buen campesino. La tierra habla al campesino que labra: «¡Oh, hombre!, que me trabajas con el brazo derecho y el izquierdo, te brindaré toda clase de alimentos y primero te proporcionaré grano.»

Quien no se alimenta no tiene fuerza para realizar trabajos de santidad, de esposo, o de crianza. Toda criatura vive gracias a su alimentación, y al no comer, muere.

Ahura Mazdao trajo a la tierra plantas terapéuticas, que durante cientos y miles de años crecieron para ayudar al ser humano a sobreponerse de la enfermedad, la fiebre y la infección, todas creaciones de Ahriman en contra de los mortales. Se trajeron del cielo diez mil plantas terapéuticas para que crecieran alrededor del árbol de la vida.

Todas las mañanas cuando el sol —la Luz— amanece, llega la hora para que el ser humano se levante, ruegue a la Luz, y realice su trabajo a la luz del día. Pero el demonio de la holgazanería intenta llevar al ser humano al sueño nuevamente. No hay demonio que pueda entrar en una casa donde hay un gallo. Cuando el gallo canta los demonios se deslumbran y se alejan volando de ahí.

No hay casa que pueda subsistir en la tierra sin un perro casero, un perro guardián que protege de los ladrones y los

lobos, ambos sirvientes de Ahriman. Si un hombre golpea un perro casero o un perro guardián, tendrá como castigo que a su muerte no encontrará alma alguna que lo ayude en el mundo del más allá.

ORACIÓN PARA LA MAÑANA Y LA NOCHE

TODOS LOS BUENOS PENSAMIENTOS, TODAS LA BUENAS
PALABRAS,

TODOS LO BUENOS ACTOS
LOS HAGO CON GUSTO.

TODOS LOS MALOS PENSAMIENTOS, TODAS LAS MALAS
PALABRAS,

TODOS LOS MALOS ACTOS
LOS HAGO CON DISGUSTO.

TODOS LOS BUENOS PENSAMIENTOS, TODAS LAS BUENAS
PALABRAS,

TODOS LOS BUENOS ACTOS LLEGARÁN HASTA EL
PARAÍSO.

TODOS LOS MALOS PENSAMIENTOS, TODAS LA MALAS
PALABRAS,

TODOS LOS MALOS ACTOS LLEGARÁN HASTA EL
INFIERNO.

Y TODOS LOS BUENOS PENSAMIENTOS, TODAS LAS BUE-
NAS PALABRAS,

TODOS LOS BUENOS ACTOS SON LA SEÑAL DE LOS JUSTOS
PARA

ENTRAR AL PARAÍSO.

MESOPOTAMIA

URUK- LA DE LAS MURALLAS

«CONTEMPLAD, ¿ACASO NO ES LA MÁS NOBLE DE LAS
CIUDADES?

OBSERVAD LAS MURALLAS

¡Y SI NO ESTÁN HECHAS ENTERAMENTE DE LADRILLOS
COCIDOS!

INSPECCIONADLAS.

¡CÓMO HAN SIDO MOLDEADOS Y DISPUESTOS!

MIRAD A LO LEJOS TODA LA CIUDAD EN SU VASTEDAD.

VED CÓMO ESTÁ ORGANIZADA,

UN TERCIO CASAS Y LUGARES HABITABLES,

UN TERCIO ARBOLEDAS

¡Y UN TERCIO ASIGNADO A LOS TEMPLOS!»

EL REINO SIN RETORNO

LA CASA DE LA OSCURIDAD,

LA CASA A LA QUE LOS HOMBRES ENTRAN

PERO DE LA CUAL NO PUEDEN SALIR.

EL CAMINO POR DONDE LOS HOMBRES VAN

PERO POR EL QUE NO PUEDEN VOLVER.

LA CASA A LA QUE A SUS HABITANTES

LA LUZ HA SIDO RETIRADA,

SU ALIMENTO SE ENLODA.

LA LUZ, ELLOS NO CONTEMPLAN,

EN LA OSCURIDAD HABITAN,

ESTÁN ARROPADOS COMO PÁJAROS,

CON ALAS VIBRANTES
 EN LA PUERTA Y EN LOS PÓRTICOS
 EL POLVO YACE PROFUNDO.
 LA MEDIDA DEL RECORRIDO DEL SOL
 OBSERVA A UN HOMBRE QUE NO SE COMPORTA
 NI COMO ANCIANO NI COMO NIÑO,
 QUE NO CORRE DEMASIADO RÁPIDO,
 NI CAMINA DEMASIADO LENTO,
 Y CONTEMPLARÁS,
 LA MEDIDA DEL RECORRIDO DEL SOL.

Era la gran misión de los babilonios
 Deducir de las leyes de medición
 Que prevalecían en los cielos
 Todo aquello que habría de
 Incorporarse en la civilización
 Para cubrir las necesidades
 De la vida práctica exterior.
 A la vez
 Era su misión
 Relatarle todo
 Al hombre.

GILGAMESH



Gilgamesh fue un Rey descendiente de Reyes. Gilgamesh nació en el palacio real de Uruk, en la orilla Este del río Eufrates, a cien millas del mar y cerca de Ur, ciudad caldea.

Se cuenta que Gilgamesh era dos tercios dios y un tercio hombre. Era un gran cazador de leones y toros salvajes. Nadie lo igualaba en fuerza por lo que nadie se atrevía a luchar contra él. Gilgamesh se jactaba por las calles de su ciudad, presumiendo y fanfarroneando, hasta que los más ancianos no soportaron más y fueron a rogarle a Aruru, la diosa de la ciudad: «*Cread a otro hombre que lo iguale.*»

Los ancianos hicieron muchos sacrificios para Aruru, hasta que ella, complacida, se apiadó de ellos. Aruru, descendió

de su lecho de oro, se acercó al río, tomó un poco de arcilla y modeló a un hombre que tenía los muslos y la larga cola de un toro, aunque de la cintura para arriba era como un hombre. El viento del Sur sopló llenándolo de vida, hasta que ese ser dio su primer respiro. Se llamó Enkidu. Libre como una brisa y contento como un potrillo, Enkidu se apartó del río, lleno de osadía y veloz con sus pies.

La gente de Uruk lo admiraba tanto, que Gilgamesh decidió capturar a Enkidu, especialmente cuando se enteró que protegía a los animales que él cazaba, salvándolos de las trampas de sus cazadores y guiándolos a lugares en el desierto donde estuvieran a salvo.

Al atardecer Gilgamesh envió a sus cazadores más valientes hasta el pozo en el desierto, adonde llevaba a beber sus animales y aves. Una mujer muy bella, que habitaba en el palacio acompañó a los cazadores y lo atrajo a para que se alejara de sus animales. La mujer le contó de la belleza de Uruk, sus comodidades y de la conveniencia de convivir junto a otros hombres. Enkidu se enamoró de la mujer y la acompañó hasta el palacio, donde aprendió a convivir con los demás seres humanos.

Al poco tiempo, Gilgamesh soñó una horrible pesadilla, que lo aterrorizaba incluso despierto. Se trataba de un valeroso guerrero, que provenía de las estrellas para luchar contra él, hasta vencerlo. Gilgamesh le contó el sueño a su madre, Ninmah, quien lo tranquilizó asegurándole que, aunque así sucediera, tendría algo bueno que aprender.

Una noche Gilgamesh celebró una fiesta junto a un grupo de animosos jóvenes, fue de casa en casa buscando bebida y entretenimiento. Enkidu, quien era parte del grupo, le impidió a Gilgamesh la entrada a una de las casas.

Gilgamesh le respondió con un puñetazo en la cara, esperando desplomarlo, pero Enkidu se sujetó de sus hombros y comenzaron a luchar sin que ninguno de los dos cayera.

Era la primera vez que Gilgamesh experimentaba una fuerza igual a la suya.

Después de un rato Gilgamesh perdió el equilibrio, dio un paso atrás y se puso a reír, ya no sentía rabia. A partir de ese momento, Gilgamesh y Enkidu se convirtieron en amigos inseparables por el resto de sus días. Enkidu siempre acompañaba al Rey, y éste no volvió a presumir y fanfarronear por su fuerza. Gilgamesh perdió sus viejos y malos hábitos, lo que alegró mucho al pueblo de Uruk.

A pesar de las comodidades y lujos del palacio, Enkidu se sentía muy infeliz, pues añoraba los lugares salvajes donde había vivido en su juventud. Y una noche, también él tuvo un sueño aterrador: vio un terrible monstruo negro, se le abalanzó y lo arrastró hasta las profundidades de la tierra, al reino de Nergal, donde yacían los muertos y el lodo era su único alimento.

Enkidu le contó esta pesadilla a Gilgamesh y sus intérpretes de sueños les advirtieron que debían hacer un sacrificio al dios del sol Shamash. Durante los ritos de sacrificio, el dios habló al sacerdote y a Gilgamesh, diciendo que debían abandonar Uruk para dirigirse a la Montaña Cedar, que era resguardada por un monstruo llamado Huwawa. Una vez allí, Gilgamesh debía matar al monstruo y liberar del mal a ese territorio.

Gilgamesh y Enkidu salieron de aventura armados con brillantes dagas y garrotes de guerra. Si Gilgamesh hubiese ido solo, habría sentido temor de enfrentar al monstruo Huwawa, sin embargo, la presencia de Enkidu a su lado le proporcionaba valor.

Caminaron durante varias semanas por un territorio que les pareció tan vasto como el océano. Las colinas onduladas se extendían en un paisaje amarillo carente de árboles. Sobre sus cabezas se divisaban halcones y águilas. Sobre el desierto caía una neblina amarilla, a través de la cual las nubes proyectaban

sombras, que parecían columnas sosteniendo el cielo. Finalmente, Gilgamesh y Enkidu divisaron por sobre la cima de una colina la magnífica Montaña Cedar.

Mucho tiempo antes, un dios había puesto allí algunos árboles de color verde oscuro, que proporcionaron a los dos héroes una sombra perfumada. Después continuaron juntos, por un sendero, hacia la cima de la montaña y allí encontraron una fortaleza construida de siete árboles mágicos, rodeando el reino de Huwawa. Repentinamente, Enkidu se atemorizó y le rogó a Gilgamesh que no buscara al monstruo, porque estaba oscureciendo. Pero Gilgamesh no podía esperar y comenzó a llamarlo con fuerza; ordenándole a Huwawa que apareciera y los enfrentara. Sólo hubo silencio y el sonido de los árboles con el viento, de modo que ambos se arrojaron con sus túnicas y se quedaron profundamente dormidos.

Cuando amanecía, Enkidu se despertó y encontró a Gilgamesh inclinado sobre él diciéndole: *«¡He soñado con el monstruo! La tierra temblaba y de los cielos llovía fuego, alrededor mío caía la muerte de las nubes.»* De modo que los dos compañeros, comenzaron a prepararse para la lucha, mientras Enkidu le aseguraba a Gilgamesh que el sueño sólo significaba su triunfo sobre Huwawa.

Entonces Huwawa exhaló con fuerza su aliento, las copas de los árboles se inclinaron para saludar la tormenta que rodeaba toda la montaña. Gilgamesh y Enkidu apenas tuvieron tiempo para esgrimir sus dagas; antes que Huwawa los agrediera, bramando y chillando con los vientos. Ardua fue la batalla entre Gilgamesh y Huwawa, sin embargo, Gilgamesh sentía el poder de su fuerza, mientras blandían sus armas hasta que lograron derribar al monstruo. Enkidu corrió y le cortó la cabeza. De este modo, los compañeros finalizaron la hazaña que les había encomendado Shamash para liberar al mundo de esa maléfica presencia.

Después de la batalla ambos combatientes se lavaron, se cambiaron sus atuendos y realizaron ofrendas a los dioses. Mientras Gilgamesh realizaba las suyas, se le apareció Ishtar, la diosa del amor, para felicitarlo por la victoria obtenida. Gilgamesh se veía tan bello con su casco de oro y su túnica blanca, que Ishtar intentó atraerlo hacia ella amorosamente. Pero él le contestó rabioso: *«Ishtar, sé muy bien lo que has hecho con aquéllos que intentaron amarte. El semental que te adoraba fue condenado a empujar tu pesado carruaje. Las ovejas que estaban encantadas contigo fueron convertidas en leopardos que se comían a los corderos. Y al joven Tamuz, quién te amaba, lo enviaste a la casa de los muertos, de modo que cada año después de la cosecha, la nieve del invierno se dirige sigilosamente por el río hasta el valle y cubre el terreno con hielo.»* Con estas palabras, Gilgamesh desdeñó a Ishtar. Pronto ella se vengaría.

Ishtar persuadió a su padre, Anu, para que enviara el Toro del Cielo a destruir la ciudad de Uruk, pero Enkidu luchó contra el toro hasta vencerlo. La maldición de Ishtar hizo que al poco tiempo Enkidu enfermara durante doce días y al décimo tercero, muriera en los brazos de su amigo. Incapaz de sobrellevar su dolor, Gilgamesh salió corriendo del palacio como un salvaje. No se podía conformar imaginando a Enkidu en la Casa de la Muerte alimentándose de barro, y sabiendo que él mismo también moriría algún día.

Gilgamesh sabía de un hombre que había recibido el don de la inmortalidad, Utnapishtim, Rey de Shurupak, y decidió ir en su búsqueda. Tal vez él estaría dispuesto a compartir su secreto y así podría Gilgamesh retornar a Uruk con semejante conocimiento y salvar a la humanidad de la inminencia de la muerte.

Finalmente Gilgamesh llegó hasta la montaña del sol. En lo más profundo de la montaña debía cruzar un túnel oscuro y frío donde había guardias con cola de escorpión y feroces cabezas. Al ver a Gilgamesh, los guardias lo detuvieron

diciéndole: «Sólo el sol, durante la noche puede ingresar por este pasaje, jamás lo ha cruzado algún mortal.» Gilgamesh respondió enfurecido: «¡Abrid vuestras puertas! No le temo a nada.» Y las puertas se abrieron.

Por el pasaje oscuro, Gilgamesh caminó durante dos veces once horas, sintiendo que descendía hasta la Casa de la Muerte. Miedo y terror embargaban su alma. Repentinamente distinguió un punto de luz y corrió en esa dirección. Así Gilgamesh salió de la oscuridad y llegó a un maravilloso jardín, junto a un mar azul verdoso. Entre piscinas y flores, se erguía el árbol santo de los dioses, el árbol de la vida, cubierto de toda clase de flores y frutas perfumadas; sus ramas eran de lapislázuli salpicadas de oro. Bajo el árbol, la tierra estaba cubierta de resplandecientes piedras preciosas. Aquí habitaba la diosa Siduri, quien al ver a Gilgamesh, le preguntó por la causa de su congoja. Gilgamesh le contó de la muerte de Enkidu y del temor a su propia muerte. «Busco a Utnapishtim, porque él ha superado a la muerte. ¡Decidme cómo encontrarlo para aprender los secretos de la inmortalidad!»

Siduri contestó: «Nunca hallarás la inmortalidad que anhelas. Después que los dioses crearon al ser humano, le entregaron la muerte y ellos se quedaron con la vida.»

Sin embargo, Siduri agregó: «Utnapishtim habita al otro lado de este mar. Este es el océano de la muerte y nunca un ser humano lo ha cruzado, tan sólo de vez en cuando se ve un barquero. Búscalo, tal vez él te pueda ayudar.»

Gilgamesh encontró al barquero, quién le enseñó como cruzar el océano y llegar a la isla de Utnapishtim. Gilgamesh lo halló sentado en el trono junto a su reina. Entonces, Gilgamesh le preguntó: «¿Cómo puedo alcanzar la vida eterna?». El inmortal respondió con una pregunta: «¿Acaso esperas que una casa dure para siempre? ¿Acaso el río inunda para siempre? Nada es permanente.» A lo que Gilgamesh respondió:

«Utnapishtim, sé muy bien que cuentas con la inmortalidad. ¡Comparte el secreto conmigo!».

Entonces Utnapishtim contestó: «Te revelaré el secreto, aunque es conocido sólo por los dioses y por mi. Hace mucho tiempo los dioses determinaron destruir al ser humano y enviaron un tremendo diluvio a la tierra. Si no fuera por una advertencia de Ea, dios de las aguas, yo también habría perecido. Ea me aconsejó: «Utnapishtim, construye un barco y embarca en él a todas tus criaturas.»

«Hice conforme a lo que se me pedía. Una mañana muy temprano, cuando una enorme nube apareció en el cielo, me embarqué y salí a navegar. Entonces el cielo se oscureció y sólo se lograba ver gracias a la luz de las antorchas. El viento golpeó la tierra partiéndola como si fuera una taza. Luego comenzó a caer agua, llenando la tierra hasta ahogar las montañas. Incluso los dioses temieron y se alejaron volando hasta el reino de Anu, hasta allí se arrastraron como perros.»

«Durante siete días los vientos de la inundación barrieron el mundo, hasta que finalizaron. Toda criatura viviente pereció, excepto las que yo había salvado. Al abrir la escotilla iluminé hacia abajo, me incliné y lloré. Entre las aguas, apareció la cima de una montaña y mi barco encalló en ella. Después de siete días liberé una paloma, pero regresó al no encontrar tierra firme. Más adelante liberé una golondrina, pero también regresó. Finalmente liberé un cuervo, que nunca más volvió.»

«Entonces conduje a mi familia y animales a la cima de la montaña, donde realizamos una ceremonia de agradecimiento. Los dioses olieron el dulce aroma y se acercaron hasta nosotros, luego me condujeron nuevamente al barco. Allí los dioses me indicaron que me arrodillara junto a mi esposa. Sobre nuestras cabezas escuché las siguientes palabras: «Hasta ahora Utnapishtim era un ser mortal, desde hoy en adelante Utnapishtim y su esposa serán como dioses. Habitarán en la lejanía, en la boca de los ríos.»

Utnapishtim finalizó su historia y vio que Gilgamesh, cansado por todos los obstáculos superados, se había quedado dormido. Utnapishtim lo despertó y le dijo: «*¿Acaso no sabes que los inmortales nunca duermen? ¡Oh Rey Gilgamesh!, Si es que logras mantenerte despierto por seis días y siete noches, conquistarás la sabiduría de la inmortalidad.*»

Gilgamesh intentó mantenerse despierto, pero pronto sintió que se le caía la cabeza, que se le cerraban los párpados y volvió a dormirse profundamente.

Utnapishtim le pidió a su esposa que horneara una hogaza de pan fresco por cada día que Gilgamesh durmiera. Ella horneó siete hogazas y se las fue poniendo junto a su cabecera mientras dormía.

Finalmente Gilgamesh despertó y le negó a Utnapishtim que se hubiese quedado dormido. «*¡Entonces cuenta las hogazas, oh Rey, una hogaza fresca por cada día dormido!*». Gilgamesh, contó las hogazas: la primera aún estaba fresca y tibia, en cambio la segunda estaba fría, la tercera estaba rancia, la cuarta dura, la quinta estaba partida y seca, la sexta oscura y la séptima comenzaba a enmohecerse.

De este modo Gilgamesh se dio cuenta que todo su esfuerzo había sido en vano. Utnapishtim, intentó consolarlo y le dijo a Gilgamesh, que al menos podría restaurar su juventud si lograba cortar la flor de la juventud, que se encontraba en lo más profundo del mar.

Gilgamesh no dudó un segundo. Ató pesadas piedras a sus pies y se sumergió hasta lo más profundo del mar, hasta encontrar la flor, después se sacó las piedras y regresó a la superficie.

Entonces Gilgamesh exclamó: «*¡Esta flor vale oro! No importa que tan vieja sea la persona, si come de ésta flor rejuvenecerá. Yo mismo la probaré, pero primero regresaré a Uruk para que los ancianos puedan comer de ella.*»

Después, Gilgamesh cruzó las aguas de la muerte y caminó por el desierto en dirección a Uruk. A medida que se acercaba a la ciudad, desgredado y sucio, encontró un manantial de agua pura y quiso darse un baño. Puso la preciosa flor en la orilla y mientras se bañaba, una serpiente olió la flor, se arrastró hacia ella y se la comió. Gilgamesh lloró y dijo: «*Desde ahora el destino de los hombres será también el mío.*»

MESOPOTAMIA

(NOMBRE GRIEGO QUE SIGNIFICA
«EL TERRITORIO ENTRE LOS RÍOS»)

¿Cómo se llamaba el pueblo que gobernaba el Rey Gilgamesh? Este pueblo se conoce como los sumerios, los primeros habitantes de Mesopotamia. La escritura es una de las contribuciones más notables de este pueblo de tiempos «históricos». Los registros sumerios, constituyen los restos escritos más antiguos de la humanidad y entre ellos, hallamos la Epopeya de Gilgamesh que fue escrita en arcilla, tal como otros registros que fueron desenterrados en nuestro siglo.

Ha sido posible encontrar cientos de tablas de arcilla, cubiertas de marcas acuñadas, que al ser descifradas, revelaron la vida y la historia de los pueblos sumerios, babilonios y asirios, en tiempos anteriores a Cristo. ¿Qué revelaron estos registros de arcilla? Algunos eran como páginas de libros de historia y creencias, relatos de héroes y de cómo se formó el mundo. Había libros sobre las estrellas, la medicina y la forma cómo medir el tiempo. Algunos libros trataban de leyes escritas o eran cartas de Reyes, escritas a gobernadores y oficiales bajo sus servicios. Otros eran historias de guerras y conquistas, también había libros de contabilidad que registraban las transacciones de los comerciantes.

Así la historia de esta época y de este territorio ha sido revelada por estos escritos y esculturas del pueblo. Muchos arqueólogos y estudiosos han trabajado durante años, cavando y desenterrando montículos, recopilando registros, aprendiendo a descifrarlos y a ordenarlos y luego rescribiéndolos para que nosotros podamos conocerlos. A todos ellos les debemos nuestros agradecimientos.

La escritura no existía antes de esta época. Todo el conocimiento se transmitía de boca a oído, como en el caso de los Vedas. Los semitas eran tribus nómadas del desierto, siempre en búsqueda de pasto para sus ovejas y cabras, acostumbrados a vivir sin límites, sin leyes y sin escritura.

Los sumerios, montañeses, bajaron de las montañas y se instalaron en la Llanura del Sinar. Allí construyeron casas y torres de adobe cocidos al sol para que los dioses montañeses habitaran allí como si fuera la cima de una montaña. A lo largo de la ribera más baja del río Eufrates, los sumerios, cavaron acequias y embalses para que el agua del río irrigara la tierra que ellos cultivaban con cebada y trigo. Usaban toros para arar y carretas con ruedas. Fabricaban ollas de cobre y practicaban comercio.

Por casi trescientos años, desde el 3050 AC en adelante, los pueblos sumerios se convirtieron en ciudades-reinos, cada una con sus torres-templos, rodeadas por casas para las familias y con un sacerdote soberano que procuraba que la tierra alrededor de la ciudad se mantuviera irrigada y que nadie de otra ciudad-reino se apropiara de ella. Pero llegó el día en que los semitas, liderados por su jefe de guerra, Sargón, invadieron el territorio de los sumerios y los sometieron.

Después de conquistar tan vasto territorio, los nómades debieron asentarse. A pesar de que Sargón, utilizó armas para conquistar a los sumerios, éstos conquistaron a los nómades más por su modo de vida, que por la fuerza. Los nómades cambiaron la carpa por la casa de barro. Aprendieron a trabajar el campo, a comercializar, a trabajar el metal y a escribir.

Fue así que estos dos pueblos se convirtieron en una nación. A la distancia, el pequeño pueblo de Babilón, bajo el reinado de Hammurabi, se convirtió en la capital y todo el territorio que la rodeaba se llamó Babilonia. Al igual que todos sus antecesores, Hammurabi también fue un Sacerdote-Rey. Los arqueólogos encontraron, en un pozo de ocho pies,

una roca que muestra al Rey recibiendo las leyes que le entregó el Dios-Sol. Además, se encontraron cincuenta y cinco tablas talladas en arcilla, que revelan sucesos de ese tiempo y las órdenes para sus oficiales babilónicos.

En Babilonia, los Ziggurats o templos se convirtieron en el centro de todos sus pueblos, al igual que en los tiempos sumerios. Los sacerdotes gobernantes eran dueños de la tierra, recolectaban y prestaban el dinero para el comercio, además debían llevar la contabilidad, lo que los llevó a desarrollar un sistema numérico. Pero, establecieron un orden de vida en la tierra, íntimamente relacionado con el orden que observaban en las estrellas del cielo.

Los babilonios fueron los primeros astrónomos. Desarrollaron una medición del tiempo terrenal a través de una observación estricta y exacta de las estrellas, del sol, la luna y sus movimientos rítmicos. La duración del año, derivó de la posición del sol al mediodía del 21 de junio, cuando brillaba directamente sobre la calle principal de Babilonia y observaron esta posición del sol cada 365 días. También, observaron que la luna cambiaba la posición de su salida y volvía a su posición original cada 29 días, lo que se convirtió en la forma de medir un mes. Los babilonios, observaron cinco estrellas que también cambiaban de posición y deambulaban por el cielo en ritmos regulares. Estas cinco estrellas deambulantes o planetas, junto al sol y la luna, les permitieron medir una semana con sus siete días.

Aún en nuestros días, medimos la semana, el mes y el año tal como lo descubrieron los sacerdotes babilonios, a través de los movimientos rítmicos y número de luces divinas. Y al contemplar el cielo estrellado, tal vez aún podamos sentir como lo hicieron estos sacerdotes astrónomos. Ellos sintieron que las estrellas eran las muestras externas de la presencia de los seres espirituales que habitaban junto a ellos, influyendo en la vida de los seres humanos en la tierra.

Sus torres de adobes secados al sol eran el diseño de una imagen del cielo y la tierra. El Ziggurat era cuadrado, a imagen de las cuatro esquinas de la tierra. A ella se ascendía por siete peldaños, cada peldaño representaba un símbolo de las siete luces divinas, el sol, la luna y los cinco planetas; y al mismo tiempo representaba los siete metales terrestres: oro, plata, hierro, mercurio, estaño y plomo. Los llamaron «EL-TEMEN-AN-KI», es decir «La Casa de la Piedra Fundamental del Cielo y la Tierra.»

LA ESTRELLA DE NAVIDAD

LA LLUVIA YA PASÓ.
CON LAS NUBES EN RETIRADA
CONTEMPLA LAS LUCES
DEL CIELO ESTRELLADO.
EL BOSQUE ESTÁ EN SILENCIO
EN LO OSCURO DE LA NOCHE.
ENTRE LAS HOJAS HÚMEDAS
BRILLA UNA PEQUEÑA LUZ ESTELAR
ASÍ COMO LA LUCIÉRNAGA REFLEJA
LO QUE BRILLA EN LA LEJANÍA.
¡EL CINTO DE ORIÓN!
¡LAS PLÉYADES?
¡ESTRELLAS ASÍ DE DISTANTES?
ENTRE ESTRELLA CELESTIAL
Y RESPLANDOR DE LUCIÉRNAGA
LA ESTRELLA DE NAVIDAD ILUMINA
LO OSCURO DEL CORAZÓN.

Mucho antes del nacimiento de Cristo, los sabios hombres del Este eran los vigilantes de las estrellas. La sabiduría de las estrellas era el conocimiento máximo y a través de él, los hombres buscaban desenmarañar los hilos de los misterios de la vida y predecir el futuro de la tierra. Ellos midieron y limitaron los días y las noches, los meses y los años, por la salida y la puesta del sol, la luna y las estrellas. El momento más oscuro del año, se producía cuando el sol aparecía en el punto más bajo del cielo, trayendo a la tierra la noche más larga. Los hombres sabios de Caldea, celebraban este momento del año como la «Hora de Medianoche» y la noche más larga, como «La Noche de Consagración».

Temprano en la tarde, se reunían junto a sus discípulos y al avanzar la noche se sentaban en profundo silencio. A la medianoche en punto, se oían misteriosos sonidos en la habitación y se encendía una luz como si hubiese nacido de la oscuridad. Esto se denominaba: «La Observación del Sol a la Medianoche». Habían encontrado luz a la hora de mayor oscuridad. ¿Pero esta luz había aparecido desde la oscuridad o desde el interior de ellos mismos?

Más tarde vivieron allí los Tres Reyes Magos, así llamados en honor a su gran sabiduría. Antiguas leyendas, narran de su búsqueda en las tablas de arcilla de los Caldeos descrita en una profecía que anunciaba el momento, a la Hora de Medianoche cuando dos grandes estrellas se alinearían en la constelación de Piscis y en la oscuridad bajo ellas, cuando aparecería una nueva estrella, «La Estrella de Jacob», para anunciar el nacimiento de un nuevo y más grande Rey: Cristo, el ser mismo del sol. Así se anuncia en las escrituras de los Caldeos, la venida de la Luz para todo el mundo, la luz que habían experimentado al celebrar de la Noche de Consagración.

Se cuenta que los Reyes Magos, pasaban tres noches cada mes, año tras año, en la cima de una montaña muy alta, para observar la estrella que se había anunciado.

En la noche del nacimiento de Cristo, la estrella apareció en la forma de un maravilloso niño, con una ardiente cruz sobre su cabeza, y se les anunció: «*Id de prisa a Judea, allí encontraréis al recién nacido, el Rey que aguardáis.*»

Hoy en día, nadie logra encontrar esta estrella en el cielo. Algunos dicen que era el mismo niño quien brillaba para conducir a los Reyes Magos. Otros dicen que fue el Espíritu Santo, que adoptó esta forma para guiar a los Sabios. Otros piensan que fue un ángel, que también se les apareció a los pastores. Sin embargo, hay quiénes se preguntan: «¿No habrá

sido un cuerpo celestial que se creó en ese momento y una vez cumplida su misión se reabsorbió en la sustancia del universo?»

San Mateo escribió: «...y la estrella que habían visto en Oriente les precedía, hasta que vino a pararse encima del lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo...»

SENAQUERIB Y LOS ASIRIOS



Al norte de Babilonia, muy bien protegida, se encontraba la ciudad de Azur, pues se hallaba construida en la ribera alta del río Tigris. Los habitantes de Azur se denominaban asirios y su dios era Assur, el dios de la guerra.

Para comprender a los asirios debemos recordar la descripción persa de Ahriman, quien conducía al pueblo a la guerra. Al contrario del pueblo babilónico, que estaba constituido por pacíficos campesinos y comerciantes a los cuales su sacerdote Rey había guiado con pensamientos para la

construcción de un mundo ordenado, los asirios eran un pueblo dispuesto a usurpar lo que otros ya habían construido.

El primer gran líder asirio se convirtió en Rey y se llamó a sí mismo Sargón, en nombre del Rey semita que conquistó a los sumerios. Sargón condujo su ejército hacia el lejano Occidente, dando muerte a todos los que se le opusieron y llevándose consigo el ganado, los granos, los metales, las joyas y otros tesoros. Sargón construyó una gran ciudad en Nineveh y el palacio más grande y magnífico visto hasta entonces, llenando la ciudad y su palacio con todos los tesoros robados.

Su hijo llamado Senaquerib, a la muerte de su padre, continuó por la misma senda usurpando territorios, ciudades y campos lejanos a Assur y Nineveh.

El nombre de Senaquerib se hizo muy popular y temido en todo el mundo. Él conquistó a los hebreos en la tierra de Israel, les arrebató sus tierras y los convirtió en esclavos.

El pueblo de Judá también temió ser arrasado y que incluso el dios Assur fuera más poderoso que Jehová. Cuando los asirios llegaron hasta las puertas de Jerusalén, la gente salió a las calles aterrorizada, entonces Isaías, el profeta judío, se paró delante del pueblo y exclamó que Jehová era el dios de toda la gente y más poderoso que Assur. Luego, Isaías profetizó que los asirios, a pesar de que ganarían algunas batallas, finalmente perecerían. Después, los soldados de Senaquerib comenzaron extrañamente a enfermar y cientos de ellos murieron, de modo que Jerusalén permaneció a salvo.

Al regresar a Nineveh, Senaquerib reunió un ejército aún más poderoso y cruzó marchando entre los dos ríos, en dirección a Babilonia, quemando las ciudades que se encontraban en el camino, asesinando a miles de hombres y capturando a otros tantos.

Sus soldados luchaban con arcos y lanzas, montaban a caballo y en carruajes, construyeron grandes tanques con

ruedas y espolones de estropicio capaces de derrumbar muros de ladrillos. Pero ni los espolones, las lanzas, o los arcos eran lo más temido, sino que el mayor temor era a los soldados, quienes eran tan crueles y feroces, que no parecían seres humanos. Dondequiera que el ejército asirio aparecía, dejaba tras de sí un reguero de ruinas y muerte. Alrededor de pilas humeantes encendidas por fuego asirio, pilas que antes eran pueblos, los soldados ponían palos donde enterraban los cuerpos de sus enemigos, despellejados vivos. Además apilaban montones de cadáveres para advertir lo que sucedería a los que opusieran resistencia.

Otro profeta de Judá llamado Nahum, exclamó contra los asirios diciendo: *«¡Afligios por aquella sangrienta ciudad!, llena de mentiras y robos, el sonido del látigo, el ruido de las ruedas, de brincos de caballos y de saltos de carruajes. El jinete levanta la reluciente espada y la brillante lanza para convertir a las multitudes en esclavos y hacerlos tropezar con los muertos. Sabed que me opongo a vosotros, dice el Señor de los Huéspedes, y sucederá que todo aquél que os contemple, huirá de vos exclamando: Nineveh yace en las ruinas, ¿Quién lo lamentará?»*.

Así fue que Senaquerib y su ejército se dirigieron a Babilonia y la destruyeron totalmente, permitiendo que el agua del canal que había regado sus campos de cebada inundara las ruinas.

De este modo los asirios llegaron a gobernar el territorio ubicado entre los ríos, con un mínimo de sabiduría, sólo a través de la fuerza. Ahora no se veía más la pacífica caravana de burros, cargando granos y lana, transitando el serpenteante camino que unía los pueblos. Se veía una asfixiante polvareda por los caminos repletos de ganado, caballos, jumentos, cabras, ovejas y largas filas de camellos cargados de tesoros de oro y plata, que se dirigían a Nineveh para ofrendar al Rey conquistador del pueblo. Eran tantas las riquezas de Nineveh, que llegó a convertirse en el centro del Imperio Asirio.

Los asirios eran los dueños de los territorios entre los ríos. Allí construyeron grandes palacios y templos, cultivaron hermosos jardines, con plantas que trajeron de todos los territorios conquistados, incluida la India. De todas partes llegaban artistas para decorar la ciudad con sus estatuas.

Después de la muerte de Senaquerib, su nieto Assurbánipal gobernó el Imperio. Se preocupó de reunir una gran colección de 2.200 tablas de arcilla para su biblioteca. Éstas se descubrieron entre las ruinas de Nineveh, donde se halló escrita la historia de los triunfos asirios.

A pesar de que los asirios gobernaron el territorio conquistado durante muchos años, debieron enfrentar sus propios problemas, ya que sus súbditos se rebelaban constantemente, obligándolos a mantener activo un gran ejército. Tuvieron que sacar a los campesinos de sus tierras, a los comerciantes del comercio, a los mercaderes de sus negocios y obligarlos a servir en el ejército para someter a los rebeldes y luchar contra los extranjeros que atacaban desde el Sur y el Norte. Los soldados no cultivan el campo, no construyen casas, ni fabrican ropas. Ellos no producen nada para los demás, por el contrario, se puede afirmar que los soldados consumen la producción de otros. Entonces llegó un momento en que Asiria no contó más con campos cultivados, los canales de riego se rompieron, el comercio y los negocios disminuyeron.

Ésta fue la causa de la pérdida del poderío asirio. Los persas aparecieron por el Norte, mientras que los caldeos lo hicieron por las desérticas tierras del Sur. Ambos ejércitos se juntaron para derrotar la ciudad de Nineveh. Los ejércitos botaron el muro y derrocaron a los odiados asirios, de tal modo que se cumplió la profecía de Nahum. Todas las naciones se alegraron con la derrota de Nineveh, que quedó convertida en un montón de ruinas hasta el día de hoy.

Más tarde sucedió que el Rey caldeo Nabucodonosor reconstruyó Babilonia y la integró a Caldea. Además, en el año 586 AC, condujo al pueblo cautivo de Israel hacia Babilonia. Su hijo Baltasar fue el último Rey babilónico antes de Cyrus el Grande (538 AC), quién permitió a los cautivos regresar a sus tierras.

Los Reyes caldeos pasaron muchos años excavando en busca de antiguos documentos. Ellos querían volver al pasado y no impulsaron nada nuevo. Su reinado sólo duró 68 años, desde el 606 hasta el 538 AC.

ESARHADDON, REY DE ASIRIA 681-668 AC

(BASADO EN UN CUENTO DE LEÓN TOLSTOI)

El Rey asirio Esarhaddon fue el hijo de Senaquerib y el padre de Assurbanipal. Los asirios conquistaron el reino del Rey Lailie a sangre y fuego, quemaron la ciudad, mataron salvajemente a los soldados y se llevaron a los habitantes de esta región como esclavos.

Esarhaddon encerró al Rey Lailie en una jaula mientras decidía cómo matarlo. Una noche, mientras Esarhaddon imaginaba cómo hacerlo, se le apareció un anciano.

El anciano preguntó: «¿Es verdad que quieres darle muerte al Rey Lailie?» Esarhaddon contestó: «Sí, sólo que no me decido por qué medio hacerlo.»

El anciano replicó: «Pero tú eres Lailie.»

Esarhaddon exclamó: «Eso no es cierto. Yo soy yo y Lailie es Lailie.» Sin embargo el anciano replicó gentilmente: «Tú y Lailie son uno solo. Solamente que a ti te parece que tú no eres Lailie y que Lailie no eres tú. «— ¿Qué quieres decir con «parece»? Aquí estoy tendido en mi mullida cama, rodeado de mis obedientes esclavos. Mañana celebraré una fiesta con mis amigos, mientras que Lailie está encerrado en una jaula como un pájaro y mañana será despedazado por mis perros.»

El anciano exclamó: «No puedes destruir su vida.»

— «Pero si ya maté a más de catorce mil de sus soldados, además construí un montículo con todos esos cuerpos, ¿por qué no habría de matar también a Lailie?» El anciano le dijo: «Ven conmigo», y condujo a Esarhaddon hasta una piscina llena de agua. Luego llenó una jarra y le dijo: «Tan pronto comience a derramar sobre ti el agua de esta jarra sumerge la cabeza hasta lo más profundo de la piscina.»

Y así sucedió mientras el anciano derramaba agua encima de su cabeza, Esarhaddon la sumergió en lo más profundo de la piscina y tan pronto estuvo su cabeza totalmente sumergida bajo el agua, sintió que ya no era la misma persona. Delante de él vio a una bella mujer, a la que nunca antes había visto, sin embargo supo que se trataba de su esposa. La mujer se acercó y le dijo: «Mi querido Lailie, los príncipes te esperan en el salón, sal pronto a reunirte con ellos.»

Esarhaddon no se sorprendió con sus palabras, de inmediato obedeció y se dirigió al salón donde varios príncipes lo aguardaban para presentarle sus respetos. Los príncipes lo saludaron con una reverencia y luego se sentaron para escuchar sus consejos. Primero habló el mayor de los príncipes diciendo que debían declarar la guerra contra el débil Rey asirio Esarhaddon, pero Lailie, quién ahora sabía quién era, se opuso. El Rey en cambio, ordenó que se enviara un grupo de embajadores que llegaran a un acuerdo con el Rey Esarhaddon. Él mismo escogió al grupo de hombres y les instruyó qué debían decir. Después de despedir a los príncipes, el Rey salió a cazar y luego regresó triunfante a casa para celebrar con sus amigos.

Al día siguiente, el Rey asistió a la corte para atender miles de solicitudes que traía la gente en busca de justicia. Después de dictar su veredicto, el Rey salió a cazar nuevamente y al regresar a casa volvió a celebrar una fiesta con sus amigos.

Así transcurrieron los días, mientras aguardaba el regreso de sus embajadores. Finalmente regresaron sus hombres, pero habían sufrido un gran golpe del destino. Les habían cortado la nariz y las orejas y traían el siguiente mensaje para Esarhaddon Lailie: «Sufirás el mismo infortunio si no envías, en el más corto plazo, un tributo consistente en plata, oro y madera de ciprés. Te esperamos en persona para que rindas los debidos honores al Rey asirio.»

Lailie, quien había sido Esarhaddon, convocó a sus consejeros y esta vez declararon la guerra al Rey Esarhaddon. Lailie estuvo de acuerdo e incluso se convirtió en el líder del ejército contra los asirios. Marcharon durante siete días, diariamente Lailie se mezclaba con sus hombres para animarlos. Al octavo día se encontraron con el ejército de Esarhaddon en un ancho valle a las orillas del río. Mientras sus soldados combatían, Lailie vio al ejército de Esarhaddon aproximarse en tropel desde las faldas de las colinas cercanas. Mientras que el ejército de Lailie se contaba de a cientos, el de Esarhaddon se contaba de a miles.

Lailie condujo su carro de guerra al centro del ejército enemigo, acuchillando y decapitando a diestra y siniestra con su espada. Repentinamente, Lailie sintió una gran herida y fue tomado prisionero. Marchó durante nueve días junto a los demás cautivos y al décimo día llegaron a Nineveh donde fue encerrado en la prisión durante veinte días, sufriendo no sólo del dolor de las heridas y el hambre, sino que además de vergüenza y rabia. Se convenció que sus enemigos no debían verlo sufrir y aguantó el dolor con coraje, sin un quejido, ni siquiera frente a todo lo que contemplaba como la tortura de sus amigos y familiares o cuando se llevaron a su esposa como esclava de Esarhaddon. Todo lo resistió en silencio.

Un día, dos soldados abrieron la cerradura de la prisión y lo condujeron hasta un palo puntiagudo. Allí olvidó su convicción de permanecer tranquilo y silencioso y comenzó a suplicar compasión. Pero nadie lo escuchó. Entonces gritó: *«¡Esto no puede ser! ¡Yo no soy Lailie, yo soy Esarhaddon!»*

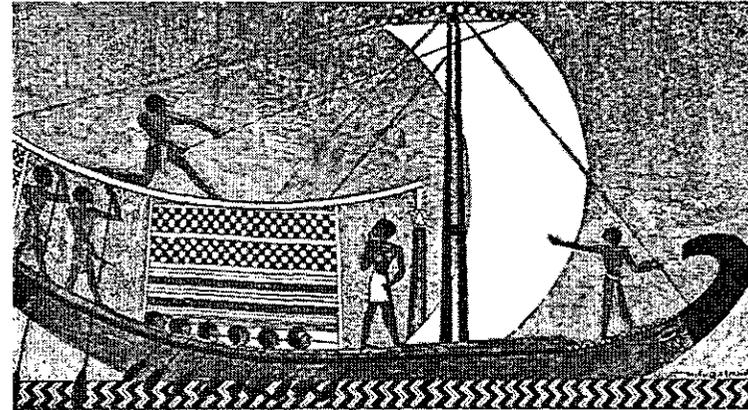
Y escuchó que una voz le decía: *«Eres ambos, eres Esarhaddon y Lailie.»*

Al sentir que alguien le enterraba el palo puntiagudo, nuevamente el Rey gritó sacando la cabeza del agua. Entonces vio que el anciano se encontraba de pie vaciando las últimas gotas de agua sobre su cabeza. Esarhaddon exclamó:

«¡Qué terrible y prolongada angustia he sufrido!» A lo que el anciano replicó: *«¿Duradera? Pero si apenas sumergiste la cabeza y ya la sacaste. Ves que aún no termino de vaciar el agua de la jarra. ¿Ahora entiendes que Lailie eres tú mismo, que tú eres Lailie? Pensabas que la vida era sólo tuya. La vida está en cada uno de nosotros y en cada cosa, tanto en ti como en mí. Ahora te he mostrado que al hacer daño a alguien también te lo haces a ti mismo. Con la porción de vida que tú cuentas puedes convertir la vida en algo mejor o peor.»*

Después de estas palabras el anciano desapareció. A la mañana siguiente, el Rey Esarhaddon ordenó que liberaran a Lailie y a todos los prisioneros. Después convocó a su hijo Assurbanipal y le traspasó su reino. Entonces, Esarhaddon se internó en la selva para meditar sobre todo lo que había aprendido. Más tarde, Esarhaddon visitó varios pueblos y ciudades para predicar a la gente que la vida es una y que el ser humano se hace daño a sí mismo al desear el mal a los demás.

ANTIGUO EGIPTO



«A TI RENDIMOS HOMENAJE, OH, RA, CUANDO
ASCIENDES!
TÚ AVANZAS A PASOS RAUDOS POR LOS CIELOS EN PAZ,
Y TODOS TUS ENEMIGOS CAEN VENCIDOS.
LAS INCANSABLES ESTRELLAS TE CANTAN HIMNOS DE
ALABANZA,
Y LAS ESTRELLAS QUE DESCANSAN
Y LAS ESTRELLAS QUE NUNCA FALLAN
TE GLORIFICAN CUANDO DESCIENDES PARA DESCANSAR
EN EL HORIZONTE DE MANU,
OH, TÚ, QUE ERES HERMOSO
AL AMANECER Y AL ATARDECER.
«ALABADO SEAS, OH, NILO,
QUE FLUYES DESDE LA TIERRA

PARA NUTRIR A LOS HABITANTES DE EGIPTO,
 QUE RIEGAS LOS PRADOS
 QUE RA HA CREADO PARA ALIMENTAR
 A TODO EL GANADO,
 QUE LES DAS DE BEBER A LAS ZONAS DESÉRTICAS
 ALEJADAS DE LAS AGUAS,
 QUE HACES LA CEBADA Y CREAS EL TRIGO.
 SI SU FLUJO DECRECE SE OBSTRUYEN LAS NARICES
 Y LOS HOMBRES SE SIENTEN ABATIDOS.
 CUANDO CRECE LA TIERRA SE REGOCIJA
 Y TODOS LOS HOMBRES SE ALEGRAN;
 CADA MANDÍBULA SONRÍE
 CADA DIENTE SE DESCUBRE.
 PORTADOR DE ALIMENTO,
 CREADOR DE TODO LO BUENO.
 «TODO EL GANADO DEPENDE DE SUS PASTIZALES,
 LOS ÁRBOLES Y PLANTAS FLORECEN,
 LOS PÁJAROS REVOLOTEAN EN SUS PANTANOS,
 ELEVANDO SUS ALAS EN SEÑAL DE ADORACIÓN POR TI.
 LAS OVEJAS TODAS DANZAN SOBRE SUS PATAS,
 TODAS LAS CREATURAS ALADAS VUELAN,
 LAS QUE VIVEN CUANDO TÚ BRILLAS SOBRE ELLAS.
 «LAS BARCAS ZARPAN RÍO ARRIBA
 A LA VEZ QUE RÍO ABAJO TAMBIÉN.
 TODAS LAS RUTAS SE ABREN
 PORQUE TÚ HAS AMANECIDO.
 LOS PECES EN EL RÍO
 SALTAN DELANTE DE TI.
 TUS RAYOS SE ENCUENTRAN RODEADOS
 DEL GRAN VERDE MAR.
 ¡QUÉ MULTIFACÉTICAS SON TUS OBRAS!
 OH DIOS ÚNICO, CUYOS PODERES
 NINGÚN OTRO POSEE.»

Para los sacerdotes egipcios
 La tierra no era irreal,
 Ni tampoco maligna,
 Sino que era la obra de los dioses.
 Todo en el mundo
 Era una huella de los dioses.
 Para ellos la tierra
 Se volvió un lugar muy importante,
 Tan importante que sentían
 Que todo lo que hacían sobre la tierra
 Debía y podía
 Ser llevada con ellos
 Al mundo espiritual
 Al morir.
 Dado que la tierra revelaba
 El ser de los dioses,
 El hombre podía disfrutarlo.

EL VIENTO Y LA LUZ

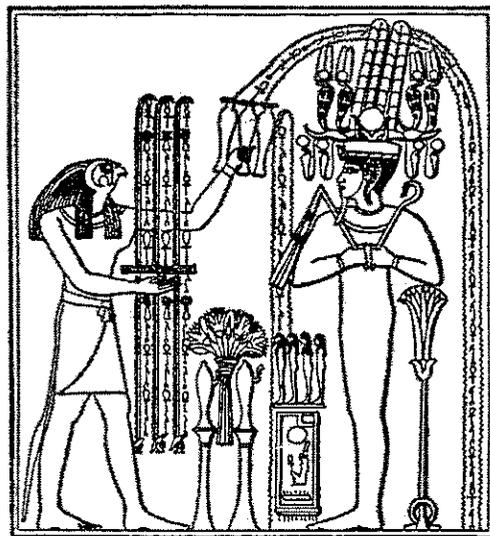
Hubo un tiempo en el proceso de creación del mundo, en que aún no existía el aire y los seres humanos que habitaban la tierra no tenían necesidad de respirar. La tierra se encontraba cubierta con una densa capa de vapores en la cual actuaban los poderes vivificantes del sol. El poder solar y los vapores eran uno.

Los antiguos egipcios representaban esto con la imagen de dos hermanos: Osiris, el poder del sol y su hermano Set. Llegó el momento en que Set se separó de Osiris y como el Viento, actuó en el elemento del aire que ahora apareció mientras se esfumaba la humedad en la cubierta de vapores del mundo. En cambio Osiris actuó en el elemento de la luz. Por la actividad de Set, el aire penetró en el hombre a través de la respiración. A partir de entonces la humanidad debía respirar.

Anteriormente los seres humanos vivían sin conciencia del nacimiento y la muerte. Tan pronto el hombre respiró, denominó a ese respiro «vida» y a su detención «muerte».

Todos los egipcios conocían la historia de Osiris y Set. Esta historia vivía en el alma egipcia y les recordaba que algún día llegaría el momento de la muerte y la detención de la respiración, por lo tanto, durante la vida debían aprender cómo entrar en la muerte.

OSIRIS



Hace mucho, mucho tiempo vivió en la tierra un Rey a imagen de Dios, que se llamaba Osiris, el dios de la Luz. Todos lo amaban y su nombre se destacaba sobre los demás, Osiris daba la vida y les enseñaba a los seres humanos a ser más que mendigos o animales, mostrándoles como cultivar granos y uvas, dictando leyes y enseñándoles a venerar a los dioses. Bajo su reinado los hombres vivían felices.

Todos lo amaban, excepto uno, su hermano Set, quien era el soberano del desierto donde no crecía planta alguna. Set secó la tierra para que fuera inhabitable y siempre andaba tras el mal, pues en su corazón ardía un cálido viento de envidia hacia el verde valle del reino de Osiris y de odio por cualquier ser viviente.

Isis, la hermana y esposa de Osiris, era muy atenta, siempre protegiendo a Osiris para que no sufriera daño alguno.

Sin embargo, Osiris quiso viajar por todo el mundo con el fin de civilizarlo, para cambiar la conducta de los seres humanos, no a través de la fuerza y las armas sino que por persuasión, por la razón y todo tipo de cantos. Osiris dejó a Isis en casa para que vigilara a Set. De tal modo que mientras Osiris estuviera ausente, bajo la atenta mirada de Isis, Set no podría atacarlo.

Pero cuando Osiris regresó a casa, Set lo aguardaba con un plan en su contra. Sin que se diera cuenta, Set midió la sombra de Osiris, el alto y el ancho, y mandó a construir un bello sarcófago donde cupiera. Luego celebró un gran banquete e invitó a todos y los invitados admiraron la belleza y los ornamentos del sarcófago que había mandado a hacer con la forma de un hombre. Entonces, Set propuso un juego y dijo que regalaría el sarcófago a quien cupiese en él. Muchos lo intentaron, pero algunos eran muy altos, otros muy bajos, otros muy gordos y otros muy delgados. Finalmente le tocó el turno a Osiris, quién alegremente se tendió en el sarcófago donde su cuerpo cupo con precisión.

Al ver a Osiris tendido dentro del sarcófago, los setenta y dos amigos de Set, que lo ayudaron en la conspiración, corrieron a cerrar el cajón, lo aseguraron con clavos, lo soldaron con plomo derretido y lo llevaron hasta la orilla del río Nilo. Allí lo lanzaron al agua y lo dejaron flotando a la deriva rumbo al mar.

Tan pronto Isis se enteró, se cortó un mechón de su cabello en señal de duelo, se vistió con una túnica de luto y salió en busca de Osiris. Caminó durante largo tiempo por el mundo, hasta que finalmente unos niños le avisaron que habían visto el sarcófago flotando en la costa de un país llamado Biblos. Para llegar al sarcófago, Isis tuvo que preguntar una y otra vez, hasta que finalmente le dijeron que las olas habían arrastrado el cajón hasta la orilla. Allí se encontraba atrapado dentro de una planta, que había crecido tan vigorosamente, que con su tronco cubrió el cajón. El Rey de Biblos, se había

percatado de este árbol inusualmente grande, de modo que mandó a cortar el tronco, para usarlo como columna y sostener el techo de su palacio.

Isis llegó a Biblos y se convirtió en nodriza del hijo de la Reina y a su tiempo le reveló su identidad de diosa y pidió que se le diera la columna. El Rey se la entregó a Isis, quién la llevó de regreso en un bote.

Una vez en su hogar, Isis deseó abrazar a su hijo Horus, dejando desprotegido el sarcófago. Set salió a cazar, aprovechando la luz de la luna y llegando hasta el sarcófago descubrió el cuerpo de Osiris y lo desmembró en catorce partes, que repartió por todo Egipto.

Entonces, Isis se enteró de esta nueva maldad y salió navegando por los pantanos en un pequeño bote, en busca de cada una de las partes del cuerpo de Osiris y sepultó cada una de ellas, en el mismo lugar donde las encontró y allí construyó un Templo para Osiris. Así fue como, en vez de un reino, llegaron a existir catorce reinos en Egipto.

Tanta fue la aflicción de Isis, que su llanto despertó a Osiris, en el mundo de los muertos. De allí en adelante, los seres humanos se consolaron al pensar en la muerte, ya que se reunirían con Osiris y su luz brillaría para ellos en el reino de los muertos. Entonces los vivos comenzaron a referirse a la muerte como «*el aproximarse hacia la luz*».

¿Quién reinaría en su Reino ahora que Osiris había abandonado la tierra? Set intentó apoderarse del reino, pero Horus, el hijo de Isis y Osiris, luchó contra Set para vengar la muerte de Osiris. Se dice que la lucha se extendió por todo Egipto, y después de ocho años de lucha, finalmente Horus venció a Set y asumió el trono.

Cada uno de los faraones de Egipto, sucesores de Horus, recibió el título de *Horus Viviente*. Después de su muerte, Horus se alejó hacia *Tierras Occidentales* y tomó el nombre de Osiris.

LA BIOGRAFÍA DEL RÍO NILO



Hacia el Oeste de la India, cruzando el océano, se ubica un gran continente. En el Norte de esta región, brilla el sol, día tras día en un cielo azul claro que contrasta con la amarilla arena que se extiende por todo el paisaje, y que conforma el desierto más grande del mundo.

Llueve tan poco en este lugar, que a veces pasa un año entero sin que caiga una sola gota de agua del cielo. Durante el día sopla un viento seco con el calor del sol, pero las noches son heladas. En el desierto crecen algunas pocas plantas. Se trata más que nada de roca y arena, arena tan brillante y liviana como los rayos de luz, arena que arrastra el viento formando colinas, que se van moviendo y cambiando como las olas del mar, pero algo más lento.

Hace mucho tiempo atrás, cuando los sacerdotes babilónicos estudiaban las estrellas y escribían en sus tablas de arcilla, otro pueblo se había asentado en este desierto, instalándose en un lugar donde había mucha agua, gracias al río

que fluía por el territorio arenoso y seco. Era un río que nunca se secaba. Este pueblo también construyó casas de adobe y cultivó la tierra a orillas del río.

Uno puede preguntarse: «¿Cómo cultivaban en la arena, habiendo tanta agua en el mundo?». O bien: «¿De dónde proviene el río en un territorio donde no llueve? ¿Por qué no se secaba? ¿Cómo fabricaban los adobes sin más que barro? ¿Cómo cultivaban grano y cebada si la tierra no era cultivable?»

En la antigüedad los egipcios no conocían el origen del río, sólo sabían que corría de Sur a Norte. En sus embarcaciones, los egipcios navegaron en dirección al Sur, hasta un cierto lugar, sin adentrarse más, debido a las innumerables rocas que yacían, como hipopótamos con su lomo sobresaliente, por encima de las movedizas aguas para brillar al sol. Si alguien se atrevía a continuar el viaje caminando, llegaba hasta otro rápido rocoso, o catarata, seis en total, y más arriba el río continuaba fluyendo desde el Sur, hasta tan lejos, que en esos días, nadie podría haber continuado explorando. De ese modo la gente aseguraba que el río era parte de una *Corriente Celestial* que rodeaba la tierra y nunca se detenía.

Pero aún más maravilloso, el río no sólo traía agua a esta tierra, sino que también la rica tierra negra. Cada año, durante la misma estación, fluía tal cantidad de agua, que arrasaba las cataratas y producía una gran corriente, que inundaba las orillas del río y terminaba cubriendo ambas riberas y por muchas millas. La inundación era de agua oscura, con una capa fina de barro o lúgamo. Después de dos meses la inundación retrocedía nuevamente, dejando una nueva y fresca capa de tierra negra en el territorio. Así fue como este pueblo antiguo, encontró entre las capas de tierra a la orilla del río, muchas capas de una tierra negruzca. Al sembrar semillas en este barro, posterior a la inundación, crecían tan rápido, que la gente podía cosechar los granos dos meses después de sembrados.

El pueblo decía que estos dos obsequios, agua y barro, eran enviados por el *dios del Nilo* que habitaba en algún lugar lejano del Sur, arrodillado en una cueva rocosa dentro de la tierra. Se lo imaginaban sosteniendo una jarra en cada mano, derramando la inundación dadivosa de agua y tierra nueva. Así fue como este pueblo pudo cultivar y cosechar el alimento de la tierra. Con el barro pudieron fabricar sus adobes que pusieron a endurecer y secar al sol, para luego construir sus casas.

Aún nos queda otra pregunta: *¿Cómo hicieron los egipcios para regar sus granos durante los diez meses, entre una inundación y otra, cuando los cálidos vientos secos del desierto secaban la humedad del suelo, incluso de la orilla del río?*

Los egipcios se alegraban y agradecían los obsequios de los dioses, pero también hacían algo por ellos mismos. Después de la inundación, los egipcios levantaban el agua y la conducían por unos canales hasta unos estanques donde se almacenaba, entre bancos de tierra, para usarla cuando la necesitaran. *¿Cómo levantaban el agua?* Con molinos de agua, barriendo bien, muy parecido a nuestras presas actuales

Hace apenas cien años atrás fue posible recorrer el nacimiento del río Nilo, lo que es muy reciente, si pensamos que durante cinco mil años fue un misterio para el pueblo del Nilo.

Desde la desembocadura del Nilo debemos viajar miles de millas hacia el Sur para llegar a la fuente. Si viajamos a la misma velocidad que toma el agua de esta fuente para llegar al Mar Mediterráneo, nos llevaría cuatro meses a una velocidad de mil millas en un mes. Esto se ha medido tanto en distancia como en tiempo por medio de la marca de apogeo, al moverse en dirección Norte, durante la estación de inundación.

Este largo río es el segundo más largo del mundo y uno de los más interesantes. Imaginémonos a dos hermanos, que

al contrario de Osiris y Set, comienzan separados y se convierten en uno solo. Uno de ellos es tranquilo, calmado, se mueve lento, es paciente y está determinado a llegar, hasta el fin del viaje, a su propio ritmo. En cambio, el otro es salvaje, se abalanza, llevándose todo lo que encuentra a su paso, a medida que baja por precipicios, corre entre las apretadas rocas, ruge y grita, como si temiera llegar tarde. Estos dos hermanos representan las dos fuentes que abastecen el Nilo. La fuente más lenta y calmada, tiene su origen en un tranquilo lago, que se ubica en la lejanía de las altas tierras del Sur. La fuente más salvaje, baja veloz desde la cima de antiguos volcanes, más al Norte de la primera. La más calmada, corre a través del tupido bosque, llevando sustancias vegetales en su corriente, viejos troncos, hojas, raíces, frutas que caen por la corriente y allí se desintegran. Mientras la más salvaje, rasga el desmenuzable borde de las montañas volcánicas, arrastrando minerales y metales, que hirvieron en la tierra durante la antigüedad, moléndolos y mezclándolos en el fino fango que llamamos légamo.

La más calmada, fluye noche y día, desde el gran lago o mar interior. Las tormentas de lluvia diaria mantienen el nivel del lago. En cambio, la otra corriente baja sólo una vez al año, pero como un torrente tan fuerte que, si andan personas o animales cerca deben correr y apartarse del camino, para mantenerse a salvo.

El momento en que el río baja de las montañas, llega cuando los vientos de las tormentas del Suroeste arrecian por ambos lados. Esta es una tormenta completamente húmeda, que comienza en el Océano Atlántico, y aumenta su humedad a medida que recorre miles de millas, por las calidas y húmedas selvas de Sudáfrica. Al llegar a las montañas alcanza las altas crestas donde se encuentra con el aire frío en sus altas cimas. Esto provoca que la carga de la humedad del mar caiga en torrentes de lluvia. El salvaje río recibe la lluvia y entra en

acción cada año en el mes de Abril y, cuatro meses más tarde, alcanza el Mar Mediterráneo. En el mes de Junio, los vientos secos del Noreste, soplan desde el desierto, durmiendo al hermano salvaje, hasta la próxima primavera.

Los dos hermanos se encuentran al Norte de sus fuentes y se convierten en uno solo, que corre por 1.350 millas más, hasta llegar a Egipto, llevando tesoros vegetales y sustancias minerales que se depositan en el suelo como rica tierra nueva.

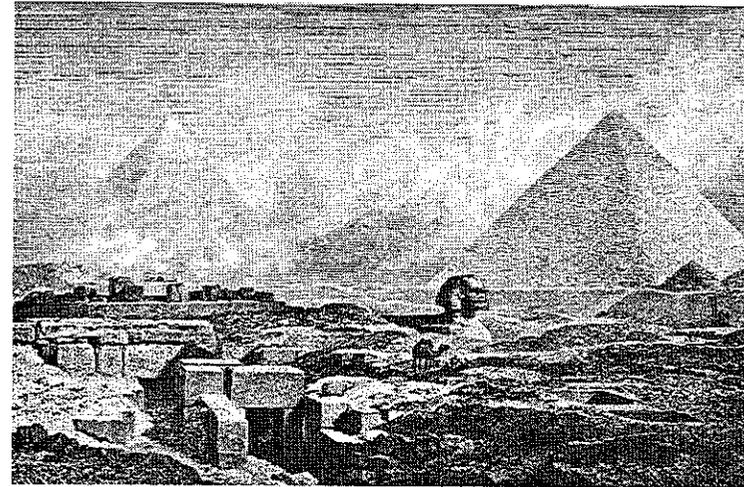
El hermano tranquilo que lleva agua más limpia se llama Nilo Blanco. En cambio, el hermano salvaje, que lleva agua oscura, se llama Nilo Azul. Después, convertidos en uno, se transforman en el río Nilo, que corre hacia el Norte a la tierra de Egipto.

Del mismo modo que los campesinos de otras tierras observan el cielo para buscar señales de lluvia, los egipcios miran a la distancia en dirección al Sur, cada año en el mes de Julio, para buscar la ola de la corriente que cabalga cuesta abajo por su único río.

El Nilo Blanco no podría inundar su orilla, sin la ayuda del Nilo Azul. Pero sin la presencia del Nilo Blanco, el Azul, dejaría que las plantas de Egipto perecieran de sed en el período entre las inundaciones.

KEOPS

FARAÓN EGIPCIO ALREDEDOR DEL 3000 AC.



Keops era un joven egipcio, de origen noble, dueño de un vasto territorio. Pasaba el día cazando, nadando y supervisando el trabajo en su propiedad. Era un hombre estudioso que, desde niño, había aprendido en el templo de la sabiduría.

En Egipto no todos asistían a la Escuela. Aquéllos que iban debían demostrar, no sólo lo que habían aprendido, ni que tan inteligentes eran, sino que debían probar su coraje. Tenían que probar que eran capaces de terminar lo que habían comenzado, y si eran capaces de tolerar el sentimiento de soledad. Antes de comenzar sus estudios, el alumno debía pasar la prueba del coraje, la devoción y la confianza en sí mismo.

Las escuelas se hallaban en los Templos y los Maestros eran los Sacerdotes, quienes a su vez eran los verdaderos líderes de Egipto e incluso guiaban y aconsejaban al Faraón.

Los hombres que habían estudiado en las Escuelas del Templo guiaban en turnos a la gente sencilla, como campesinos, comerciantes y artesanos. Los Templos eran el lugar donde habitaba Ra cuya imagen se ubicaba en un lugar especial del salón, al que sólo el Sacerdote podía ingresar y una vez al año, la sacaban del salón y la subían en un bote por el río Nilo, para ser bendecida.

Cuando Keops ingresó a la escuela del Templo, desconocía que algún día sería soberano de ese vasto territorio.

Un Sacerdote aguardaba a Keops, a la entrada del templo, para mirarlo a los ojos, como si observara cada rincón de su corazón y de su alma, buscando la evidencia de algún temor o falsedad, algún egoísmo o maldad, que pudiera esconderse en él. Keops miró directamente a los ojos del sacerdote, sin jamás apartar la vista, entonces el Sacerdote lo condujo adentro del Templo.

Una vez dentro, Keops, se encontró con una reja sostenida entre dos columnas, una roja y otra negra. La columna roja señalaba «*el camino de la luz*» y la negra «*el camino de la oscuridad*». Parado delante de las columnas, junto a Keops, el Sacerdote dijo: «*Ahora debes reflexionar si deseas continuar adelante, pues una vez que hayas cruzado este umbral ya no habrá vuelta atrás. Deberás permanecer en el Templo durante tres veces siete años. Esa es la duración del aprendizaje en el Templo, si no deberás permanecer como esclavo, por el mismo tiempo.*»

Keops no dudó en cruzar el umbral. Después ingresó en un habitación donde halló una estatua cubierta con un velo, abajo decía: «*Nunca nadie ha descubierto mi velo*». Delante de esta estatua debía prometer que, durante los siguientes siete días, no hablaría una sola palabra. Entonces, el sacerdote lo condujo a la siguiente habitación. La puerta se cerró con fuerza tras él y, en ese momento, se dio cuenta que ya no había vuelta atrás y que ahora se hallaba solo, frente a un pasillo por el que debía caminar, ya que era el único camino posible.

Keops se detuvo a la entrada del pasillo y notó que se iba oscureciendo y se iba haciendo más angosto, hasta que apenas cabía su cuerpo. Continuó por el pasillo como pudo y llegó hasta una gran habitación. Allí se acababa el camino, sólo había unos peldaños para bajar a un pozo. Mientras Keops se sumergía, divisó un agujero, entró en él, pero ya no veía nada, solo el agujero que lo llevaba de regreso al pozo. Keops permaneció en la habitación sabiendo que no había vuelta atrás y se sintió invadido por una gran soledad, como la que sienten los seres humanos cuando están moribundos, sin nadie que los socorra. En ese momento, Keops quiso pedir ayuda pero recordó el voto de silencio, de modo que se mantuvo callado. Esto lo ayudó, hasta que a su debido tiempo se abrió una puerta de lo que parecía un muro sólido, entonces Keops abandonó la habitación de la soledad.

Al abrir la próxima puerta, Keops vio que la habitación estaba en llamas y no tenía otra opción, pero, al entrar, se dio cuenta que las llamas no eran reales sino que estaban reflejadas. Así eran las pruebas de coraje físico, y eran bastante más fáciles que las que continuaban. Keops pasó todas las pruebas y fue admitido como estudiante en la Escuela del Templo, allí los sacerdotes le enseñaron sobre diversos campos del conocimiento: de los minerales, plantas, medicina, arquitectura, música y astronomía.

Sus maestros, distribuyeron su día, entre la instrucción y la meditación sobre lo que había aprendido. Además le pedían que pensara y viviera en los contenidos hasta que los comprendiera realmente. A menudo, Keops se sentía abandonado y desalentado. Le parecía que la verdadera sabiduría estaba lejos de su alcance. A menudo preguntaba: «*¿Cuándo se me permitirá ver la luz de Osiris?*» Entonces se le respondía: «*Ora y trabaja*». Algunas veces, recibía apoyo y Keops se alegraba con sus progresos. Un día, sus maestros le anunciaron

que se encontraba preparado para pasar por la Iniciación y convertirse en sacerdote de Osiris.

Esa misma tarde, los sacerdotes acompañaron a Keops, iluminando con antorchas, hasta una tumba en el interior del Templo. Allí le pidieron que se recostara dentro de un sarcófago de mármol. Los sacerdotes lo consolaron, diciéndole que no había nada que temer, ya que «*te has convertido en uno de nuestros hermanos*». Luego, el Sacerdote mayor lo bendijo mientras la procesión de sacerdotes se alejaba silenciosamente.

Keops oyó a la distancia, voces que entonaban cantos fúnebres y cayó como muerto en un profundo sueño, mientras desfilaban ante sí, imágenes de sus vidas en la tierra, al igual que un sueño. Una maravillosa rosa blanca floreció y se transformó en Isis, luego, una luz gloriosa lo envolvió y brilló desde su interior. Keops había entrado en el reino de Osiris, y se hallaba pleno de la sabiduría que había estudiado durante tres veces siete años. Keops despertó después de tres días pudiendo recordar todas las experiencias vividas en el reino de Osiris. Así Keops se convirtió en un sacerdote de Osiris, capaz de enseñar y guiar al pueblo egipcio. Más adelante, otros sacerdotes lo escogieron como Faraón.

Tan pronto Keops se convirtió en Faraón, comenzó a construir su tumba, en lo más alto de las colinas del desierto, en un lugar lejano de la *Ciudad Real* hacia el Oeste del Nilo. Primero buscó el tipo de piedra apropiada, pero estaba a tal distancia, que demoró diez años sólo para construir el camino por el que se transportaron las piedras. Cien mil hombres excavaron y trasladaron las piedras para construir la pirámide que se convertiría en su tumba. Este ejército de cien mil hombres era relevado cada tres meses. ¿Cómo lograron trasladar las piedras? ¿Cómo lograron levantar las piedras, sin la maquinaria con que contamos hoy en día? Un supervisor marcaba un ritmo con chasquidos de un látigo. Los hombres

sacaban las piedras y las cargaban en unos carros, que empujaban por unas rampas. Los trabajadores, unidos en un ritmo de sacar empujar, en trabajo grupal, lograban una fuerza sobrehumana. Los trabajadores recibían como pago sólo grano y vino, además vivían temporalmente en la ciudad donde se llevaba a cabo el trabajo. Así lograron levantar las rocas sobre las colinas del desierto para subirlas hasta la cima de la pirámide, lo que se llevó a cabo durante otros veinte años.

Ninguna edificación, anterior o posterior, ha logrado superar a la pirámide de Keops, a pesar de que otros Faraones erigieron sus tumbas-pirámides en fila hasta una distancia de sesenta millas al Sur.

La pirámide de Keops mide 480 pies de altura y 755 pies cuadrados en la base. Cubre 13 acres, es decir tres cuerdas de ciudad. Se podría haber construido una gran ciudad con esos bloques de piedra que pesan entre 15 y 20 toneladas. Estos pesados bloques, sin usar cemento, encajan de manera tan perfecta que no se logra insertar ni siquiera una hoja de papel en la unión de dos piedras. Dentro de la gran montaña de piedra, construida por hombres, se encuentran largos pasillos que conducen hasta una pequeña habitación en el centro de la pirámide. A esta habitación denominada «*dormitorio del Rey*» llegó, después de su muerte, el cuerpo de Keops, que fue depositado dentro de un sarcófago de piedra, rodeado de más piedra sólida y llegando a pesar mucho más de lo que se pueda imaginar. Allí, en medio de la oscuridad, yacía el cuerpo del Faraón, y el dormitorio del Rey pasó a llamarse *Khut*, que significa, Gloria, Luz en la Oscuridad.

También se conocen otros misterios acerca de la construcción de esta pirámide. Fue construida en suelo disparejo, de modo que no pudo haber medición desde las esquinas de su base. Sin embargo, las cuatro esquinas son exactas, un cuadrado perfecto. Cuatro triángulos brillantes y exactos, asoman hacia el centro, por encima del centro de la base,

están cubiertos de piedra caliza pulida y bañadas en oro, para captar los rayos de luz. Cada cara de la pirámide se halla alineada exactamente con el Norte, Sur, Este y Oeste. El pasillo que conduce hasta el dormitorio del Rey, proviene desde la superficie, en dirección Este-Oeste, para atrapar los rayos del amanecer y del atardecer: de modo que *Ka* o el espíritu del Faraón, pudiese entrar en el dormitorio al amanecer y volver a salir hacia Osiris al atardecer.

LOS EGIPCIOS



Cada gobernante egipcio fue conocido como «*Horus Vivo*» y a menudo era representado como un halcón. La palabra egipcia *Hor* significa cielo y la gente creía que el cielo era como un halcón divino cuyos dos ojos eran el sol y la luna, además consideraban que su Faraón era el hijo del sol. Cada vez que aparecía un Faraón entre su gente se escuchaba una fuerte exclamación ante él: «*Atención Tierra, aquí viene vuestro Faraón.*» Toda persona, sin importar su condición social, debía postrarse a sus pies y besar el suelo donde el Faraón había pisado, aunque el honor más grande era poder besar sus pies.

Este ser divino debía ocuparse de la tierra, y su pueblo deseaba cerciorarse que, a medida que envejecía, no presentaba asomo de ninguna debilidad. Después de treinta años de reinado debía probar que aún mantenía la fuerza para gobernar a su pueblo. Entonces el Faraón se presentaba ante todos los nobles, quienes a su vez representaban a los dioses ante el dios supremo que era el Faraón. Uno de ellos, representante

de Thoth le entregaba al Faraón una copa que contenía «*el elixir de la juventud*». El faraón bebía el líquido y corría para probar su fuerza.

¿Cómo gobernaba un Faraón? Era dueño de las tierras de Egipto y todo aquél que habitara o trabajara en ellas debía ceder una parte de su cosecha. Bajo el Faraón se hallaban todos aquéllos que lo ayudaban a gobernar su reino:

Los sacerdotes trazaban un mapa del cielo y las estrellas. Ellos sabían usar ciertos instrumentos, con los que podían medir los campos de acuerdo a la posición de las estrellas en el cielo, de tal modo, que no se perdieran los límites, una vez que el territorio quedara inundado.

Los escribanos se encargaban de registrar su contabilidad y dictámenes.

Los supervisores vigilaban a los constructores en el trabajo diario de edificación de tumbas y templos.

Por sobre todos ellos, cercano al Faraón, el Visir, se encargaba de la prosperidad del reino y los asuntos del Rey. En el año 2900 AC, Egipto era un territorio rico y laborioso, su pueblo se esmeraba en llevar a cabo varias tareas.

También se podía hallar artistas y artesanos: los artesanos del cobre fabricaban vasijas y herramientas, especialmente grandes sierras para cortar bloques de piedra. Los orfebres se ocupaban de fabricar joyas. Los trabajadores de la piedra fabricaban vasijas, tan finas, que se iluminaban a contraluz. Los ceramistas fabricaban vasijas de vino. Los tejedores hacían lino tan fino y transparente como la seda. Los fabricantes de papel fabricaron el primer papel de la historia y los fabricantes de barcos construyeron botes para navegar en el Nilo. Los carpinteros fabricaban muebles y sarcófagos.

Los comerciantes navegaban por el río llevando esta mercadería incluso por el mar hasta otros países. Y, por supuesto que los campesinos trabajaban el campo, construían canales y mantenían operativas las acequias de regadío.

Todos los años, el Faraón escribía algo en un rollo de papiro para recordarle al río Nilo, su deber con la tierra. Además el Faraón realizaba ciertos sacrificios para tranquilizar sus aguas y arrojaba el rollo de papiro en ella. Entonces, cada año, después que la inundación traía regalos a la tierra, el Faraón ordenaba que el Apis, (toro sagrado) caminara alrededor de la ciudad para fertilizar la tierra. Después comenzaba la siembra y la gente, usando cuerdas de cebolla alrededor del cuello, cantaba mientras sembraba.

Cada día el Visir del Faraón se levantaba a observar que tan bien trabajaban los súbditos del Faraón en sus asuntos. Sus sirvientes se esmeraban en vestirlo y uno de ellos le ponía cuidadosamente una peluca en su cabeza para que su rostro se enmarcara dignamente. Otro le calzaba unas sandalias bordadas en sus pies y cuatro enanos le arreglaban el collar, signo de su alto rango. Otros sirvientes le traían los rollos en los que se hallaban escritos los deberes del día. Y mientras se alistaba para cumplir sus deberes, algunos músicos tocaban arpas y las flautas para que estuviera de buen humor. Después asignaba el trabajo a los responsables respectivos. Después de desayunar fragantes frutas, se dirigía a inspeccionar el trabajo de los hombres en los canales y en las acequias de regadío, o en la cosecha, o los que atendían al ganado. Al Visir lo transportaban en una camilla, pues un hombre de tan alto rango social, no debía tocar el suelo con sus sandalias bordadas. Mientras sus sirvientes lo cargaban iban cantando: «*vamos mejor con carga que sin ella*».

El Visir se entretenía mucho con lo que observaba en el recorrido: En el campo dos trabajadores intentaban hacer leche a una vaca ajena, uno de ellos le decía al otro: «*¡Apúrate, ya viene el dueño!*» pero ya era muy tarde, el dueño se les echa encima y les da su merecido. En otro lugar se hallan unos marineros peleando junto al canal, uno de ellos grita: «*¡Pártele la cabeza, de todas formas no tiene mucho allí dentro!*». Más

allá se divisaban algunos pastores llevando sus rebaños por los pastizales, debían pasar por el barro que había dejado la inundación y pisar el piso resbaloso con ayuda de su cayado. Uno de ellos exclamaba: «¡Qué apropiado para un pastor visitar un pez para preguntarle por su salud!» Algunos ganaderos intentaban conducir la manada por el territorio inundado, iban repitiendo hechizos mágicos para espantar los cocodrilos que podían merodear las aguas, pero las vacas, sin pensar en todo esto, se negaban a pasar por allí. Un hombre se subía un ternero a los hombros y caminaba por el barro mientras la madre del ternero iba detrás de su bebé y ella seguida por las otras vacas. Pescados secándose al sol, uva cosechada, granos cortados y trillados, bajo las pezuñas de los burros. Carneros conducidos hasta campos recién sembrados para que, con sus afiladas pezuñas, empujen las semillas dentro de la tierra. También se podía ver carpinteros aserrando troncos. Los albañiles extraían bloques de piedra. Los ceramistas modelaban jarras en el torno. Algunas sirvientas usaban molinillos manuales para moler el grano. Una de ellas exclamaba: «¡Un poco más rápido si pueden!» Otra respondía: «¡Trabajo lo más rápido que puedo!». En el mercado, con mucho ruido, los comerciantes vendían sus mercaderías: «¡Tortas calientes, todavía calentitas!» «¡Lino, sandalías, mercadería de primera calidad!» «¡Aceite, aceite!, ¿Cuánto cuesta un jarro de aceite?» El Visir disfruta observando todo el barullo y el ruido, y piensa: «Todo esto es signo de un buen gobierno. Si así es. En todas partes hay derroche de vida, al igual que con las aguas del Nilo.»

Finalmente el Visir observaba a un hombre en un bote que intentaba cazar un hipopótamo con el arpón. En el bote también se encontraba su esposa, quién sostenía con fuerza a su esposo, para que no se cayera del bote al arrojar el arma.

El Visir se presentaba ante el Faraón y hacía un reporte de la situación en la ciudad, después el Faraón respondía: «El Visir es el muro de cobre que rodea la casa de oro del Rey. Tus

ojos y oídos son los mismos que sirven a los que se hallan más arriba, como a aquéllos que no tienen nada para servir en sus mesas y sólo poseen un delantal. Tu cargo es público. El agua y el viento te hablan. Lo que tú haces no puede permanecer oculto. Recuerda que el ser humano vive después de la muerte y a su lado, como una montaña, acumula sus actos.»

¿Cuál es el origen de esta historia del Visir? Lo que se describe, proviene de los dibujos en los muros y en las tumbas. Los egipcios amaban la vida, de tal forma que, antes de morir, construían sus propias tumbas y contrataban artistas para que pintaran la historia de su vida en los muros.

LA VIDA Y LA MUERTE



Los egipcios percibían la presencia de seres espirituales en el universo de la tierra, el sol, la luna y las estrellas. La riqueza de los desbordes del Nilo, el desierto, el cocodrilo, la vaca, la flor de loto, el halcón, es decir, el mundo físico completo representaba la escritura de los dioses. El alma humana se alegraba si le ayudaban a recordar su misteriosa vida en la tierra después de la muerte. Sin embargo, sólo aquellos que habían vivido correctamente podían entrar en el Reino de *Osiris* después de la muerte.

Anubis conducía el alma por el Salón de la Verdad, allí se presentaba ante cuarenta y dos jueces, cada uno tenía el poder para juzgar uno de los cuarenta y dos pecados. Si el alma era capaz de reconocer que no tenía culpa de ninguno de los pecados, entonces, Horus la conducía hasta el trono donde Osiris aguardaba para darle la bienvenida a los campos de satisfacción. Mientras el alma contestaba cada una

de las cuarenta y dos preguntas, el dios Thoth comparaba el peso de su corazón con el de la pluma de la verdad del tocado de Maat, la diosa de la verdad. Se juzgaba que el alma había hablado con la verdad cuando la balanza no se inclinaba más hacia el corazón, sino que igualaba a la pluma.

Los egipcios le proporcionaban al cuerpo del difunto una tumba que duraría para siempre. Los muros de la habitación mortuoria se cubrían con escrituras y pinturas que ilustraban su vida en la tierra. Todas sus posesiones terrenas se ubicaban en las habitaciones contiguas. Se embalsamaba el cuerpo para impedir que se convirtiera en polvo. Así el espíritu de Ka del muerto podía mirar a la vida terrena y encontrar recuerdos sobre quién había sido y qué había hecho. De este modo es posible deducir la biografía de las personas en su lecho de muerte.

ANTIGUA Y TEMPRANA GRECIA

UNA ORACIÓN

Amado Pan,
Y Dioses Todos
Que os aparecéis en este Lugar,
Otorgadme Belleza
En el Alma Interior;
De modo que el Hombre Exterior
E Interior sea Uno.
Aquí en la Tierra,
Entre el Nacimiento y la Muerte,
El Alma y el Espíritu
Han de ser buscados
En el Cuerpo.
Lo que es Hermoso
Debe además ser
Correcto y Verdadero.
Los dioses griegos tenían
Pasiones humanas,
Fallas humanas,
Simpatías y antipatías humanas.
Los griegos estaban conscientes de que sus dioses
Poseían la misma ventaja de descender
De la evolución terrestre
Igual que el ser humano.
Los héroes
Habrían de enseñarle al hombre cómo llegar a ser
Un individuo
A través de los dones de la libertad.

Los griegos captaban con maestría
 La armonía y belleza
 De la forma humana,
 En movimiento y en reposo,
 Del individuo,
 Al igual que la maestría para transmitir
 La fortaleza y la dignidad.
 La historia del hombre nos conduce a una época
 Cuando los seres humanos
 Habitaban la tierra con
 Tanto interés
 Que el mundo celestial
 Se convirtió para ellos en
 Una «tierra de sombras»,
 Opaco e irreal.
 Hasta los dioses habitaban
 El mundo de los hombres,
 Participando en sus asuntos,
 Viviendo en las cimas de las montañas,
 En los ríos,
 En los bosques,
 En los mares.
 Casándose con mortales
 De modo que grandes héroes
 Pudieran nacer
 Para guiar a la gente.

ORFEO

Legó el momento en la historia en que la India entró en la cuarta época, el Kali Yuga, cuando se desvaneció su antigua gloria. Asiria conquistó Babilonia y este pueblo maltrató a los asiáticos. Fue el tiempo de Moisés. Los sacerdotes y faraones egipcios eran fuertes pero no tenían influencia fuera de Egipto.

En Grecia, durante miles de años, vivió un pueblo de raza blanca que ahora se mezclaba con el pueblo de la India, Egipto y Fenicia. El idioma griego era una mezcla de Zend, Sánscrito y Celta; imitaba todas las voces de la naturaleza, desde el gorjeo de los pájaros hasta la tormenta de viento y los murmullos de las olas contra la orilla de la playa.

Al Norte y al Oeste del mar Egeo se ubicaba Tracia, un territorio salvaje y escarpado. La cadena de montañas se hallaba cubierta de robles gigantes, sus cumbres eran rocosas y, en lo más alto de estas montañas, se hallaban templos para los dioses: Cronos, Zeus, Urano, dónde se adoraba al Sol y a Apolo, el Dios de la Luz. Los sacerdotes eran hombres.

En lo más profundo del valle y los bosques, entre la cima de las montañas se hallaban los seguidores de Hécate, la diosa de la luna, quien en conjunto con otras fuerzas, contaba con el poder de enviar demonios a la tierra para atormentar a los seres humanos. Las Bacantes, mujeres sacerdotisas, conducían este culto. Eran enemigas de Zeus y Apolo. ¡Pobre de aquél que osara espiar a las Bacantes! Sería destruido en mil pedazos.

En esos tiempos, apareció en Tracia un joven de origen noble, se decía que era hijo de Apolo. El joven tenía una

voz tan musical que encantaba a quienes lo oían, su dorada cabellera caía con gracia sobre sus hombros, sus ojos azules brillaban con tal esplendor, dulzura y fiereza que los tracios rehuían su mirada. Incluso las Bacantes se subyugaron a su belleza y se escabullían de él, sonriendo a sus incomprensibles palabras. Orfeo era el gran héroe de Tracia, no era un héroe que se destacara por sus actos heroicos, sino por sus dones musicales: tocaba la lira y cantaba tan maravillosamente que los animales salvajes corrían hacia él, «incluso los árboles intentaban seguirlo». Los oscuros espíritus del mundo se suavizaron y calmaron ante la dulzura de su canto.

Orfeo se enamoró y se casó con una dulce ninfa o doncella llamada Eurydice y vivieron juntos felices hasta que un día Eurydice murió mordida por una serpiente que se escondía entre la hierba. Su alma se fue a la Tierra de las Sombras, adonde van todos los que mueren.

Orfeo quedó tan desconsolado que resolvió ir en su búsqueda. Con ayuda de su música, Orfeo logró encantar a Hades, el Rey del Mundo de los Muertos, quien le permitió llevar de vuelta a Eurydice con la condición que no se volteara a mirarla durante el camino. Orfeo estuvo de acuerdo y salió de vuelta a la tierra seguido por su amada Eurydice. Casi habían llegado a destino cuando Orfeo se puso tan ansioso por ver si Eurydice lo seguía, que volteó su cara para mirarla, entonces vio que Hades la arrebató y Eurydice desapareció para siempre.

En vida, Eurydice le entregó la suprema felicidad a Orfeo.
Con su muerte, Orfeo encontró la Verdad.
Fue por amor,
Que Orfeo vistió la túnica de lino,
Que buscó el Conocimiento Divino,
Que trepó los muros de las pirámides
Y entró en las tumbas egipcias,

Buscando la muerte para hallar la vida.
Los sacerdotes de Isis y Osiris
Le revelaron sus secretos,
Ellos contaban sólo con esos dioses,
En cambio Orfeo contaba con Eros.
A través de Eros,
Habló, cantó, conquistó y pronunció
La Palabra de Zeus y Apolo.

Cuando Orfeo desapareció repentinamente de Tracia, la gente comentaba que había muerto, sin embargo, había viajado en secreto hacia Egipto para entrar en el Templo de Misterio de Memfis. Regresó después de veinte años tras recorrer los Misterios egipcios y llevando un nuevo nombre que le dieron sus maestros egipcios: Orfeo de Arfa, que significa *el que sana con la luz*. Los antiguos sacerdotes de los templos en las montañas le dieron la bienvenida y lo reconocieron como líder. Orfeo se convirtió en el *pontífice, el sumo sacerdote* de Zeus y Apolo en Tracia. Muy pronto esta adoración se expandió hasta Grecia.

Un día, cuando los sacerdotes realizaban sus ritos de sacrificio en el templo, Orfeo condujo a un niño del templo griego, para enseñarle los Misterios de los Dioses. Orfeo vestía una túnica de lino blanca, un cinturón dorado con incrustaciones de cristales negros, una corona de hojas de mirto, en una mano sostenía un cetro de ébano con una cabeza de marfil. El niño era un alumno del templo que palidecía y temblaba durante la espera de su maestro. Orfeo observó al niño un momento y para calmarlo lo abrazó amorosamente. Mientras se escuchaba a los sacerdotes cantando el himno al fuego, Orfeo habló a su discípulo diciéndole: «*Escucha el primero de los Misterios. Un Ser Único es el soberano del cielo azul y de las profundidades de la tierra. Él gobierna en las profundidades de la tierra y en las alturas estelares. Zeus está al tanto de*

todas las cosas. Zeus es el fuego creador y cuando estalla su mano derecha, cae el relámpago sobre la tierra.»

Ahora escucha el segundo de los Misterios. «Zeus es el gran Demiurgo. Su hijo es Dionisio, su palabra manifiesta. Dionisio es el resplandor de la habitación de Zeus, el eterno palacio de éter.»

«Un día Dionisio miró en las profundidades estelares, a través de las estrellas y observó en el abismo azul su imagen que le extendía los brazos. Fascinado intentó alcanzar la imagen pero, cada vez que lo intentaba, la imagen se alejaba. De modo que Dionisio siguió a la imagen hasta encontrarse en el valle de las sombras fragantes, allí en una gruta vio a la diosa Perséfone trabajando en un maravilloso telar, en el cual distinguió imágenes de todos los seres que iban y venían. Y mientras observaba encantado la belleza de la diosa, los Titanes lo descubrieron.»

«Los Titanes sintieron gran envidia de su belleza. Las Titánides se enamoraron tan profundamente de él que se abalanzaron sobre él y lo destrozaron en pedazos, repartiéndose su cuerpo entre ellas, quemaron las distintas partes de su cuerpo y enterraron su corazón.»

«Pero Zeus, lanzó rayos de fuego, golpeando a los Titanes, mientras su hija, Palas Atenea, llevó el corazón de Dionisio hasta el interior del éter donde se convirtió en el brillante sol. «

Este es el Misterio de la muerte de Dionisio. Ahora escucha el Misterio de su Resurrección. «Los hombres son la carne y sangre de Dionisio. Los hombres infelices son las partes desmembradas de su cuerpo, las que intentan hallarse entre el dolor y el amor de miles de vidas. Las almas de los hombres provienen del humo del cuerpo de Dionisio y, cuando asciendan al cielo como antorchas, se reencontrarán con el ardiente corazón de Dionisio y él estará más vivo que nunca en las alturas estelares.»

Así habló Orfeo a su discípulo: «Que Zeus y Dionisio sean generosos con tu juventud y derramen en tu corazón la sabiduría de los dioses, pues se aproxima la hora de mi muerte. Una vez más debo descender al Infierno para ascender al Cielo.»

Mientras Orfeo y su discípulo se aproximaban al final de un bosque, se encontraron con un grupo de guerreros tracios que allí acampaban. Los líderes rodearon a Orfeo, preguntando: «¿Quién eres? ¿Por qué has venido?»

Orfeo respondió: «¡Reyes, líderes, guerreros de Tracia! Los dioses del cielo les hablan a través mío. Vuestros actos son buenos. Servid al Divino Apolo y al Etéreo Zeus. Entonces disminuirá la lucha en la tierra, se sanarán los enfermos, las semillas de sabiduría madurarán divinos frutos de vida: felicidad, amor y belleza.»

Mientras Orfeo hablaba, las Bacantes salieron de las sombras del bosque y se acercaron a sus pies como si él hubiera domesticado animales salvajes. Todas excepto Aglaonice, quién merodeaba por los confines del bosque.

Un guerrero exclamó: «¡Un dios nos habla! Es el mismo Apolo quien hechiza a las Bacantes.»

Entonces Aglaonice se acercó y dijo: «Dices que un dios habló. Pues yo digo que se trata sólo de Orfeo, un hombre como ustedes, quien los engaña. Llamas dios al hijo de Apolo. ¡Lanzaos hacia él Si se trata de un dios, entonces que se defienda!»

Algunos guerreros gritaron: «¡Dejad que se defienda para que demuestre que es un dios!». Entonces se lanzaron sobre Orfeo con sus espadas y lo asesinaron.

Ahora gime el valle,
Gimen las montañas y el profundo bosque,
Como una enorme lira,
Los sacerdotes cargaron su cuerpo,
Para llevarlo lejos del mundo de los hombres,
En una pira funeraria.
Y a través de las llamas de fuego,
Su alma inmortal,
Se elevó hacia su anunciado destino.

LOS DIOS GRIEGOS Y EL PRINCIPIO DE TODAS LAS COSAS

EREBUS
(Oscuridad)

NYX
(Noche)

Juntas crearon un gran huevo
De donde

EROS (amor)

Se acercó para crear

GAIA (tierra)

Y GAIA creó a URANO (cielo)
para que lo rodeara y protegiera.

URANO Y GAIA

Soberanos del cielo y la tierra,
concibieron doce hijos gigantes

LOS TITANES

(Seis hijos y seis hijas)

Urano, temiendo que los gigantes usaran su gran poder en contra suya, los envió hacia lo más profundo de un abismo, bajo tierra, desde donde clamaban furiosos por su libertad. Gaia le rogó a Urano que los liberara. Pero Urano se rehusó a hacerlo y Gaia bajó hasta la profundidad y persuadió a Cronos, el más joven de los Titanes, que subyugara a Urano. Para esto Gaia fabricó una guadaña con la que Cronos subyugó a Urano. Urano maldijo a Cronos anunciándole que llegaría el día en que sus propios hijos lo someterían.

CRONOS

REA

Cronos (el tiempo) se apoderó del trono de su padre y escogió como esposa a Rea, una hermana. Cedió partes

del mundo a sus hermanos para que gobernaran en ellas y temiendo la profecía de su padre engulló a todos sus hijos a excepción de Zeus, al que Rea había escondido entregándole a cambio una gran roca para que la tragara. Zeus creció y venció a su padre. Rea, por su parte, preparó un brebaje y le pidió a Cronos que lo bebiera, así Cronos vomitó los hijos que había comido. Zeus era tan poderoso que venció a todos los titanes que no se sometían, y después repartió los reinos de la tierra entre sus hermanos y hermanas. Zeus escogió como reina a Hera, una de sus hermanas.

ZEUS

(Soberano del cielo y la tierra)

HERA

(Reina del Cielo)

A pesar de que Hera se convirtió en la Reina del Cielo, no fue la única esposa de Zeus, pues él contrajo matrimonio con varias diosas e incluso doncellas mortales. Hera se vengó de muchas maneras, porque era muy celosa de quienes contaban con el favor de su esposo. Zeus tuvo en total siete hijos, cuatro hijos y tres hijas:

APOLO, Dios del Sol, de la música, poesía y todas las artes,
HERMES, el mensajero de los dioses.

ARES: Dios de la Guerra, se hizo cargo de las batallas.

EFESTOS: Dios de la forja, hábil en el arte del trabajo de los metales. Trabaja en su taller, entre las llamas de fuego eternas, en lo más profundo de la tierra.

ATENEA: Diosa de la sabiduría, de las tranquilas artes y de las guerras defensivas.

AFRODITA: Diosa del amor, cuida de todos los matrimonios.

ARTEMISA: Diosa de la luna, quien cruza el cielo cabalgando durante la noche, además, como Diosa de la caza, que la practica durante el día.

Entre los hermanos y hermanas de Zeus se hallan:

POSEIDÓN: Dios del mar y los ríos.

HADES: Dios del Mundo Subterráneo, el Reino de los Muertos.

DEMETER: Diosa de la agricultura y de todas las frutas de la tierra.

HESTIA: Diosa del hogar y la casa.

Otros hijos de Zeus, que nacieron de mujeres mortales son los semidioses: HERCULES, DIONISIO y PERSEO.

Los dioses habitaban en lo más alto del Monte Olimpo y a menudo visitaban la tierra para proteger y brindar ayuda a los seres humanos.

EL REY MINOS DE CRETA

Mientras se construían las grandes pirámides de Egipto, los mercaderes egipcios navegaban hacia la isla de Creta, que yace a la entrada del Mar Egeo.

Se decía que Creta era el lugar de nacimiento de Zeus, el soberano de los dioses, quién tenía un hijo con una mujer mortal, Minos, quien se convirtió en Rey de Creta. El nombre Minos le venía bien pues tenía una mente propia. Su palacio se ubicaba en Knossos (conocimiento). Poseidón le envió a Minos, un toro blanco muy especial, con el propósito de sacrificarlo en honor a los dioses. Sin embargo, Minos se apropió del toro como si hubiera deducido: *«¿Por qué he de entregar los poderes del toro a los dioses? Mejor los conservaré para mí.»*

Poseidón se enteró que Minos había despreciado a los dioses y para castigarlo envió al Minotauro, un monstruo de la oscuridad con cabeza de toro, que se alimentaba de seres humanos. Entonces Minos recurrió a la astucia de Dédalo, quien diseñó el laberinto de misteriosos pasillos, en los cuales el Minotauro quedó atrapado. El Rey Minos alimentó al monstruo no con habitantes de Creta, sino con los de la conquistada Atenas. El Rey Minos se interesó por los inventos de la mente humana y le dio empleo a Dédalo de Atenas, quién además del laberinto construyó represas, teatros, herramientas para la construcción de barcos y mástiles para las velas.

Desafiando a Poseidón, Minos construyó una flota de barcos con el propósito de conquistar Atenas y todas las islas del Mar Egeo. Creta yace entre Egipto y Grecia, ambos de suma importancia en cuanto a su ubicación y lugar en la

historia. Era un lugar de encuentro entre la antigüedad y la nueva época. La flota de Minos comerciaba tanto con Egipto como con Grecia.

Los cretenses obtenían de Egipto cobre y estaño, los que aleaban para obtener bronce —un metal más duro que el cobre— y con él fabricaban armas y el hacha de bronce, herramienta para la construcción de barcos. De los egipcios aprendieron los cretenses a decorar vasijas de greda con formas vegetales tan maravillosas, que los egipcios las compraron para depositarlas en las tumbas de sus reyes. Además los egipcios le enseñaron a los cretenses a trabajar el vidrio.

Los barcos cretenses llevaban a Grecia obras de arte egipcias y cretenses: cerámica, baldosas, prendas de lana, joyas, armas de bronce y armaduras. La ciudad griega de Micenas era una fortaleza construida alrededor de los palacios de sus príncipes, ricos en tesoros de Creta y Egipto: puertas y estatuas de oro, muebles con incrustaciones de oro, plata y marfil, copas y cuencos de oro y plata, además de finos telares.

Entre 1900 y 1906, Sir Arthur Evans estuvo a cargo de las excavaciones que permitieron desenterrar la ciudad del Rey Minos y su palacio. Allí se encontraron murales con ilustraciones de la vida de los cretenses y también el trono del rey. Además se desenterró el laberinto.

Nadie ha logrado descifrar los escritos, de modo que *la historia oculta* que conocemos sobre el Rey Minos puede ser narrada de este modo: El Rey Minos era testarudo. Pensaba por sí mismo. Se asemejaba a un águila pero también deseaba obtener la fuerza de un toro. Minos intentó superar el poder de los dioses y dio comienzo a una época en que los seres humanos comenzaron a sentirse tan poderosos como los dioses. Sin embargo, Minos no logró mantener este poder. ¿Habría sido a causa de su ambición?

Entonces un nuevo pueblo, Grecia, tomó el lugar de los egipcios y cretenses en el Mundo Mediterráneo. Sus dioses

ocuparon un lugar muy importante, incluso se transformaron en padre y madre, donando a los seres humanos parte de su naturaleza, de modo que pudieron convertirse en héroes, semejantes a los dioses. Muchos de estos héroes eran mitad dios y mitad mortal. Los dioses favorecieron a sus hijos mortales, entregándoles fuerza en las batallas, peleando detrás de ellos y también entre ellos. Los asuntos de los dioses se hallaban relacionados con los asuntos de los seres humanos en la tierra, pues la tierra se había transformado en un lugar importante.



TESEO

El Mar Egeo parece un gran lago y la isla de Creta se ubica al Sur, como el guardián de la entrada al mar, a mitad de camino entre Egipto y Grecia. Las costas que rodean el Mar Egeo están marcadas profundamente por bahías y puertos, se ubican tantas islas, que uno puede navegar teniendo siempre una isla a la vista. Navegar entre una isla y otra sólo toma una hora o dos. Allí el mundo es maravilloso, rodeado por el mar. Las islas aparecen entre las azules aguas como joyas que brillan bajo la luz del sol, Las montañas y cabos de las costas que la rodean levantan sus cimas tan altas que parecen alcanzar el cielo azulado.

¿Cómo obtuvo su nombre el Mar Egeo?

En los *Tiempos Heroicos* de Grecia hubo un rey llamado Egeo. En su juventud viajó a una región lejana y contrajo matrimonio con una bella princesa llamada Aethra, con la cual tuvo un hijo llamado Teseo. El Rey Egeo debió regresar a su reino, abandonando a su hijo y a la madre, mientras Teseo era todavía un bebé. Antes de partir, Egeo escondió debajo de una gran roca una brillante espada y unas sandalias de oro, y le dijo a Aethra que cuando su hijo creciera y tuviera la fuerza necesaria para levantar la roca, recuperara la espada y las sandalias y se las devolviera a su padre en Atenas.

Con el tiempo, Teseo se convirtió en un joven fuerte y poderoso, con su pelo dorado y estampa de héroe. Su madre lo condujo a la roca secreta y él pudo levantarla encontrando allí la espada y las sandalias de su padre que aún brillaban con la misma gloria que el día en que las había escondido. Entonces Aethra le dijo a Teseo que fuera en busca de su padre,

el Rey de Atenas, para lograr el reconocimiento que le brindarían estos preciosos tesoros. De inmediato, Teseo salió en busca de su padre, pero escogió el camino más peligroso. Allí encontró muchos monstruos y crueles gigantes con los que entabló una ardua lucha, saliendo victorioso en cada batalla. En todos los lugares Teseo liberaba a la gente del miedo a los malvados gigantes que gobernaban en esas regiones y así se hizo merecedor del aprecio y respeto de la gente.

Finalmente, Teseo llegó a Atenas, a la corte del Rey Egeo, quien se encontraba bajo el poder de la hechicera Medea. Ella reconoció a Teseo, antes que el rey, y supuso que la derrotaría si no actuaba pronto; de modo que pretendió ser su amiga y le ofreció una copa de vino envenenado. Pero Teseo vio que ella, a pesar de su belleza, tenía los ojos de serpiente, así que le pidió que primero bebiera ella de la copa. Ella palideció y contestó que no estaba en condiciones de beber vino, porque se hallaba enferma. Entonces Teseo levantó su espada y exclamó: «*¡Bebe el vino o muere!*». Medea temblando dejó caer la copa, y el líquido desparramado en el suelo de mármol, comenzó a burbujear, sisear y crujir, y un pobre perro salpicado con un poco de vino, murió en el acto.

Medea huyó en su mágico carruaje de dragón y nunca más regresó.

Egeo reconoció a su hijo cuando vio la espada de Teseo y grande fue su alegría, pues ahora sabía que su reino quedaría en buenas manos. Un día Teseo vio llorar, con mucha tristeza, a todos los atenienses, sorprendido le preguntó a su padre por la causa de ese llanto y el Rey Egeo le explicó que ese día debía enviarse el penoso tributo al Rey Minos de Creta. Desde que Minos había conquistado Atenas, ellos debían enviar todos los años, un tributo consistente en siete jóvenes y siete doncellas para alimentar al Minotauro. Este monstruo tenía cuerpo de hombre, cabeza de toro y dientes de león y se hallaba prisionero en el palacio donde Dédalo había construido

un laberinto, de serpenteantes pasillos, del que una vez dentro, nadie lograba encontrar la salida, quedando condenado a ser devorado por el Minotauro.

El barco que debía llevar a los infortunados jóvenes a su destino ya se hallaba en el puerto, con sus velas negras desplegadas al viento. Todos los amigos y familiares de estos jóvenes se habían reunido conformando una muchedumbre alrededor de los escogidos para este viaje. Teseo insistió en acompañar a los jóvenes y prometió derrotar al Minotauro. Su padre protestó angustiado, pero Teseo estaba decidido. Sin embargo, el Rey le hizo prometer que a su regreso izaría velas blancas en vez de negras, como señal de éxito.

Tan pronto el barco ancló en Knossos, la ciudad del Rey Minos, los jóvenes salieron en busca del Rey. Teseo se presentó y le pidió al Rey Minos que le permitiera ser el primero en entrar en el laberinto a lo que el rey accedió. Ariadna, la hija del Rey Minos, se enamoró profundamente de Teseo por su coraje. Secretamente se acercó a Teseo para entregarle una espada y un ovillo de hilo, luego le hizo prometer que se la llevaría de Creta si vencía al Minotauro.

Teseo entró en el laberinto y comenzó a desenrollar el ovillo que había dejado sujeto a una roca en la entrada. El Minotauro merodeaba por los pasillos rugiendo como león y, al verlo se abalanzó hacia él, pero Teseo resbaló a un lado, el monstruo pasó de largo y él aprovechó para atacarlo por la espalda, propinándole un golpe mortal. Luego Teseo siguió el hilo que lo condujo a la salida del laberinto.

Teseo se llevó a Ariadna, junto al grupo de jóvenes atenienses zarparon alegremente de Creta durante la noche, pero olvidó izar las velas blancas del barco.

El anciano Rey Egeo observaba con atención el mar, hasta que finalmente divisó el barco con sus velas negras desplegadas. El Rey se sintió tan acongojado que se lanzó al mar y desde entonces el mar lleva el nombre de Mar Egeo.

A su llegada Teseo fue coronado rey. Teseo fue el rey que más obras hizo por Atenas en la antigüedad. A través de sus actos heroicos, matando gigantes y liberando a los atenienses del tributo que debían pagar al rey Minos de Creta. De este modo conquistó el afecto de muchos y logró unir los diferentes pueblos en un solo Estado, Ática, bajo el liderazgo de Atenas.

LOS HÉROES EGEOS



Menelao Paris Diomedes Odiseo Néstor Aquiles Agamenón

La civilización se desplazó hacia el Oeste, dando inicio a una nueva época. Poco a poco, la sabiduría del Este, liderada por sacerdotes y sacerdotes-reyes, cayó en el olvido. El ser humano que había descubierto la belleza del mundo, ahora se preparaba para vivir en la luz de su propio pensamiento. Entre la época antigua y la nueva hubo un tiempo en que los héroes derrotaron a los monstruos y a los malvados gigantes. A través de sus hazañas, los héroes demostraron a los hombres el mérito de la valentía y la fidelidad a la palabra empeñada.

Los héroes se transformaron en los líderes del pueblo que habitó alrededor del Mar Egeo. En la Planicie de Argos, cerca del mar, en Micenas y Esparta, Tirino y Atenas, se erigieron enormes fortalezas construidas con pesadas rocas y muros, enfrentando al mar, con la intención de proteger las cabañas de los pastores y agricultores, que vivían fuera de los muros, cerca de los palacios habitados por los príncipes y reyes. Más al Oeste y al Norte se ubicaba Itaca, cuyo rey se unió a los egeos realizando grandes actos de coraje.

Hacia el Este, cruzando el Mar Egeo, se encontraba la más gloriosa de todas las ciudades: Troya. Sus muros eran tan gruesos y tan altos, que sus enemigos no los podían escalar ni romper. Troya se distinguía por sus altas torres y grandes rejas. En sus ciudadelas se encontraban hombres fuertes, bien armados. Entre sus tesoros almacenaban oro y plata.

Cada ciudad tenía un rey: Agamenón, el Rey de Micenas, era un hombre fuerte y valiente. Medía una cabeza más que el resto de los héroes. Su hermano Menelao, era el Rey de Esparta. Odiseo, el Rey de Itaca, era el rey más sabio del Oeste. El rey de Troya era Príamo, un anciano, que tenía varios hijos muy fuertes capitanes, el más noble entre ellos era Héctor, el Protector de Troya. Otro hijo de Príamo, que no era capitán, se llamaba Paris. Cuando Paris era un bebé, una adivina le anticipó a Príamo, que su hijo traería problemas a Troya. Por esto el Rey Príamo envió a Paris lejos de la ciudad para que creciera con los pastores en el campo.

Entonces, sucedió que todos los dioses fueron invitados a la boda de Peleo, otro Héroe-rey, con la ninfa Thetis. Todas las diosas fueron también invitadas menos Eris, o Discordia, sin embargo, ella igualmente se presentó en la boda. Después de los ritos comenzaron los juegos y Eris lanzó entre los invitados una manzana de oro, que tenía inscritas las palabras: *«Para la más bella»:*

Eris originó una discusión entre los invitados por ver quién era merecedor de la manzana. Afrodita, Atenea y Hera, pensaban que cada una era la más bella, y nadie se atrevía a juzgar quién era la ganadora, hasta que se acercó el pastor Paris y los comensales le pidieron su opinión. Hera le dijo: *«Si me das la manzana te haré Rey».* Atenea le dijo: *«Si me la das a mi te haré el hombre más sabio».* Afrodita le dijo: *«Si me la das a mi te haré hermoso y la mujer más bella del mundo se convertirá en tu esposa».* Paris miró a Afrodita y le pareció que

era la más hermosa, así que le pasó la manzana y se convirtió para siempre en su amiga.

Paris se transformó en el joven más bello. Viajó por toda Grecia hasta llegar a Esparta, donde reinaba el Rey Menelao, junto a su esposa Helena, la mujer más hermosa del mundo. Paris se enamoró de ella y Afrodita inspiró a Helena para que se enamorara de Paris, quién la raptó y la llevó a Troya. El Rey Menelao envió un mensaje a Troya exigiendo el regreso de Helena. El Rey Príamo y Héctor sabían que el rapto era un error y que Helena debía regresar, pero el Concilio de Troya estaba conformado por varios hombres vanidosos quienes presumían, satisfechos al contar con la mujer más bella del mundo en la ciudad, de modo que se impusieron en contra de Príamo y Héctor, contestando que ningún pequeño rey griego les indicaría cómo actuar.

Agamenón, Rey de Micenas juró vengarse de Troya, tan pronto se enteró que se habían rehusado a devolver la esposa de su hermano. Agamenón reunió a todos los príncipes y reyes griegos, para que se embarcaran hacia Troya, saquearan la ciudad y vengaran el daño ocasionado a Menelao. Prometió a todos grandes riquezas y gloria. Los reyes griegos, sabiendo que contaban con un gran poderío, se unieron para destruir la ciudad de Troya. Agamenón envió mensajes a los héroes cuyas tierras se hallaban lejanas, a Odiseo de Itaca y a Aquiles, el hijo de Peleo, pidiéndoles que también participaran en la lucha.

Dos años se demoraron los barcos de todos los reyes y príncipes para reunirse junto a sus líderes, Agamenón, Odiseo y Aquiles, y salir navegando en dirección a la costa de Troya.

Pasaron muchos años antes de que regresaran a Grecia, aunque algunos de sus líderes nunca lo hicieron. A pesar de haber conquistado varias ciudades alrededor de Troya, la conquista de la misma Troya fue ardua ya que sus grandes

muros la protegieron. Los griegos sitiaron la ciudad durante muchos años, construyeron sus campamentos a la orilla del mar, delante de los muros de Troya. Ellos también construyeron un muro para proteger el campamento y sus barcos, los que debieron empujar hasta la playa. A pesar de que los troyanos se protegían detrás de sus poderosos muros, no podían salir y volver fácilmente, ni tampoco lograban ahuyentar las huestes griegas.

Aquiles —hijo de Peleo, quien a su vez era hijo de Éaco, un hijo de Zeus— había llevado a la guerra a sus fuerzas especiales, los Mirmidones, además de dos caballos inmortales que Zeus le regaló a Peleo. Aquiles llevaba una gran lanza, que Cheiron le había regalado a Peleo, la que sólo Aquiles podía usar en la lucha, pues era el guerrero griego más poderoso. Pero Aquiles era terco, sólo respetaba a su amigo Patroklos, quien durante su vida había sido como un hermano para él, y a quien perdió como consecuencia de su propia terquedad.

Héctor, el troyano, contaba con el mayor liderazgo en Troya. Además de su valentía, Héctor era generoso y gentil con todos, y pensaba en su gente antes que en sí mismo. Después de varios años que la ciudad estuvo sitiada, Héctor decidió sacar a sus soldados de la ciudad para luchar en la planicie y obligar a los griegos a regresar a sus barcos. Justo en ese momento, Aquiles y Agamenón se enfrentaban por el amor de una dama llamada Briseida. Si la diosa Atenea no hubiera intervenido Aquiles hubiera matado de rabia a Agamenón. Después de esto Aquiles se rehusó a seguir luchando.

Héctor y los troyanos se hallaban acampando en la planicie, listos para la batalla. Mientras Aquiles se rehusaba a luchar, Agamenón lideró la batalla hasta los muros de Troya pero fue herido. Héctor, esperó que Agamenón regresara al campamento, luego lideró un ataque, y hubiera logrado llegar hasta los muros griegos si no hubiera contraatacado

Odiseo, haciendo retroceder nuevamente a los troyanos. De este modo la lucha avanzaba y retrocedía, día y noche. Muchos héroes fueron heridos. Héctor fue herido por una gran piedra, pero revivió gracias al dios Apolo. En medio de la batalla, el Águila y la Serpiente de sangre roja luchaban sobre las cabezas de los guerreros. Los troyanos lograron traspasar la reja del muro griego y se apresuraron a incendiar los barcos griegos., pero los griegos se defendieron hasta hacerlos replegar.

Durante todo este tiempo, Aquiles continuó rehusándose a luchar. Patroklos intentaba convencerlo de que le prestara su armadura, para entrar en la batalla y guiar a los guerreros de Aquiles, con los dos caballos inmortales. Patroklos insufló coraje a los griegos, y junto a los Mirmidones, hizo replegar a los troyanos a los muros de su ciudad.

Más adelante Patroklos halló la muerte por una roca que le lanzaron por la espalda; dicen que se la arrojó Apolo porque no podía permitir que Troya fuera derrotada de este modo. Mientras Patroklos yacía agonizante, se acercó Héctor, le arrebató la armadura de Aquiles y se la puso él mismo.

Iris, la diosa del arco iris, le contó a Aquiles que Patroklos había muerto, entonces Aquiles se presentó sin armadura frente al muro griego y gritó para que los troyanos lo escucharan. Los troyanos vieron a Aquiles con una llama de fuego alrededor de su cabeza y sintieron tanto temor, que se quedaron paralizados, permitiendo a los griegos retirar el cuerpo de Patroklos y llevarlo de vuelta al campamento.

Thetis, la madre de Aquiles, le mandó a fabricar al dios Efestos una nueva armadura. Vistiendo su nueva armadura Aquiles entró en la batalla sabiendo que también perdería la vida. ¿Es que la armadura no lo protegería? Cuando era un bebé, Tetis intentó convertirlo en un inmortal: lo tomó de un talón y lo sumergió de cabeza en las aguas del río Styx, el río sagrado en el mundo subterráneo, el mundo que cruzan las

almas de los muertos en su camino al reino de Hades. De este modo sólo su talón quedó sin la protección de las aguas del río. ¿Existía algún mortal que conociera este secreto?

No se puede hablar sobre el coraje de los héroes mortales en esta funesta lucha, sin relatar las hazañas de los dioses. Algunos de los fatales eventos fueron realizados sólo por hombres, sin la participación de los dioses, en cambio otros fueron consecuencia de la intervención de los dioses y las diosas: Atenea intervino en la lucha entre Aquiles y Agamenón, ella apoyaba a los griegos. Apolo, por su parte, apoyaba a los troyanos, asistiendo a Héctor. Afrodita rescató a Paris de las armas de Menelao. Atenea condujo la lanza del griego Diómedes para matar a un troyano. Afrodita protegió al troyano Eneas, del ataque de Diómedes, sin embargo quedó herida. La sangre de los dioses fluyó y Afrodita huyó. Apolo tomó su lugar y condujo a Eneas a salvo. Ares, el dios de la guerra, se opuso a Diómedes, pero Atenea, montada en el carruaje de Diómedes se lanzó en contra de Ares, luego guió la lanza de Diómedes directo al ombligo de Ares. Entonces Ares bramó, como si se tratara de diez mil hombres y huyó en busca de Zeus.

Zeus ordenó a los dioses no intervenir a favor de los griegos ni de los troyanos, y él mismo se hizo cargo de la guerra. Se dice que intentó detener el derramamiento de sangre.

Héctor y Aquiles murieron luchando. Aquiles sabía dónde golpear a Héctor, pues usaba su propia armadura. Aquiles sabía de una pequeña abertura en el cuello de su armadura por dónde introdujo la punta de su lanza. Apolo sabía dónde golpear a Aquiles y, a pesar de la orden de Zeus, Apolo guió la flecha que arrojó Paris para que diera en el talón de Aquiles y su herida fue mortal. Los troyanos habían contado con la ayuda de la mayoría de los dioses, en cambio los griegos contaron más bien con el único apoyo de Atenea, la diosa de la sabiduría. Sin embargo fue Odiseo el

más sabio, quien concibió el truco que finalmente condujo a la derrota de Troya.

Durante diez años de guerra ni troyanos ni griegos habían logrado la victoria. ¿Cuánto tiempo más deberían luchar?

Una mañana, mientras los troyanos observaban desde sus altos muros, vieron que tanto el campamento griego como sus barcos habían desaparecido. El campo de batalla estaba desierto y de repente vislumbraron un tremendo caballo de madera. Después de un rato sintieron curiosidad y se acercaron. Vieron que estaba construido de tablones y había un cartel que decía: «*Los griegos dejan este caballo como un obsequio para Atenea*».

Los troyanos comenzaron a discutir, algunos querían lanzar el caballo al mar, mientras que otros deseaban llevarlo como trofeo a la ciudad, al Templo de Atenea. Laocoon, un sacerdote troyano, insistía en que el caballo ocultaba soldados griegos. Helena de Esparta, quien era la causa de la guerra, caminó alrededor del caballo llamando a cada héroe griego, imitando la voz de sus esposas, sin embargo la respuesta fue un profundo silencio. Laocoon enterró una lanza por un lado del caballo, pero sólo se oyó el profundo sonido como de una cueva vacía. Entonces sucedió algo terrible: de entre las olas aparecieron dos grandes serpientes que se enrollaron sobre Laocoon y sus dos hijos, los apretaron tan fuerte con sus colas que los tres hombres perdieron la vida. Luego las serpientes continuaron su camino en dirección al Templo de Atenea y allí desaparecieron.

Laocoon había recibido un castigo por su violencia en contra de Atenea. Así pensaron los troyanos y abrieron un espacio en el muro para que el caballo pudiera entrar en la ciudad. Esa noche los troyanos celebraron una gran fiesta y finalmente se quedaron dormidos, sin temer la presencia de enemigos en los alrededores.

Mientras la ciudad dormía silenciosamente se abrió un costado del caballo, por donde emergió Odiseo, quien había planeado todo, seguido por un buen número de griegos. Encendieron una antorcha y Agamenón respondió con otra desde el barco. Luego aparecieron los demás barcos griegos en las playas de Troya. Antes de que los troyanos despertaran, las calles se encontraron saturadas de griegos, quienes incendiaron las casas, persiguieron y asesinaron a hombres, mujeres y niños. El Rey Príamo no tuvo compasión. Asesinó al pequeño hijo de Héctor, Menelao buscó a Helena para matarla, pero quedó encantado con su belleza y terminó llevándola de regreso a Esparta. Troya quedó reducida a cenizas, la gente que no pereció fue llevada a Grecia como esclavos.

La ira de Atenea fue enorme cuando una de sus sacerdotisas fue arrastrada desde el altar del Templo. Entonces la diosa predijo un destino fatal para los líderes griegos, Menelao, Agamenón y Odiseo, llamando a Poseidón para que le prestara ayuda. Pero la guerra de Troya había terminado.



HENRY SCHLIEMANN

Henry Schliemann nació en el año 1822 DC, muchos años después de la caída de Troya. Fue el hijo de un pastor alemán, quien le había contado todas las antiguas leyendas griegas, incluida la historia de la guerra de Troya. Durante su infancia vivió Henry en un pueblito pintoresco. Detrás del patio de su padre había una piscina, en cuyas aguas se decía que una dama habría aparecido sosteniendo en sus manos un cuenco de plata. Además se contaban historias similares relacionadas con las colinas y bosques aledaños.

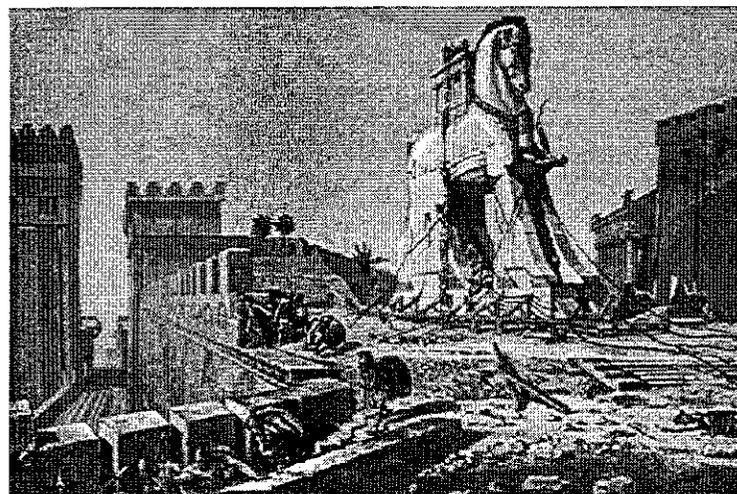
Henry tuvo que comenzar a trabajar a los catorce años como niño de los mandados de un almacenero de campo. Una tarde, un hombre llegó a la tienda, pidió un refresco, se sentó y comenzó a recitar poesía griega. Henry no sabía griego, pero la melodía de las palabras llamó profundamente su atención y le pidió al cliente que las repitiera una y otra vez, después de esto, su mayor deseo fue aprender griego.

Algunos años más tarde se fue a trabajar como niño de los mandados, a una casa comercial en Ámsterdam. Adónde fuera—incluso bajo la lluvia—siempre llevaba consigo un libro de Homero, para leer y memorizar cada uno de sus pasajes.

Schliemann pudo resolver las dificultades y pronto logró crear su propio trabajo, lo que le permitió tener más tiempo para aprender griego. Leyó todo lo que encontró acerca de la antigüedad griega. Schliemann estaba convencido que la leyenda de Troya era cierta, a pesar de que todos se burlaban de él. Se cuenta que incluso soñaba con el lugar dónde podía hallar las ruinas. Tan pronto Schliemann obtuvo suficiente dinero para financiar una expedición, se dirigió al lugar en

1870 donde encontró restos de nueve ciudades. La sexta era Troya de la Iliada.

Uno de los libros que leyó era de Pausanias, un antiguo viajero griego, que describió Micenas y la tumba de Agamenón. Buscando la verdad sobre la leyenda, Schliemann se dirigió a Micenas. Allí encontró en las profundidades de la tierra, no sólo una tumba grandiosa y principesca, sino que además las ruinas de un gran palacio tal como se había descrito. La tumba mostraba que el rey había sido enterrado con gran pompa. Encima de la tumba se halló: una corona de oro, diademas, pendientes, collares, ornamentos, platos y vasos de oro puro. En otra tumba se encontraron 870 objetos fabricados de oro puro.



LOS DOCE TRABAJOS DE HÉRCULES

Hércules era hijo de Zeus y Alcmena, una princesa mortal. Hera se puso tan celosa que envió a dos serpientes para que asesinaran al niño, pero él las estranguló. Hera se dio cuenta que no podía quitarle la vida, de modo que hizo que Zeus convirtiera a Hércules en esclavo y sirviera por unos años a su primo Euristeo.

Durante su infancia, Hércules tuvo de maestro a Chirón, un Centauro bueno y sabio, quien le enseñó el manejo de distintas armas, a luchar y vencer a todos, incluso a sí mismo. Llegó el día en que Hermes se presentó y le dijo que debía servir a Euristeo. Hércules obedeció y Euristeo le encomendó doce trabajos antes de devolverle la libertad:



El León Nemea

El león tenía su guarida en el bosque Nemean. Toda la gente vivía allí aterrorizada, porque el monstruo no les daba tregua, alimentándose de sus ganados y ovejas. Nadie se atrevía a combatir al león. Hércules fue enviado a encontrarlo y a vencerlo. La gente le advirtió que no lo intentara, pero Hércules persiguió al león sin temor, luchó con él y lo venció. Desde entonces vistió la piel del león como capa.

La Hidra de Lerna

En el pantano de Lerna merodeaba una serpiente de siete cabezas, la Hidra, devorando hombres y bestias. Debido a su aliento venenoso los hombres enfermaban y morían. Hércules atacó la serpiente armado con una gran espada, le cortó una de las cabezas, pero de inmediato aparecieron en su lugar otras siete. Hércules continuó luchando y mientras cortaba las otras cabezas, selló el muñón con una antorcha hasta destruir a la Hidra. Después untó sus flechas en la sangre envenenada, sabiendo que de ahí en adelante causarían heridas mortales.

El Ciervo de Cerynea

El tercer trabajo consistió en capturar un ciervo de cornamenta de oro y pezuñas de bronce. La cierva corría tan rápidamente que sus patas casi no tocaban el suelo. Finalmente, Hércules atrapó a la cierva y la condujo hasta un enorme abismo en un territorio ubicado en el lejano polo norte.

El Jabalí Erimanto

El cuarto trabajo de Hércules consistió en dar muerte a un jabalí salvaje que recorría las montañas de Erymanthus.

Los Establos de Augías

El quinto trabajo de Hércules fue limpiar los enormes establos donde el Rey Augías guardaba su gran ganado. Los establos se mantenían sucios desde hacía muchos años. Hércules encontró un río que corría en la cercanía, le cambió el curso para pasarlo por los establos y lavarlos. Después regresó el caudal del río a su cauce original.

El Toro de Creta

Poseidón, dios de los mares y ríos, le había regalado un maravilloso toro al Rey Minos de Creta para que lo sacrificara en honor a los dioses, sin embargo Minos se dejó el toro y sacrificó otro. Poseidón enloqueció al toro, el que se puso a correr matando y destruyendo todo lo que encontraba a su paso. Hércules lo atrapó y lo dejó amarrado.

Las Yeguas de Diómedes

Diómedes, Rey de Tracia, tenía unos caballos finos que alimentaba con carne humana, de todos los desconocidos que mandaba matar. Hércules castigó a Diómedes entregándolo a él como alimento de sus caballos.

El Cinto de Hipólita

Hipólita, Reina de las amazonas, tenía un maravilloso cinto de joyas. La hija del Rey Euristeo era muy vanidosa, deseaba este cinto ansiosamente y Hércules debió ir en su búsqueda. Hércules se presentó ante la Reina y le pidió el cinto. La Reina se lo hubiera entregado, pero Hera intervino, se disfrazó de amazona y divulgó el rumor, de que Hércules venía a secuestrar a la reina. Las *Amazonas* se defendieron

con fiereza, pero Hércules peleó con una sola mano hasta arrebatárselos el cinto.

Las Aves de Estinfalia

Hércules debió luchar contra unas horribles aves con garras de bronce que se cernían sobre el lago Stymphalus. Finalmente Hércules logró matarlas a todas con sus flechas envenenadas.

El Ganado de Geryones

El próximo trabajo de Hércules consistió en capturar una manada de ganado divina que le pertenecía al gigante Geryones, quien vivía en Eritrea. En el camino de regreso con el hermoso ganado, otro gigante le robó varias vacas. Hércules recorrió el camino hasta la cueva del gigante, lo atacó y lo mató. Después reunió el ganado y lo llevó de vuelta a Euristeo.

Las Manzanas de las Hespérides

Hera había confiado las doradas manzanas a las Hespérides, hijas de Hesperus, el Viento Oeste. Las manzanas eran un regalo de matrimonio para Hera. Hércules debía hallar las manzanas, aunque no sabía dónde buscarlas. Después de varios viajes, supo que habían mandado las manzanas a África, donde colgaban de un árbol resguardado día y noche por un dragón. Sin embargo Hércules desconocía el lugar exacto de África, de tal forma que les preguntó a las ninfas y a los dioses, hasta que finalmente llegó a la montaña donde Prometeo, hijo de un Titán llamado Jápeto se encontraba encadenado, sufriendo desde hacía mucho tiempo.

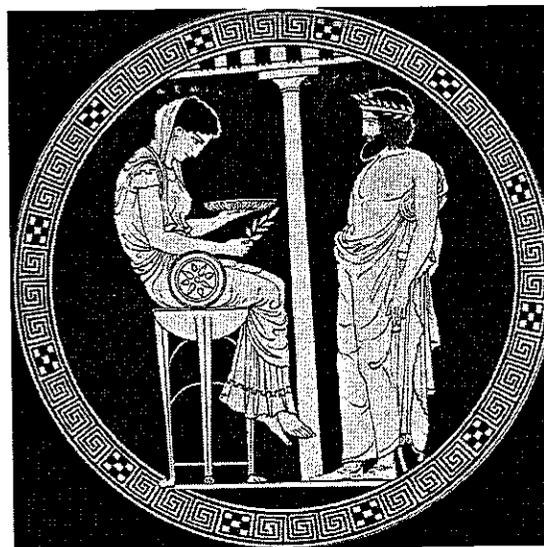
Primero Hércules liberó a Prometeo, quien agradecido le reveló dónde estaban las manzanas. Después Hércules se encontró con Atlas, quien cargaba el mundo en sus hombros. Mientras Atlas iba en busca de las manzanas, intentó persuadir a Hércules para que sostuviera el mundo, mientras él llevaba las manzanas a Euristeo. Hércules accedió pero antes le pidió que sujetara el mundo un momento, mientras él se acomodaba un cojín en sus hombros. De este modo Hércules engañó a Atlas, quien debió continuar sosteniendo el mundo, mientras Hércules se alejó para llevar las manzanas a Euristeo.

Cancerbero

Hércules debió bajar al Hades, para subir al mundo a Cancerbero, el temible perro de tres cabezas, que protegía las rejas del mundo subterráneo. Hércules logró su último trabajo y llevó a Cancerbero a Euristeo, quién al sólo verlo, sintió pavor y se escondió dentro de un gran jarro, rehusándose a salir hasta que Hércules regresara el perro a su mundo.

Al finalizar los doce trabajos Hércules fue un hombre libre. Ciertamente que el camino hacia la libertad humana también involucra llevar a cabo difíciles tareas, sin importar que tan difíciles sean. Existen muchas otras historias acerca de la vida de Hércules, como también sobre su muerte, cuando Zeus bajó del Monte Olimpo para llevar su alma a la morada de los dioses, junto a su esposa, la hermosa Hebe, diosa de la juventud.

EL ORÁCULO DE DELFOS



Casi no se conocen historias sobre Grecia, en que no aparezcan mencionados los Oráculos.

En ciertos lugares, apartados de los pueblos, se erigían santuarios adonde la gente iba a pedir ayuda a los dioses. En estos santuarios, la gente recibía consejos de los sacerdotes y las sacerdotisas quienes servían a los dioses.

El más grandioso de estos Oráculos griegos, era el de Apolo ubicado en Delfos. Los griegos narraban la historia de una gran inundación, después de la cual la tierra permaneció cubierta de lógamo y barro, del que surgió una monstruosa serpiente, la serpiente Pitón, provocando terror y muerte a la raza humana. Nadie se atrevía a enfrentarse a la Serpiente Pitón. Apolo, desde su carruaje solar en el cielo, escuchó el ruego de los hombres para que los liberara de la serpiente, entonces el valiente Apolo se aproximó a ella y la asesinó con

sus flechas de oro. Apolo escogió el lugar dónde había dado muerte a la Serpiente Pitón, como el lugar para habitar en algunas ocasiones y de este modo recordar su voluntad a los hombres. Este lugar era Delfos.

Más tarde, bajo los acantilados rocosos del Monte Parnaso se construyó un Templo para Apolo, en el que habitaba una sacerdotisa profeta, la Pitonisa, servidora de Apolo, quien buscaba respuesta a las preguntas que por varias generaciones le hacía la gente en busca de ayuda y consejo. La Pitonisa presentaba las preguntas al dios y desde una fisura en el suelo rocoso, surgía un vapor brumoso que la rodeaba mientras le respondía el dios Apolo. Luego ella revelaba las respuestas a esas preguntas.

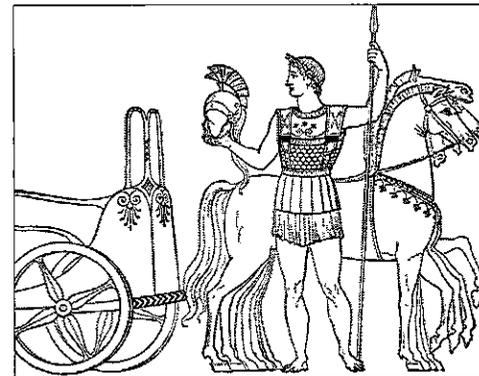
Apolo participó activamente en los asuntos griegos a través del Oráculo de Delfos, respondiendo algunas veces las preguntas en forma directa y en otras oportunidades dejando que las personas reflexionaran sobre ciertos enigmas para encontrar la respuesta.

Con el tiempo, se hallaron dos enigmas tallados en los muros del Oráculo de Delfos que dicen: «*Conócete a ti mismo*» y «*Nada en exceso*».

LA MANO DE GRECIA

Grecia es un país de mar y montañas. Profundas bahías y golfos limpian entre los dedos de tierra que alcanzan al Mar Egeo. Se puede contar cinco dedos en esta mano de tierra que pareciera dirigirse en dirección hacia el Este para recibir sus obsequios. El Golfo de Corintio, casi divide en dos la península, insertando el mar entre las montañas que dividen Grecia de tal forma que propició el desarrollo de numerosos estados independientes.

Los reyes-héroes egeos que vencieron a Troya fueron suplantados gradualmente por los invasores nómadas. Primero los aqueos desde el Oeste y más tarde los dorios desde el Norte. Estos pueblos se apropiaron de la península griega, de las islas egeas y Creta, durante un periodo de trescientos años. El origen del pueblo griego, se halla en la mezcla de estos pueblos, los egeos, los aqueos y más tarde los dorios. Sus ciudades se desarrollaron a lo largo de la costa, lo que los hizo muy buenos navegantes.



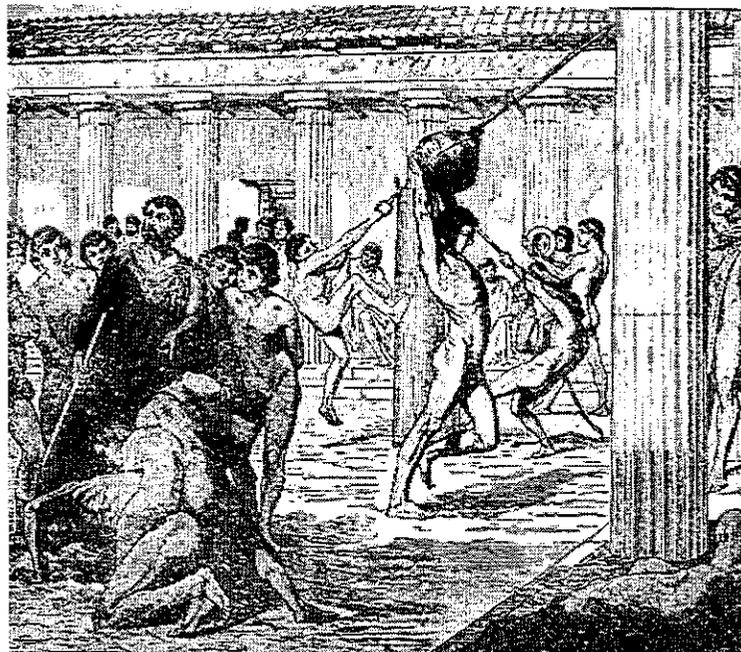
Durante los primeros tiempos, los ganaderos (que habitaban en carpas, vestían abrigos de piel de oveja, cuidaban ganado y ovejas) llegaron hasta la mano de Grecia. El jefe de cada familia, tenía el poder de la vida y la muerte sobre los miembros de su familia, y cada familia, a su vez, era independiente. Se asentaron en pequeñas villas, a su alrededor comenzaron a cultivar la tierra, además de cuidar el ganado.

Muchas familias se agruparon formando unas fratrías, un clan. Luego, grupos de clanes formaron reinos, que servían al rey que los protegía. Ellos vivían alrededor de la fortaleza, hasta configurar una ciudad gobernada por el rey. Cuando el rey moría su hijo heredaba el trono y a pesar de que el rey era considerado como un dios, sólo podía gobernar al pueblo con el consentimiento de un concilio conformado por los líderes, escogidos entre la gente por su liderazgo y capacidades guerreras. Todos los hombres de la ciudad, sin importar si eran miembros del concilio o no, se reunían para enterarse de las decisiones que habían tomado el rey y el concilio, para dar su consentimiento. Esta reunión se denominaba *Asamblea*. Así eran gobernados la ciudad y los campos circundantes, como una ciudad-estado.

De todas las ciudades-estados griegas, dos jugaron un rol fundamental en la Historia de Grecia: Esparta y Atenas, las que se diferenciaron tanto como dos individuos. En Esparta los ciudadanos debían servir al Estado; en cambio en Atenas, el Estado buscaba el modo de servir a los ciudadanos. También sus líderes fueron dos individuos muy diferentes: Licurgo de Esparta y Solón de Atenas.

LICURGO DE ESPARTA

(SIGLO IX AC)



Los invasores se apropiaron de Esparta, que había sido el Reino de Menelao. Al principio, la ciudad de Esparta se desarrolló como un grupo de villas, por eso no se encontraba en ella ninguna fortaleza.

Preguntaron a un sabio espartano si se debía construir un muro para que rodeara la ciudad. El sabio respondió: «*La ciudad se encuentra bien resguardada, pero por un muro de hombres, en vez de ladrillos.*» Este hombre sabio se llamaba Licurgo, el hermano de un rey espartano, quien a su muerte, legó el reino a su pequeño hijo. Licurgo se ofreció para reinar hasta que el hijo del rey tuviera la edad para gobernar. Como

muchos dudaron de sus intenciones y conspiraron en su contra, Licurgo se alejó a Creta y a Asia Menor.

En Creta, la gente era sobria, templada y disfrutaba la vida sencilla. En cambio, en Asia Menor, había mucha riqueza, la gente disfrutaba de la comodidad y el placer. Licurgo pensaba que la riqueza no traía la felicidad y que los estados ricos no se hallaban bien gobernados.

Los espartanos sentían nostalgia de la presencia de Licurgo y lo mandaron a buscar. Licurgo regresó pensando que sólo una nación constituida por guerreros disciplinados y generosos, donde cada ciudadano busca servir al estado más que a sí mismo, sería capaz de llevar una vida sencilla y para esto promulgó varias leyes. Antes de regresar a Esparta visitó ciertos lugares especiales; fue a Delfos para consultar a las sacerdotisas y recibir la conducción de Apolo. Allí se le dijo que sus ruegos eran escuchados y que la ciudad que respetara sus leyes se convertiría en una de las ciudades más gloriosas del mundo. Entonces Licurgo se convirtió más en *legislador* de Esparta que en rey.

Al regresar a Esparta, Licurgo encontró espartanos ricos y pobres, de modo que decretó que todos debían compartir sus riquezas, dividió los terrenos en loteos y le entregó a cada ciudadano un terreno del mismo tamaño. Mandó a fabricar monedas de hierro, a pesar de que sólo se usaban monedas de oro y plata. Estas monedas casi no tenían valor, eran pesadas y poco prácticas, de tal modo que nadie quiso acumularlas. Con ellas, no se podía comprar lujos del Este, ya que a ningún comerciante le interesaron las monedas de hierro. Licurgo prohibió viajar a los espartanos, para que no conocieran los lujos que él había visto y así no se interesaran por ellos.

Cada jefe de familia debía construir y fabricar todo lo que necesitaba para vivir. Para esto debía usar las herramientas más sencillas: el hacha y la sierra. La casa y los muebles eran bastante toscos y de simple fabricación. Además se pro-

mulgaron leyes acerca de la alimentación, las que permitían sólo alimentos sencillos.

El ciudadano espartano vivía en la ciudad, en las afueras vivían los hombres libres, súbditos del Rey de Esparta. Los egeos, quienes habían sido conquistados por los invasores, eran esclavos de los espartanos y eran llamados ilotas. En Esparta había dos reyes, que siempre eran sucedidos por sus primogénitos, ellos lideraban el ejército, sentados en el puesto de honor, comían doble porción de alimentos y siempre se hallaban protegidos por sus guardaespaldas, cargo que ejercían los mejores soldados. El Concilio que gobernaba lo constituían los dos reyes y veintiocho hombres mayores de sesenta años, los senadores, que eran escogidos de por vida. Estas elecciones se llevaban a cabo con la participación de escribas que se ubicaban en una habitación cerrada. A medida que los candidatos aparecían, los escribas anotaban según los aplausos y gritos de la gente. Al ganador se lo escogía según los vítores más fuertes, él recibía una guirnalda y guiaba la procesión en dirección al Templo para agradecer a los dioses.

Todos los hombres ciudadanos de Esparta, mayores de treinta años, se convertían en miembros de la Asamblea. Ésta estaba facultada para aceptar o rechazar la decisión del Concilio acerca de la guerra o la paz, sin embargo los miembros de la Asamblea, no podían participar en las discusiones del Concilio. La Asamblea escogía a los Senadores. Los espartanos debían estar preparados para luchar por la ciudad en todo momento. Los ilotas se preocupaban de las plantaciones, los animales y la construcción, mientras los espartanos dedicaban todo su tiempo a ser soldados y así convertirse en un buen ladrillo del *muro de hombres* que protegía la ciudad.

La infancia y la escolaridad de los espartanos coincidían con el comienzo de su preparación como soldados. El niño recién nacido era observado por los más ancianos, ellos de-

cidían si era lo suficientemente fuerte y sano para permitirle vivir. Su primer baño era en vino, para aumentar sus fuerzas. Las nodrizas espartanas eran las primeras maestras, ellas entrenaban los pequeños cuerpos a través de vigorosos ejercicios, además ellas alimentaban a los niños, les enseñaban a tener valor en la oscuridad o al encontrarse solos y les exigían estar siempre contentos, sin llorar, sin fatigarse, ni demostrar signos de mal carácter.

Al cumplir los siete años, el niño debía abandonar la casa e ir al colegio, que era muy parecido a un campamento del ejército. Cada niño se matriculaba en una compañía. El que demostraba más valentía se convertía en capitán e impartía órdenes que los demás obedecían. El alumno de una escuela espartana debía aprender la perfecta obediencia, como por ejemplo, caminar por la ciudad con las manos dentro de los pliegues de su capa, sus ojos fijos en el suelo y en silencio: para *resistir el dolor*, además debía esforzarse en ganar competencias de carrera, salto, lucha y boxeo, aprender a superar dificultades. Se le permitía tener un solo abrigo al año, debía fabricar su cama de juncos que recogía de la orilla del río y comer muy poco, de modo que aprendiera a robar alimentos o a vivir con poca alimentación. Le bastaba aprender el mínimo de escritura y lectura, sólo lo suficiente para satisfacer sus necesidades como soldado y la única música que conocía eran los himnos de guerra.

Los hombres mayores estaban siempre observando a los más jóvenes, para evaluar si podían convertirse en espartanos o para castigarlos si notaban que fallaban en algo. Azotaban al niño sorprendido robando, no por robar, sino que por dejarse sorprender. A menudo, los niños mayores eran azotados públicamente, frente al altar de Artemisa y debían resistir el dolor sin llorar ni gritar. Todas las tardes el capitán reunía a los niños ante los oficiales mayores y les preguntaba: *¿Quién es el mejor hombre en la ciudad? o ¿Qué piensas de la siguiente*

situación? Así, el capitán les enseñaba a juzgar con respuestas que debían incluir un razonamiento de pocas palabras. Aquéllos que no contestaban recibían un castigo: el capitán les mordía los dedos.

Un espartano podía contraer matrimonio a los veinte años, sin embargo, no se le permitía vivir con la esposa hasta tener los treinta, ya que debía cumplir primero con el servicio militar y vivir en las barracas. A los treinta años completaba el entrenamiento y se convertía en un soldado-ciudadano, entonces podía vivir en su casa, aunque muy pocos lo hacían.

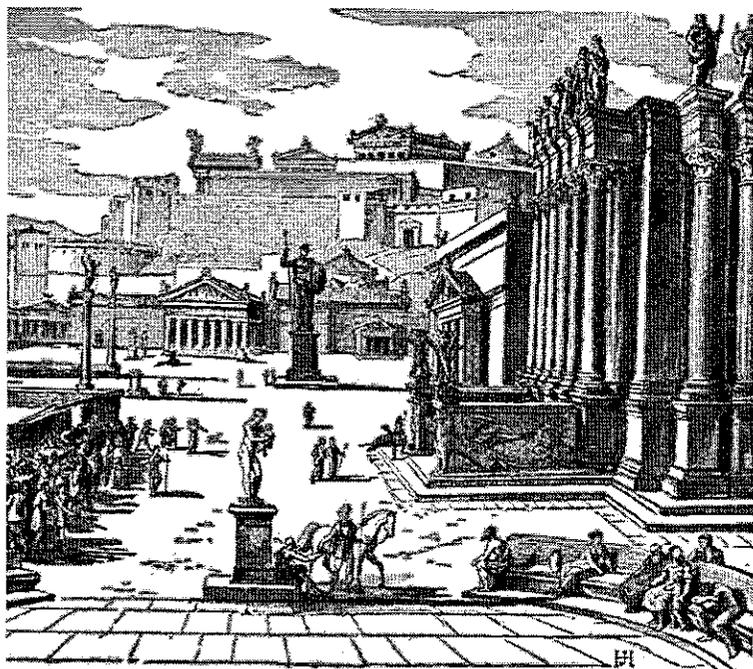
Los hombres comían en comedores comunes o carpas donde compartían su ración de cebada, queso, vino e higos. El lema de Licurgo era: *«Los hombres que comen juntos en paz, luchan juntos en la guerra»*. Después de la cena, los hombres se iban a sus casas en la oscuridad, no se permitían antorchas, porque los espartanos debían ser capaces de marchar audazmente en la oscuridad.

Las mujeres y esposas espartanas habían sido educadas para sacrificarse por sus esposos, sus hijos o su país. Se despedían de los soldados, antes de que partieran a la guerra, diciendo: *«Vuelve a casa, ya sea cargando tu escudo o sobre él.»* Era considerado una desgracia *abandonar* los pesados escudos cuando necesitaban escapar de los enemigos y si un soldado moría en alguna batalla, sus compañeros cargaban el cuerpo en su escudo.

En tiempos de guerra, los soldados vestían finas ropas bajo las costosas armaduras y llevaban el pelo ondulado. Marchaban a la guerra al son de la música. Un historiador griego escribió: *«Contemplar a los soldados marchando al son de las flautas, era un espectáculo magnífico y terrible a la vez; las filas de soldados bien alineadas, con su mente despejada, sus rostros inexpresivos, tranquilos y moviéndose alegremente al son de la música, a pesar de tener en riesgo su vida.»*

Las leyes de Licurgo estructuraron la vida espartana. Él sentía que las leyes y las costumbres se hallaban firmemente establecidas, sin embargo, temía que cambiaran después de su muerte, de modo que Licurgo convocó una *Asamblea Especial* y les informó a los ciudadanos que debía viajar a Delfos para consultar al Oráculo acerca de algunos asuntos. Les pidió a los reyes, al Concilio y a la Asamblea que, hasta su regreso, no modificaran las leyes que él había establecido.

Licurgo abandonó Esparta. Nuevamente el Oráculo anunció que las leyes de Licurgo, eran las que convertirían a Esparta en una ciudad gloriosa. Entonces, Licurgo escribió esta respuesta, la envió a Esparta y después ofreció un sacrificio a Apolo en Delfos y acabó con su vida, con la seguridad de que los espartanos respetarían sus leyes para siempre.



LA TEMPRANA ATENAS

Atenas era la ciudad más bella de Grecia. Se ubicaba en una extensa llanura rodeada de colinas, hacia el Este, donde se podían encontrar cabras salvajes. El tomillo tornaba las colinas de color púrpura y se llenaban del zumbido de las abejas. Hacia el Norte se erguía una gran montaña, famosa por su brillante mármol blanco que relucía con tonos rojizos al atardecer. En el llano se distinguía una gran roca de forma ovalada, en la cima de la cual se levantaba la Acrópolis, fortaleza del rey en tiempos antiguos, que más tarde se convirtió en el Templo de Atenea. La suave pendiente de esta roca terminaba en el mar. El río Cefiso que fluía a través de la llanura era el único río en el Ática que no se secaba en el verano. En sus riberas crecían olivares, concediéndole al paisaje un toque plomizo oscuro.

Atenas se levantaba en el centro de la llanura, a los pies de la Acrópolis. Protegida por gruesos muros, contaba además con nueve rejas antes de la entrada principal, por lo que era casi imposible que sus enemigos pudieran penetrar en la fortaleza. Había un pozo dentro del muro, que abastecía de agua a los defensores de Atenas.

La historia nos relata muy poco sobre los poderosos hombres que construyeron la Acrópolis, sólo sabemos por una leyenda que uno de los primeros soberanos de Atenas fue un rey llamado Cécrope. Se cuentan muchas cosas acerca de él, incluso se cree que no era totalmente humano, sino que había surgido de la tierra y era mitad hombre y mitad serpiente. Durante el reinado de Cécrope, la ciudad se hizo tan bella y vital, que los dioses la contemplaban con el mayor

interés y dos dioses, Poseidón y Atenea, compitieron para bautizarla con su nombre. Para llegar a un acuerdo, Zeus propuso que la ciudad llevaría el nombre de quien creara el objeto más valioso para el ser humano. Entonces, Poseidón alzó su tridente y lo enterró con fuerza en el suelo y desde allí surgió el caballo más noble que haya existido, además los dioses quedaron maravillados al enterarse de las cualidades de este caballo. Luego fue el turno de Atenea, y ella hizo crecer un árbol de olivo. Los dioses se rieron burlonamente al compararlo con el caballo, hasta que ella les explicó los muchos usos de su madera, hojas y frutas. Les explicó que el olivo era un signo de paz y prosperidad, de mayor importancia que un caballo que representa la guerra y la desgracia. Los dioses debieron aceptar que se trataba de un gran regalo y llamaron a la ciudad Atenas.

SOLÓN DE ATENAS (639-559 AC)

Doscientos años después de la muerte de Licurgo, el ateniense Solón se instaló como uno de los hombres más importantes de Atenas. Se destacó en la historia del mundo, tanto por sus metas como por su espíritu de liderazgo.

Al igual que otras ciudades griegas, Atenas había sido gobernada por reyes que heredaron el trono y controlaban el ejército, la religión y las leyes del Estado.

Más tarde, los nobles usurparon el poder a los reyes y se lo entregaron a algunos de sus líderes, escogiendo a sus mejores generales para que se hicieran cargo del ejército y designando a otro para vigilar el cumplimiento de las leyes. Un tercer hombre tenía a su cargo los sacrificios y ceremonias religiosas. Estos tres gobernantes se conocían como los *Arcontes*. Además se eligieron otros seis hombres para ayudar a gobernar, los que debían pertenecer sólo a la nobleza, haber recibido la mejor educación y contar con grandes riquezas. Este tipo de gobierno se denomina oligarquía (el gobierno de unos pocos).

A pesar de que los Arcontes contaban con las mejores herramientas para gobernar al pueblo, se dejaron llevar por la ambición del poder y enriquecimiento personal.

Entonces vino un tiempo de mucho descontento entre la gente, en que la guerra y la mala cosecha llevaron la hambruna al pueblo. Los ricos habían prestado dinero a los trabajadores y campesinos y, cuando la guerra y el hambre hicieron imposible que ellos pagaran sus deudas, se promulgaron leyes para forzarlos a venderse como esclavos, siendo además condenados a muerte cuando robaban comida por hambre. Entonces

el pueblo comenzó a dudar de la *justicia* de sus soberanos: «¿Cuál es la diferencia entre un hombre rico y un hombre pobre? ¿Entre un noble y un hombre común? ¿Entre un hombre libre y un esclavo? ¿Por qué es uno mejor que otro? ¿Quiénes son los ciudadanos y quiénes merecen la ciudadanía?» Entre más se dudaba de los gobernantes, peor era la crueldad y la injusticia con que éstos actuaban. Las condiciones de vida empeoraron considerablemente en Atenas; los hombres decían para sus adentros: «No estoy dispuesto a obedecer para siempre».

Tal era la situación cuando Solón se destacó por su liderazgo. Esto le permitió viajar por territorios distantes para contemplar el mundo y aprender cosas nuevas. Solón también era buen poeta, algunos de sus versos le permitieron hacerse conocido entre la gente. Como la isla Salamina se halla muy cerca del puerto de Atenas, su soberanía se hizo indispensable, pero también el estado vecino de Megara intentaba apoderarse de ella, por lo que se desencadenó la guerra entre los dos estados que duró muchos años, y fue tan costosa y tan poco exitosa para los atenienses, que finalmente Atenas se rindió. A Solón la derrota le pareció una desgracia, por lo que sabiendo que muchos hombres seguirían gustosos a un líder valiente, compuso algunos versos fogosos y los recitó en el Ágora, llamando a los atenienses a no ser *vergonzosos cobardes* y salir de inmediato a luchar por Salamina. Sus versos fueron de gran inspiración, los atenienses volvieron a la lucha y esta vez reconquistaron la isla.

Solón adquirió tanta fama que los nobles le ofrecieron convertirse en Arconte, ocupándose de las leyes de la ciudad, cosa que aceptó llegando a convertirse en el primer legislador de Atenas. Lo primero que hizo fue perdonar a los deudores de la esclavitud por sus deudas, medida bien acogida por los atenienses, que continuaron celebrando el acontecimiento durante muchos años con un festival llamado: «*La liberación de las Amarras*».

Solón amaba Atenas y buscaba el trato justo para su pueblo, así que modificó el gobierno hasta tal punto, que permitió que incluso la clase más pobre votara en la Asamblea. También promulgó una ley de impuestos, que obligaba a pagar mayores impuestos a los más ricos y puso un límite a la cantidad de terreno perteneciente a un solo dueño, para prevenir que alguien se hiciera rico en demasía. El cambio más importante que Solón impulsó, fue traspasar la Corte de Justicia, en poder de los nobles, a manos de la gente común. Aunque los ciudadanos pobres no podían convertirse en Arcontes, sí podían ser elegidos como jueces de la corte. Además, Solón promulgó que el consejo de Atenas debía ser representado por los escogidos en las Asambleas de las cuatro tribus del Ática: de modo que estas tribus también se hallaran representadas en el gobierno.

La gente común obtuvo grandes beneficios con las leyes de Solón, pero esto no agradó a la mayoría de los nobles, por lo que hubo divergencias y peleas antes de que Atenas se convirtiera en una verdadera democracia. Sin embargo, Solón fue el primero en transformar un Estado gobernado *por unos pocos* a uno gobernado por muchos. Hubo una situación en la que Solón demostró, con fundamento, que era un líder que no pensaba tanto en sí mismo, sino que en los demás. Después de promulgar las leyes que permitieron tantas transformaciones para la gente, decidió que el pueblo podía prescindir de su presencia y abandonó Grecia durante diez años. A su regreso no volvió a tener un cargo público, sino que continuó con la vida de un ciudadano corriente.

EL TIRANO PISÍSTRATO (605-527 AC)

A los gobernantes griegos que ansiaban el poder para sí mismos, se les denominó *tiranos*. Pisístrato fue el tirano más famoso de Atenas. Mientras fue general en el ejército se encargó de engañar a la gente para convencerla que su único deseo era servir al Estado, pero su verdadera motivación era convertirse en el soberano de Atenas.

Un día Pisístrato apareció en el Ágora conduciendo su carruaje, completamente ensangrentado, aparentando estar seriamente herido y culpando a sus enemigos del ataque. Entonces, sus amigos se reunieron en la Asamblea para demandar su protección con guardaespaldas, con un grupo constituido por cincuenta hombres que lo protegieran de futuros ataques. Pisístrato aprovechó para organizar este grupo y atacar la Acrópolis, luego intentó convertirse en amo y señor del Estado, pero fue expulsado de Atenas.

Pisístrato no se rindió, sino que se las arregló para ejecutar otro engaño. Esta vez, escogió la celebración de una festividad para aparecer entre la muchedumbre, nuevamente conduciendo su carruaje y acompañado de una bella dama, que vestía el traje y llevaba en la mano el escudo y la lanza de Atenea. La gente engañada, creyó que la diosa había bajado del Monte Olimpo para mostrar su apoyo a Pisístrato. Entonces fue aceptado como gobernante, pero después de un tiempo volvió a ser expulsado y estuvo ausente durante diez años.

Pisístrato regresó y por tercera vez intentó apoderarse del gobierno, esta vez lo hizo acompañado de un poderoso ejército de mercenarios, quienes vencieron a los atenienses y

le traspasaron el gobierno. De este modo Pisístrato se convirtió en tirano y gobernó Atenas durante diez años, hasta su muerte.

A pesar de todo esto, Pisístrato realizó varios aportes bajo su mandato: Mandó a construir un acueducto para llevar agua a la ciudad, construyó nuevos caminos, instaló estatuas de Hermes a lo largo de estos caminos y mandó tallar en los pedestales mensajes de ánimo para los viajeros, proclamó leyes para socorrer a los soldados heridos en la guerra y a las familias de los caídos, ordenó la construcción de un nuevo Templo para Atenas en la Acrópolis y de otro para Dionisio, a los pies de la Acrópolis, donde se mostró el primer drama griego. Además, ordenó la construcción de un gran Templo para Zeus, que no alcanzó a terminarlo en vida.

A pesar de haber sido un buen gobernante, la gente quedó privada del derecho a gobernarse a sí misma, y nadie se opuso.

Después de la muerte de Pisístrato, lo sucedieron sus dos hijos, pero eran tan rechazados que dos jóvenes atenienses tramaron un complot para asesinarlos en un día de celebraciones. Al llegar ese día, asesinaron a uno de los hijos, el otro escapó, y los dos conspiradores fueron apresados y condenados a muerte. Hippias, el hijo que escapó, continuó gobernando Atenas, pero llegó a ser tan cruel con el trato de sus súbditos que la gente caminaba inclinada bajo su opresión.

Durante este periodo, el Oráculo de Delfos revelaba algo que los espartanos no comprendían. Cada vez que un espartano iba a consultar algo al Oráculo la respuesta era siempre la misma: «*Primero libera a los atenienses*». Finalmente, los espartanos, cansados de la misma respuesta, enviaron un ejército a Atenas para derrocar al tirano del poder.

Esparta no era amiga de la democracia. Tan pronto Hippias fue vencido, Cleómenes intentó imponer en el poder

a Iságora, amigo del tirano anterior. Los atenienses se defendieron y lucharon contra los espartanos, bloqueando la salida de la Acrópolis y forzaron al rey Cleómenes a rendirse. Finalmente Atenas se liberó de los gobiernos tiránicos.



LA EDUCACIÓN EN ATENAS

El estudiante ateniense comenzaba la escolaridad a los siete años, lo que no implicaba alejarse de su casa. El estudiante quedaba a cargo de un esclavo, llamado pedagogo, quien lo llevaba a la escuela, portaba sus libros y lo ayudaba con las tareas. El pedagogo también debía preocuparse de mantener la buena apariencia del estudiante, enseñarle buenos modales, responder todas sus preguntas y castigarlo cuando así correspondía. Las clases comenzaban al amanecer y terminaban poco antes del atardecer, para que los niños no tuvieran que volver a casa en la oscuridad, por calles vacías.

Después de dejar a su estudiante en la escuela, el pedagogo esperaba —en una sala junto a los demás pedagogos— durante toda la mañana. La sala de clases se hallaba al interior y allí los niños se sentaban en banquetas bajas y apoyaban en sus faldas los tableros para escribir. El maestro se sentaba en una silla más alta, delante de ellos.

Los instrumentos musicales se colgaban en la pared. En la escuela había tres asignaturas principales: Letras, Música y Gimnasia (además se enseñaba Matemáticas para desarrollar la mente). Los estudiantes aprendían a escribir sobre tableros cubiertos con cera, usando agujas con afiladas puntas de metal. Los que aprendían a escribir, podían usar papiros con juncos untados con una sustancia pegajosa como si fuera tinta. Después de aprender a leer lo que habían escrito, los estudiantes recibían textos de literatura de grandes poetas para leer sentados en las banquetas de la sala de clases, debiendo memorizar muchos de estos escritos, de pie delante del maestro, repitiendo las frases después de él. Se esperaba que des-

pertara en ellos el anhelo de convertirse en gran héroe como los antiguos. La recitación no era una tarea aburrida, ya que la acompañaban con la actuación.

Al finalizar la clase de Letras y Matemáticas los niños continuaban aprendiendo Música: a tocar lira, flauta y a cantar. Los atenienses pensaban que la música era una buena medicina para todas las enfermedades. Cuando un filósofo estaba cansado o enojado, tocaba la lira y exclamaba: «*Ahora me siento más tranquilo!*»

En la tarde los pedagogos llevaban a sus alumnos a la Palestra (la escuela de lucha) ya que era importante tener un cuerpo entrenado y gracioso. Pasaban la tarde corriendo, saltando, lanzando el disco y luchando. En relación al aprendizaje de los números, se consideraba que *aquéllos que habían nacido con talento matemático eran más rápidos, mientras que los que eran más lentos debían estudiar para aumentar su inteligencia*. Por supuesto que había niños que preferían jugar antes que estudiar sus lecciones. Generalmente el maestro castigaba a sus alumnos con unos azotes propinados con el cinturón al que se le había añadido una cola de buey, al que se llamaba *aguijón*. Como parte del castigo el estudiante ateniense se gritaba y suplicaba compasión.

La enseñanza duraba hasta los dieciocho años. Poco a poco el estudiante aprendía a sentir respeto por la grandeza de su pueblo, por la libertad de su ciudad, a controlarse a sí mismo con dignidad y movimientos armoniosos. A los dieciocho años dejaba la escuela y comenzaba el entrenamiento militar que duraba algunos años. Al finalizar su educación el joven se convertía en un ciudadano ateniense. Entonces recibía en el Templo de Zeus el escudo y la lanza de guerrero ante los altos magistrados.

El Juramento de Ephebi (los jóvenes):

«No avergonzaré mis sagradas armas, ni abandonaré a mis compañeros de filas. Lucharé en soledad o junto a mis compañeros, en nombre de los sagrados Templos. Dejaré el país en mejores condiciones de las que lo encontré. Obedeceré a los magistrados y las leyes, y los defenderé de cualquier ataque. Finalmente llevaré con honor el culto de mi país.»

ESTE Y OESTE

COMO LA DORADA PUNTA

DE LA PIRAMIDE DE KHUFU,

BRILLABA PARA SU PUEBLO

EL GRAN REY DE PERSIA.

SU PALABRA ERA LA LEY,

TODOS LOS QUE SE HALLABAN DEBAJO DE ÉL

LO SERVÍAN Y LO SOSTENÍAN.

EL TEMPLO GRIEGO ES UNA IMAGEN

DE LA CONDICIÓN GRIEGA, CON SUS COLUMNAS

PARADAS UNA AL LADO DE LA OTRA

AL IGUAL QUE SE UBICABAN SUS CIUDADANOS

PARA SOSTENER AL ESTADO QUE LOS PROTEGÍA.

EL REY PERSA REPRESENTA UN TIEMPO PASADO

CUANDO EL GOBIERNO ESTABA CONSTITUIDO POR

AQUÉL HOMBRE SUPERIOR AL HOMBRE COMÚN.

CON LOS GRIEGOS, NACÍA

UNA NUEVA ÉPOCA, UN NUEVO ESPÍRITU

EN EL QUE CADA INDIVIDUO SE GOBIERNA

PARA ALCANZAR AL REY QUE LLEVA EN SÍ MISMO.

TEMÍSTOCLES (525-460 AC)

En las llanuras de Atenas, el sol brilla sobre un gran cuadrado exterior. Este lugar es el Ágora, lugar de encuentro de los atenienses. En ambos lados del cuadrado se levantan bellas construcciones y templos de mármol blanco. En cambio, los otros dos costados están cubiertos. Bajo estos pórticos la gente se detiene o camina protegida del sol, la lluvia y el viento helado.

Muchos hombres están ocupados, comprando o vendiendo en sus puestos ubicados en una esquina del Ágora. En otro lugar se observa a muchos hombres caminando y conversando. Las voces se alzan y callan, unos y otros se mueven y gesticulan. Sus blancas túnicas brillan como columnas de mármol de las edificaciones. Mientras alguien habla, el otro escucha, luego se alternan para contestar, así que muchos hablan y otros tantos escuchan. El murmullo de estas conversaciones parece un fuerte río que golpea las rocas. El Ágora es el lugar más importante en Atenas, allí el espíritu que habita en cada hombre, puede hablarle a otro hombre. Todos disfrutan escuchar y tener algo para contestar. Cada mañana el Ágora se llenaba de gente, la mayoría eran hombres, que deseaban escuchar las noticias del día y discutir asuntos de estado, hacer preguntas y dar respuestas. En el mercado, los campesinos y los mercaderes vendían sus productos a los esclavos de las diferentes familias.

Un atardecer, mientras la muchedumbre se dispersaba hacia el Gimnasio, para ir a ver a los jóvenes que entrenaban sus destrezas para participar en los Juegos Olímpicos, un niño pequeño caminaba, junto a su pedagogo, hacia la

Palestra para entrenar la lucha, el lanzamiento del disco, el salto y la carrera. En el Ágora se veía desfilar una procesión de hombres y mujeres, aunque era bastante inusual observar mujeres en el Ágora. Un músico tocaba la lira, mientras los espectadores observaban y el pequeño Temístocles escuchaba con atención. Se hablaba acerca de una campaña griega que ese día había salido a navegar por el Mar Egeo, en dirección a Jonia, para asentarse en sus nuevos hogares. El Oráculo de Delfos les había prometido éxito en la campaña, allí encontrarían agua y tierra fértil para cultivar grano, uvas y olivos. Sus esclavos cargaban recipientes, paquetes, muebles, fuentes con frutas y granos. La procesión se encaminó hacia el Ayuntamiento, donde los líderes de la expedición recibirían un bracer de cobre con el fuego sagrado de Atenas para que encendieran el fuego en el nuevo hogar.

Varias expediciones navegaron hacia el Este, en dirección al territorio asiático, allí se levantaron ciudades griegas con su propio gobierno, independientes de su ciudad madre, sin embargo, estos pueblos observaban Atenas con afecto. Dondequiera que fueran eran considerados griegos, por lo demás hablaban griego y adoraban a sus mismos dioses.

No era extraño observar a estos colonos salir en conquista de nuevas tierras, sin embargo, Temístocles se asombraba de sobremanera. ¡El Este! Temístocles era lo bastante mayor para comprender las conversaciones de los adultos y sentía gran curiosidad. Se decía que la luz y la sabiduría habitaban en el Este.

Muchos griegos navegaron hacia el Este para aprender la antigua sabiduría. La luz del amanecer, la dorada luz del cielo, coloreando el Este; Temístocles creía que los hombres buscaban esta Luz. Mientras que hacia el Oeste, donde se extendía el océano azul, era todo desconocido. Algunos hablaban de un continente sumergido en las profundidades del mar, cuando los dioses provocaron una inundación para

purificar la tierra. También escuchó Temístocles a los adultos hablar acerca del Norte, donde había un territorio congelado en el que habitaban los hiperbóreas, una raza de seres humanos que vivían en perfecta felicidad, pero imposible llegar hasta ellos debido a las blancas nieves, era demasiado arriesgado. Al Norte, el blanco; al Oeste, el azul y ¡al Este, el amarillo! Temístocles se imaginó un color para el Sur, allí donde el calor del sol bañaba la tierra, el color rojo. Sin embargo, se sintió más atraído por el Este, adonde deseó viajar en el futuro, sin imaginarse que entonces el Este lo buscaría a él.

¿Cómo fue la infancia de Temístocles? ¿Cómo era el niño Temístocles?

Temístocles provenía de una familia muy humilde, su casa quedaba en una silenciosa y sucia calle de Atenas, entre los muros sin ventanas de las casas. Desde afuera sólo se divisaban los portones cerrados y detrás se sentaba el esclavo encargado de abrir la puerta a los invitados. Al entrar a una casa ateniense, lo primero que se veía era el patio interior rodeado por las habitaciones. En el comedor se hallaba el fuego sagrado, siempre encendido, y sólo braseros para calentar la casa en el invierno. La gente dormía en camas sin colchón ni sábanas. Los atenienses no tenían mayor apego por las cosas, no las consideraban importantes. Por ejemplo no tenían reloj, botones ni calcetines. Estudiaban poesía sin ayuda de libros, geografía sin mapas, política sin diarios. Todas las casas eran iguales, ya fueran de los ricos o de los pobres. La riqueza se invertía en hermosas construcciones públicas, para que todos las pudieran disfrutar. Las habitaciones de las casa eran más bien pequeñas y oscuras, la única luz era de las ventanas que daban al jardín interior.

La madre de Temístocles se preocupaba de la casa y sus esclavos. Ella disfrutaba contándole a su hijo las leyendas de los dioses y héroes, y especialmente la Guerra de Troya. Se

desconoce la ocupación de su padre, pero todos los atenienses tenían alguna ocupación relacionada con el gobierno de la ciudad, eran responsables de las flotas, de la Corte de Justicia, del coro, la construcción y la escultura.

A Temístocles le gustaba hacer ciertas cosas, pero no le interesaba tener buenos modales o movimientos gráciles, tampoco quiso aprender a tocar la lira. En Atenas se reconocía a un hombre sin educación cuando no sabía tocar la lira, pero cuándo se lo recriminaron a Temístocles, él respondió: «*No sabré tocar la lira, pero igual proporcionaré gloria a mi ciudad!*» Al llegar las vacaciones, Temístocles en general no jugaba, sino que pasaba su tiempo creando discursos ceremoniales para su ciudad.

A medida que iba creciendo, Temístocles ponía mayor atención en los temas que se discutían en el Ágora, especialmente sobre las noticias que se comentaban acerca del mundo griego, referidas a todas las colonias que se habían expandido alrededor del Mar Mediterráneo. Así se enteró de la grandeza de Mileto una ciudad de Jonia, y sobre un sabio que vivía allí, llamado Tales.

Tales, había estudiado la ciencia de las estrellas con los babilonios. Además, había continuado estudiando por sí mismo las leyes del movimiento de los cuerpos celestiales, llegando a afirmar que la luna a veces se ubica entre el sol y la tierra, proyectando su sombra al sol. Tales predijo un eclipse, en el que el día se oscurecería debido a esta sombra. Se presume que Temístocles debe haber escuchado decir a Tales: «*Dios es lo más antiguo del mundo, ya que no tiene nacimiento. El mundo es la creación más bella de Dios. El tiempo es la cosa más sabia, ya que sabe todo lo que ha sucedido.*»

En el año 538 AC, tal vez una docena de años antes del nacimiento de Temístocles, Ciro, el rey persa, conquistó Babilonia y permitió a los cautivos israelitas regresar a su patria. Después condujo su ejército en dirección al Oeste,

hacia el Mar Egeo, tomando posesión de todo el territorio a lo largo de la costa Este del mar, incluyendo Mileto, una de las muchas ciudades griegas en esa parte del mundo. Como parte del Imperio Persa, las colonias griegas eran gobernadas por un oficial persa. Los griegos debían proporcionar barcos y marineros al ejército persa.

Ciro murió en el año 529 AC y fue sucedido por su hijo Darío. Esto también sucedió algunos años antes del nacimiento de Temístocles, pero cuando ya era un adulto, en el año 499 AC, se comentaba en Atenas que en Mileto, los griegos se habían rebelado contra los persas y buscaban el apoyo de los continentales. Los espartanos les negaron ayuda, en cambio los atenienses enviaron veinte barcos repletos de guerreros. Al llegar a Jonia, los griegos marcharon en dirección al Norte hacia Sardes, una ciudad persa en Lidia y la quemaron hasta convertirla en ceniza.

Darío, enfurecido, juró vengarse de los atenienses e incendió Mileto hasta destruirlo completamente. Los atenienses quedaron atónitos al enterarse. Un poeta escribió el drama «*La Captura de Mileto*» y en el estreno todos lloraron.

Entonces Darío envió mensajeros a las ciudades griegas en el continente demandando regalos de tierra y agua, en señal de sumisión. Los espartanos y los atenienses arrojaron a los mensajeros dentro de una fosa y de un pozo, ordenándoles buscar tierra y agua por ellos mismos. Al enterarse Darío ordenó a su ejército embarcarse en una flota hacia el Mar Egeo, y castigar a todo aquél que opusiera resistencia, convirtiéndolo en esclavo y llevándolo hacia Susa. Los persas destruyeron todas las ciudades que se resistieron a lo largo del canal Este del Ática. Los atenienses se reunieron en el Ágora y enviaron de inmediato un corredor, pidiendo ayuda a los espartanos. El hombre corrió durante dos días y dos noches sin parar. Los espartanos prometieron ayuda en cinco días, después de los sacrificios de luna llena para Apolo, pero antes

de ese plazo, la flota persa ancló en la costa de Maratón (490 AC) y dieciocho mil soldados acamparon en la llanura rodeada de montañas.

Milcíades, un general que había peleado contra los persas en Jonia y que conocía sus tácticas, condujo a nueve mil soldados atenienses que se agruparon alrededor de la llanura. Milcíades sabía que la línea de ataque persa era más fuerte en el centro, de modo que reforzó su defensa para que fuera más poderosa en los flancos y más débil en el centro. Cuando los persas atacaron el centro, los poderosos flancos atenienses cerraron a los persas. Sólo murieron 192 griegos contra 6.400 persas y sus sobrevivientes alcanzaron a huir en los barcos. A pesar de que sus soldados estaban casi desfallecidos con la lucha, Milcíades los envió de inmediato de regreso a Atenas, suponiendo que los persas atacarían la ciudad aprovechando que estaba indefensa. Y así sucedió, los soldados atenienses alcanzaron a regresar justo a tiempo para defender la ciudad. Los atenienses habían alcanzado a enviar mensajes pidiendo ayuda a Esparta: dos mil espartanos llegaron a Atenas. Cuando los persas vieron el número de hombres, junto a sus refuerzos aguardando para luchar en Atenas, emprendieron la retirada con su flota.

La victoria de Maratón llegó en el momento en que Temístocles cumplió treinta y cinco años. Temístocles admiraba a Milcíades, pero estaba seguro de que los persas no se rendirían y así lo hizo saber en todas partes, hasta persuadir a los atenienses para construir más barcos, mejorar el puerto de Atenas y alistarse para una futura lucha contra los persas. Temístocles se hallaba preparado para esta lucha.

Darío se enfureció con la derrota de Maratón y reunió a hombres procedentes de todos los rincones del Imperio Persa. Se reunieron durante diez años preparando el ataque, pero Darío murió antes que la expedición estuviera lista y su hijo Jerjes subió al trono continuando con los planes de su

padre de conquistar Grecia, exclamando: «¡No me detendré hasta incendiar Atenas y verla convertida en cenizas!»

Ésta era una época en que todo el mundo griego debía decidir su futuro. Atenas se hallaba preparada, gracias a las demandas de Temístocles. Ahora contaba con una numerosa flota y un puerto mejorado y Temístocles había asumido como almirante de la armada ateniense.

En el año 480 AC, los persas se hallaban listos para partir desde Sardes. El plan consistía en que el ejército marcharía hasta el Helesponto, para cruzarlo hasta Tracia, después continuar hasta Macedonia en dirección al Sur y llegar a Grecia. Tal cantidad de soldados debió marchar por tierra, en parte porque eran hombres de tierra y le temían al mar. En cambio los fenicios eran navegantes. La flota persa debía reunirse con el ejército en el Helesponto y desde allí, navegar cerca de la costa para proteger a sus soldados. Eran ochocientos barcos y mil ochocientos soldados.

La marcha persa era liderada por cargadores, soldados y caballos. Más atrás caminaban los soldados según sus rangos. Los seguía a cierta distancia un ejército de mil hombres a caballo y mil soldados con lanzas, todos nobles. Después iban los caballos sagrados, con sus finos atuendos, más atrás iba el carruaje sagrado del dios persa, conducido por ocho caballos, su conductor iba a pie, porque ningún ser humano debía subir al carruaje. Lo seguía el Gran Rey protegido por sus soldados con lanzas escogidos entre los mejores y más nobles persas, llamados *los inmortales*, constituidos por diez mil hombres, de modo que si uno moría siempre había otro que lo reemplazaba. Eran la flor y nata del ejército persa. Nueve mil de estos hombres cargaban lanzas con puntas de plata en forma de manzana o granada, en cambio, los mil restantes sostenían lanzas con puntas de oro en forma de manzana.

De todas las naciones que se unieron a Jerjes, los persas llevaban los adornos más finos, mucho oro, y sus armas eran:



escudos, dagas, arcos y flechas. Las filas de persas eran seguidas por los pueblos limítrofes al Imperio Persa: los asirios, con cascos de bronce y cotas de lino, llevaban garrotes de madera tachonados con hierro; los escitas, con capas de piel de oveja y hachas de guerra; los caspios con pieles y espadines cortos; los árabes con túnicas sueltas y largos arcos; los etíopes con pieles de leopardo y león. Para luchar cada hombre

se pintaba el cuerpo mitad rojo y mitad blanco, en la cabeza llevaban cuero cabelludo de caballo con las orejas y la melena aún atada. Ellos luchaban con una variedad de armas: arcos largos con flechas puntiagudas, lanzas y garrotes.

Jerjes mandó a construir un trono de mármol blanco cuando el ejército se reunió con la flota en el Helesponto. Allí se sentaba mientras dirigía la construcción de un puente de barcos a lo ancho del estrecho. Pero antes de ser habilitado fue destruido por una gran tormenta. Jerjes en un ataque de rabia ordenó a sus soldados que azotaran el mar con 300 latigazos exclamando: «¡Agua insolente!, ¡Recibe estos azotes en nombre del rey Jerjes, quien cruzará por el estrecho con o sin tu aprobación!». Después mandó a decapitar a todos los ingenieros que habían participado en la construcción del puente, y ordenó construir uno nuevo. Al amanecer Jerjes oró al Sol, mientras con una copa de oro derramaba una ofrenda al mar. Pidió para que ningún percance le impidiera conquistar todo el territorio del Oeste.

Luego el ejército marchó ininterrumpidamente por el puente, durante siete días y siete noches. La expedición continuó, la flota y el ejército volvieron a reunirse en la ciudad de Terma, desde donde divisaban el Monte Olimpo y las montañas de Tesalia. Todos los pueblos por donde pasaron debieron proveerlos de agua y comida para los hombres y los animales.

Mientras tanto los griegos, liderados por los atenienses y espartanos, sostuvieron un encuentro en Corintio. Todos los estados líderes, a excepción de Argos y Tebas, acordaron ponerse bajo el mando de los espartanos para enfrentar al enemigo común.

En pleno verano del año 480 AC, los griegos marcharon al encuentro de los persas en las Termópilas, el estrecho paso por las montañas entre Tesalia y Grecia. El Rey Leonidas de Esparta, junto a trescientos hombres, se alistó

para defender el paso, mientras el resto de las tropas griegas acampó hacia el Sur para defender el istmo de Corintio. Los persas, por su parte, acamparon un poco antes del paso. Un soldado persa divisó a los espartanos mientras practicaban ejercicios atléticos y se peinaban su larga cabellera. La flota persa ancló en Artemisium, donde había cuatro veces más barcos persas que griegos. El plan de Jerjes consideraba atacar simultáneamente por tierra y por mar. En el momento del ataque se desencadenó una tormenta que duró tres días, en la que cuatrocientos barcos persas resultaron destruidos y a medida que la tormenta amenguaba, los barcos griegos comandados por Temístocles atacaron y vencieron la flota persa.

Entonces, Jerjes ordenó a su ejército que atacara el paso. Los espartanos continuaron luchando, durante dos días, hasta que los persas retrocedieron, ocasionando muchas bajas persas. Jerjes observaba la lucha desde su trono de mármol. Al tercer día, un traidor griego pactó un trato con Jerjes: oro a cambio de revelar un sendero en la montaña que permitiría a los persas sorprender a los espartanos por la retaguardia. Al atardecer *los Inmortales* siguieron al traidor durante toda la noche en las montañas, sobrepasando la línea espartana. Los vigías previnieron a Leonidas de la presencia de persas en la retaguardia. Entonces Leonidas supo que había llegado el fin, pero también sabía que comandaba un ejército espartano lo que significaba que mientras quedara uno vivo, los persas no podrían apoderarse del paso.

Sin embargo, los espartanos se defendían en el frente y se desplegaron en el terreno para tener más espacio de lucha. De este modo empujaron a los persas hasta el mar, defendiéndose varias veces del contraataque enemigo. Finalmente Leonidas perdió la vida luchando y los espartanos lucharon para rescatar su cuerpo. Cuatro veces los persas estuvieron a punto de recuperarlo, sin embargo, los espartanos lo retuvie-

ron. Entonces llegó el mensaje de que *los Inmortales* atacaban por la retaguardia. Los espartanos se agruparon en torno al cuerpo de Leonidas, en una colina, donde se defendieron sólo con espadas, ya que sus lanzas estaban rotas. Aquéllos que no tenían armas lucharon con manos y dientes hasta que fueron cayendo de a uno. No quedó un solo espartano vivo y fueron enterrados en el mismo campo de batalla.

Más tarde, se erigió una columna en memoria de los caídos que decía: «*Extranjero, que por aquí pasas, ve y dile a los espartanos que aquí yacemos por defender sus leyes.*»

Así fue como los persas se apoderaron del paso de las Termópilas, delante de ellos se distinguían libremente los caminos que conducían a Atenas. Ahora, los barcos atenienses y el puerto en buen estado, ya no podrían proteger Atenas del ejército persa que avanzaba marchando en dirección al Ática. Los atenienses, enviaron mensajeros al Oráculo de Delfos para que los aconsejara. Sin embargo, la respuesta los dejó muy angustiados. El Oráculo les dijo que el fuego y el dios de la guerra estaban a punto de arruinarlos, debían abandonar sus casas y buscar refugio detrás de muros de madera. Los atenienses discutieron mucho el significado de esta respuesta, ya que algunos pensaban que debían erigir un muro de madera alrededor de la ciudad, en cambio otros pensaban que los muros de madera hacían referencia a sus propios barcos. Así pensaba Temístocles, y convenció a la gente de abandonar Atenas y buscar refugio en los barcos anclados cerca de Salamina. Los atenienses abandonaron la ciudad, dejando a unos pocos hombres para que defendieran la Acrópolis. Pero los persas llegaron antes de tiempo, descubrieron un lugar desprotegido en la Acrópolis, la capturaron, la incendiaron y luego quemaron toda la ciudad.

En Salamina, la flota ateniense se reunió con otros barcos griegos. Al enterarse del incendio de Atenas, todas las flotas decidieron regresar a casa abandonando a los atenienses. Te-

místocles intentó persuadirlos para que se quedaran, pero los griegos lo insultaron, contestándole que la única razón por la que él deseaba quedarse y luchar en Salamina, era porque no tenía país adonde regresar, a lo que Temístocles contestó que Atenas estaba donde fuera que hubiera hombres y barcos atenienses. De todos modos, los otros comandantes griegos, votaron por alejarse de la flota persa.

Entonces, Temístocles envió un mensaje a Jerjes pretendiendo ser parte de sus aliados. El mensaje decía que los griegos se hallaban luchando unos con otros y planeando la retirada. Además le aconsejaba a Jerjes atacar a los griegos antes que escaparan y así lograr una gran victoria. Jerjes le creyó a Temístocles y ordenó a su enorme flota atacar a los griegos al amanecer del día siguiente. Nuevamente el Gran Rey situó su trono donde pudiera contemplar las maniobras de sus barcos.

Los griegos volvieron a unirse para defenderse. Los persas los superaban en cantidad de barcos, pero esto lejos de ayudarlos era más bien un obstáculo, porque les permitió a los griegos atraparlos en el estrecho, sin que pudieran regresar ni prestarse ayuda entre ellos. En un solo día de feroz lucha, los griegos vencieron a los persas. El mar quedó tan lleno de barcos encallados y hombres ahogados, *que casi no se veía el agua*. Había llegado el fin del verano y Jerjes se enteró de las rebeliones en Jonia. Luego de su derrota en Salamina, Jerjes zarpó en dirección a Asia, dejando parte de su ejército acampando en Tesalia. Se aproximaba el invierno y ya no habría más ataques hasta la próxima primavera.

Al llegar la primavera Jerjes intentó hacer un trato con los atenienses, pero ellos se rehusaron, pues sabían que eso implicaba sacrificar su libertad. Los espartanos y los atenienses enfrentaron a los persas en Platea en una batalla que duró todo el día, donde el general persa Mardonio fue asesinado, el ejército sin su líder intentó huir, pero los griegos los persiguieron, dejando muy pocos sobrevivientes.

Al entrar en el campamento persa los griegos se asombraron de las riquezas que hallaron. Las carpas estaban amobladas con camas de oro y plata, usaban copas y recipientes de oro. Los griegos enviaron un tercio de estas riquezas a Delfos y repartieron el resto entre sus soldados. Cuando hallaron la carpa de Jerjes y el Rey Pausanias de Esparta ordenó a los cocineros del rey persa preparar una comida similar a la que acostumbraba. Pausanias no podía creer al contemplar el espectáculo de platos y muebles de oro y plata, las bellas cortinas y manteles de colores. Sólo para divertirse ordenó a sus propios cocineros preparar una comida espartana. Después reunió a todos los generales griegos y les señaló la diferencia entre las dos comidas diciendo: *«Helenos, los he reunido para mostrarles el sin sentido del obrar de este rey de los Medas, ¡quién teniendo este tipo de riqueza, vino hacia nosotros para quitarnos este tipo de pobreza!»*

De allí en adelante, Grecia permaneció libre, probando que cuando se trata de libertad, incluso el más débil puede vencer al más fuerte. Durante un tiempo después de la derrota persa, Temístocles se convirtió en un héroe griego. Adonde iba percibía la admiración y aprecio de la gente, con eso se sentía feliz y renovó sus fuerzas para volver a fortalecer a Atenas. Bajo su conducción, hombres, mujeres y niños pusieron toda su voluntad para reconstruir la ciudad y levantar un gran muro a su alrededor. Además construyeron un muro para proteger el puerto, que se ubicaba a cierta distancia, el muro unió el puerto con la ciudad y formó un camino fortificado.

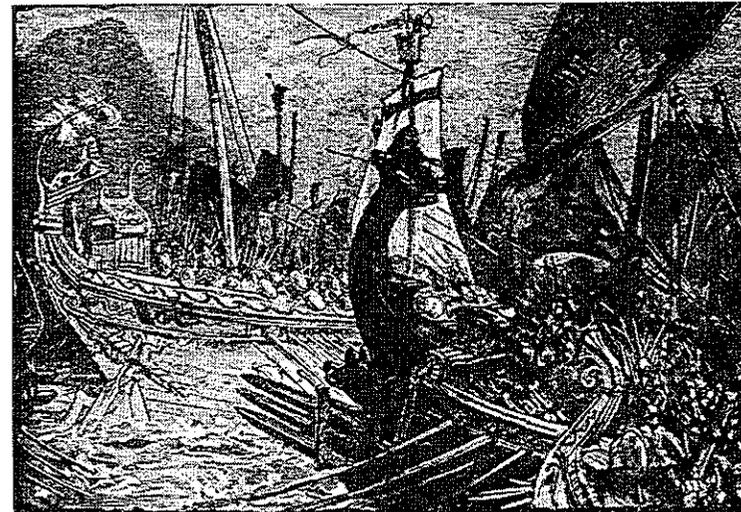
Con el tiempo, Temístocles, sin temer un nuevo ataque persa, aconsejó a los atenienses comerciar con los persas, para alcanzar ciertos beneficios y riquezas para la ciudad, pero los atenienses se negaron rotundamente y despertaron sentimientos en su contra, hasta que lo marginaron y lo expulsaron de Atenas. Temístocles comenzó a vagar y a ser rechazado en todas partes, como Atenas se había convertido

en un estado poderoso ningún otro estado griego se atrevía a ofenderla recibiendo a Temístocles, por lo que finalmente Temístocles encontró refugio con el nuevo soberano persa, Artajerjes, en Susa.

Artajerjes se regocijaba con los ruegos de Temístocles y el héroe griego se convirtió en su favorito, sin embargo los reyes persas lo llamaban *«serpiente griega»* porque desconfiaban de él

¿Cómo se sentía Temístocles convertido en compañero favorito del rey persa? La historia nos responde. Artajerjes convocó a Temístocles para que lo ayudara en una nueva guerra contra los griegos. Antes de llevar a cabo un acto tan desvergonzado, Temístocles, prefirió beber veneno y poner fin a su vida.

Las generaciones posteriores de atenienses apreciaron los logros de Temístocles y, agradecidos, trajeron su cuerpo de vuelta a Atenas para que descansara junto al renovado puerto que construyó para su ciudad.



LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Después que Hércules completó los doce trabajos, viajó a Olimpia para presentarse ante el Oráculo de Zeus. Hércules reunió a los jóvenes de todas partes de Grecia y los invitó a desplegar sus habilidades en distintas pruebas. Él también tomó parte y los inspiró a desarrollar fuerza, velocidad y gracia.

De allí en adelante, cada quinto año, se celebraron estos Juegos. Los griegos comenzaron a medir el tiempo de acuerdo a las Olimpiadas (periodos de cinco años) en vez de años. Inspirados en la idea de belleza, gracia y velocidad que el cuerpo desarrollaba a través del entrenamiento atlético, los griegos consideraban que correr con gracia era tan importante como correr velozmente, de modo que ellos no se interesaban por alcanzar puntuaciones que demostraran quién había sido más rápido o había arrojado el disco más lejos.

Los Juegos se desarrollaban en Agosto o Septiembre, y duraban cinco días, período en el que debía detenerse todo comercio o actividad laboral. La gente viajaba a Olimpia, de todas partes de Grecia, todos los caminos se consideraban seguros, de modo que se castigaba severamente a cualquiera que intentara atacar a los viajeros.

La muchedumbre se apropiaba de todas las rutas y senderos. La gente concurría, no solo de Grecia, sino que también de Asia, luciendo el esplendor oriental de sus carruajes y engalanados con sus mejores ropas. Otros viajaban desde el Oeste, desde Italia y otros, hombres de piel oscura, viajaban desde África. Eran hombres ricos que viajaban en camello y caballos, acompañados por sus esclavos que acarreaban los

bultos. Los hombres más pobres, iban a pie y olvidaban sus pies cansados, en la medida que pensaban en la alegría de participar de los Juegos. Los mercaderes también iban con sus productos para aprovechar de venderlos entre la gente. Además iban escultores llevando estatuas para los Templos, poetas para dar a conocer sus poesías, músicos con sus instrumentos y maestros de gimnasia que querían aprender algo nuevo para su docencia.

Pero las mujeres se quedaban en casa, era un viaje demasiado largo y un evento demasiado público para ellas. Olimpia no era una ciudad, allí sólo había templos, y sobresalía el de Zeus. En él se hallaba la maravillosa estatua de Zeus, que esculpió Fidias, una de las siete maravillas del mundo hecha de oro y plata: *«Quién contempla esta estatua, olvida todos sus problemas y se llena de alegría.»* La gente acampaba en carpas y los comerciantes levantaban puestos para exhibir la mercadería. Por todas partes se veía a los amigos, compartiendo todo lo sucedido desde el último encuentro. Los heraldos se encargaban de los anuncios públicos acerca de los asuntos de los diferentes estados: guerras, tratados, nuevas colonias, etc.



Los atletas arribaban a Olimpia, treinta días antes del comienzo de los Juegos, para dedicarse al entrenamiento. Podían participar sólo hombres de sangre griega, que no fueran culpables de algún crimen o haber cometido alguna falta a los dioses. Cada participante debía probar que se había entrenado durante un periodo de diez meses antes de los Juegos. Los nombres de los candidatos se escribían en un tablero blanco, y si alguien se arrepentía luego de estar inscrito, se le señalaba como un cobarde. La ceremonia comenzaba con el sacrificio de un jabalí y luego los participantes, atestiguando ser ciudadanos griegos, juraban acatar fielmente las reglas de las competencias para que fuera *un juego justo*. Durante más de mil años, se dio el caso de seis o siete competidores culpables de incumplir el juramento.

El primer día de competencia, los participantes hacían sacrificios y se unían a las procesiones junto a representantes de los diferentes estados, conducían carruajes y llevaban costosos obsequios para adornar el Templo. Las competencias se llevaban a cabo durante los restantes tres días, en el gran estadio, con todos los asientos ocupados, además de las colinas donde los espectadores se ubicaban desde el amanecer hasta el atardecer para no perder sus lugares. Llevaban su merienda consigo. El brillo del sol se reflejaba en las cabezas desnudas. Como Zeus se hallaba presente en todo momento, nadie se atrevía presentarse ante él con la cabeza cubierta.

El primer día incluía las competencias de carrera de doscientas yardas hasta tres millas en distancia, y el pentatlón que consistía en cinco pruebas distintas: el lanzamiento del disco, la jabalina, carrera, salto y lucha. Las pruebas la realizaban los mismos competidores y el ganador debía ganar tres de las cinco pruebas. Los jueces se fijaban especialmente en la gracia de cada movimiento. Normalmente el lanzamiento del disco y la jabalina se acompañaban con música de flauta. En el segundo día, el más apasionante, se desarrollaban

las carreras de carruaje a cuatro caballos. Homero describe: *«Los conductores de carruajes, levantaban el látigo por sobre sus corceles, les pegaban con las riendas y gritaban con impaciencia. Los corceles se adelantaban con tanta rapidez sobre la llanura, que dejaban una nube de polvo, parecida a un remolino, sobre sus pechos, mientras las melenas eran agitadas por el viento que soplabá. Los carruajes corrían, a veces por la generosa tierra, otras veces, se unían al viento. Los conductores se mantenían en el carruaje mientras el corazón de cada participante latía con el ansia de victoria. Cada hombre llamaba a su caballos mientras volaba, en medio del polvo, a través del llano.»* Finalmente, en el cuarto día de los Juegos, se efectuaban las pruebas más duras y peligrosas, el boxeo y la lucha.

El quinto día se entregaban los premios que eran simples, más honrosos que costosos. El premio era una corona, obtenida de un árbol sagrado de olivo. Un niño escogido, cuyos padres debían estar vivos, debía cortar la rama con un cuchillo de oro. Las coronas se ponían sobre una mesa, frente a todas las personas y un heraldo anunciaba el nombre del vencedor, el nombre de su padre y la ciudad de origen. Cuando uno de los jueces coronaba al ganador, era el momento de mayor orgullo de toda su vida. Después de la entrega de premios, se realizaban sacrificios a Zeus, seguidos de una celebración que continuaba hasta la noche, rindiendo a los vencedores toda clase de honores. Los poetas les escribían odas, los escultores les esculpían estatuas. Un atleta que hubiese vencido tres veces era honrado con una estatua que se situaba fuera del Templo de Zeus. El vencedor también se sentía orgulloso del honor que llevaba a su ciudad, y el día de su regreso la ciudad lo declaraba *día festivo*. La gente entonaba canciones de triunfo para recibirlo y era conducido a la casa de sus padres por una calle adornada de flores. En Atenas, los vencedores podían cenar a expensas públicas, en

el lugar donde comían los miembros del Concilio y los hombres prominentes de la ciudad.

Pindaro, el poeta griego, escribió estas palabras para una canción acerca de los vencedores de las Olimpiadas: «*Aquél que ha alcanzado por los Juego, una dulce tranquilidad, la llevará por siempre a lo largo de su vida.*»



SACERDOTES DE LA BELLEZA

Conocemos a los atenienses por su amor a la libertad, también debemos conocerlos por su amor a la belleza. Los ateniense reverenciaban la divinidad que habita en el ser humano, también reverenciaban la belleza del cuerpo físico como imagen de la divinidad. La gimnasia, la vestimenta suelta y la vida al aire libre, ayudaron a los griegos a convertirse en la raza más bella bajo el sol. Los hombres eran considerados héroes por su belleza y, después de su muerte, se levantaban pequeños santuarios para ellos, como si se tratara de dioses.

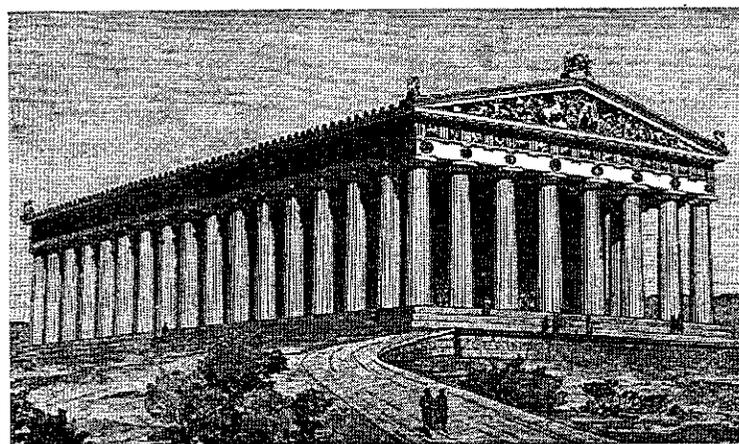
En una oportunidad, en una obra de teatro, se le dio a un esclavo el papel de Dionisio. Era tan bello que desde el comienzo el público aplaudió y su amo de inmediato le dio la libertad. En otra oportunidad, el filósofo griego Isócrates dijo: «*Se honra la virtud sólo porque es la belleza moral.*» También Platón dijo: «*La belleza es el esplendor de la bondad.*» Al igual que había sacerdotes de Apolo y Zeus a menudo escogidos por su belleza, aparecieron en Grecia algunos hombres que se pusieron al servicio de la belleza y por eso se denominaban *sacerdotes de la belleza*. Eran los poetas y los dramaturgos, los escultores y los arquitectos, junto a los pensadores: científicos y filósofos.

PERICLES (499-429 AC)

Después de las Guerras Médicas Grecia volvió a ser libre, sin embargo, los persas continuaron gobernando varias colonias griegas en Asia. Todos los líderes griegos se reunieron en la isla de Delos, el lugar de origen de Apolo, donde conformaron la *Liga de Delos*, que intentaba la liberación de los griegos de Asia y de las islas persas. La Liga buscaba reunir dinero para construir barcos, por lo que cada uno de los estados miembros se comprometió a aportar una cierta suma de dinero anual. En un principio todos los estados miembros eran libres e iguales, pero se unieron en ese compromiso y lograron la liberación de cada una de las colonias, las que posteriormente también se integraron a la Liga.

Atenas era el estado líder, se hacía cargo del dinero y de dictar las leyes. Lentamente Atenas fue adquiriendo cada vez más poder, los atenienses comenzaron a mirar a los otros estados como súbditos y por lo tanto consideraban que les debían obediencia. Finalmente Atenas gobernó todos los estados y formaron parte de lo que se denominó *el Imperio Ateniense*.

En este periodo se escogió un *Strategus* o estrategia para Atenas, su nombre era Pericles y tenía una apariencia grácil y majestuosa. Era un noble preocupado por la gente común, tanto por los pobres como por los ricos. Pericles permitió que todos los atenienses, nacidos libres, participaran activamente en el gobierno, las oficinas se abrieron para todos los ciudadanos y los oficiales recibieron un sueldo del Estado. De este modo, Atenas se convirtió en una democracia para sí misma, a pesar de que mantenía la tiranía con el resto del Imperio.



Pericles era un gran orador y fue llamado «*El Olímpico*». Se decía que, al igual que Zeus, hablaba con el rayo y el trueno. En uno de sus discursos, mientras describía a los atenienses dijo: «*Nosotros somos amantes de la belleza, sin embargo, somos de gustos simples, y cultivamos la mente sin perder la virilidad. Empleamos la riqueza para fines reales y no consideramos que la pobreza sea una desgracia. La desgracia es no hacer nada para evitarla.*»

Atenas fue reconstruida después que los persas la incendiaran. Pericles inspiró a los atenienses para que construyera los Templos y Teatros más bellos del mundo. Ictino diseñó el Partenón, en la Acrópolis, decorada con esculturas de Fidias, quien también creó la hermosa estatua de Atenea situada al interior del Templo. Los atenienses creían que era la misma Atenea, quien se había construido su hogar en el Partenón. El Teatro de Dionisio se levantaba al sudeste de la Acrópolis, allí se montaban obras de teatro, desde el amanecer hasta el atardecer y las mejores obras recibían un premio. La mayoría de las obras estaban inspiradas en leyendas de los dioses, actuadas por varios actores, acompañados por un coro y al finalizar, la audiencia aplaudía para demostrar su aprobación,

o refunfuñaba y silbaba en señal de descontento por la obra o los actores. En el centro del escenario, donde se ubicaba el coro, se erguía una estatua de Dionisio. Durante la Edad de Pericles vivieron muchos grandes hombres, cuyos trabajos son venerados hasta el día de hoy. Algunos de estos hombres fueron: Esquilo, Sófocles y Eurípides; los escultores Fidias y Políclito; los filósofos Sócrates y Anaxágoras.

El gran propósito de Pericles, era transformar a Atenas en la ciudad gobernante del mundo griego, pero Esparta —por celos— se oponía. Dos años antes de la muerte de Pericles, Esparta le declaró la guerra a Atenas. La guerra concluyó con la derrota de los atenienses. Al final del primer año de guerra, Pericles, en un discurso funerario, hizo una comparación entre Atenas y Esparta: «...*Diferimos mucho de nuestros oponentes, con respecto a nuestro entrenamiento para la guerra. Los espartanos, desde la más temprana infancia, se someten a un severo entrenamiento para desarrollar el coraje, en cambio nosotros, con nuestros simples hábitos de vida, no nos hallamos menos preparados para enfrentar toda clase de adversidades... y al final vencemos, sin predisponernos con anterioridad a toda clase de sacrificios, y sin embargo, en la hora del juicio nos comportamos con tanto coraje, como aquellos que trabajan duro desde el principio.*»

Hoy en día, cuando los viajeros quieren conocer Grecia, se dirigen a Atenas y no a Esparta. Atenas se convirtió en la capital de Grecia y no Esparta.

SÓFOCLES (496-406 AC)

Después de la victoria de Salamina los atenienses celebraron una gran fiesta para *Acción de Gracias*, allí apareció un gran coro de bailarines conformado por jóvenes «efebos» no mayores de dieciocho años. Entre ellos se hallaba un joven efebo, que había sido escogido por su gran belleza, para liderar el *himno a la victoria*. Su nombre era Sófocles. Todos los que lo contemplaban, se impactaban por la pureza de su belleza, sentían que estaban frente a la imagen de un dios.

Sófocles era hijo de un artesano, jefe de una gran herrería, donde se forjaban armas de hierro para la guerra. Su hogar se hallaba entre bosques de olivo, en el valle del Río Cefiso, un territorio rico en minerales. Mientras Sófocles crecía, disfrutaba de ubicarse en el risco de una escarpada montaña, desde donde contemplaba el mar, el puerto de Pireo y Atenas, con sus blancas construcciones de mármol, brillando a la luz del sol. Se desconocen detalles sobre la infancia de Sófocles, hasta doce años después de la celebración de la victoria, en que reaparece entre los ciudadanos, pero esta vez ya no se trata de un efebo, de un soldado, ni por su bello cuerpo, sino que recitando versos propios para la festividad de Dionisio.

La gente se reunía sabiendo que presenciaría de un torneo de poesía entre este joven poeta y un anciano de más de sesenta años, Esquilo, que había luchado en Maratón y Salamina y que había ganado varias veces una corona de laureles en diferentes torneos. Esquilo había escrito un bello poema acerca de la guerra contra los persas y era reverenciado como uno de los más grandes poetas atenienses. Comenzó el torneo, Sófocles y Esquilo compitieron recitando cada uno su

propio poema, mientras el público escuchaba atentamente para decidir quién era mejor. Finalmente Sófocles recibió el premio, había recitado un poema resaltando el Ática como el hogar de los grandes hombres y el centro de la civilización que se expandiría hasta los más lejanos confines.

Pero esta no fue la única oportunidad en que Sófocles vencería en esta clase de torneos. Eurípides, un poeta más joven, era el tercer competidor. Estos tres: Esquilo, Sófocles y Eurípides, quién presentó su trabajo a los griegos tantos años antes de la venida de Cristo, no fue olvidado en los siglos posteriores. Sus dramas poéticos se llamaron *tragedias* y aún son reconocidas como las obras más bellas jamás escritas. Sin embargo Sófocles fue el poeta predilecto de los atenienses.

FIDIAS (500-432 AC)

De acuerdo a los escritores antiguos, Fidias el escultor, fue el artista más grande de Atenas y su influencia perduró en la escultura posterior. Fidias labró las bellas formas de los dioses para ubicar en los templos que también ayudó a construir, después que los persas incendiaron Atenas. Él realizó dos esculturas colosales, una de Atenea que se situó en su Templo de la Acrópolis, y otra de Zeus para el Templo de Olimpia. Políclito, uno de sus discípulos, labró figuras de hombres con actitudes y proporciones perfectas. Además realizó varias estatuas de bronce para honrar a los atletas.

En sus obras de arte, los griegos desarrollaron un interés especial por la forma humana. La escultura griega es más humana que la antigua escultura egipcia, la que muchas veces quedó plasmada en tamaños sobrehumanos. La escultura egipcia tenía la cabeza y las formas de un hombre, pero aparece en actitud contemplativa. En cambio, la escultura griega es humana en tamaño, su mirada se dirige al mundo que la rodea, a pesar de que sus rasgos carecen de signos individuales. Al contemplar la escultura griega no distinguimos a un individuo particular, ni apreciamos rasgos individuales. Se puede afirmar que en la escultura griega contemplamos la forma ideal del rostro y del cuerpo humano, el modelo o patrón de la forma humana.

Ni Fidias ni sus seguidores usaron algún modelo para sus esculturas. Ellos sabían, por un sentimiento propio, como era la forma de los miembros, como la cabeza contenía un fuerte sentido de la forma, movimientos y relaciones de todo el cuerpo. El escultor tenía conciencia de las fuerzas

formativas, es decir de la presencia divina en la forma y ésta guiaba su trabajo.

En la escultura griega descubrimos algo más que la mera belleza de la forma y las proporciones, ellas expresan un conocimiento de las fuerzas interiores del ser humano, las fuerzas del pensamiento, el sentimiento y la voluntad. Por ejemplo, la estatua de Zeus, la tranquilidad de la cabeza erigida expresa sabiduría. No hay nada de movimiento en ella, ni respiración, sólo la sonrisa que refleja el brillo del alma. En cambio, en la estatua de la Amazona, los gestos de los brazos muestran el elemento de la respiración. Mientras que la estatua de Hermes expresa la voluntad en el movimiento de sus gráciles miembros.

En los últimos años de su vida, Fidias esculpió la Atenas Partenos, que se ubicó en el Partenón. Esta estatua medía cuarenta y cinco pies (13,7 metros) de altura, tallada en marfil, y revestida en oro, pero de tal forma que podía ser removido y traspasado a las arcas atenienses en caso de necesidad. La diosa se situaba en un pedestal tallado en mármol. La única luz que penetraba al interior del Partenón, provenía de un pasillo hacia el Este, de modo que para el día de celebración de Atenea, el sol del amanecer brillaba directamente por esa entrada iluminando la figura. Fidias, junto a los arquitectos Ictino y Calícrates, trabajó durante nueve años en esta obra (447 al 438 AC.)

SÓCRATES (469-399 AC)



Sócrates fue uno de los más grandes filósofos griegos. Era bajo, feo y pobre y no daba importancia a lo que la gente comentaba acerca de sus hábitos o su imagen. Pasaba el tiempo en el Ágora y, cada vez que hablaba, la gente se detenía para escucharlo. Sócrates gustaba de salir descalzo a la calle vistiendo una túnica gastada. Sus amigos se burlaban de él, pero siempre respondía contento diciendo: «*¡Cuántas cosas existen que yo no necesito!*».

Jantipa, la esposa de Sócrates, era de carácter violento. Sócrates comentó: «*Uno debería vivir con una esposa tranquila, al igual que los jinetes deben lidiar con caballos de temperamento violento, y una vez que uno logró dominar este tipo de mujer, entonces está preparado para vivir con otras mujeres.*»

Sócrates hablaba con toda la gente que se detenía a escucharlo en el Ágora y les hacía preguntas para enseñarles el *verdadero conocimiento*. A menudo la gente no admitía no saber de algo. Cuando Sócrates se encontraba con este tipo de personas, les hacía tantas preguntas, que pronto la gente se contradecía y terminaba confundida. Algunos se enfurecían, en cambio otros exclamaban: «*Sócrates me hace admitir que mi conocimiento no tiene sentido. ¡Debiera permanecer callado, porque en realidad nada sé!*»

Sócrates podía preguntar: «*¿Le teméis a la muerte?*» La respuesta podía ser «*Sí*». Entonces Sócrates preguntaba: «*¿Sabes en qué consiste la muerte?*» La respuesta era «*No*». Sócrates preguntaba: «*Entonces ¿Cómo podéis temer lo que no conocéis?*»

Sócrates pensaba que la Verdad era superior a cualquier persona, incluso a él mismo. A muchos hombres les disgusta escuchar la verdad cuando no les conviene, e incluso algunos prefieren ocultarla. Estos hombres odiaban a Sócrates y decían que sus preguntas eran tendenciosas por lo que era considerado un enemigo del Estado, de tal suerte que fue enjuiciado. Sócrates elaboró un gran discurso en su defensa y afirmó que el miedo a la muerte no lo detendría a decir lo que él juzgaba como verdadero. Entre los que votaron por su culpabilidad o inocencia, 281 votaron que debía morir como un enemigo del Estado, sólo 220 lo consideraron inocente.

Finalmente Sócrates debió beber una copa de veneno, lo hizo con toda tranquilidad y alegría. Justo antes de que llegara su muerte le expresó a un amigo que se hallaba a su lado: «*¡Crito, le debo un gallo a Esculapio, no olvides pagar mi deuda!*».

DESPUÉS DE PERICLES

«*Cualquier extranjero que visite Grecia hoy día, nos verá como grandes tontos, peleando entre nosotros, destruyendo nuestra propia tierra, cuando nosotros podríamos, sin peligro, conquistar toda el Asia.*» Esta fueron palabras de Isócrates, el orador griego. Isócrates tenía nueve años cuando Pericles murió. Fue uno de los muchos hombres, que cerca de 70 años después de la muerte de Pericles, aún recordaban haberlo visto en su niñez.

Atenas había cambiado con el tiempo. Sus ciudadanos estaban más interesados en asuntos personales que en los públicos. Los atenienses se habían comprometido comercialmente con el Estado para obtener riquezas y ya no existía un ejército de ciudadanos, sino que uno remunerado. El espíritu ateniense se hallaba debilitado debido a las derrotas en las guerras contra otros estado griegos, entre ellas: Tebas, Corintio y Esparta. Pericles intentó unirlos a Atenas en una federación de estados llamada la *Liga del Peloponeso*, pero éstos sintieron celos de Atenas y le declararon la guerra, liderados por Esparta.

Pericles murió durante la gran plaga, justo al comienzo de esta guerra y Atenas no contaba con un gran líder que lo reemplazara. Esparta se convirtió, durante los próximos treinta años, en el tirano de Grecia y se unió a Persia. Con el tiempo, un gran general, Epaminondas de Tebas, condujo una rebelión contra Esparta y la venció, sin embargo murió asesinado. Sin su liderazgo, el pueblo de Tebas, no logró la unificación de Grecia y se convirtió en un país dividido en varios campamentos, cada uno dispuesto a luchar contra el

otro, sin el apoyo de ningún líder. Sin embargo, en ese período, los griegos y su cultura se habían expandido a lo largo de todo el Mediterráneo. El idioma griego, sus dioses, sus templos, sus libros, su arte y sus muebles podían encontrarse por doquier.

El gran poder, esta vez, no provendría desde el Este, sino que desde el Norte.

DEMÓSTENES (384-322 AC)

Demóstenes fue tartamudo de niño, sin embargo, creció amando la oratoria. Durante su infancia, Demóstenes, se dedicó a escuchar a todos los grandes oradores para luego practicar, en el silencio de su hogar, una y otra vez, sus propios discursos. La primera vez que Demóstenes hizo un discurso en público, toda la gente se burló de sus tartamudeos y su débil voz. Pero él, determinado a superar sus dificultades, se construyó un refugio bajo tierra para practicar en soledad y en él permanecía durante dos o tres meses, rapándose la mitad de su cabellera y así obligarse a no salir.

Demóstenes disciplinó su voz, superó su tartamudeo hablando con guijarros dentro de su boca, recitando versos, casi sin respiración, después de correr o saltar. Se paraba delante de un espejo para observar sus gestos. Para superar el mal hábito de levantar el hombro izquierdo, durante su recitación, se paraba bajo la punta de una espada colgante. Aprovechaba de navegar por el mar tormentoso, intentando escuchar su voz sobre las olas enfurecidas, de modo de acostumbrarse a hablar en el ruido de una asamblea pública. Finalmente, gracias su constancia, Demóstenes consiguió convertirse en uno de los mejores oradores griegos.

FILIPO DE MACEDONIA (359-336 AC)

Macedonia, país montañoso, al Norte de Grecia, era gobernado por el Rey Filipo, quien había estudiado con maestros griegos y aprendido el arte de la guerra con Epaminondas. Filipo miraba hacia Grecia con una sola intención: lograr la unión de sus estados, ya que admiraba profundamente su espíritu y cultura, especialmente a los atenienses. Con ese fin reunió un gran ejército compuesto de pacíficos soldados y marchó en dirección a Grecia.

En Atenas se habían formado dos partidos: uno a favor de Filipo, liderado por Isócrates, y otro liderado por Demóstenes, que intentaba convencer a la gente de resistirse a los macedonios. Los fogosos discursos que pronunció Demóstenes en contra de Filipo se llamaron *Filípicas*. Demóstenes estaba a favor de una ciudad-estado libre, representada por una monarquía, gobernada por un rey. Demóstenes comparaba a Filipo con un lobo, un *chupasangre*, y llamó a los ciudadanos a las armas para defender su ciudad. Demóstenes lideró el ejército en contra de los macedonios, pero Filipo logró engañarlo, atacándolo por la retaguardia, lo venció y marchó en dirección a Tebas. Después de la derrota, los atenienses se volcaron en contra de Demóstenes, se mofaron de él en las calles y lo llamaron «*la serpiente*».

Como conquistador Filipo no actuó como los espartanos, sino que reunió a los miembros del Concilio de todas las ciudades griegas en Corinto y formó la *Liga Helénica*. Cada ciudad podía conformar su propio Consejo, su propio gobierno, sin su intervención, a no ser en caso de guerra. Pidió no ser llamado *Rey de Grecia* sino que *Capitán General*. La

única ciudad griega que no se unió a la Liga fue Esparta que se opuso exclamando: «*¡Nosotros acostumbremos a liderar, no a ser conducidos!*». Entonces Filipo estableció su verdadera meta: «*liderar a los griegos y a los macedonios en contra de los persas, liberar los mares, liberar las ciudades griegas en Asia y restaurar la grandeza de Grecia.*»

Todos los pueblos le brindaron una cálida bienvenida, excepto Demóstenes, que decidió abandonar Grecia para siempre antes que soportar el fin de la democracia en su amada tierra. Después de haber logrado la unión de los pueblos griegos, Filipo regresó a Macedonia para celebrar y para hacer que sus soldados descansaran antes de continuar la lucha contra los persas. Sin embargo, en medio de la celebración, mientras Filipo salía triunfante del gran Salón, un hombre calvo corrió hacia él gritando enfurecido y lo apuñaló por la espalda. Al día siguiente la gente (mercaderes, agentes, cargadores, espías) se adentraron hacia el Sur, por caminos montañosos, para llevar a Grecia la noticia de la muerte de Filipo. Ya no se trataba de un barco que había perdido a su capitán, sino de un barco a medio construir en la playa, que había perdido a su constructor. ¿Qué sucedería ahora?

ALEJANDRO MAGNO (356-323 AC)

Alejandro, el hijo del rey Filipo, tenía veinte años cuando su padre murió y debió asumir el trono. Tenía la belleza de un dios griego, una mente brillante y además era encantador como persona.

Los macedonios eran criadores de caballos. Cuando Alejandro era niño, unos comerciantes de caballo griegos, fueron a mostrarle a Filipo un piño de potros y los hicieron caminar para que escogiera a los mejores para su caballería. Alejandro observaba atentamente y notó que había un caballo que daba problemas constantemente, era un caballo negro, con una mancha blanca en forma de estrella en su frente. El caballo se sacudía, empujaba al jinete que lo sostenía, espantaba a los hombres que se acercaban a observarlo, además daba vueltas por todas partes pateando fuerte. No permitía que nadie lo montara, se encabritaba y arrojaba al suelo a todos los que lo intentaron.

Alejandro notó que el caballo estaba alterado y mostró interés. Los inspectores le respondieron que era demasiado salvaje, pero Alejandro ya se había imaginado un nombre Bucéfalo (cabeza de buey), por su gran cabeza. Al principio los inspectores se negaron, entonces Alejandro les gritó

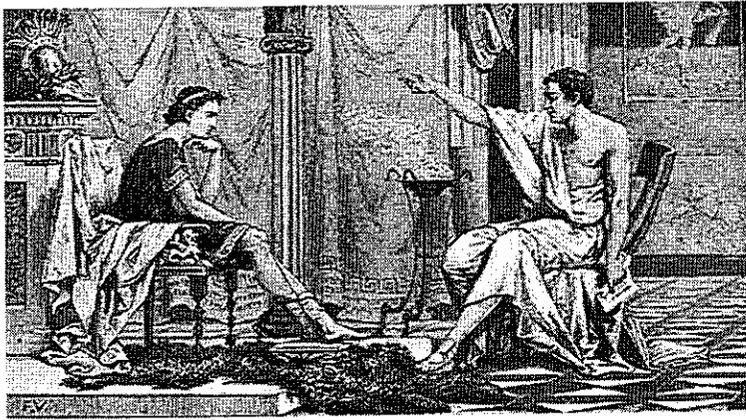


«*No deben perder ese caballo!*». Como nadie le prestó atención al muchacho, Alejandro volvió a gritar: «*Ese es el caballo más fino, lo que sucede es que no lo saben conducir*». Entonces Filipo le preguntó: «*¿Intentas afirmar que mis hombres no saben manejar al potro?*» Alejandro contestó: «*Yo puedo tratar este potro, yo puedo domarlo*.» Y así lo hizo, para sorpresa del rey y de todos los presentes, Alejandro caminó tranquilo hacia el caballo y se sacó su capa. Hablándole suavemente, giró el caballo en dirección al sol, para que no lo asustaran las sombras, y esperó que comenzara a pastar; entonces Alejandro dio un salto y lo montó, dejándolo correr sin intentar detenerlo, hasta que el caballo estuvo domado.

Filipo le regaló Bucéfalo a Alejandro y fue uno de los tres amores en su vida. Los otros dos fueron: una copia de La Iliada y su maestro Aristóteles. Alejandro solía leer La Iliada en las noches, a pesar que la sabía casi entera de memoria y, antes de dormirse guardaba el libro bajo su respaldo de madera. Pensaba mucho en Aquiles, a él mismo lo habían apodado *Aquiles*.

Su maestro era griego, un discípulo de Platón, a quién Filipo mandó buscar para que le enseñara a Alejandro y a otros amigos. Aristóteles les hacía clases en un templo abandonado. En su interior en vez de encontrarse figuras de los dioses, había todo tipo de cosas: *rocas, cajas de conchitas, aves disecadas, insectos, un recipiente con un pez vivo, libros con mariposas, hojas prensadas y colecciones de muchas otras cosas vivas y en desarrollo*. Los alumnos estudiaban todo esto. Todos los días, antes de comenzar las clases en la Academia de Aristóteles, Alejandro hacía un sacrificio a Zeus.

Comenzaron estudiando todo lo que era conocido para ellos, todo lo que se hallaba cerca y, paulatinamente, comenzaron a estudiar lo que sucedía en regiones más apartadas.



Alejandro descubrió que más allá del conocido Este, existían otros territorios desconocidos, donde se hallaba el origen de los grandes ríos, en las altas montañas. Aristóteles no hacía mención a los dioses, pero tampoco renegaba de ellos. Alejandro pensaba que los verdaderos dioses podían ser hallados más allá de Babilonia (que significa *La Puerta de Dios*), ya que muchos hombres que habían subido al Monte Olimpo, sólo habían hallado rocas. Él se imaginaba algo así como un muro de montañas, las más altas que miraban al Este, y más allá, habitaban los dioses, creadores de las maravillas de la vida. Alejandro veneraba a Aristóteles y solía exclamar: «*De mi padre recibí la vida, de Aristóteles aprendí a llevar una buena vida.*» Como rey de Macedonia, Alejandro anhelaba completar los planes de su padre, no sólo unir a Grecia, sino que todo el mundo conocido, e intentar la búsqueda del lugar que habitan los dioses en la tierra.

Tebas se rebeló contra el gobierno de Alejandro en Grecia. Él entonces aplacó la rebelión con un incendio que afectó a toda la ciudad, excepto la casa del poeta Píndaro. Luego, reunió un poderoso ejército conformado por macedonios y griegos, que no conoció la derrota, pues, al igual que su

padre, era un genio en asuntos militares. Alejandro envió un mensaje a los persas: «*Yo, Alejandro, considero que todo vuestro tesoro, todo vuestro territorio, me pertenece.*»

El ejército estaba compuesto por veinticinco mil hombres —la mitad de los habitantes macedónicos— junto a una división remunerada de soldados atenienses iban a pie. A ellos se sumó la caballería de Tesalia, reuniendo en total treinta mil hombres. Además los acompañaban dos peritos cartógrafos que los guiaban, un geólogo que se encargaba de la recolección de rocas, un experto en climas y científicos que se encargaban de registrar los especímenes animales y vegetales. Alejandro también llevaba sus propios registros en su diario. Sus amigos le preguntaban: «*¿Llevas un ejército o una academia? ¿Es ésta una expedición o una invasión?*» La verdad es que era ambas cosas.

Finalmente estuvo todo listo para el viaje. Largas filas de soldados y jinetes salieron junto a Alejandro, quien caminaba entre ellos seguido por su negro caballo Bucéfalo. Mientras marchaban, Alejandro recordaba la antigua historia de Agamenón y los héroes griegos, quienes hacía mucho tiempo habían marchado en dirección a Troya. Finalmente él también hacía lo mismo. Una vez que llegaron acamparon en la llanura bajo las torres en ruina, donde griegos y troyanos habían luchado valientemente, allí Alejandro erigió un altar a Zeus y rindió culto a Atenea, haciendo sacrificios y rogativas por el éxito de su campaña.

La gente había reunido durante años, restos de espadas y armaduras que se encontraban dispersas entre las ruinas. Los encargados del Templo de Atenea le mostraron un escudo, que aseguraban que había pertenecido a Aquiles. Alejandro se llevó el escudo dejando el suyo a cambio, después visitó la tumba de Aquiles y depositó en ella un ramo de flores.

Mientras el ejército de Alejandro avanzaba hacia el Este de Troya, en dirección al río Gránico, fueron atacados por el

ejército de un gran rey. Se trataba de miles de soldados bien armados, contratados entre los griegos asiáticos y tropas de jinetes persas que vestían pantalones sueltos y capas coloreadas, portando pequeños escudos además de gavillas de jabalinas que colgaban de sus caderas.

Los macedonios atacaron a los persas con Alejandro liderando el ejército y fue el primero en lanzarse al río y luchar en el frente de batalla. Los asiáticos retrocedieron, pero Alejandro recibió un fuerte golpe de espada en su casco que lo dejó tendido y perdió la visión por un momento. Un general persa con armadura dorada lo volvió a golpear, y lo hubiera matado, de no ser por Clito, su guardaespaldas, que lo defendió cortándole el brazo al general con su espada. Los persas fueron derrotados y desaparecieron, tan velozmente como habían aparecido.

Ésta fue la primera de muchas victorias de Alejandro. En cada batalla Alejandro se situaba al frente, en los lugares de mayor peligro y conducía a sus tropas sin ningún temor.

Luego Alejandro marchó hacia el Sur y, una a una, liberó las ciudades griegas. Después marchó a lo largo de la costa, se asomó por el Norte nuevamente, luego se dirigió hacia el Sur en dirección al Golfo de Issus y liberó el Oeste asiático del yugo persa.

Finalmente los persas aparecieron en el Golfo de Issus, liderados por su propio rey.

Alejandro, cabalgando sobre Bucéfalo, lideró a su caballería en un ataque contra un extremo de la línea persa, consiguiendo quedar detrás de ellos y los condujo hacia su propia infantería. Los persas huyeron en desorden, cruzando el río Eufrates. Darío III, el rey persa, buscó un acuerdo para convertir al río Eufrates, en el límite de su Imperio. Los consejeros le advirtieron a Alejandro que la meta de Filipo, ya había sido alcanzada y que ya habían logrado una conquista aceptable, pero Alejandro tenía otra idea en mente y empujó

a los persas hacia el Sur, a lo largo del Este del Mediterráneo, de modo que se quedaron privados de puerto.

Después Alejandro se dirigió al río Nilo y sin dificultad le arrebató Egipto a los persas. Allí se asentó, y decidió planificar una ciudad en la boca oriental del Nilo: ¡Alejandría! Desde esta ciudad Alejandro se hallaba en posición de controlar los barcos que navegaban por el mar Mediterráneo. En Egipto, visitó los grandes templos que se habían construido miles de años antes de su nacimiento. Visitó las pirámides y otras tumbas egipcias, y contempló las maravillosas escenas en los murales de las cámaras. Aprendió sobre Amón-Ra, el dios del sol y sobre Osiris. Para Alejandro Amón-Ra era igual a Zeus, como Apolo era igual a Osiris. Luego se dirigió hacia el oriente, a través del desierto, para visitar el Templo de Amón-Ra en el oasis, allí los sacerdotes le dieron la bienvenida, permitiéndole la entrada. Alejandro permaneció solo en el altar, al salir el sacerdote lo llamó: «*El hijo de Zeus-Amón*», por lo tanto, era también casi un dios. Alejandro se despidió, siendo considerado Faraón de Egipto. Adonde iba los egipcios se arrodillaban ante él, porque para ellos el Faraón seguía siendo un dios.

Mientras tanto los proyectos para Alejandría, seguían viento en popa, las construcciones incluían no solo un puerto y un faro, sino que además una Academia, un Templo, un Gimnasio, una Arena para realizar deportes y una Biblioteca.

Alejandro dejó a un gobernador para que lo representara en Egipto, mientras él se dirigió hacia el Norte en busca del rey persa. Cruzó el río Tigris y en una llanura bajo los montículos que cubren las ruinas de Nineveh, el emperador persa llevó a cabo su último ataque contra Alejandro. El rey persa había aparejado sus carros de guerra con guadañas y sus soldados superaban a los macedonios en número, a pesar de esto, no lograron defenderse de las tácticas de guerra de

Alejandro y fueron fácilmente derrotados. Alejandro persiguió a Darío mientras éste intentaba escapar, encontrándolo finalmente asesinado por cobardía por uno de sus propios hombres.

Ese fue el fin del Imperio Persa y el comienzo del Imperio de Alejandro Magno, Capitán General de Grecia, Faraón de Egipto. Además se le dio un tercer título: el Gran Rey.

El Gran Rey marchó hacia Babilonia, a través de extensos y fértiles campos, irrigados con las aguas del Eufrates. Allí se reunió con una procesión de sacerdotes que le llevaban ricos obsequios. Los sacerdotes se convirtieron en su escolta por las calles, pasando por las grandes torres del templo, construidas en la antigüedad, con adobes secados al sol. La torres que intentaban acercarse a los dioses babilonios y a las estrellas en el cielo, como la Torre de Babel, *la Puerta hacia Dios*.

En Babilonia, Alejandro fundó una biblioteca de tablillas de arcilla escritas con cuña de madera. Convirtió a Babilonia en su capital, allí también dejó a un gobernador a cargo, mientras él continuó hacia el Este —hacia Persépolis— la capital del antiguo reino persa en la meseta persa.

Alejandro encontró su hogar en el lujoso palacio del rey persa. En señal de su victoria mandó a incendiar los palacios parcialmente, como venganza por el incendio a Mileto y Atenas. Este era el palacio que había habitado Jerjes, cuando marchó a conquistar Grecia. Luego, Alejandro exploró el resto de Persia, encontrando muchos tesoros, incluso algunas esculturas atenienses. Se apropió de todo y lo envió de regreso a Grecia.

Alejandro descubrió que los únicos templos de Persia, consistían en altares de piedra, situados en alturas, con una llama encendida día y noche. Alejandro mantuvo conversaciones con los sacerdotes que atendían estos altares y ellos le explicaron que adoraban a Ahura Mazdao. El dios que habitaba en el poder del sol y al que se podía hallar en la luz y en

lugares altos. Los sacerdotes describían al ser humano como un ser luchando eternamente por salir de la oscuridad hacia la luz, para liberarse del mal y alcanzar el bien.

Los sacerdotes le narraron la *Leyenda de Mitra: El hijo de Ahura Mazdao, nacido en la noche del solsticio de invierno, en una cueva que se ubicaba en la tierra entre dos constelaciones de estrellas del cielo, conocidas como el Buey y el Burro. Este nacimiento había ocurrido cuando la constelación conocida como la Virgen, se hallaba en lo más alto del cielo.*

Además Alejandro visitó las solitarias tumbas de los reyes persas: la de Ciro, quién conquistó Creso; de Darío quién incendió Mileto y de Jerjes, quién incendió Atenas. Estas tumbas se hallaban donde pastaban rebaños de ovejas. Las tumbas eran blancas, decoradas sólo por un disco de sol entre las alas de un águila. Allí se hallaba un altar solitario con su llama encendida, atendida por sacerdotes que también conversaron con Alejandro. Ellos le contaron, que en esta región de paz, no había habido guerra durante 200 años. A lo que Alejandro respondió que continuaran atendiendo el altar y prometió procurar que nadie los molestara.

Alejandro intentaba imaginar que habría más allá de donde salía el sol. Ya había recorrido Persia y entre los tesoros había descubierto algunos bolsos con oro, que decían: «*De la Tierra del Indus*». Ahora comprendía que se refería a un territorio hacia el Este, donde se levantaba el Parapanisades, el Gran muro, cuyas nieves fluían en el río Indus. Los magos persas le contaron que a lo largo de este río habitaban otros pueblos arios. Le contaron que si continuaba hacia el Este, se hallaría en la huella de una antigua migración aria que, hace muchos siglos atrás, había pasado por esa región.

La mayor aventura de Alejandro narra cómo pasó con sus hombres por las más altas cumbres, donde no sólo debió luchar contra la ferocidad de los pueblos montañeses que nunca habían sido conquistados, sino que tuvo que luchar

contra el frío, el hambre, la sed, y el desierto. Los macedonios lograron escalar más alto de lo que vuela un pájaro, abriendo camino contra toda clase de adversidades, por un periodo de dos años y medio. De este modo, Alejandro logró pasar, después de marchar seis mil trescientos kilómetros, desde la primera vez que vislumbró las montañas, por el Paso Khyber al valle del Indus. Alejandro no encontró el hogar de los dioses en la tierra, como esperaba, sino un vasto territorio habitado por una *inmensidad* de seres humanos.

En sus recorridos por el mundo encontró gente que hablaba griego y que decían ser descendientes de Dionisio. Encontró hiedra y bosques de laurel, que no había visto desde que salió de su casa. Encontró cordones de montañas cada una más alta, los guardias decían que Indra protegía sus alturas, pues la diosa habitaba en el aire de sus cumbres, en el seno de las tormentas. Pero estas montañas eran tan altas, que Alejandro reconoció que ningún ejército lograría pasarlas y decidió regresar en dirección al mar.

Muchos hombres acompañaron a Alejandro en sus travesías, sin quejas, absolutamente fieles a él, a pesar de que muchos abandonaron la empresa a medio camino. Sin embargo ahora incluso los más fieles deseaban regresar al Oeste.

Justo en ese momento, Alejandro recibió un libro, que había recorrido el mundo conocido. Era un libro que había escrito Aristóteles, desde que Alejandro había partido de Macedonia. Alejandro leyó el libro atentamente. Aristóteles escribió: *«No en esta tierra, sino en el lejano reino de las estrellas, habita el Creador. Todo se mueve por acción del Poder que gira las estrellas alrededor de la tierra.»* Entonces, Alejandro concluyó que en sus viajes, sólo podría encontrar seres naturales y de ese modo sus compañeros finalmente lograron convencerlo de regresar.

Alejandro navegó por el río Indus, hacia el Océano Indico, luego marchó a lo largo de la costa, hasta regresar a

Babilonia. Al igual que había llevado algo de los griegos al Este, ahora traía algo del Este consigo. Era considerado un ser divino entre los egipcios y los persas, pero entre los hindúes encontró otro espíritu, por ejemplo conoció un anciano que no tenía posesiones, sólo una alfombra para sentarse y un tazón para pedir limosna. Este hombre disfrutaba de la compañía de Alejandro, sin embargo, parecía sentir un cierto desprecio. Le decía: *«Has conquistado mucho y has destruido mucho. Mira lo que llevas sobre tus hombros y aprende a desconfiar de ti mismo. Ni tus ropas, ni tus pertenencias vivirán eternamente. Has conquistado mucha tierra, pero sólo poseerás aquella, que al morir cubrirá tu cuerpo.»*

A Alejandro le había tomado doce años cumplir su meta y, convertido en el Gran Rey, era casi un persa. Su esposa era persa. Le había entregado a los persas casi los mismos derechos que a los macedonios. La gente se arrodillaba ante él para besarle los pies. Ya no era el amigo y líder de sus compañeros y a ellos no les agradaba que fuera el Gran Rey y se fueron poniendo en su contra. Entonces Alejandro los enjuició y los mandó a ejecutar. Clito, quien le había salvado la vida, lo criticó severamente por estas ejecuciones, Alejandro en un ataque de furia lo mató. Después se sentó en silencio, con un dolor inmenso se rehusaba a comer y sus oficiales temieron que se quitara la vida. Uno de los hombres que mandó a ejecutar, Calístenes, era sobrino de Aristóteles, de modo que Alejandro también se alejó de su antiguo maestro.

En medio de su extraño cambio de carácter, mientras planeaba sumar a su Imperio Arabia y el territorio al Oeste de Grecia, Alejandro cayó enfermo con fiebre, que empeoró, hasta morir, cuando tenía solo 33 años.

En menos de doce años, como explorador-conquistador, llevó la civilización griega hasta el corazón de Asia. El periodo que siguió a la muerte de Alejandro se conoce como la Edad Helenística. Alejandría, en Egipto, se convirtió en la

capital. En Egipto y Asia se hablaba griego. Grecia en cambio se debilitó, nunca más fue el gran estado que había llegado a ser, sin embargo, el espíritu griego prevaleció y se extendió en la historia de la civilización occidental.

Los griegos dejaron como herencia al espíritu del hombre el *Amor por la Verdad, por la Libertad y la Belleza*. La grandeza de los griegos no se halla en lo que hicieron o dejaron de hacer, sino en el espíritu que buscó la libertad, la verdad y la belleza. Los griegos lucharon contra los persas por su libertad, pero amaban tanto la libertad, que no lograron unirse como un solo pueblo. Sócrates, el gran pensador griego, fue quién mejor expresó el amor de los griegos por la verdad.

Aún es posible apreciar el amor por la belleza en las obras de arte griegas, las estatuas, los templos, los dramas y los cantos que permanecen vigentes hasta el día de hoy.

VIDA DE LOS ROMANOS

Entonces, aquí tenemos
 A la civilización de la persona.
 Esta es la época en que el ser humano
 Desarrolla la persona,
 Bajo la influencia de la cultura romana
 Que se extiende en el exterior
 Más allá del territorio occidental.
 En Roma comienza una época
 Con la que el hombre de hoy en día
 Aún puede sentirse relacionado.
 La humanidad del presente se basa
 En la persona
 Del individuo.

Rudolf Steiner

¡OH! NOBLE ROMA,
CÍRCULO Y MAESTRA
DE TODAS LAS CIUDADES
MÁS PODEROSAS.
SALUDAMOS
A TODOS,
BENDICIONES
PARA TODOS,
SALUDOS
A LO LARGO DEL AÑO.

*O ROMA NOBILIS,
ORBIS ET DOMINA
OMNIUM URBIUM
EXCELLENTISSIMA,
SALUTEM DICIMUS
TIBI PER QMNIAM
TE BENDECIMUS,
SALVE PER SAECULA.*

ENEAS

Es sabido que Alejandro Magno amaba la Iliada, un largo canto o poema, que Homero recitó por primera vez y, que pasó de boca a oído, de generación en generación, antes de ser el escrito que leemos hoy en día. La historia de la fundación de Roma pasó también de boca a oído entre la gente, y luego fue escrita por un poeta romano llamado Virgilio, hoy en día la conocemos como *La Eneida*. Esta es la historia de Eneas, yerno de Príamo, Rey de Troya. El Rey Príamo tenía una hija muy hermosa, Creusa, quien se casó con el Príncipe Eneas, el hijo de Venus (Afrodita) y un mortal, llamado Anquises.

Era la voluntad de los dioses que Troya fuera destruida, a pesar de ser una ciudad sagrada, «*La Santa Ilión*». Por ello, los dioses también tomaron parte en la guerra, pues entre los héroes se hallaban varios hijos de dioses o diosas.

Existe un relato del encuentro entre Eneas y Aquiles (un héroe griego, hijo de Peleas y Tetis) que se desarrolla en plena batalla, en una llanura alrededor de las murallas de Troya. Yendo Aquiles en busca de Héctor, el noble hijo de Príamo, el dios Apolo, que se hallaba junto a Eneas, lo animó a luchar contra Aquiles, diciéndole: «*Tú también eres hijo de una diosa y tu madre es más grande que la suya, quien sólo es hija del mar. Ve y entiérrale tu lanza y no permitas que sus amenazas te atemorizen.*» Entonces Eneas se irguió y encaró a Aquiles quien le preguntó: «*¿Deseas luchar en mi contra, con la esperanza de llegar a gobernar a los troyanos? Te prometo que no será nada fácil.*»

Eneas replicó: «*No malgastes tus palabras, esperando con ellas atemorizarme. Hijo de Peleas, recuerda que yo también soy hijo de una diosa ¡Mejor será que nos enfrentemos de una vez!*»

Eneas sacó su lanza y golpeó con fuerza el escudo de Aquiles, se oyó un ruido espantoso, pero no logró atravesarlo. Aquiles a su vez reaccionó atravesando con su lanza el escudo de Eneas, sin lograr herirlo, entonces dejando su lanza a un lado se abalanzó contra Eneas. Éste intentó defenderse con una gran piedra, pero, a medida que Aquiles se acercaba los dioses comenzaron a intervenir en la lucha, a favor de Eneas, quien no debía morir, ya que su hijo y los hijos de sus hijos deberían gobernar a los troyanos en los años venideros.

Neptuno (Poseidón), el dios del mar, levantó a Eneas por el aire y lo sacó del campo de batalla, pero antes sacó la espada de Aquiles, que estaba enterrada en el escudo de Eneas y se la arrojó al talón de Aquiles.

Aquiles gritó angustiado: *«Sin duda, éste es un gran prodigio: contemplo mi lanza, pero no veo al que he ultimado. ¡Es verdad, los dioses inmortales aman a Eneas!»*

El Príncipe Eneas dormía tranquilo en su palacio, mientras los griegos entraban a Troya, incendiaban la ciudad y asesinaban a su gente. En su sueño se le apareció el fantasma de Héctor advirtiéndole que huyera junto a su familia, a un país lejano. Los ruidos de la lucha, despertaron a Eneas en medio de su sueño, se levantó de inmediato y, tomando su espada y lanza, corrió por el palacio, donde se encontró con el anciano Príamo, quien vestía su armadura, dispuesto para la lucha. En ese mismo momento, apareció el hijo de Aquiles y asesinó al anciano Príamo. Eneas luchó abriéndose paso entre los héroes enemigos, para intentar salvar a sus propios padres, Anquises y Creusa, su esposa y su pequeño hijo, Ascanio.

En un pasillo vacío se encontró con Helena, la causa del derramamiento de sangre. Eneas enfurecido quiso matarla, pero en ese instante apareció Venus y tomándole las manos le dijo: *«Recuerda, los dioses proclamaron hace mucho tiempo que Troya debía sucumbir. Helena sólo fue escogida como el motivo terrenal, para que los griegos lucharan contra los troyanos.»*

Venus abrió los ojos de Eneas para que contemplara más allá del plano físico y vio a Poseidón, Hera e incluso a Zeus, luchando y destruyendo los muros de Troya con sus fuertes resoplidos. Luego, Venus le rogó a su hijo que abandonara Troya y se marchara a otra región. Eneas se convenció al recordar el sueño del fantasma de Héctor.

Finalmente, Eneas halló a su padre, Anquises, pero no fue fácil persuadirlo de huir pues el anciano quería morir luchando. De pronto, Anquises contempló al pequeño hijo de Eneas, jugando en el piso del palacio, como si nada sucediera y vio que sobre la cabeza del niño se cernía una llama brillante. Esto fue para Anquises un presagio de que debía seguir a Eneas y que sus descendientes sobrevivieran en otro país.

Eneas tomó entonces la mano a Ascanio, cargó a Anquises en su espalda y huyeron. Más atrás, Creusa los seguía. Una vez fuera de Troya, notó que era seguido por un grupo de gente, pero faltaba su esposa. De modo que Eneas regresó en su búsqueda, pero en el camino se le apareció el fantasma de su esposa, que había sido asesinada y con gran solemnidad, ella le rogó que huyera en dirección al Occidente, donde a orillas del río Tiber hallaría una bella novia que lo confortaría.



Eneas y sus compañeros se alejaron de Troya, en busca de un nuevo hogar, navegaron en dirección a Occidente hasta llegar a una de las islas Egeas, la isla de Delos. Allí anclaron y fueron hasta el Templo de Apolo para consultar al Oráculo cuál rumbo debían tomar. El Oráculo les respondió que buscaran el país de origen de sus ancestros en Occidente.

Eneas desconocía ese país, hasta que una noche tuvo una visión; uno de sus dioses se le apareció y le pidió que buscara el territorio de Hesperia. Eneas se lo contó a Anquises, y él recordó una profecía olvidada, que decía que sus descendientes encontrarían un hogar, de donde provenía Dárdano, su primer ancestro, antes de llegar a Troya.

Entonces los troyanos continuaron navegando en dirección al remoto Occidente, enfrentando las mismas aventuras y problemas que Odiseo. Pasaron el territorio de los Cíclopes y allí, engañando a Polifemo, que se había acercado hasta la orilla, rescataron a uno de los marineros rezagados de Odiseo, Los troyanos huyeron, remando con todas sus fuerzas alrededor de una gran isla: Sicilia, para evitar Escila y Caribdis. Luego sufrieron los embates de una gran tormenta de viento, pues Hera convenció a Eolo que soltara los vientos. Siete barcos se salvaron, gracias a que Poseidón (Neptuno) desvió los vientos y calmó los mares. Pasaron un año en la Corte de la Reina Dido, en la bella ciudad de Cartago y, finalmente, luego de muchas aventuras, cuando ya el anciano Anquises había muerto, Eneas navegó hacia el Norte y divisaron las costas de Hesperia, o Italia.

Hacía un año que había muerto Anquises, cuando se le apareció a Eneas y le pidió que se dirigiera a Cumas, una ciudad fundada por los griegos, para consultar el Oráculo de este lugar, que se erigía en una cueva cerca de la costa, donde se encontraba la Sibila o sacerdotisa. A través de ella se expresaba la palabra de los dioses en los mensajes y profecías. La

Sibila de Cumas, era una anciana, considerada la más grande profetisa de Italia. Anquises aconsejó a Eneas pedirle a la Sibila, que lo guiara al mundo donde los muertos se encuentran con aquellos que están por nacer, porque allí podrían conversar mejor y darle más detalles para escoger el lugar dónde debía radicarse.

Eneas pidió a la Sibila que lo guiara hacia el Hades y ella prometió hacerlo tan pronto él le trajera una rama dorada que crecía en un árbol del bosque oscuro. Eneas pidió ayuda a Venus, que le envió dos cisnes, tan blancos como la nieve, para que lo condujeran hasta ese lugar.

Una vez que Eneas entregó la rama dorada, la Sibila aceptó conducirlo hasta el Hades. Allí, se reencontró con su padre que le indicó el lugar exacto adonde ir, y cómo continuar su misión. Además, Anquises le mostró, entre las almas que aún no nacían y esperaban su momento para volver a la tierra, algunas que, en el futuro, se convertirían en sus descendientes, revelándole cuál sería la misión de cada uno de ellos y llamándolos por su nombre: Rómulo, Camilo, Tiberio, Cayo Graco, Julio César y otros.

Después, la Sibila condujo a Eneas de regreso al mundo de los vivos, ahora que conocía los signos en que debía fijar su atención.

Eneas navegó a lo largo de la costa hasta hallar la desembocadura del río Tiber, donde desembarcó, bajó las imágenes de los dioses y se preparó para sacrificar una cerda blanca. Sin embargo, la cerda se liberó e intentó huir de los sacerdotes pero Eneas corrió tras ella, pues Anquises le había dicho que un ser de cuatro patas lo conduciría al lugar preciso dónde él debía fundar una ciudad. La cerda corrió lejos hasta llegar a una colina, como a dos millas de la costa, allí se echó al suelo y parió treinta cerditos. Eneas observó el territorio, que le pareció arenoso, casi estéril y, mientras dudaba de su

empresa, oyó una voz que le decía: «*Los treinta cerditos representan treinta años, después de los cuales, tus hijos abandonarán este territorio. Mientras tanto, debes obedecer a los dioses y construir la ciudad en este lugar.*» De modo que los troyanos construyeron allí mismo la ciudad.

El territorio pertenecía a un pueblo campesino, que era gobernado por el rey Latinus, un rey amistoso que donó terrenos a los troyanos, sin embargo, al poco tiempo, los troyanos entraron en conflicto con los campesinos generándose una lucha en la que finalmente vencieron. Eneas contrajo matrimonio con la hija de Latinus, su nombre era Lavinia, entonces Eneas y Latinus gobernaron juntos el país. El pueblo adoptó el nombre de *latinos* y el país *Latium Vetus* (*El viejo Lacio*). Cuando Eneas murió, la gente levantó un altar para adorarlo como a un dios, lo llamaron *Júpiter Indiges*, que significa: «*El dios de este territorio*».

Transcurridos los treinta años, Ascanio, el hijo de Eneas, construyó una ciudad en la cima de una alta montaña que rodeaba un lago. Era una ciudad larga y angosta, que se hallaba construida en una cuesta escarpada. La ciudad se llamó Alba Longa, que significa *Larga y Blanca Ciudad*, en señal de la blanca nieve.

Durante trescientos años reinaron once reyes en Alba Longa. El último se llamó Proca y a su muerte sus dos hijos, Numitor y Amulius, se enemistaron. Amulius le arrebató el trono a Numitor y mandó a asesinar a sus hijos para evitar que le usurparan el trono en el futuro, mientras que a su hija la envió a un templo para que se convirtiera en sacerdotisa. Pero Marte, el dios de la guerra, se enamoró de ella y le dio dos hijos, quienes lucharon entre ellos por el territorio fundado por Eneas.

Extracto de La Eneida de Virgilio

Arma Virumque cano, Troiae qui primus ab oris
 Italiam fato profugus Lavinaque venit
 Litora, multum ille et terris iactatus et alto
 Vi superum, saevae memorem Iunonis ob iram,
 Multa quoque et bello passus, dum conderet urbem,
 Inferretque deos Latio, genus unde Latinum
 Abanique patres atque altae moenia Romae.

Canto a las armas y a ese hombre que de las costas de Troya
 Llegó el primero a Italia, prófugo por el Hado y las playas
 lavinas,
 Sacudido por mar y por tierra, por la violencia de los dioses,
 A causa de la ira obstinada de la cruel Juno,
 Tras mucho sufrir también en la guerra,
 Hasta que fundó la ciudad y trajo sus dioses al Lacio,
 De ahí el pueblo latino y los padres albanos,
 Y de la alta Roma las murallas.

(Creusa se despide de Eneas)

Quid tantum insano iuvat indulgers dolori,
 O dulcis coniunx ? Non haec sine numine divom
 Eveniunt: nec th hinc comitem asportare Creusam
 Fap, aut ille sinit superi replitaor Olympi.
 Lomga tibi exsilia, et vastum maris aequor arandum :
 Et terram Hesperiam venies, ubi Lydius arva
 Inter opima virum leni fluit agmine Thybris ;
 Ilic res laetae regnumque et regia coniunx
 Parta tibi ; lacrimas dilectae pelle Creusae
 Iamque vale, et nati servo communis amorem.

¿Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano?
 ¡Oh, dulce esposo mío! No ocurren estas cosas
 Sin que medie la voluntad divina,
 Ni te ha sido dado el llevar a Creusa contigo,
 Ni así lo consiente el que reina en el Olimpo soberano.
 Te espera un largo exilio y arar la vasta llanura del mar,
 Y llegarás a la tierra de Hesperia
 Donde el lidio Tiber fluye con suave corriente
 Entre los fértiles campos de los hombres.
 Allí te irán bien las cosas y tendrás un vecino y una esposa real,
 Guarda las lágrimas por tu querida Creusa.
 Adiós ahora, y guarda el amor de nuestro común hijo.

LOS SIETE REYES DE ROMA

AMOR es ROMA al revés, ROMA significa PODER

El día 21 de Abril del año 753 AC, el poderoso Rómulo fundó su ciudad después de asesinar a su hermano Remo, convirtiéndose en el único soberano del nuevo reino. Rómulo fue el primero de siete reyes que gobernaron Roma durante los siguientes trescientos años.

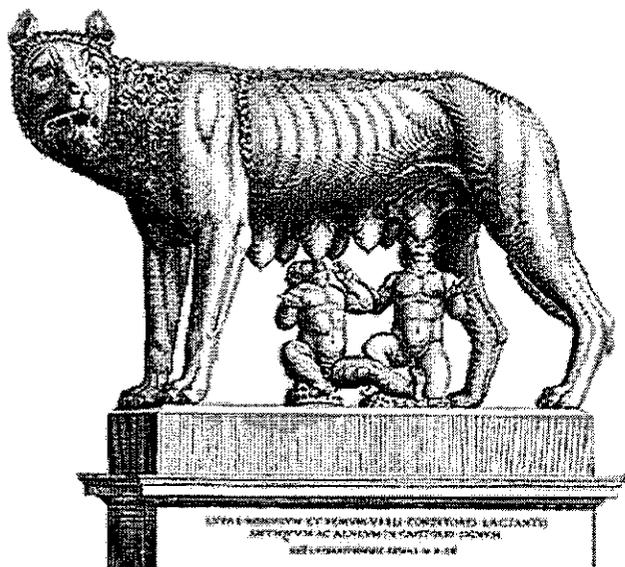
En un principio las historias y leyendas de este período se contaron de boca a oído y posteriormente se transcribieron. Por lo tanto, es considerado un *periodo legendario*. Sin embargo, en estas historias podemos hallar una imagen verdadera del espíritu de Roma, tan diferente del griego.

¿Qué sucedía en el resto del mundo durante estos tres siglos en que reinaron los siete reyes?

- Los asirios conquistaron el territorio entre los ríos Tigris y Eufrates.
- Los hebreos fueron llevados cautivos a Babilonia.
- Los persas conquistaron Nineveh, Lydia y el territorio egipcio; allí se estableció el gran Imperio Persa.
- Solón proclamó las leyes de Atenas.
- Tales de Mileto, predijo el eclipse solar.
- Pitágoras fundó su Escuela.

Al mismo tiempo que Rómulo fundaba Roma, vivía entre los judíos, en Israel, un profeta llamado Isaías quien predijo un gran acontecimiento: «Entre nosotros nacerá un hijo. A nosotros se nos dará un hijo, en cuyos hombros descansará el gobierno, y su nombre será El Maravilloso, El Consejero, El Poderoso Dios, El Padre Eterno, El Príncipe de la Paz».

RÓMULO



Rómulo era hijo de Marte (Ares), el dios de la guerra. De niño, Rómulo fue amamantado y protegido por una loba, un animal de presa. Después de la fundación, Roma se convirtió en una ciudad de tres mil habitantes y sus habitantes adquirieron el nombre de romanos por ser súbditos de Rómulo. En Roma todos iban armados, no había mujeres, y para acrecentar la población, Rómulo invitó a toda clase de fugitivos y los hizo ciudadanos.

Los muros alrededor de la ciudad de Roma eran considerados sagrados, no así sus puertas de acceso. Dentro de los muros, las viviendas rodeaban el *Foro*, el lugar de encuentro de los romanos, allí se preservaban los santuarios, como el de *Lupercal* o Santuario de los lobos, el *Vediovís* o Santuario de Júpiter, un árbol de higos sagrados, la casa cubierta de paja de

Rómulo, la cabaña de pastor de *Faustulus* y el *Mundus*, una bóveda para guardar los implementos domésticos y un puñado de la amada tierra nativa. Además había una construcción para los altares de la curia. Este edificio se llamaba *Curia Saliorum*.

Los tres mil habitantes de Roma que fueron los primeros súbditos de Rómulo, se dividieron en tres tribus. Cada tribu compuesta por mil hombres se dividió en diez curias de cien hombres cada una. Cada hombre representaba una casa y, con el tiempo, una familia. Como ciudadanos, las curias se reunían en una Asamblea, mientras que el Senado lo constituían doscientos senadores, escogidos por igual, entre las dos tribus superiores. Dentro de los muros de Roma, cada ciudadano tenía el derecho a apelar a la Asamblea, en caso de que el Rey o los jueces lo acusaran injustamente.

A medida que aumentó la población romana que no pertenecía a las tres tribus, se sumaron treinta tribus más, que se ubicaron en torno a sus propiedades y se reunían en su propia Asamblea. Así llegaron a existir dos grupos paralelos, las curias que se consideraban como los verdaderos romanos, no permitían que el otro grupo—llamado los comunes—participara de los oficios superiores, concernientes a la soberanía nacional. Sólo en tiempos de guerra se unían conformando un gran grupo. El rango de un hombre en el ejército era similar a su situación en el Estado y dependía de su riqueza y propiedades. En la antigüedad, la clase regente luchaba a caballo, completamente armada, en cambio sus sirvientes luchaban a pie y la mayoría no contaba con equipamiento suficiente. Sólo los soldados de las primeras filas iban completamente armados. Las treinta tribus de los comunes eran análogas a las treinta curias. Cada una estaba constituida por tres centenas (3x100) jinetes, que se convertían en seis centenas cuando se unían para luchar en algunas batallas.

Con este esquema, Rómulo y sus seguidores conformaron a Roma como un gran Estado militar.

Otras tribus aledañas se oponían al crecimiento de la ciudad, entre éstas estaban los sabinos que invadieron Roma, pero no sólo fueron vencidos, sino que además los romanos se apropiaron de sus mujeres.

Además, Roma conquistó y dominó los territorios a su alrededor; su gente era considerada con el carácter de *hombre libre*, pero no de *ciudadano romano*. A estos hombres se los denominaba *plebeyos* y no podían pertenecer a ninguna tribu romana o curia, así como tampoco participar en el gobierno, tener propiedades ni casarse con alguna familia romana. Entre los pueblos conquistados se hallaban los latinos, los que debieron habitar en el Aventino ya que no podían vivir en Roma, a pesar de contar con su protección en contra de pueblos enemigos. Durante mucho tiempo, los plebeyos se convirtieron en soldados de infantería y servían a los patricios, descendientes de los *Padres del Estado*.

Rómulo, el primer Rey, gobernó durante 38 años hasta el año 715 AC. A través de sus actos, Rómulo proyectó la imagen de un guerrero que buscaba poder para sí mismo y su país. Llegó un momento en que los hombres que había seleccionado, los doscientos Senadores, se rebelaron contra su tiranía, lo asesinaron y luego le contaron al pueblo, que los dioses lo habían llevado al cielo. La gente dudaba de esta historia, hasta que un senador anciano, que siempre había sido respetado, se presentó ante el pueblo anunciando que se le había aparecido Rómulo, más bello y más alto que cuando era un mortal y le había dicho: «*Ve a decirle a mi pueblo, que no continúen llorando por mi, pídeles que sean valientes como guerreros, y que conviertan mi ciudad, en la más poderosa de la tierra.*» Con esto, la gente quedó convencida de que Rómulo se había transformado en un dios, y comenzaron a adorarlo bajo el nombre del *Dios Quirino*.

NUMA POMPILIO

Rómulo no tenía descendencia, y durante un año los romanos se quedaron sin rey. En este periodo, el pueblo romano quedó conformado por los romanos originarios, que habitaban en el Palatino y los sabinos, que habitaban en el Capitalino y en el Quirinal. Los Senadores se turnaban para gobernar Roma—diez hombres cada cinco días— ya que no se decidían si escoger a su nuevo rey entre los romanos o los sabinos. La gente comenzó a quejarse por la falta de rey que condujera al ejército en caso de que estallara una guerra contra las tribus hostiles de los alrededores. Finalmente, se decidió que fuera elegido un rey entre los sabinos, pero por parte de los romanos.

Entre ellos se hallaba un hombre, llamado Numa Pompilio. Este hombre era tan distinto a Rómulo, como el día lo es de la noche. Numa Pompilio vivía retirado de la gente, llevaba una vida tranquila, sus esfuerzos estaban dirigidos a aumentar su sabiduría. Numa Pompilio era conocido por su sabiduría, justicia y piedad, se decía que había sido discípulo de Pitágoras, el gran matemático y maestro griego. Los romanos lo escogieron rey, porque temían haber enfermado a causa de la violencia y el derramamiento de sangre, tan propias del gobierno de Rómulo.

Varios embajadores romanos se dirigieron al tranquilo hogar de Numa para anunciarle que había sido escogido rey y se sorprendieron con su negativa. Numa debió ser persuadido, incluso sus hombres de confianza le rogaron y, apelando a su deber, le dijeron: «*Ha de ser Dios que llama a tu sabiduría.*» Entonces Numa aceptó, con la condición de que él mismo recibiera la confirmación de la voluntad de los dioses.

Los romanos condujeron a Numa hasta el Capitolio, allí un sacerdote puso las manos sobre la cabeza de Numa y rogó para que Júpiter (Zeus) le enviara una señal a su favor, mientras todo el pueblo aguardaba en la más completa devoción y silencio.

El pueblo oyó las oraciones del sacerdote y contempló el vuelo de las aves, que para ellos representaba un signo de los deseos divinos. Así Numa se aseguró del presagio, aceptó que lo vistieran con los trajes reales y bajó de la colina para que la gente lo saludara como nuevo rey.

El espíritu de Rómulo había rogado a su gente que fuera *valiente como un guerrero*. En cambio Numa Pompilio era un hombre pacífico que, durante su largo reinado, intentó enseñar a su pueblo que sería la paz y no la guerra, lo que convertiría a Roma en una nación poderosa.

¿Cómo enseñó Numa Pompilio?

Numa mandó a construir un Templo para Juno, un dios que según contaban las antiguas leyendas, había bajado a la tierra para ser el guía de los reyes. Al igual que Osiris, Juno había pasado toda su vida enseñando a los seres humanos a comportarse sin salvajismos y a apoyarse mutuamente. Durante los períodos de paz, las puertas del Templo se mantenían cerradas, porque la gente no necesitaba la ayuda de Juno. Las puertas sólo se abrían durante los tiempos de guerra, para que la gente rogara por la paz. Numa Pompilio reinó durante cuarenta y tres años y durante todo este tiempo hubo paz en Roma, por lo que las puertas del Templo se mantuvieron cerradas.

Además del Templo, Numa Pompilio, *el Guardián de la Paz*, fortaleció entre la gente el *muro invisible*, que consistía en ciertas leyes y costumbres que ayudaban a mantener la paz.

Numa enseñó al pueblo a rogar a los dioses en forma seria y calmada. Nombró a un sacerdote jefe, el Sumo Pontífice (Pontifex Maximus), que velaba por las leyes del culto y el modo de escoger a los sacerdotes. Numa designó a algunas sacerdotisas en el Templo de Vesta, la diosa del hogar, quienes velaban para que el fuego sagrado de la ciudad nunca se apagara. Numa Pompilio fue el fundador de la religión en Roma.

Numa Pompilio designó hombres que ocuparan una posición, no de generales, sino de guardianes de la paz. Proclamó una ley que impedía que un hombre se defendiera con sus armas, sin antes haber intentado el entendimiento a través del diálogo. Los guardianes de la paz debían prevenir disputas, discusiones y velar por el entendimiento. Numa pensaba que nada haría que el ser humano deseara tanto la paz, como amar la vida del campo y cultivar su propia tierra, de modo que dividió la tierra y repartió a cada hombre una porción.

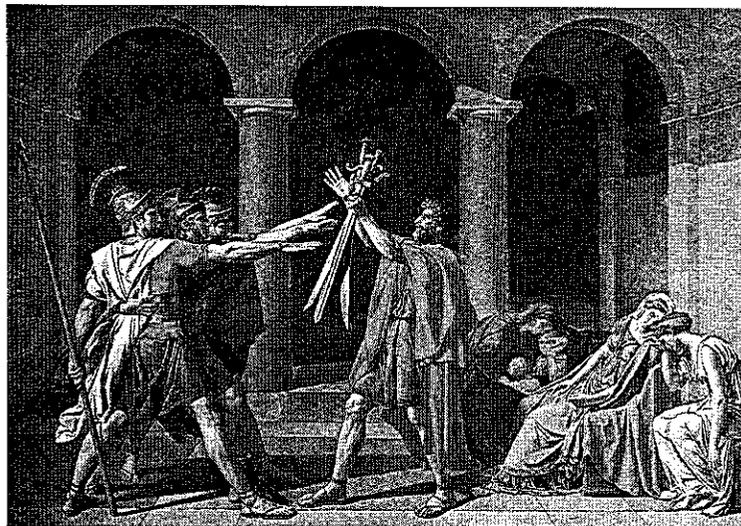
Para mantener la paz entre romanos y sabinos —que tenían a la enemistad— organizó *compañías*, no de soldados, sino de músicos, orfebres, carpinteros, tintoreros, zapateros, ceramistas, etc. Estas compañías o gremios, eran el lugar de encuentro entre los romanos y los sabinos, quienes comenzaron a entenderse como hombres dedicados a un oficio.

No sólo los romanos sintieron el carácter afable y pacífico de Numa, sino también los pueblos alrededor de Roma desde donde se irradiaba un aire sano y gentil. Ellos también comenzaron a vivir en paz, cultivando sus tierras, cuidando a sus familias y adorando a sus dioses. En vez de guerras entre pueblos, se promovieron amistosos encuentros. En vez de celebración de victoria o duelo de derrota, los romanos comenzaron a compartir las fiestas de la siembra y la cosecha. El amor por el bien y la justicia inspirado por Numa, se expandió por toda la región de Italia, parecía una fuente de la cual irradiaba un espíritu tranquilo hacia todo el territorio.

Numa vivió hasta los ochenta años y murió convertido en un anciano, tan pacífico y gentil como había vivido. Todos los pueblos vecinos enviaron a sus Embajadores a rendirle honores en su funeral.

Numa Pompilio debe haber reinado Roma entre el año 714 y el 671 AC. Al morir, los Senadores se hicieron cargo del gobierno durante un tiempo, mientras se elegía al hombre que se convertiría en el tercer Rey de Roma.

TULIO HOSTILIO



Los Senadores eligieron a Tulio Hostilio, porque era romano y su abuelo había luchado, junto a Rómulo, contra los sabinos.

Después de la muerte de Numa, poco a poco se fue debilitando el espíritu de paz. Entre los romanos desaparecieron los sentimientos de amistad. Los campesinos de Alba Longa, que habitaban las colinas que rodean Roma, comenzaron a luchar para defenderse de los asaltos, robos de granos y animales dentro de sus propiedades.

Los soberanos albanos se quejaron con Tulio Hostilio, pero se encontraron con una reacción bastante infantil: «*¡Ustedes comenzaron!*». Entonces los albanos se prepararon para luchar contra el ejército romano. Mientras tanto, Tulio y el Rey albano acordaron contratar mercenarios para que lucharan y que el grupo vencedor tomaría dominio sobre los otros.

De modo que los albanos enviaron a tres hermanos, miembros de una familia de apellido Curiaceos para enfrentar a los tres hermanos de una familia romana de apellido Horacios; ambas familias eran descendientes de Eneas.

Los tres Curiaceos eran tan valientes como los Horacios. Mientras los soldados romanos y albanos observaban la lucha, los seis jóvenes guerreros, llenos de coraje y devoción por sus respectivos pueblos, no dieron ninguna importancia a sus ancestros en común ni mostraron temor mientras se enfrentaban en una ardua lucha. Los albanos lograron dar muerte a dos romanos, pero los tres Curiaceos terminaron muy malheridos.

El único Horacio sobreviviente sabía que estaba en desventaja para luchar contra los tres Curiaceos, pero aprovechando que se hallaban heridos, ideó una estrategia para ganar la lucha: ¡simuló huir! Los tres enemigos lo persiguieron, corriendo a la velocidad que sus heridas les permitían, de este modo logró enfrentarlos y vencerlos por separado.

Horacio dio muerte a los tres. Cuando el tercer hermano Curiaceo, herido y exhausto, alcanzó a Horacio, se quedó delante del romano, incapaz de levantar un arma, y Horacio le gritó: *«Envié a dos a reunirse con las sombras de mis dos hermanos. El tercero se lo ofreceré a los romanos para que los romanos gobiernen a los albanos.»* Luego, Horacio enterró la espada en la garganta del herido y le arrebató al último Curiaceo la armadura y su capa.

Los romanos condujeron a Horacio de regreso a Roma, en medio de una procesión victoriosa. En Roma, su hermana Horacia, al salir a darle la bienvenida vio que su hermano traía la capa que ella le había entregado al joven Curiaceo, de quien se había enamorado y prometido matrimonio. Horacia se puso a gritar angustiosamente, sus lágrimas y gemidos asustaron a los festivos acompañantes. Entonces, Horacio sacó su espada y la enterró en el corazón de su hermana exclamando:

«Así morirá cualquier dama romana que lllore a un enemigo de su patria».

Muchos se horrorizaron ante el terrible suceso. El pueblo romano juzgó al joven Horacio, pero no lo condenó por dos razones: había vencido a los enemigos de la nación, y porque el padre y la hermana de los hermanos Curiaceos consideraron que Horacia murió bajo el rigor de las leyes.

El acuerdo entre romanos y albanos debía cumplirse: los albanos quedaban bajo el dominio de los romanos, sin embargo, los líderes albanos no cumplieron el trato y Tulio los convocó para defender Roma en una nueva guerra. De todos modos, los romanos vencieron y Tulio se vengó de los albanos y sus líderes. Convocando a los albanos en Roma los romanos acorralaron a los albanos, tomaron preso al líder, lo ataron a dos carros tirados por caballos en direcciones opuestas y luego los hicieron galopar. El jefe albanos fue descuartizado. Después, Tulio Hostilio envió al ejército romano hacia Alba Longa para destruir la ciudad completa y ordenó que todos los albanos se mudaran al monte Celio, en calidad de ciudadanos romanos.

Tulio Hostilio era un rey guerrero que, más tarde, le declaró la guerra a los sabinos. Tan preocupado se mantuvo con las guerras que dejó de lado el servicio a los dioses y una plaga mortal azotó Roma e incluso atacó a Tulio. Entonces recurrió a Júpiter para que lo ayudara y favoreciera, pero la respuesta de los dioses se vio como un rayo de luz, que cayó del cielo y redujo a cenizas al rey y su palacio.

Este hecho representaba una advertencia para los romanos; había llegado el momento de escoger a un nuevo rey que siguiera el ejemplo de Numa Pompilio. El escogido fue el nieto de Tulio Hostilio.

ANCO MARCIO

La primera medida dispuesta por el nuevo rey fue redactar la religión y las pacíficas leyes de la religión de Numa en pizarras blancas y ordenó exhibirlas en toda la ciudad para que la gente las cumpliera. Sin embargo, los sentimientos de odiosidad romanos y de los reinos aledaños reaparecieron después de la muerte de Numa Pompilio y volvieron originar numerosos conflictos. Otras naciones latinas atacaron a los romanos, pero fueron derrotadas y Anco Marcio les entregó el Aventino como lugar de residencia.

La estructura de Roma en ese tiempo incluía:

El Monte Palatino donde habitaban los romanos originarios,

El Capitolino donde habitaban los sabinos,

El Celio donde habitaban los albanos,

El Aventino donde habitaban los latinos.

Luego, Anco Marcio se apropió del monte Janícula, al otro lado del río Tiber, para prevenir posibles incursiones de sus enemigos. Más tarde, Anco Marcio mandó a construir el primer puente que cruzaba el río Tiber, pero era a propósito de madera, para poder retirarlo en caso de ataques enemigos. Su próximo logro fue la construcción de Ostia, un puerto para Roma, en la boca del Tiber.

Durante el reinado de Anco Marcio, un desconocido llegó a Roma. Se trataba de un griego casado con la hija de una de las familias más poderosas de Etruria, al norte de Roma. Los etruscos se destacaban por su capacidad para los augurios

o para interpretar los signos en la naturaleza. El desconocido se llamaba Lucio Tarquinio y su mujer, Tanaquil.

Mientras la pareja conducía su carruaje en las proximidades del Janícula, en Roma, un águila sobrevoló a Tarquinio, le sacó su gorro de la cabeza, se quedó revoloteando y emitiendo chillidos a su alrededor durante un rato, para luego volver a ponerle el gorro en la cabeza. Tanaquil, que conocía las señales del cielo, dijo que el águila le auguraba un gran futuro en Roma.

Lucio Tarquinio se convirtió en buen amigo de Anco Marcio, incluso a su muerte lo nombró custodio de sus hijos. Anco murió después de veinticuatro años de gobierno y, como sus hijos eran demasiado jóvenes, los romanos escogieron rey a Tarquinio.

LUCIO TARQUINIO PRISCO

Lucio Tarquinio era de origen griego, pero también un gran patriota romano. Su padre, Demaratus, era un comerciante de Corintio que se había establecido en Tarquinia, Etruria., pero al igual que su padre siempre fue tratado como extranjero. Lucio Tarquinio decidió emigrar a Roma, donde los extranjeros eran bienvenidos. Allí se convirtió en ciudadano romano, luego demostró tener tantas habilidades y devoción por el Estado romano, que no fue difícil que los romanos lo proclamaran rey. Lucio Tarquinio se convirtió en rey de Roma, en el año 616 AC y gobernó durante treinta y ocho años.

Durante su reinado se desencadenaron tres grandes guerras, en las que Roma conquistó varias naciones vecinas. Pero Tarquinio se destacó no sólo como conquistador, sino que también como constructor. Se preocupó por el crecimiento de la ciudad, mandó a construir canales entre las colinas, para desaguar la tierra. Además Tarquinio patrocinó la construcción del *Foro Romano*, como un mercado y del *Circo Máximo*, una pista para carreras entre el monte Palatino y el Aventino, respaldó los torneos o juegos en el Circo y construyó un nuevo Templo para los dioses en el monte Capitolino.

Tarquinio tenía un esclavo llamado Servio Tulio. Se consideraba que su nacimiento era un misterio, algunos decían que era hijo de un dios. Era tan buen servidor del rey que llegó a contraer matrimonio con su hija. Sin embargo, los hijos de Anco Marcio, temiendo que Tarquinio proclamara a Servio como su heredero, hicieron un pacto para arrebatarse el trono. El plan consistía en fingir una discusión entre dos

pastores que requería la mediación del rey. En el momento en que Tarquinio se acercó para hablar con ellos, uno de los pastores lo atacó con un cuchillo y huyó del lugar. Tarquinio murió, pero su mujer simuló que su esposo sólo se hallaba herido, y que proclamaba a Servius para reemplazarlo en su ausencia. Servius asumió el reino y la gente rápidamente aceptó su gobierno. Cuando se anunció posteriormente la muerte de Tarquinio, la gente aceptó que Servio continuara siendo rey. Por su parte, los hijos de Anco Marcio huyeron de Roma y pasaron el resto de sus días exiliados en el extranjero.

SERVIO TULIO

Servio Tulio era un rey justo y bondadoso, que amaba a los *comunes*, la gente más pobre, y proclamó varias leyes para protegerlos de los más ricos. Servio conquistó a los etruscos y les cedió los montes *Esquilino* y *Viminal*. Además, Servio finalizó la construcción del muro que Tarquinio había comenzado para proteger las siete colinas de Roma.

Servio Tulio decretó que después de él, no debía gobernar un rey, sino que estableció un gobierno compuesto por dos hombres, escogidos por el pueblo, para que gobernaran por el periodo de un año. Después, Servio Tulio hizo los preparativos para abdicar.

Servio tenía dos hijas, la más joven era muy bondadosa, en cambio la mayor tenía un corazón malvado. Estas dos mujeres contrajeron matrimonio con los hijos de Tarquinio. La hija bondadosa se casó con el orgulloso y malvado Lucio. La hija malévola se casó con Aruns, el más noble y bueno de los dos. ¡Pero el mal no soportó unirse al bien! Lucio asesinó a su mujer mientras Tulia, la hermana más joven, asesinó a Aruns, de tal modo que se despejó el camino para que las dos almas malvadas, Lucio y Tulia, se casaran.

Como los nobles romanos odiaban a Servio Tulio, Lucio se acercó a ellos y propuso un plan para sacarlo del poder: lo mandaron a asesinar cuando Servio regresaba a su casa. Luego, Tulia atropelló con su carruaje el cuerpo sin vida de su padre, que aún se hallaba tendido en la calle y proclamó a Lucio como sucesor. De modo que después de cuarenta y cuatro años del reinado de Servio, el nuevo rey de Roma fue *Lucio Tarquinio el Soberbio*.

LUCIO TARQUINIO EL SOBERBIO

Tarquinio el Soberbio asumió el poder con maldad y así gobernó a su antojo. Contrató un séquito de mercenarios que velaba por su seguridad. Lucio despreciaba profundamente a los Senadores, incluso mandó a asesinar a aquellos que lo criticaban, dejando sus lugares vacíos en el Senado, canceló todas las leyes que favorecían a los más pobres, permitió que los ricos oprimieran a los pobres y los usaran como esclavos para cavar la tierra o para la construcción de canales y templos. Era un déspota con los esclavos, siendo tantas las miserias, que muchos se quitaron la vida. En los tiempos de Tarquinio el Soberbio era preferible morir que vivir.

A pesar de que Lucio Tarquinio no prestó mucha atención a los dioses, demolió los antiguos templos sabinos y mandó a construir nuevos templos en el monte Capitolino. Mientras los esclavos cavaban la tierra, alguien encontró un cráneo que fue considerado como una señal de que Roma se convertiría en la cabeza del mundo. ¿Señales? ¿Premoniciones? ¿Augurios? ¿Profecías? Todo esto era lo que los romanos de la época consideraban importante.

Un día, una anciana se presentó ante Tarquinio llevando nueve libros antiguos para vendérselos a buen precio. La anciana era la Sibila de Cumas y afirmaba que los libros contenían Oráculos y profecías que le serían de gran valor. Sin embargo, el rey consideró que el precio de venta era demasiado elevado y se rehusó a comprarlos. Entonces la Sibila, lanzó al fuego tres de los libros y le ofreció los seis restantes por el doble del valor inicial, Tarquinio volvió a rehusarse y la Sibila quemó otros tres ejemplares. Finalmente, le ofreció los

últimos tres al triple del valor original, el rey temió no haber actuado con sabiduría y accedió a comprar los tres últimos libros al precio que ella exigía. Luego, el rey mandó a guardarlos dentro de un baúl de piedra en el templo del Capitolino, bajo la protección de los *dos guardias de los libros sagrados*.

Un día, Tarquinio vio que una serpiente se deslizaba, subiéndolo por el altar en el jardín de su palacio, con la intención de devorar las ofrendas de su altar. Como Tarquinio no lograba entender el significado de esto, mandó a sus dos sobrinos y un primo hasta Delfos para consultar el Oráculo. El primo se llamaba Bruto, que significa *torpe*, porque parecía estúpido. No era realmente tal, pero pretendía serlo. Realmente era un hombre inmensamente rico y temía que Tarquinio lo asesinara para quedarse con sus bienes.

Bruto llevó un obsequio al Templo de Delfos y se lo entregó, en su nombre, a la sacerdotisa; se trataba de un cuerno lleno de oro, sin brillo por fuera, pero muy valioso en su interior.

Cuando el Oráculo hubo respondido a los tres mensajeros que preguntaron en nombre del rey, éstos aprovecharon para presentar sus propias preguntas: «*Oh, Dios Apolo, responde: ¿cuál de nosotros se convertirá en el próximo rey de Roma?*» La voz respondió: «*Aquél de vosotros que primero bese a su madre.*»

Los hijos de Tarquinio se pusieron de acuerdo para echarlo a la suerte tan pronto regresaran a Roma, sin embargo, Bruto, a la salida del templo, simuló que tropezaba, se cayó y besó la tierra diciendo: «*La tierra es la verdadera madre de todos nosotros.*»

A su regreso encontraron que Roma se hallaba en guerra. El hijo más joven de Tarquinio, que no había ido a Delfos, había cometido un crimen, y como consecuencia, una dama noble se había suicidado, después de rogar a su marido y a Bruto, que castigarán a toda la familia de Tarquinio el Soberbio.

Éste fue el fin de los reyes en Roma.

La gente se reunió en el *Campo de Marte* y votaron para regresar a las leyes de Servio Tulio, seguir su voluntad y elegir anualmente a dos hombres para que gobernaran por turno. Estos hombres se llamaron Cónsules y se turnaban mensualmente en el gobierno de Roma. Entonces los romanos escogieron como Cónsules a Bruto y a un hombre llamado Colatino.

Tarquinio el Soberbio fue parte de una conspiración para recuperar su trono, entre el grupo de conspiradores se hallaban los dos hijos de Bruto. Pero un esclavo alcanzó a escuchar la conversación y la divulgó a todos. Finalmente, los hermanos fueron apresados y entre sus cosas hallaron cartas dirigidas a Tarquinio el Soberbio.

Luego sucedió un extraño y amargo incidente. Bruto y Colatino se sentaron en sus puestos de jueces en el Foro. Ante ellos hicieron traer a los dos hijos de Bruto, los hicieron amarrar, azotar y decapitar. Bruto no se movió de su asiento, ni quitó la vista, sin embargo, la gente se dio cuenta que su corazón sufría por sus hijos y se admiraron al ver que Bruto amaba la justicia por sobre su propia sangre.

HÉROES DE LA REPÚBLICA

En el año 510 AC Tarquinio el Soberbio fue expulsado de Roma y con ello finalizó el gobierno de los reyes. Roma se convirtió en una República gobernada por dos Cónsules, quienes ante situaciones de peligro y con el apoyo del Senado, podían nombrar a un sólo hombre para que gobernara por un tiempo limitado. Este hombre se llamó *Dictador*. Los Cónsules dirigían las tropas, controlaban el tesoro y mantenían los poderes reales mientras ellos estaban a cargo del gobierno. Debían tener por lo menos cuarenta y cinco años cumplidos, y experiencia previa en oficios gubernamentales. Al principio, los Cónsules eran elegidos sólo entre los patricios, pero desde el año 367 AC, accedieron también los plebeyos al cargo.

Una vez establecida la República, Roma era una nación pequeña que gobernaba sólo las siete colinas y otros pequeños territorios, rodeados de enemigos. Durante doscientos cincuenta años, Roma se defendió en duras batallas, hasta que gradualmente logró conquistar los pueblos enemigos. En el año 264 AC, Roma finalmente gobernaba toda Italia.

Tito Livio, en su *Historia de Roma*, escribió ciento cuarenta y dos libros que narraban la historia de estos tiempos, aún existen treinta y cinco de ellos. Durante la época de la República, Tito Livio aún no nacía, sin embargo, logró recolectar valiosa información, que le permitió narrar la historia de los héroes que anhelaban el bien para su ciudad.

Horacio Cocles

Horacio Cocles era tuerto, descendiente de Horacio, quien asesinó a Curiaceo. Su heroísmo se describe en el poema «*Horacio en el puente*» de *Thomas B. MacCauley*, en su «*Leyes de la Antigua Roma*». Horacio defendió a Roma de la invasión etrusca.

Los etruscos eran un pueblo nómada navegante que en los siglos anteriores, había llegado hasta las costas italianas, incursionando hacia el interior y estableciéndose al Norte del Tiber. Los etruscos eran más civilizados que los latinos, incluso habían comerciado con los griegos.

Lars Porsena, el Rey de Clusium, una ciudad etrusca, se unió a Tarquinio el Soberbio para ayudarlo a recuperar su trono en Roma.

Los etruscos atacaron primero a los romanos por el Janícula y los hicieron retroceder hasta que cruzaron el puente del Tiber. El joven soldado Horacio Cocles junto a otros dos compañeros, defendieron la entrada al puente, allí enfrentaron al enemigo mientras los demás romanos huían en dirección a Roma. Después, Horacio envió a sus dos compañeros a pedir autorización a los Cónsules, para partir el puente en dos, cerca de la orilla romana del Tiber. Los mensajeros debían gritarle como señal de que la misión estaba cumplida, mientras Horacio aguardaba solo, defendiendo el puente de sus enemigos. Con su espada dio muerte a muchos de ellos, a otros los derribó con su escudo, manteniendo el puente impenetrable. Sólo unos pocos hombres lograron entrar al puente, finalmente el terreno cedió, a tal punto que el río terminó rodeándolo por ambos lados.

El enemigo lanzaba lanzas y dardos desde la distancia. Horacio recogió las armas que le habían lanzado y las usó para defenderse, lanzando e hiriendo sin dificultad a los etruscos, que se hallaban agolpados en la orilla. Horacio sufrió

muchos embates, la peor herida se la provocó una lanza que le atravesó el muslo, justo en ese instante escuchó la señal que anunciaba el corte del puente. Entonces, Horacio se lanzó al río Tiber completamente armado y, con gran dificultad nadó por la corriente hasta llegar a salvo a la otra orilla donde fue recibido como gran héroe. De este modo los romanos se salvaron de la inminente invasión etrusca. Horacio recibió en premio grandes extensiones de terreno, incluso se instaló su estatua de bronce en el Foro, pero no volvió a combatir debido a su cojera.

Cayo Mucio

Los etruscos no se dieron por vencidos, acamparon a las afueras de Roma e impidieron el ingreso de alimentos, de modo que los romanos comenzaron a sufrir hambre.

Cayo Mucio, un joven patricio se presentó ante el Senado y se ofreció como voluntario para ir hasta el campamento etrusco y asesinar al rey, Lars Porsena, y así lo hizo.

En el campamento etrusco, Cayo Mucio observó a un hombre que se sentaba en un sitial más alto, vestido con una toga escarlata, conversando con varios comerciantes, pensó que era Lars Porsena, se acercó sigilosamente y le enterró la daga, hasta que el pobre hombre cayó muerto. Pero no era el rey sino que su Comandante en Jefe. Cayo Mucio fue apresado y llevado ante Lars Porsena, quién le exigió identificarse, a lo que él respondió: *«Yo soy un ciudadano romano, me llaman Cayo Mucio. Como vuestro enemigo, deseo daros muerte, pero ahora, con la misma valentía sólo me queda esperar mi propia muerte. Es propio de la naturaleza romana, tanto actuar, como sufrir con valentía. Detrás de mí vendrán muchos otros con el mismo propósito. Sabed entonces, que desde hoy en adelante, vuestra vida corre constante peligro.»*

El rey sintió tanto enojo como miedo y amenazó a Cayo Mucio con quemarlo vivo, si no revelaba quiénes eran esos hombres y donde podría hallarlos. Cayo Mucio respondió: *«Debéis saber lo poco que a los romanos nos importa nuestro cuerpo, en comparación a nuestro amor por Roma.»*

Para demostrar su valentía, Cayo Mucio puso su mano en el fuego del altar dejando que se le quemara, sin mostrar ninguna señal de dolor. El rey se quedó atónito, saltó de su trono, ordenó que sacaran del fuego al romano y lo liberó por su coraje. A cambio, Cayo Mucio le contó a Lars Porsena acerca de trescientos nobles jóvenes romanos que habían jurado perseguirlo hasta la muerte.

Lars Porsena, atemorizado, hizo las paces con Roma y prohibió a los Tarquinius buscar refugio en su reino.

Tarquino el Soberbio intentó inútilmente, por última vez, apoderarse del trono, pero encontró la muerte en una batalla, en la que los dioses Castor y Pólux, ayudaron a Roma en la victoria.



M. Curcio

Los samnitas eran una tribu montañesa ubicada al Sur de Roma. Durante la guerra, en que los samnitas lucharon contra los romanos por la posesión de los fértiles valles cerca de la costa, ocurrió en Roma un hecho atemorizante. La tierra tembló y se abrió, por ejemplo el Foro quedó dividido en dos y separado por un profundo precipicio. El abismo era tan grande, que parecía que la tierra intentaba tragarse a Roma. Los líderes salieron hacia los Oráculos para consultar qué clase de augurio era ese y que actos podían realizar para ganar el favor de los dioses. La respuesta fue que si la gente deseaba salvar a Roma, debía realizar sacrificios cerca del precipicio, pues ahí yacía la fortaleza de Roma.

Los romanos no sabían qué decir, y mientras intentaban desesperadamente averiguar el significado de los augurios, habló M. Curtius, un joven soldado, preguntando si la fortaleza romana se hallaba en algún otro lugar, que en sus armas y en el coraje de sus soldados. Todos se quedaron en silencio. Entonces M. Curtius miró hacia el Capitolio y los Templos, y luego observó el temible abismo. M. Curtius montó su caballo que iba preparado para la guerra, sacó su flameante espada y se lanzó, completamente armado, dentro del precipicio. La muchedumbre le lanzó obsequios y frutos de la tierra. Tito Livio escribe que después de esto, el abismo se cerró.

Camilo y la invasión gala

No sólo los jóvenes se convirtieron en grandes héroes romanos.

La última batalla en que los romanos lucharon contra los etruscos fue muy larga. Los romanos sitiaron a Veyes, una ciudad etrusca, cerca de Roma. El asedio duró diez años sin éxito, hasta que un general llamado Camilo fue proclamado

Dictador, bajo cuyo mandato la ciudad fue finalmente expropiada.

Los romanos propusieron que el territorio alrededor de Veyes, se repartiera entre los romanos más pobres, pero Camilo se opuso y los ciudadanos lo culparon de discriminar a los pobres y de apropiarse de algunos tesoros de guerra para su uso personal, en vez de entregarlos a la ciudad. Camilo se enfureció con esta acusación y se autoexilió de la ciudad, mientras se despedía de su mujer y sus hijos, se dio la vuelta en dirección al Capitolio, se dirigió a los dioses, clamó su inocencia e invitó a los romanos a llamarlo de vuelta cuando necesitaran su ayuda.

Los romanos llegaron a creer que todo lo que sucedió después de esto fue consecuencia de las injusticias cometidas contra Camilo.

Luego llegaron a Roma ciertos rumores que describían una tribu salvaje cabalgando por las montañas de la Galia, al norte de Etruria, que luchaba, incendiaba y saqueaba todo lo que aparecía por su camino, y que se hallaba cerca de Roma.

Se describía a los hombres de esa tribu como altos, de cabellos rubios y ojos destellantes, de modales duros y rudos. Usaban una pesada malla de cordeles sobre la armadura, la que se sacaban antes de comenzar a luchar, y en su cuello llevaban anchos collares de oro.

Los galos eran orgullosos y peleadores, muy buenos luchadores y despiadados. Tan pronto vencían a sus enemigos, les arrebatában sus riquezas y se alejaban rápidamente para continuar atacando a pueblos vecinos. No deseaban apropiarse de ningún terreno en especial, sino que luchaban orgullosamente mientras eran vencedores, pero desaparecían rápidamente después de alguna batalla.

Cuando los romanos se enteraron de que los galos se hallaban a pocas millas de distancia, reunieron todo su ejército

y marcharon juntos a enfrentar a los bárbaros. Los romanos fueron derrotados en una terrible batalla y la mayor parte de su armamento quedó destruido. Varios hombres lograron escapar a Roma para advertirles a los ciudadanos. Si los galos hubiesen marchado de inmediato a Roma, no hubiera quedado ningún romano vivo, pero ignoraban que Roma se hallaba a pocas millas de distancia. Después de la batalla, los galos celebraron y repartieron el botín entre ellos.

Mientras esto sucedía cerca de Veyes, los romanos tuvieron tiempo para prepararse, algunos optaron por huir, mientras otros prefirieron quedarse y enfrentar su destino. El plan era que los hombres más hábiles, los soldados y los senadores, junto a mujeres y niños, se refugiaran en el Capitolio para defenderlo. Los senadores más ancianos decidieron esperar en la ciudad. Muchos habían sido cónsules o generales en el pasado. Vestidos con sus trajes oficiales, usando sus condecoraciones, los ancianos se sentaron en sus sillas de marfil, frente a sus casas y aguardaron al enemigo.

Los galos entraron en una ciudad silenciosa y vacía, donde sólo encontraron a unos ancianos sentados, ordenados, en silencio a lo largo de la calle y quedaron perplejos con la escena: ancianos que no mostraban señales de temor. Los galos se asustaron, creyendo que los romanos eran dioses, sin embargo, un galo presumido se acercó a uno de los ancianos y con su gran mano, le mesó la barba blanca. El Senador le respondió con un golpe de su bastón en la cabeza, entonces el galo sacó su espada y lo mató. Los otros galos siguieron el ejemplo y se abalanzaron contra los indefensos ancianos. Luego los invasores arrasaron y saquearon completamente la ciudad, llevándose toda clase de tesoros e incendiándola posteriormente.

Roma quedó reducida a cenizas a excepción de sus templos en el monte Capitolino donde se hallaban los soldados romanos. Los galos no atacaron, sino que sitiaron el monte,

durante siete meses, hasta que finalmente los romanos llamaron a Camilo para que los ayudara, tal como él había suplicado anteriormente a los dioses.

Camilo reunió a un gran número de latinos y hombres que estaban ansiosos de liberarse de los galos, y finalmente lograron vencerlos en una sangrienta batalla. Finalmente, como era su costumbre, los galos huyeron despavoridos. (390 AC).

TODOS LOS CAMINOS CONDUCE A ROMA

Roma quedó nuevamente libre, pero transcurrieron cincuenta años antes de su reconstrucción. Durante un periodo aproximado de cien años, Roma estuvo continuamente en guerra contra los samnitas, los latinos, e incluso los griegos, liderados por un joven rey, el rey Pirro, quien intentó conquistar Italia, tal como Alejandro Magno había conquistado Persia. Roma salió victoriosa de todas sus guerras y se transformó en ama y señora de toda Italia, realizando lo que los griegos nunca lograron: unir muchas ciudades bajo una sola nación.

Los soldados romanos eran ciudadanos, ellos abandonaron sus tierras para luchar en las guerras. Los patricios fueron recompensados con una repartición de las tierras conquistadas. Como colonos, los patricios, llevaron las leyes y las costumbres romanas a estas nuevas tierras. Además construyeron caminos desde todas partes de Italia para llegar a Roma y los pueblos conquistados sólo podían comerciar con Roma. De este modo Roma se aseguró el poder y supremacía.

En este periodo de la historia romana, hubo dos eventos especialmente significativos.

Desde el Noreste de Roma, entre las cuevas de los Apeninos, solía bajar la tribu de los ecuos para saquear las ciudades romanas. Uno de los cónsules se hallaba acampando en este territorio, cuando los ecuos bajaron y sitiaron el campamento como si fuera una ciudad. En ese momento, el otro Cónsul se hallaba en Roma, sin saber cómo proceder. El Senado decidió proclamar a un Dictador y escogió a Cincinato, quién tenía una pequeña granja al otro lado del

Tiber. Cincinato amaba su terreno, a pesar de ser un Senador, acostumbraba ir a su granja para cavar, arar y cuidar sus animales. Los mensajeros del Senado lo encontraron trabajando en el campo, lo saludaron y le pidieron que se vistiera con su toga —su vestimenta senatorial— para que recibiera un mensaje del Senado. Su esposa le trajo la toga, y después de ponérsela sobre sus trajes sucios por el trabajo, escuchó sorprendido que los mensajeros lo saludaran como el nuevo Dictador y le pidieran que viajara de inmediato a la ciudad. Cincinato así lo hizo y a la cabeza del nuevo ejército logró vencer a los ecuos. Al regreso de la guerra, Cincinato depuso su dictadura y volvió al campo para retomar el trabajo en la granja.

Los plebeyos tenían la obligación de luchar en las guerras romanas, debiendo abandonar sus granjas o el comercio y endeudarse para enfrentar sus pérdidas. Incluso, aquellos que no podían pagar sus deudas, a menudo eran tomados como esclavos o encarcelados y tampoco recibían las tierras que habían ayudado a conquistar, sino que sólo se repartían entre los patricios.

En el año 494 AC, los romanos se preparaban para un enfrentamiento, cuando los plebeyos abandonaron Roma y se establecieron en la colina lejana de Monte Sacro anunciando que no estaban dispuestos a ir a la guerra. Los patricios alarmados, porque necesitaban soldados, enviaron a Mennio Agripa para llegar a un acuerdo con ellos. Agripa narró a los plebeyos, la parábola que cuenta como las manos, la boca y los dientes se negaron a alimentar al estómago, porque les parecía que éste no hacía nada más que disfrutar lo que ellos le proporcionaban. Pero finalmente, las manos, la boca y los dientes comenzaron a sentirse débiles, desfallecientes y se dieron cuenta que el estómago, no sólo vivía para satisfacer sus propios placeres, sino que transformaba en fortaleza para el cuerpo, lo que recibía como alimento.

Los plebeyos comprendieron la fábula y regresaron a Roma. Los patricios acordaron perdonar las deudas a aquellos que sirvieran a su país, además permitieron que los plebeyos escogieran a los Tribunos para que los protegieran de las injusticias. Transcurrieron otros cien años, antes de que se proclamara una ley que dictaminó, que uno de los dos cónsules debía ser plebeyo.

PROVERBIOS LATINOS

<i>Ora et Labora</i>	Ora y trabaja
<i>Audi, vidi, tace</i>	Escucha y observa en silencio
<i>Si vis vivere in pace</i>	Si vivieras en paz
<i>Divide et impera</i>	Divide y gobierna
<i>Quid licet Jovi, non licet bovi</i>	Lo que a Jove se le permite, no se le permite al buey
<i>Justifica est fundamentum regnorum</i>	La justicia es la base del Gobierno
<i>Per aspera ad astra</i>	La inspiración conduce a las estrellas
<i>Errare humanum est</i>	Errar es humano
<i>Honesta fama melior est pecunia</i>	La reputación honesta es mejor que la fortuna
<i>Imperare sibi maximum imperium est</i>	Gobernarse a sí mismo es el mejor gobierno
<i>Finis coronat opus</i>	El final corona el trabajo
<i>Fortes fortuna adiurat</i>	La suerte ayuda al fuerte
<i>Labor omnia vincit</i>	El trabajo conquista todo
<i>Mens sana in corpore sano.</i>	Mente sana en un cuerpo sano
<i>Nil homini certum est</i>	Al hombre nada le es seguro
<i>Non omnia possumus omnes</i>	Todos no podemos hacer todo
<i>Pari cum paribus facillime congregandur</i>	Las aves del mismo plumaje vuelan juntas

<i>Podior est, qui prior est</i>	Los primeros en llegar se sirven primero
<i>Periculum in mora</i>	Peligro en la demora
<i>Quot homines tot sententiae</i>	Tantas opiniones como personas
<i>Factum fieri in factum non potest</i>	Lo hecho, hecho está

ROMA GOBIERNA ITALIA

Los romanos confiaban en el gobierno de las leyes. Incluso muchas de sus leyes han llegado hasta nuestros tiempos siendo muy conocidas y aceptadas entre nosotros. Por ejemplo:

Es tu deber mantener la palabra entregada en asuntos de negocio.

Si la deuda no puede ser cancelada en su totalidad, se puede dividir, en igualdad de condiciones entre los acreedores, pudiendo ser cancelada en pequeñas sumas. Todos los comerciantes deben usar la *medida justa*.

Los hombres no pueden ser castigados por un supuesto crimen, sino que debe ser probada su culpabilidad.

Imperare sibi maximum imperare est, Gobernarse a sí mismo es la mejor forma de gobierno. Así lo afirmaban los romanos y su respeto por las autoridades en casa, les permitió gobernar a otros.

Los métodos romanos para gobernar Italia fueron tales, que se transformó en un eje, en el centro de la rueda que gira. Las tribus conquistadas hablaban distintos idiomas y tenían diferentes costumbres, lo que exigió a Roma hacer distintos tratados individuales, quedando cada tribu unida directamente con Roma y sintiéndose parte de ella. Se construyeron excelentes carreteras y, como los rayos de la rueda, Roma conectaba a cada una de las ciudades y colonias. Por estos caminos se dirigieron los romanos que representaban el espíritu de *ley y orden romano* para llevarlo hasta las regiones más distantes. Así llegó un momento en que cada italiano sintió: «*Mi pueblo de origen es parte de Roma*».

ROMA Y CARTAGO

Durante los doscientos años en que Roma se mantuvo ocupada forjando una nación en Italia, los romanos casi no se ocuparon de lo que sucedía en otras partes del mundo. Temístocles, Pericles, Filipo de Macedonia, Alejandro Magno, Aristóteles y otros líderes griegos, vivieron y murieron mientras crecía el poder de Roma. La civilización griega gobernaba al Este del Mediterráneo, además otro gran poder del Este, se estableció en el Oeste, y una vez que Roma observó al resto del mundo, se encontró con este gran poder a la puerta de sus casas.

Se trataba del poder comercial del Imperio Fenicio que había logrado huir de Alejandro Magno. Cartago era la ciudad fenicia más importante, fundada por la princesa Dido, quien se enamoró perdidamente de Eneas y, a su partida, lo maldijo a él y a su raza para siempre.

Cartago era un gran puerto para los barcos mercantes. Todo el comercio entre África, Etruria, España y Sicilia pasaba por Cartago. Hombres de todas las regiones, hacían negocios allí teniendo un sólo interés en común: dinero y oro. Los cartagineses lucharon para controlar las rutas marítimas por lo que cerraron sus puertos a todos los barcos extranjeros. Sus mayores competidores eran los etruscos y los griegos que se habían asentado en Italia. El ejército cartaginense estaba conformado por mercenarios, hombres que hablaban diferentes idiomas, que no tenían ningún interés especial por Cartago, salvo por su riqueza y que no eran de confianza. Los cartagineses confiaban en que no había nada que el dinero no pudiera comprar.

Entre los años 264-201 AC, Roma y Cartago se enfrentaron rudamente para decidir si los fenicios, el poder púnico o los romanos, se convertiría en el poder predominante del mundo. Estas luchas se llamaron las Guerras Púnicas y fueron lideradas por cuatro grandes personalidades: un cartaginense y tres romanos.

Los cartagineses se apoderaron de Mesina, una ciudad griega en Sicilia, y los griegos pidieron ayuda a Roma para combatir a los invasores. Temiendo que intentaran también invadir Italia, los romanos lucharon hasta vencer a los cartagineses y los expulsaron de Sicilia. El general cartaginense Amilcar Barca, lleno de ira, juró vengarse de Roma por la desgracia sufrida con la derrota, pero cuando el General Amilcar Barca intentó reunir un nuevo ejército encontró solamente resistencia entre los cartagineses, que no estaban interesados en la lucha, pues carecían de espíritu patriótico. Entonces, Amilcar decidió viajar a España con la esperanza de reunir allí un nuevo ejército, antes de partir, le preguntó a su hijo Aníbal, de nueve años si quería acompañarlo en el viaje y Aníbal estuvo dichoso de acompañarlo. Primero, padre e hijo, partieron al Templo para realizar sacrificios, allí el niño hizo un voto: *«Jamás entablaré amistad con un romano.»* Y Aníbal mantuvo su voto hasta el último día de su vida.

Amilcar murió en España, diez años después, cuando Aníbal tenía 19 años, y, como aún era muy joven para comandar un ejército, tuvo que esperar hasta la edad de veintiséis años, para convertirse en el Comandante en Jefe del ejército cartaginense. Su único objetivo era dar muerte a los romanos.

Aunque sus tropas no sentían ningún aprecio especial por Cartago, Aníbal logró despertar su lealtad, porque no conocía el temor y se mantenía tranquilo incluso ante el peligro pues nunca parecía estar cansado a pesar de dormir unas pocas horas. Cuando no estaba activo en sus ocupaciones, sin

importarle si era día o noche, se arropaba con su capa y se tendía donde fuera, incluso en la tierra junto a sus soldados. No se vestía distinto al resto de sus soldados y siempre se ponía al frente de las filas, especialmente en las batallas, siendo el primero en entrar en la lucha y el último en abandonar el campo de batalla.

Durante veintitrés años, hubo tregua entre Roma y Cartago, pero el conflicto surgió debido a la hegemonía por una colonia griega en España. Roma protegía esta región y era el único territorio en España que no estaba bajo el dominio de Cartago. Aníbal se abalanzó sobre esta colonia, Sagunto, hasta conquistarla después de ocho meses de lucha, entonces Roma se preparó para la guerra.

Así comenzó la Segunda Guerra Púnica. Roma envió su armada por mar, bajo el mando de uno de sus cónsules, para que atacara a los cartagineses en España pero tan pronto la armada desembarcó en España, recibió la orden de regresar de inmediato a Roma debido a inesperadas noticias: ¡Aníbal invadía Italia! (218 AC)



Aníbal había conducido por tierra a cincuenta mil soldados de infantería, nueve mil jinetes y una buena cantidad de elefantes, que escalaron los Pirineos por el Sur de la Galia, luego pasaron a los Alpes y llegaron hasta el valle del río Po. Les tomó quince días cruzar los Alpes, operación que redujo su ejército a la mitad de sus hombres, perdiendo gran cantidad de equipaje, muchos animales y algunos de sus elefantes.

Los cartaginenses debieron luchar en el camino, contra las salvajes tribus montañosas, galos y celtas, quienes desde lo alto de la montaña, lanzaban grandes rocas contra el ejército de Aníbal, además de emboscarlos en los pasos más angostos. Muchos animales y hombres se desbarrancaron cayendo a los precipicios, los caballos se asustaron con los gritos de los galos cuando atacaban, y los animales de carga caían de las cornisas como si fueran casas. Después de nueve días Aníbal y sus soldados alcanzaron el punto más alto de los Alpes, escalaron la cima, se abrieron paso por la cuesta sin caminos y allí descansaron, pero las tropas se atemorizaron cuando comenzó a nevar.

Aníbal se hallaba siempre tranquilo, a pesar de las desgracias, pero cuando se dio cuenta que sus hombres estaban a punto de rendirse, subió a la cima y les mostró un panorama de Italia y el rico valle del Po, luego les dijo: *«Ahora habéis no sólo cruzado Italia, sino que habéis penetrado en Roma, sólo queda una, a lo más dos batallas y seréis los amos de Roma.»*

Pero el descenso en Italia fue más difícil que la escalada, el terreno era empinado, resbaladizo y muchos hombres perecieron. Finalmente, los sobrevivientes descansaron en el valle, donde levantaron un campamento para reponer fuerzas.

Ni en el peor de los sueños los romanos pudieron imaginar que Aníbal invadiría Italia cruzando los Alpes.

Liderados por el Cónsul Escipión los romanos regresaron lo más rápido que pudieron, iban aterrorizados, con la intención de limpiar el campamento cartaginense, sin

embargo, Escipión fue herido y tuvo que ser rescatado por su hijo. Los romanos se retiraron para reunirse con nuevas fuerzas y volver al ataque pero nuevamente fueron vencidos y no les quedó otra alternativa que regresar a Roma.

Mientras tanto, Aníbal y sus tropas se quedaron descansando en el valle del Po durante el invierno. En Roma, tanto los hombres como las mujeres vivían atemorizados.

Al llegar la primavera Roma envió un ejército, bajo la conducción del Cónsul Flaminio, con la intención de derrotar a Aníbal, sin embargo, las tropas cartagineses ya se hallaban desplegadas, aprovechando la corriente primaveral, cruzaron hacia Etruria y se instalaron entre el Cónsul Flaminio y Roma. Aníbal preparó una emboscada contra los romanos. Los cartagineses y los romanos se trenzaron en una ardua lucha y Aníbal logró vencer dando muerte a Flaminio. Durante la batalla, hubo un terremoto que destruyó varios pueblos, abrió precipicios y alteró el curso de los ríos, pero los soldados luchaban tan concentrados que ni se enteraron.

Los romanos volvieron a sufrir otra derrota en Canas, muriendo setenta mil de sus ochenta mil soldados. El Cónsul vencido, regresó desesperado a Roma; si hubiera sido cartaginense hubiera muerto torturado, en cambio en Roma, el Cónsul fue recibido por miles de ciudadanos que le agradecieron su gran esfuerzo. Los romanos debían enviar tributos a Cartago: un celemín de anillos de oro. Cartago creyó que Aníbal habiendo logrado tantos éxitos estaría *nadando en oro*, de modo que no envió apoyo económico.

Entonces, dos romanos se convirtieron en los nuevos líderes: Quinto Fabio Máximo y Publio Escipión.

El Senado decidió proclamar a un Dictador y escogió a Fabio; él admitió que Aníbal era mejor general que cualquier romano, pero confiaba en el poderoso espíritu romano. Fabio evitó todo tipo de enfrentamiento con Aníbal, más bien, ordenó que su ejército lo siguiera, lo acosara, lo atacara y

se escondiera furtivamente. Los romanos dejaron de cultivar sus campos, de tal forma que Aníbal no encontró alimento para sus tropas. Fabio planeaba, lentamente, debilitar a Aníbal, sin embargo, muchos romanos lo tildaron de cobarde, lo llamaban *Cunctator* (el que pospone). Durante doce años, los romanos aguardaron, pero su espíritu luchador nunca se quebró. Aníbal permaneció durante todo este tiempo en Italia, pero nunca se enfrentó directamente a Roma, sino que poco a poco tuvo que retirar sus tropas hacia el Sur hasta que la lucha llegó a un punto muerto: Aníbal no lograba conquistar Roma y por otro lado, Roma no lograba sacar las tropas cartagineses de su territorio.

Entonces, Publio Escipión, hijo del primer Escipión que Aníbal venció, propuso atacar directamente a Cartago con acuerdo de los romanos. Escipión navegó en dirección a África, allí se unió al rey africano y marchó contra Cartago hasta vencer. Cartago envió un mensajero a Aníbal para que regresara a través de Italia, a pesar de que, en todos estos años, nunca había mandado refuerzos, esta vez los cartagineses le rogaban que regresara para ayudar. Finalmente, Aníbal regresó con su gran poderío venciendo todos los obstáculos que encontró en el camino.

Escipión se enfrentó a Aníbal en una fuerte y dura contienda en Zama, algunas millas al Sur de Cartago y, por primera vez en su vida, Aníbal conoció la derrota. Después se acordó la paz entre las partes y Escipión fue recibido como un triunfador en Roma, recibió el título de «*Africano*», y así se convirtió en el primer Comandante en recibir el nombre del pueblo conquistado.

El acuerdo de paz consideraba a Roma conquistadora de España además de todas las islas entre África e Italia, Cartago debió ceder todos sus barcos de guerra, elefantes y pagar a Roma un tributo anual de doscientos talentos (monedas). Los romanos remolcaron quinientos barcos mercantes



cartaginenses y los llevaron al puerto donde fueron quemados. Cartago quedó libre para gobernarse a sí misma, bajo una cláusula que les prohibía ir a la guerra sin la autorización de Roma.

Sin embargo, después de cincuenta años, se llevó a cabo la Tercera Guerra Púnica, en el año 143 AC, cuando los romanos descubrieron que Cartago estaba rompiendo el trato, al rearmarse para luchar contra un príncipe numidiano, amigo de Roma. Esta vez Roma envió otro ejército a África y sitió Cartago durante dos años, finalmente los romanos incendiaron la ciudad hasta reducirla a cenizas. Luego araron la tierra y profesaron solemnemente que una maldición recaería sobre todo aquél que osara reconstruir la ciudad. Así fue como Roma quedó convertida en ama y señora de todo el Mediterráneo Occidental.

¿Qué sucedió con Aníbal?

Aníbal abandonó Cartago, se estableció en el Este y pasó el resto de su vida en el exilio. Allí, varios años más tarde, Escipión el Africano se encontró con él, en la corte de un

rey del Este. Los dos se sentaron a conversar y Escipión le preguntó a Aníbal: «¿A quién consideras como el mayor general de todos los tiempos?»

Aníbal respondió: «A Alejandro».

Escipión volvió a preguntar: «¿Y el segundo?»

—«Pirro».

«¿Y el tercero?»

Aníbal respondió: «Yo mismo».

Escipión sonrió y preguntó: «¿Qué habrías respondido si me hubieras vencido a mí?»

Y Aníbal respondió: «En ese caso, habría respondido que yo soy más grande que Alejandro, Pirro y todos los Comandantes del mundo».

MARCO PORCIO CATO

234-149 AC

Marco Porcio Cato era un Senador patricio, llegó a ser Cónsul y Censor.

¿Qué significaba ser un Censor? El Censor era un oficial patricio elegido para llevar un catastro de la cantidad de habitantes, de propiedades existentes, de juzgar el comportamiento de la gente y bajar de rango a los culpables de crueldad contra algún miembro de su familia, de extravagancias, actos de deshonor o cualquier tipo de acción impropia. El Censor también podía subir los impuestos tasando según su juicio cualquier tipo de propiedad: viñedos, olivares, etc. o carruajes, joyas, e incluso esclavos. El Censor tenía casi tanto poder como el Dictador.

Después de cincuenta y dos años de la derrota de Aníbal, Cartago había crecido tanto como para convertirse en una ciudad muy próspera, pero Roma la observaba con ansiedad, incluso con recelo.

Cuando los romanos se enteraron que Cartago se preparaba para luchar contra el Rey de Numidia, sin la autorización de Roma, enviaron de inmediato una Comisión a Cartago para averiguar lo que sucedía. Marco Cato era parte de esta Comisión.

A su regreso a Roma, Marco Cato le dijo al Senado: «*Mi opinión es que Cartago debiera ser destruida de inmediato*». Y lo repitió con tanta insistencia que el Senado finalmente acordó el envío de un ejército para destruir Cartago, pero tres años después, Marco Cato falleció.

Durante su vida, Roma se había transformado en una ciudad cada vez más interesada en placeres y lujos. Esto,

Marco Cato lo observaba con desconfianza, pues su infancia la pasó en el campo y a los 17 años se integró al ejército contra Aníbal y luego se puso al mando de grandes generales romanos que lucharon en otras campañas en África, España y el Este. Marco Cato despreciaba los lujos y comodidades del Este y de Cartago, le urgía la inmediata destrucción de Cartago y le desesperaba observar entre sus compañeros romanos la satisfacción de placeres antes que el cumplimiento del deber al Estado.

En el Mediterráneo Occidental, tres partes del Imperio de Alejandro se habían convertido en tres reinos diferentes: Macedonia, Siria y Egipto. Roma se enteró que los reyes de Macedonia y Siria planeaban una conspiración para repartirse Egipto.

Como Egipto abastecía de granos a Roma, los romanos enviaron un ejército contra Macedonia y en el año 197 AC, en Tesalia, vencieron al Rey Filipo de Macedonia y liberaron de su soberanía a las ciudades griegas. El Rey sirio Antíoco, invadió Grecia con el propósito de atacar la guarnición romana que allí quedó para velar por la libertad de los griegos. Los romanos expulsaron a los sirios de Grecia, los que se refugiaron en Asia Menor. Después, en Magnesia, en el año 190 AC, vencieron a Antíoco. Todo esto sucedió durante el período de Marco Cato, pero después de su muerte, Siria se convirtió en la provincia romana de Asia.

Mientras tanto, Perseo el hijo de Filipo, amenazaba a los griegos intentando recuperar la soberanía que los romanos les habían quitado, hasta que en el año 168 AC, el Cónsul Emilio Paulo venció a Perseo. Grecia y Macedonia se convirtieron en provincias romanas.

Roma se apoderó de Grecia, pero la cultura griega se apoderó de Roma. Los romanos comenzaron a adoptar los métodos de educación griegos, se interesaron especialmente por el estudio de la filosofía y la poesía, además del arte de la oratoria, sus maestros eran esclavos griegos.

Marco Cato se rehusó a tener un esclavo griego como maestro de su hijo y prefirió personalmente enseñarle al niño gramática, leyes y ejercicios de gimnasia. Además le enseñó a lanzar dardos, cabalgar, luchar usando armadura, boxear, tolerar el calor y el frío, nadar a través de los ríos más rápidos y corrientosos. Marco Cato también escribió historias, con letras grandes, para que su hijo aprendiera, acerca de los campesinos y antecesores romanos, sin abandonar su casa. Él deseaba que los maestros griegos regresaran a Grecia y dejaran tranquilos a los niños romanos, para que así los niños permanecieran obedientes a sus leyes y gobiernos sin criticarlos.

Sin embargo, Marco Cato sí usó esclavos para trabajar en el campo, allí llevaban una vida ardua y pesada. La comida y la ropa eran limitadas y se les permitía beber vino amargo en pequeña cantidad; sólo podían recoger los olivos que caían a la tierra, podían usar una túnica y una capa que renovaban cada dos años, lo mismo con respecto a los zapatos. Marco Cato creía que el ganado viejo, las ovejas enfermas, las herramientas rotas, los esclavos viejos y enfermos y todo lo que no se usaba, debía venderse.

Durante el período de las guerras contra Aníbal Roma siempre estuvo en riesgo de ser vencida. Cada pequeño tesoro que la gente poseía se necesitaba para pagar alimentos y armaduras para los soldados, incluso se proclamó una ley que prohibía a las mujeres poseer más de una onza de oro, usar un vestido de colores, o usar un carruaje tirado por más de un caballo, a excepción de ser parte de alguna festividad religiosa. Esta ley se llamó la *Ley Oppia*.

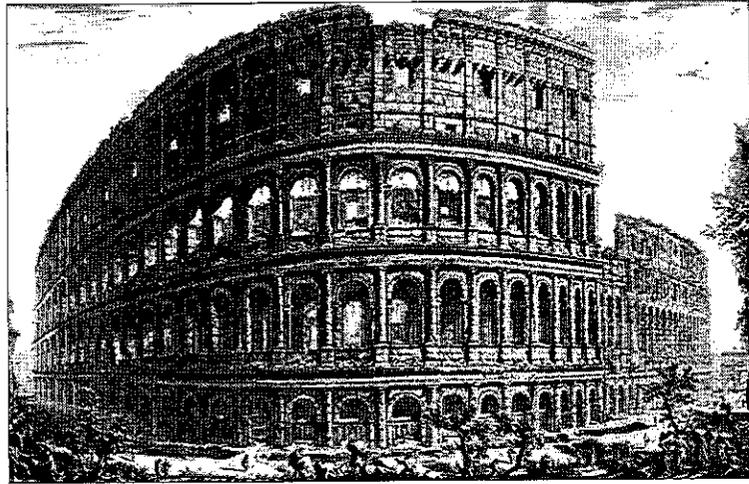
Cuando las guerras finalizaron y Roma comenzó a disfrutar de la prosperidad y el comercio con el Este, muchos creyeron que era hora de acabar con la Ley Oppia, otros en cambio, creían que la ley le ayudaba a los romanos a mantener el espíritu de sacrificio. Durante un tiempo, unos y otros, argumentaron frente a la muchedumbre reunida en el Foro.

También las mujeres lograron mezclarse entre la muchedumbre a pesar de la prohibición que establecieron los magistrados, apoyados por las mujeres casadas. De todas formas las mujeres llenaban las calles y bloquearon todas las entradas al Foro y cuando los hombres intentaban desalojarlas, se ponían a gritar que cambiaran la ley y preguntaban: «¿No es cierto, acaso, que Roma es más rica que nunca gracias a sus conquistas?». Las mujeres incluso apelaron a los pretores o jueces demandando que cambiaran la ley. Además las campesinas llegaron hasta la ciudad para unírseles y apoyar el cambio de la ley.

En ese momento Marco Cato era Cónsul, y las mujeres terminaron por enfurecerlo, él pensaba que se estaban entrometiendo en los asuntos de los hombres y decía: «*Si hoy permitimos que las mujeres se inmiscuyan en los asuntos de los hombres, mañana se convertirán en ama y señora de los hombres:*»

De todas formas, ellas hallaron apoyo en un Tribuno, que se ofreció para hablar a su nombre, ignorando la advertencia de Marco Cato. Finalmente se suprimió la ley y las mujeres recobraron nuevamente el derecho a usar ropas finas, joyas de oro y carruajes dobles.

EL CIRCO ROMANO



La palabra latina *circus* significa círculo o anillo. En la Antigua Roma el circus era un espacio para realizar juegos o torneos. En cambio, en nuestro tiempo la palabra circus se ha convertido en lo que sucede en el círculo, el espectáculo en sí mismo. La vida romana había adoptado el carácter de espectáculo que la gente apreciaba con profundo respeto. Todo lo que sucedía dentro del circus, los juegos, los torneos, los concursos, incluso las carreras eran despreciadas por los griegos, incluso los griegos que habitaban en territorios dominados por los romanos se negaron a aceptar el circus.

Los romanos que se convirtieron en gobernadores de las provincias conquistadas intentaron sacar todo el dinero que pudieron de los habitantes y luego regresaban a Roma haciendo alarde de sus riquezas. Todos los ricos vivían en pompa y gala y derrochaban dinero para entretener a los más pobres y así garantizar su voto, ya que ellos votaban por aquél que mejor los vistiera y alimentara.

Cuando los romanos conquistaron Tarento, una colonia griega en el Sur de Italia, se llevaron como esclavo a un griego educado llamado Livio Andrónico quien rápidamente aprendió latín y tradujo algunas obras de teatro griego al latín. Además los romanos le regalaron un Teatro en el Aventino y toda la muchedumbre asistió como espectador.

Posteriormente la muchedumbre se interesó por los actos de animales: leones, leopardos, panteras y elefantes, que capturaban en África y enviaban por barco a Roma. Luego los romanos los soltaban en la arena del circo para que el público gozara viéndolos luchar y matarse entre ellos. Por un tiempo también se entretuvieron con este espectáculo, pero pronto les pareció aburrido y desearon ver «más acción».

Pero después, prefirieron ver a hombres luchando y matándose entre ellos, estos hombres se llamaron Gladiadores, nombre que deriva de la palabra latina *gladius* que significa espada. Los gladiadores generalmente eran esclavos o criminales, a los que se les prometía su libertad si lograban luchar y sobrevivir en la Arena. Estos hombres verdaderamente luchaban por sus vidas, con astucia y desesperación.

Sin embargo, a la postre esto también aburrió a los espectadores, de modo que se crearon escuelas para aprender a luchar con gracia, donde se entrenaba a los gladiadores y de este grupo se escogía a aquellos que podían entrar al Arena para goce del público. Si un gladiador ganaba un combate, se paraba orgulloso al lado de su víctima y, si el gladiador había demostrado valentía y además había ejecutado movimientos graciosos, los espectadores lo demostraban subiendo el pulgar y le permitían abandonar el Arena como hombre libre. En cambio, si el espectador encontraba que había luchado sin gracia, o se había comportado temeroso, apuntaba con el pulgar hacia abajo y el ganador hallaba la muerte, en el mismo lugar donde se encontraba.

¿Qué quedaba del espíritu bendito que Numa Pompilio les había inculcado? ¿El valor de la amistad, del encuentro entre los seres humanos, del amor a los dioses, la tranquila ocupación de cultivar el propio terreno? Estas preguntas angustiaban a algunas personas, entre ellos había dos hermanos que habían nacido de una sabia madre, Cornelia, la hija de Escipión Africano.

La historia cuenta que una amiga visitó a Cornelia para mostrarle unas valiosas joyas que había adquirido recientemente. Luego la amiga le pidió que ella le mostrara sus joyas y Cornelia respondió: «*Espera un momento*». Entonces cuando sus dos hijos, Tiberio y Cayo regresaron de la escuela, Cornelia exclamó: «*¡Éstas son mis joyas!*».

Más tarde, cuando los hermanos Tiberio y Cayo Graco fueron adultos, intentaron que los romanos volvieran a sus cabales.



LOS GRACO

Tiberio Graco y su hermano menor, Cayo, eran nietos de Escipión Africano y sirvieron como Tribunos de Roma, durante distintos períodos. Los Tribunos se escogían por un año y eran considerados *personas sagradas* mientras ejercían su oficio. Cualquiera que osara atacar a un Tribuno podía ser castigado con la pena de muerte. Un Tribuno no podía alejarse de la ciudad durante su período, su puerta debía estar abierta, día y noche, para recibir al que lo necesitara. Los Tribunos que representaban a los plebeyos ganaron cada vez más poder; lograron que el Senado escribiera las leyes que dictaba y que luego las publicara en el Foro para que todos pudieran verlas y controlar si los jueces actuaban con justicia o no. Los romanos respetaban y obedecían sus leyes. Sin embargo, existían ciertos conflictos internos entre los ciudadanos y como lo que sucedió a Tiberio y Cayo, quienes eran devotos de los pobres, se debió a la furia que gobernó el corazón de los romanos.

En el año 133 AC, Tiberio fue elegido Tribuno, cuando Roma era ama y señora del mundo Mediterráneo. Grecia, Macedonia, Siria, Egipto y África se habían convertido en provincias romanas gobernadas por un Pro-Cónsul con la condición que no podían ir a la guerra sin autorización de Roma a la que debían pagar impuestos. La población de estos territorios podía hablar su propio idioma, adorar a sus propios dioses y mantener su propio comercio. Las riquezas del Este llegaron a Roma a través de los tributos y el comercio. A medida que la riqueza romana aumentaba, su espíritu comenzó a cambiar, por ejemplo: los Senadores y Cónsules

podían invertir dinero para ganar votos y también financiar espectáculos para entretener a la gente. Los esclavos de las regiones conquistadas comenzaron a servir, sin sueldo, a los ricos mercaderes y terratenientes romanos. Los hombres libres perdieron sus tierras y puestos de trabajo, debido a la aparición de los esclavos y emigraron hacia Roma en busca de riqueza. El placer, la comodidad y los lujos prevalecieron sobre el deber. Tiberio y Cayo Graco intentaron devolverle a los romanos su sentido de justicia y compasión por los pobres, los que continuaban siendo hombres libres de Italia.

Tiberio intentó rescatar una antigua ley que impedía que un propietario poseyera más de ciento veinticuatro hectáreas de tierra. Además, propuso que todos los terrenos públicos que los patricios habían expropiado, fueran devueltos al Estado y luego, divididos en partes iguales entre los más pobres. Al término de su año, Tiberio intentó ser reelegido, pero el Senado lo declaró ilegal y canceló la elección. Esto produjo grandes conflictos y en el caos, Tiberio fue asesinado.

Después de la muerte de Tiberio, su hermano regresó a Roma desde Cerdeña donde había ejercido de *cuestor* o magistrado. Cayo soñaba continuamente con Tiberio y en el año 123 AC, decidió postularse como Tribuno y fue elegido. Se había comprometido públicamente a vengar la muerte de su hermano y a completar la obra de Tiberio y buscaba, no solamente que se compartiera la tierra con los pobres, sino que intentó que bajaran el valor de los granos y que se le diera ciudadanía romana a todos los italianos libres. Los romanos más acomodados no estaban dispuestos a compartir sus tierras, ni su ciudadanía. La ciudad amaneció revolucionada el día que el Senado debía votar por la ciudadanía. Cayo que era muy valiente salió como siempre —a pesar de que su esposa le rogó que no se expusiera— y en la calle fue atacado por la turba, corrió hacia el Aventino pero fue alcanzado, muerto y decapitado.

Tuvieron que pasar unos años para que los romanos se dieran cuenta que habían asesinado a dos hombres que pudieron haberlos salvado de sus debilidades sociales. Con el tiempo los romanos mandaron a esculpir estatuas de los hermanos Graco, además levantaron altares en los lugares en que fueron asesinados y muchos iban a diario a adorar estos altares, considerando a los Graco como dioses.

MARIO Y SILA

Una de las leyes de Cayo Graco fue entregar a los pobres el grano a menor precio, pero esto trajo amargas consecuencias, pues la gente prefirió no trabajar. Además los romanos acostumbraban ofrecer su voto, sólo a quien les garantizara lo que ellos deseaban.

El Senado incrementó su poder para contrarrestar la presencia de tantos ciudadanos que se reunían en la Asamblea.

Bajo estas condiciones ¿era posible que Roma se gobernara con éxito, dejando los territorios distantes de sus dominios, completamente abandonados?

Reiteradamente Roma debió enviar ejércitos para contener sublevaciones en África, Grecia y Asia, sin embargo, los generales de estos ejércitos regresaban a casa sin pelear, debido a que el ejército enemigo los sobornaba con oro. Como el Senado Romano casi no consideró esta situación, el pueblo indignado escogió a Cayo Mario como Cónsul. Cayo Mario era un oficial joven que había servido al general Escipión Africano y logró capturar a un líder africano, alcanzando tal popularidad que, sin considerar la ley que limitaba el oficio de Cónsul durante un año, al año siguiente, el pueblo lo reeligió y otra vez al próximo año, luego por una tercera, cuarta y hasta una séptima vez.

Como Cónsul, Cayo Mario se convirtió en Comandante en Jefe del ejército y así, por primera vez Roma fue gobernada por el poder militar y no por votación popular. El ejército también se vio expuesto a cambios debido a que ahora Roma combatía lejos de sus costas y por otra parte contaba con menos campesinos y más hombres libres que trabajaban sus

propias tierras. Los hombres de la ciudad no se comprometían con la defensa de Roma, ya que no significaba defender el territorio que habitaban. De modo que Cayo Mario debió entrenar un ejército pagado y sus soldados fueron conocidos con el apodo «*mulas de Mario*». La infantería debía portar su propio equipo y preparar su propio alimento, además los soldados llegaban contratados desde todo el mundo Romano. Era como si Cartago hubiese ganado el poder, como si su espíritu hubiera triunfado sobre el espíritu romano, ahora que su oro había enriquecido a Roma.

Con su ejército, Cayo Mario salvó a Roma del peligro de una nueva invasión desde el Norte y derrotó a dos tribus bárbaras que avanzaban por Italia. La derrota sobre los teutones y los cimbrios fue una gran victoria para Cayo Mario, recibiendo como recompensa un quinto consulado, lo que le permitió entrar triunfante en Roma.

Cayo Mario había sido un soldado valiente y sencillo, pero con el triunfo cambió y comenzó a ambicionar, cada vez más el poder para sí mismo, por sobre el bien de Roma.

Después de sus victorias, Cayo Mario debió actuar como Cónsul y no más como Comandante en Jefe del ejército. En el año de su sexto consulado, los romanos se hallaban cada vez más, a punta de espada entre el Senado y el pueblo. En las calles había disturbios y derramamiento de sangre, Cayo Mario no podía detener el caos, ni era tan sabio como había sido Numa Pompilio. La gente anhelaba un verdadero líder que pusiera fin a las injusticias, así que culparon a Cayo Mario y, a pesar de haber sido venerado como a un dios, en su sexto consulado debió abandonar Roma y refugiarse en Asia.

En ese tiempo, las leyes romanas protegían al ciudadano romano en cualquier parte del mundo, no importando dónde se hallara. Los italianos aspiraban a la ciudadanía, pero los romanos se la negaban. En el año 91 AC, un tal Marco Draco intentó promulgar una ley garantizando la ciudadanía, pero

fue asesinado al igual que los hermanos Graco. Los italianos establecieron un poder paralelo a Roma con lo que se desencadenó una guerra que duró dos años. Entonces Mario regresó y luchó por Roma, sin embargo, ahora fue opacado por un nuevo y joven oficial, Lucio Cornelio Sila, quien obtuvo más victorias que Mario, provocándole una gran envidia y un odio mutuo. Los nobles escogieron a Sila como Cónsul.

Roma ganó la guerra contra Italia, no sólo por su poderío bélico, sino porque garantizó la ciudadanía a sus enemigos, a condición que depusieran sus armas en el plazo de sesenta días. Esto se debió a que los romanos comprendieron que necesitaban la lealtad de los italianos. Cayo Mario, quien persistía en obtener el poder para sí mismo, encontró otro oponente, ya que Sila también ambicionaba el poder total. Un rey de Oriente llamado Mitrídates, apareció desde Asia en dirección a Occidente, amenazando a las provincias romanas. En el año 88 AC, Cayo Mario y Sila, ambos generales, se disputaron el liderazgo del ejército para luchar contra Mitrídates. El Senado, conformado por los hombres más ricos, escogió a Sila, en cambio, la Asamblea del pueblo romano, escogió a Cayo Mario. ¿Cuál de los dos debía asumir?

Sila ya había encabezado un gran ejército, mientras Cayo Mario se encontraba en Asia, así que marchó a Roma para imponer la respuesta por la fuerza. En Roma nunca antes había sucedido algo así y ahora quedaba claro que Roma no era gobernada por el Senado o el pueblo, sino que por el comandante del ejército.

De modo que Sila salió hacia el Este y Cayo Mario fue desterrado de Roma, pero, como ningún barco estuvo dispuesto a sacarlo, su única opción fue esconderse en Italia. Como ningún romano estuvo dispuesto a cargar el peso de la muerte de Cayo Mario, debieron contratar a un esclavo galo. El esclavo encontró a Cayo Mario escondido en una oscura choza de un pequeño pueblo italiano. Cuando se acercó,

el esclavo se sorprendió con su mirada que parecía despedir dardos en llamas, y escuchó que una voz fuerte le decía: «*Hombre, ¿te atreverás a dar muerte a Cayo Mario?*» El galo salió huyendo de la cabaña y Cayo Mario escapó al territorio donde una vez existió Cartago, pero los gobernadores africanos también se negaron a acogerlo.

Entonces, en Roma comenzaron nuevas reyertas entre los nobles y el pueblo y Cayo Mario regresó del lado del pueblo. Lleno de venganza, condujo sus tropas no sólo contra hombres armados, sino que asesinó a sangre fría a todos los que pensó que se oponían o se habían opuesto a él. Luego Cayo Mario, ahora con setenta años, se proclamó a sí mismo Cónsul y comenzó su séptimo consulado.

Sila, por su parte, regresó victorioso de su lucha contra Mitrídates, Cayo Mario sabía que esto significaba otra lucha y su posible extradición, de modo que sufrió un estado de ansiedad e insomnio y, al enterarse que Sila se aproximaba, enfermó y murió el día décimo séptimo de su séptimo consulado. Esto fue en el año 86 AC.

Sila había estado ausente de Roma durante tres años. Durante ese tiempo, obligó a Mitrídates (quién se llamaba a sí mismo Rey de Reyes), a regresar a su propio reino. Además castigó a todas las ciudades, incluida Atenas, que habían recibido y aceptado el poder de Mitrídates. En los pasados tres años, Sila y su ejército habían dado muerte a ciento sesenta mil seres humanos.

Los historiadores describen los ojos azules de Sila, de un azul puro y penetrante, pero con una expresión siniestra y tenebrosa, de contextura especialmente gruesa y su cara marcada de granos y manchas. Los griegos lo comparaban con un plato de comida sazonado con moras. Sus modales eran altivos y toscos y parecía estar siempre enojado. No existe registro de un acto amable o generoso de su parte. Los romanos nobles que lo escogieron como líder y que reconocieron su

poder, tampoco tenían preferencia por su persona. Y él a su vez, nunca se mostraba contento con nadie, no creía que los hombres merecieran respeto alguno; sin embargo, Sila amaba el placer, las fiestas y la bebida, y se rodeó de bailarines y bufones que sabían mofarse de los demás.

En el año 83 AC, Sila había zarpado de Macedonia, cruzando la costa Este de Italia, para dirigir su marcha a Roma. Sin embargo, el 6 de Julio, mientras Sila marchaba, hubo una catástrofe repentina en Roma. El fuego destruyó el Capitolio, las llamas devoraron los lugares santos de Roma y los Libros Sibilinos. Nadie supo el origen del fuego. Esta destrucción de los Templos y Oráculos parecieron ser signos de grandes cambios en el destino de Roma y marcaron el verdadero fin de la República.

Sila regresó triunfante a Roma, pero el nuevo Cónsul, un plebeyo que ocupaba el lugar de Mario, se opuso a su regreso y mandó un ejército para impedir su ingreso. Sila no se dejó abatir, luchó por su regreso y entró en la ciudad como su dueño. Su primera acción fue promulgar una orden para asesinar a quienes se le opusieran y así comenzaron las páginas más sangrientas de la historia romana, que se conocen como *«El Reinado del Terror»*.

Los romanos no sólo asesinaron a aquéllos que se opusieron a Sila, sino que muchos miles más, ya que los soldados, bajo las órdenes de Sila, asesinaban a la gente en las calles, en sus casas, en el Foro y en los campos. Asesinaban a los hombres mientras se dirigían a trabajar, a las mujeres mientras cuidaban a sus hijos, incluso a bebés en los brazos de sus madres. En las calles la gente ignoraba si se encontraba a salvo o en peligro.

Entonces, se alzó la pregunta sobre Sila en el Senado: *«¿Con quién compartiremos la alegría por nuestros triunfos si la sangre corre, tanto en nuestras ciudades como en los campos de batalla?»*

Otra solicitud era: *«No castiguen a los inocentes, pero asegúrense de los culpables.»*

Sin embargo, Sila respondió fríamente: *«Todavía no he decidido a quién debemos castigar.»*

La gente respondió: *«Entonces adviértenos a quién vas a castigar.»*

A partir de entonces comenzaron a apostarse las listas de los que serían ejecutados, para que todos las leyeran. Cada día Sila recordaba más y más nombres para agregar a las listas. Algunos servidores favoritos de Sila se enriquecieron sugiriendo nombres de sospechosos que querían deshacerse de él y también se agregaron a las listas. Después, Sila se puso en contra de los hombres más ricos, que al principio lo habían escogido como Cónsul, y los mandó a matar para apropiarse de sus granjas y palacios.

La matanza de romanos comenzó el primero de diciembre del año 82 AC y continuó durante seis meses hasta el primero de junio. Pero no sólo afectó a Roma, sino que se extendió a lo largo de las grandes ciudades de Italia, donde perecieron muchas tribus nativas, desaparecieron sus lenguas y sus costumbres. Así por ejemplo, desapareció la civilización de Etruria, permaneciendo olvidada por dos mil años hasta ser redescubierta en nuestros tiempos en las excavaciones de ese territorio.

Los soldados persiguieron a los familiares de Cayo Mario, después que su cuerpo fue sacado del sepulcro y lanzado al río. Este crimen sorprendió y ofendió al pueblo, quiénes creían que el fantasma de Mario vagaba por el lugar asustando a los campesinos para advertirles las calamidades. Entonces, un soldado de Sila decapitó a un familiar de Mario, llamado Mario Gratidiano y llevó la cabeza para ponerla en la mesa del banquete de Sila.

Un sobrino de la esposa de Mario, de dieciocho años, se casó con Cornelia, la hija de Cinna, uno de los enemigos de

Sila. Él ordenó que el joven esposo se separara de su esposa, pero éste rehusó y huyó a las montañas Sabinas. Entonces Sila envió a sus hombres para que lo mataran, pero al joven no le había llegado aún el momento de morir y sus caballeros junto a las sacerdotisas vestales, fueron a rogarle a Sila que le perdonara la vida. Incluso uno de sus seguidores más fieles habló a favor del joven esposo. Finalmente Sila aceptó diciendo: *«lo perdono, pero sabed que en ese desvergonzado vive más de un Mario.»* De ese modo el joven escapó con vida, su nombre era Julio César.

Finalmente terminó *El Reinado del Terror*. Sila forzó al pueblo para que lo hiciera Dictador y después intentó cambiar la forma de gobernar para destruir lo que quedaba de la República, de modo que gobernó por decreto. Los Cónsules aún podían ser electos, pero debían obedecer al Dictador. Los Tribunos, si eran electos, no podían ejercer otro oficio mayor, por ejemplo: no podían votar ni sugerir leyes al Senado. Doscientos Senadores habían sido asesinados en la proscripción y reemplazados por trescientos soldados que habían luchado junto a Sila. Cualquier nuevo Senador debía ser hijo de estos hombres, era una sucesión hereditaria. Sila confirió la ciudadanía a diez mil esclavos para aumentar la cantidad de seguidores.

En el año 79 AC, Sila ya viejo, se retiró creyendo que nadie había sido más favorecido por los dioses que él, así es que se hizo denominar *«Sila el Afortunado»*, se retiró a una villa en Cumas y celebró su retiro, utilizando un décimo de sus riquezas para celebrar una gran fiesta con su gente. Después, mucha de la comida que sobró fue lanzada al río. En la villa regresó a la vida de placeres, rodeado de entretenimientos: festejaba, bebía, leía literatura griega y dictaba las memorias de su vida. Escribió que en su juventud se había profetizado que moriría después de una larga y dichosa vida, en el momento culmine de prosperidad.

Un día, Sila contó que en un sueño, se le apareció su hijo muerto y le rogó que descansara de sus problemas y fuera a acompañarlo en eterna paz y tranquilidad. Murió en el año 78 AC, a la edad de sesenta años, tuvo un funeral magnífico y fue enterrado en el Campo de Marte, del Dios de la Guerra.

Esta fue la inscripción en su tumba:

*Ningún amigo jamás le brindó amabilidad;
Ningún enemigo jamás le hizo el mal,
Sin haber recibido una generosa reparación.*

EL PRIMER TRIUNVIRATO

Después de la muerte de Sila, tres hombres se alzaron para gobernar Roma: Pompeyo, Craso y Julio César. Ellos firmaron un acuerdo para compartir el gobierno de Roma y sus provincias, de modo que en vez de dos Cónsules, ahora un Triunvirato ejercía la autoridad en los asuntos romanos.

Pompeyo gozaba de fama como General gracias a sus victorias sobre los seguidores de Mario en África y Sicilia. Mientras Roma estaba preocupada de sus guerras civiles, los piratas habían ganado el control de los mares, saqueando los barcos mercantes. Los barcos piratas tenían mástiles dorados, banderas moradas y remos recubiertos de plata. Pompeyo tuvo la misión de limpiar los mares de piratas, lo que logró en cincuenta días contando con quinientos barcos a sus órdenes, que capturaron cuatrocientos barcos piratas y destruyeron trece sin perder ningún barco romano.

Nuevamente Mitrídates se tornó poderoso y Pompeyo fue enviado para luchar en su contra con toda la autoridad, al igual que un rey. Pompeyo derrotó a Mitrídates y estableció el mundo romano desde el Eufrates y el Mar Rojo, hasta el Océano Atlántico. Luego debió hacerse cargo de una sublevación en España y se transformó en gobernador español.

En cambio Craso era uno de los hombres más ricos de Roma, pero se decía que había logrado forjar su fortuna en base a la desgracia de otros. Cuando Espartaco, un líder tracio vendido como esclavo, lideró la sublevación de los gladiadores, fue Licinio Craso quien comandó a los romanos para derrotar a los rebeldes. Craso mató y crucificó a Espartaco y a seis mil de sus seguidores. Como miembro del

triunvirato, Craso fue enviado a Asia Menor para gobernar las provincias al Este de Roma.

Julio César admiraba a Mario, tenía gran simpatía por el pueblo y a menudo hablaba a favor de la gente para así obtener votos, y para que disminuyera el poder del Senado. Tal vez, ésta fue la razón de que Julio César fuera enviado a la Galia con el título de Pro Cónsul durante un periodo de nueve años, en que conquistó prácticamente toda la Galia.

Cuando Craso fue asesinado en el Este, Pompeyo y su ejército se encontraban en Roma, mientras que Julio César y su ejército en la Galia. Pompeyo sentía mucha antipatía por Julio César a pesar de que Julia, su esposa, era hija de Julio César. De modo que cuando Julia murió, Pompeyo aprovechó para levantar enemigos en contra de Julio César en Roma, ya que en la lucha del pueblo contra el Senado, Pompeyo se hallaba de parte del Senado.

JULIO CÉSAR

100-44 AC



Julio César provenía de una familia noble, era descendiente de Eneas, es decir de la diosa Venus.

Se lo describe alto y buen mozo, de mirada alegre. Le gustaba vestirse bien, siempre llevaba su cara afeitada. Como era calvo, le gustaba peinarse con su cabellera negra hacia delante para cubrir su calvicie. También gozaba con las joyas y la buena comida. Le gustaba despilfarrar el dinero y acostumbra a pedir prestado a sus amigos cuando se le acababa el propio. También le vendía títulos a nobles extranjeros a cambio de oro, para pagar las extravagantes diversiones en el circo. Además cobraba altas sumas por la venta de algunos esclavos (sólo si éstos eran apuestos).

César era un gran orador, había estudiado con maestros griegos y era un gran General. Escribió sus propias memorias sobre las campañas en la Galia y en otros lugares, legándonos

una clara descripción de la historia romana. Era gran maestro en el uso de todas las armas, además de diestro jinete. Era inagotable y siempre iba a la cabeza de sus tropas, la mayoría de las veces a pie. Su cabeza siempre iba descubierta, sin importar el clima. A menudo, César se disfrazaba para adentrarse solo en territorio enemigo y así anticipar sus planes de ataque. Nunca dejaba que el enemigo recuperara fuerzas, sino que siempre lo expulsaba de su territorio después de la derrota. Cuando una victoria parecía dudosa, César aceptaba que les quitaran los caballos a sus oficiales para que no cayeran en la tentación de escapar fugazmente. Julio César cabalgaba en un caballo especial, que él mismo había domado, se dice que sus patas parecían las de un hombre, porque sus pezuñas se dividían al igual que los dedos. Los adivinos decían que *«aquél que posea este caballo se convertirá en dueño del mundo»*. Pero César no prestaba atención a las profecías ni a los augurios, buenos o malos, a lo que respondía: *«yo escojo mis propios augurios»*.

Julio César nunca valoraba a un soldado por ser rico o de familia noble, sino que sólo por su fuerza. Se dirigía a sus soldados sólo como *«compañeros soldados»*. Amaba tanto a sus tropas, que cuando alguna sufría una derrota, no se rasuraba ni se cortaba su cabello hasta no haberse vengado. De modo que sus soldados lo amaban y eran tan valientes que, muchas veces aunque eran superados numéricamente, de todas formas eran capaces de vencer a sus adversarios. Una vez, uno de los guardias de César, se mantuvo alerta hasta que la batalla hubo finalizado, para entonces había perdido un ojo, le habían atravesado la cota en el hombro y su escudo había sido despedazado en ciento veinte partes.

César siempre trataba a sus amigos con afecto y amabilidad. En un viaje por el bosque, uno de sus soldados enfermó y César lo dejó guarecerse en la única carpa para que durmiera esa noche, mientras él lo hizo a la intemperie. Cuando se

enfrentaba a otro, César siempre estaba dispuesto a perdonar o a superar las diferencias entre ellos. Un hombre que había escrito muchos insultos en contra de César le rogó que lo perdonara, a lo que César respondió con una invitación a cenar esa misma noche.

Por otra parte, César no dudaba en asistir a los sangrientos combates a muerte entre gladiadores mientras la gente aplaudía.

Desde la muerte de Sila, al cumplir César dieciocho años anhelaba como líder del partido popular, devolver la grandeza y el honor a Roma, sin presión de las armas. Como Pro Cónsul de Roma en la Galia, al mando de muchas tropas, Julio César ofreció disolver su ejército y regresar a Roma para ganar un consulado a través de elecciones, si Pompeyo estaba de acuerdo. Luego, César se dio cuenta que no podría conquistar nada para Roma, si no era a la cabeza del ejército que luchara incondicionalmente para él. Esto sucedió cuando cumplió cuarenta años.

Cuando el Senado ordenó a César disolver su ejército o ser declarado enemigo de Roma, reunió a su ejército y pidió a sus soldados respaldo en contra del Senado. Los soldados cerraron filas y César se dirigió hacia Italia.

El río Rubicón marcaba el límite entre Italia y esa parte de la Galia, que según la ley no podía ser cruzada por nadie al mando de un ejército.

César se detuvo pensativo ante el Rubicón y exclamó: *«Estamos a tiempo para dar media vuelta, pero una vez que atravesemos este pequeño puente, la respuesta tendrá que definirse por las armas».*

Mientras César dudaba, se apareció un ser de maravilloso aspecto y belleza, que se sentó sobre una roca a tocar la flauta (un caramillo). Los soldados se acercaron para escuchar, entre ellos había algunos trompetistas. Entonces el flautista le arrebató a uno la trompeta, emitiendo un potente

llamado a la guerra y los soldados cruzaron hacia la otra ribera. César exclamó: *«Tomemos el rumbo que nos señalan los dioses. ¡El destino está sellado!»*

Entonces César al mando de sus legiones, cruzó el puente para comenzar una ágil marcha hacia Roma, ultrajando las ciudades sin compasión, ante el temor de la gente que aún no lograba olvidar a Sila.

Pompeyo, a quién el Senado había proclamado Cónsul, abandonó Roma antes que César llegara y se dirigió velozmente hacia el Este, con el plan de reforzar allí sus filas, liberarse de Roma y ganar poder en la mayoría de los territorios romanos.

César entró a Roma y tomó posesión de ella. La pregunta que preocupaba al pueblo era: *«¿Cómo va a tratar a sus enemigos?»*



Al enterarse Julio César que uno de sus mejores amigos se había ido junto a Pompeyo, ordenó que se le enviara su dinero y posesiones. Luego Julio César tomó en sus manos el gobierno y se convirtió en Dictador. Convocó a mucha gente que había huido junto a Sila, proclamó algunas nuevas leyes que alejaron la injusticia, de tal forma que con el pasar de los días, los romanos comenzaron a respirar tranquilos, ya que nadie perdió la vida ni sufrió agresiones.

Mientras tanto, Pompeyo tomó control del territorio del Este, el que proveía de trigo a Italia. César se dio cuenta que no podría abastecer de alimento a Italia, mientras el Este estuviera en manos de Pompeyo.

El próximo campo de batalla para los romanos se situó a lo largo del Mediterráneo, por un lado Pompeyo para conservar su propio poder y por el otro, César. Pero ¿Qué buscaba César con este enfrentamiento? ¿Buscaba establecer el amor del pueblo romano por sus leyes, por la autonomía y el servicio desinteresado? Grecia, Egipto, África y España se convertirían en los campos de batalla para César.

César persiguió a Pompeyo por Grecia y lo enfrentó dos veces hasta vencerlo. A pesar de que la victoria fue para Pompeyo en el primer enfrentamiento, él no llegó a concluirla y permitió que César escapara. En la próxima batalla Pompeyo fue vencido y debió escapar a Egipto. Pompeyo fracasó principalmente, porque sus soldados eran del Este, vivían lejos de Roma y sus oficiales, a pesar del respeto que le rendían, no eran leales a Roma ni entre ellos mismos. Se dice que durante la segunda batalla, César apuntó a un joven soldado de las filas de Pompeyo y dio órdenes a sus propios hombres de cuidar la vida de ese joven. Cuando alcanzaron la victoria, este joven, entre otros, fue perdonado y tuvo buen trato, luego obtuvo un puesto en el gobierno romano y fue considerado como si hubiera sido hijo del mismo César, su nombre era Marcos Bruto.

Después que Pompeyo dejó Grecia, César entró en su campamento y encontró las mesas puestas para la celebración de la victoria junto con todas las cartas de ciertos hombres que pretendiendo ser sus amigos, le habían escrito a Pompeyo para revelar sus planes. César ni siquiera se detuvo a leer el remitente, sino que las arrojó al fuego.

Pompeyo huyó a Alejandría, gobernada en ese momento por un Ptolomeo, un descendiente de Ptolomeo, primo de Alejandro. Este soberano era aún un niño. Sus adversarios temieron por un lado, que César se molestara si daban refugio a Pompeyo, y por otro, que Pompeyo se disgustara, si le negaban refugio. Pero César persiguió a Pompeyo hasta Egipto y allí fue recibido con un regalo: la cabeza de Pompeyo. César se horrorizó y se alejó llorando.

Luego, César escribió una carta a sus amigos en Roma acerca de este triste suceso, diciendo: «*Mi mayor y único placer en el triunfo es salvar la vida de los que han luchado contra mí*»

Habiendo puesto a Cleopatra en el trono y sacado a su hermano menor, César abandonó Egipto y se dirigió a Asia Menor para luchar contra el hijo de Mitrídates. Allí resumió su triunfo con tres palabras: «*Veni, vidi, vinci*» (*vine, vi y conquisté*).

Después César se dirigió a África para luchar contra varios seguidores de Pompeyo y a España para enfrentar a los hijos de Pompeyo y subyugarlos. Ahora que todo el mundo romano se encontraba libre de peligro, disturbios o revueltas, César regresó a Roma en el año 45 AC como un gran conquistador y fue proclamado Dictador vitalicio. Nadie pudo prever que sería por poco tiempo.

¿Cómo gobernó? César perdonó a sus enemigos, no favoreció a ningún amigo, e incrementó la cantidad de Senadores. Proclamó nuevas leyes en relación a la distribución del trigo, además de nuevas leyes para los deudores. Fomentó la fundación de colonias y confirió la ciudadanía romana a

gente de algunas provincias conquistadas en las afueras de Italia. También reformó el calendario, definiendo el número de días para cada mes del año, del mismo modo como nosotros lo usamos actualmente.

¿Qué planes tenía Julio César? Planeaba y anhelaba mejorar el puerto de Ostia, edificar bellas construcciones en Roma, recopilar una gran biblioteca con libros griegos y romanos, reunir todas las leyes romanas en un solo Libro de la Ley, construir caminos y canales en las provincias y drenar los pantanos para convertirlos en territorios cultivables. Estaba determinado a usar las riquezas que había traído de sus conquistas en beneficio de Roma.

Julio César fue honrado como nadie lo había sido antes. Los nobles le ofrecieron el título de Rey pero él rehusó contestando: «*Mi nombre es César y no Rey*», ganándose el respeto del pueblo. Su persona fue declarada *sagrada* y desde ese momento abandonó a sus guardaespaldas y salió acompañado sólo por amigos desarmados. Así se ganó el apodo de *Padre de su País* y recibió un trono de marfil y oro. Se confeccionaron estatuas de César para adornar los templos, como si se tratara de un dios. En su honor cambió el mes de Quintilus por Julio y a lo largo del año se celebraron sus días de victorias, con juegos y sacrificios, como días festivos. Se estableció un día especial de oración, cada cinco años, en el que los sacerdotes y las sacerdotisas vestales debían rendir oraciones públicas por su seguridad.

Muchos hombres habrían perdido la cabeza en una situación como ésta y habrían aceptado la corona de Rey, convirtiéndose en tiranos obcecados y aprovechadores. En cambio César permaneció incólume, amable y gracioso con todos. Antes que terminara el año los romanos lo respetaban más que a cualquiera de los soberanos anteriores.

Sin embargo, había otros hombres que desconfiaban en él y creían que terminaría usando su poder algún día. Tal vez lo envidiaban y por alguna razón estaban en su contra y lo

ocultaban. Los líderes de este grupo eran dos hombres que César había perdonado después de la derrota de Pompeyo. Uno se llamaba Casio y el otro Bruto, Marcos Bruto. Ellos fueron los responsables de entregarle el título de Rey esperando que así el pueblo reaccionaría en su contra.

El 15 de Febrero era el día de Lupercalia, se celebraba en honor de Lupercal, el dios de la naturaleza y patrono de la agricultura. Durante los ritos y fiestas, Julio César debía sentarse en su trono de marfil y oro. Entonces se le acercó un hombre y sacó de entre su túnica una corona para ofrecérsela a César en nombre del pueblo. Todas las miradas estaban fijadas en él, se escucharon algunos aplausos y luego sobrevino un profundo silencio. César levantó sus manos y lanzó la corona lejos. Nuevamente el hombre se la ofreció pero César volvió a rehusarla diciendo: «*Yo no soy Rey, el único Rey de los romanos es Júpiter*.» Luego César ordenó que llevaran la corona al templo de Júpiter, en la Colina del Capitolio, para que fuera puesta donde correspondía.

El grupo que conspiraba contra César iba en aumento, setenta u ochenta hombres, muchos de los cuales eran altos oficiales a quienes César había honrado y favorecido. Marcos Bruto era el jefe de esta conspiración, quién proclamaba ser descendiente de Bruto, uno de los primeros Cónsules de Roma. Marcos Bruto había aceptado todos los honores que César le había ofrecido, disfrutaba de la gloria que sentía en su presencia y su ansia de poder aumentó al ser escogido como jefe de la conspiración.

El catorce de Marzo, Julio César se encontraba cenando con amigos y hablaban sobre la muerte. Uno de ellos preguntó: «¿*Cuál es el mejor modo de morir?*» César respondió: «*La mejor muerte es aquella repentina e inesperada. Es mejor morir de una vez que vivir con temor a la muerte.*»

Esa noche la esposa de César tuvo pesadillas y tanto fue su temor que al día siguiente, el 15 de Marzo, le rogó a César

que se quedara en casa y no fuera al Senado. Este 15 de Marzo, *idus de Marzo*, o mitad de mes, era el día que le habían augurado que algo le sucedería. Un día, mientras caminaba en la calle había escuchado este presagio entre la multitud, «*Cuidado con el idus de Marzo!*» Su esposa se lo recordó, pero César no acostumbraba a actuar por presagios y salió sin temor.

En el camino se le acercaron como siempre varias personas para hacerle peticiones y darle a conocer sus problemas. Uno de estos hombres, un griego amigo de César le pasó una nota pidiéndole que la leyera lo antes posible. En ella el griego le advertía de ciertas intrigas, pues la noche anterior había cenado con los conspiradores. César no pudo leerla debido a la presión de la multitud, sin embargo la retuvo en su mano.

Mientras César entraba en el edificio del Senado, todos los Senadores se ponían de pie para recibirlo. Su silla estaba ubicada debajo del pedestal de una estatua de Pompeyo, adonde lo condujeron sus conspiradores. Tan pronto César se sentó, se le acercó un hombre y comenzó a alegar por su hermano que se encontraba exiliado, para que fuera llamado y perdonado. César contestó que no podía considerar su petición en ese momento. Entonces el hombre agarró firme la túnica morada de César y gritó: «*Amigos ¿Qué esperáis?*». Esta era la señal para actuar. Más de doce hombres esgrimiendo sus dagas se abalanzaron sobre César y aunque trató de defenderse, fue rodeado y apuñalado a mansalva. Cuando logró agarrar la mano del primero que lo apuñaló, rápidamente vino otro y le enterró la daga en el corazón. Casio le enterró la daga en la cara y un cuarto directamente en el muslo, entonces César reconoció a quién se la enterraba, era Bruto el mismo a quien él había liberado. Luego lo miró y le dijo: «*Eres Tú, Bruto*» y no intentó defenderse. Se tapó la cara con su túnica y cayó sangrante y moribundo. Pero tampoco ahí

los asesinos se detuvieron, sino que continuaron hasta que su cuerpo recibió veintitrés estocadas. Su sangre bañó el pedestal de la estatua de Pompeyo.

Después del horrible asesinato, los Senadores arrancaron del edificio abandonando el cuerpo de César caído. Hasta allí entró la multitud confundida con la muerte de César. Ante la muchedumbre, Bruto comenzó a proclamar que otro Tarquino había sido derrotado por otro Bruto, pero al pueblo furioso, no le agradó la analogía. La gente corrió por la ciudad e incendió las casas de los asesinos, quienes debieron huir de Roma.

Entonces, la gente levantó una enorme pira funeraria en el Foro, frente al palacio de los antiguos reyes romanos. Pusieron el cuerpo de César sobre la pira y, durante la noche hizo guardia a su alrededor. Marco Antonio, uno de los amigos de César, leyó su testamento. Allí se decía que sus jardines quedaban para la ciudad de Roma para uso de la gente. Julio César legó a cada ciudadano un monto de su fortuna y nombró heredero a su sobrino Cayo Julio César Octaviano, más conocido como Octavio.

Pronto César fue considerado un dios. Durante las primeras celebraciones en su nombre, apareció un cometa en el cielo que fue visto durante siete noches seguidas. Se creyó que se trataba del alma de Julio César.

*Tú, nos convertiste en una gran nación
Padre del País. Con tu dócil mano,
Domesticaste al salvaje, lo derrotaste,
Pero le regalaste leyes para su beneficio
Del territorio diseminado,
Construiste una sola ciudad.*

Rutilius Namatiannus

CÉSAR AUGUSTO

63 AC-14 DC



En Illiria, ubicada en el Mar Adriático, un niño de dieciocho años estudiaba con su maestro griego. Era un niño muy especial porque era sobrino-nieto e hijo adoptivo de Julio César. Se llamaba Octavio.

Un día recibió una carta de su madre rogándole que huiera al Este lo más rápido posible, para escapar de los peligrosos asesinos de su tío. Esta fue la primera noticia que recibía del asesinato.

Octavio respondió a su madre diciendo que iría de inmediato a Roma, porque sabía que Julio César lo había nombrado sucesor y heredero de su fortuna. También sabía que el amigo de César, Marco Antonio, se había apoderado de sus riquezas y no estaba dispuesto a devolverlas. Marco Antonio también había sido proclamado Cónsul y no podía ser cuestionado ni criticado fácilmente. Marco Antonio fue afectuoso con Octavio, pero sin cederle riqueza ni poder.

Entonces Octavio intuyó, al igual que Julio César, que no llegaría a ninguna parte sin un ejército que lo apoyara. La mayoría de los soldados de César respondieron a su llamado e incluso se le unieron dos Legiones de las tropas de Marco Antonio. Al cumplir veintiún años y contando con el apoyo de sus soldados, Octavio forzó a varios para que votaran por él para convertirse en Cónsul. Luego hizo un pacto con Marco Antonio y Lepido (otro líder poderoso). De modo que el pueblo votó por el segundo triunvirato.

Todos los enemigos del triunvirato fueron asesinados al estilo de Sila. Entre ellos estaba Cicerón, conocido en Roma por sus grandes dotes de orador y escritor. Cicerón era uno de los que quería preservar la antigua república pero los soldados de Marco Antonio lo asesinaron. Bruto y Casio, también apoyaban la República, pero habían huido a Filipos en Macedonia, dónde reunieron un poderoso ejército. Ahora Octavio se había unido a Marco Antonio y ambos encabezando a sus hombres, se dirigieron a Macedonia para vengar la muerte de César. En Filipos se desarrolló una tremenda batalla en la que Bruto y Casio fueron derrotados, tras lo cual ambos se quitaron la vida. Casio se suicidó con la misma daga con que había dado muerte a Julio César.

Luego Octavio y Marco Antonio acusaron a Lepido de conspirar en su contra junto a Sexto, hijo de Pompeyo. De modo que marginaron a Lepido del triunvirato y resolvieron que Marco Antonio gobernaría en el Este y Octavio en el Oeste.

El 34 AC. Marco Antonio se estableció en Alejandría, cautivado por la Reina Cleopatra. Allí llevaba una vida de lujos y placeres en todo sentido. Cuando Octavio se enteró que planeaba convertir a Alejandría en la capital del Imperio Romano, se embarcó en una flota de pequeños y veloces barcos para desafiar la armada de guerra de Marco Antonio en la Batalla Naval de Actium. La Armada constituida de

magníficas galeras de madera no pudo defenderse, se rindió, Marco Antonio huyó y finalmente se suicidó. También la Reina Cleopatra se suicidó poco después.

La larga lucha entre el Este y el Oeste que comenzó con la Batalla de Maratón en el 490 AC finalizó en Actium en el año 31 AC. César Octaviano, quien gobernaba el Oeste, se transformó en el soberano de Occidente y Oriente. Tenía 31 años.

Octavio el soberano de cada milímetro del territorio romano, recibió el título de «Augusto», que significa el honorable. Augusto se hizo llamar *Emperador* (Comandante) y no asumió que tenía un título aún más alto, pero ese título llegó a significar mucho más que comandante de soldados. Emperador significa soberano de más de un país.

Cuando Augusto regresó a Roma, después de la batalla de Actium, permitió que los Senadores creyeran que ellos gobernaban. La realidad era que cada vez más todos los asuntos de Roma y los territorios bajo sus dominios recayeron sobre César Augusto. Sin embargo, asumió todo de un modo pacífico. Por primera vez en doscientos años se cerraron las puertas del Templo de Jano y las riquezas de Roma aumentaron como nunca antes. A pesar de que Augusto era un hombre de gustos simples, el público romano se entregó a una vida de excesos y placeres que el dinero puede comprar.

Ahora, «*todos los caminos conducen a Roma*», se ampliaron hasta lugares mucho más remotos que las ciudades italianas. Después de establecer los límites del Imperio, Augusto no siguió conquistando territorios. Se trataba de límites naturales: en el Norte, los ríos Rin y Danubio; en el Este, el Eufrates; en el Oeste, el Océano Atlántico; en el Sur, el gran desierto africano. Augusto creía que el Imperio era tan grande como debía ser, para que él pudiera gobernarlo bien. Sus fronteras, establecidas para conservar la paz, duraron durante toda su vida como Emperador (31 AC-14 DC, un total de 44 años).

Las Legiones romanas protegían las fronteras, se trataba de soldados extranjeros que recibían la ciudadanía romana a cambio de sus servicios. Eran jóvenes de España, África, Egipto, Galia e incluso Alemania y casi no iban a Roma, porque Roma vivía en paz.

Con el dinero de los impuestos se construían caminos, acueductos, puentes y edificios públicos. También se pagaba el trabajo de las Legiones en las fronteras. Pequeños pueblos parecidos a Roma, se expandieron desde Jerusalén hasta Bretaña, cada uno con su Foro, Circo, Basílica o Salón de Justicia. También se construyeron nuevos edificios en Roma junto a varios Foros.

En el Mar Mediterráneo navegaban barcos mercantes que transportaban pasajeros de un lado a otro del Imperio. Los viajeros eran principalmente oficiales, arquitectos y estudiantes que iban camino a Grecia.

También se transitaba mucho por los caminos romanos. Se podía ver pasar el carruaje de un gobernador romano, la cohorte de quinientos Legionarios marchando sin obstáculos en dirección a su puesto de servicio, a un oficial que conducía un prisionero con grilletes, un jinete del Correo Imperial o elegantes damas que eran llevadas en palanquines.

Pasaban carros y caravanas de camellos que transportaban estaño desde Bretaña, especias desde la India, tintura morada desde Siria y desde Egipto: trigo, papiro, lino, vidrio y bordados.

La «Paz Romana» que estableció Augusto soportó los constantes incursiones de las tribus bárbaras más allá de las fronteras del Imperio.

Con el fin de recompensar a Octavio, por haber establecido la paz en el mundo, el Senado quiso rendirle honores como si se tratara de un dios. Sin embargo, el sabio Emperador primero recurrió a una Sibila para saber si algún día el mundo presenciaría el nacimiento de un ser más grande

que él. Una leyenda escrita dice que Augusto escuchó una voz que le decía: «*A una virgen inmaculada le nacerá un niño celestial, Hijo del Dios Viviente...*». Y en ese lugar el Emperador mandó a construir un altar bajo la colina del Capitolio donde puso la inscripción: «*Éste es el altar del Hijo del Dios Viviente.*»

El 19 de Agosto de año 14 AC, César Augusto, quién recibió el nombre de ese mes, se hallaba en su casa de campo en Nápoles. Para entonces era un anciano de 76 años con su salud quebrantada. Algunos días antes había contemplado los juegos que se realizaban en su honor y desde entonces sus fuerzas comenzaron a flaquear y tuvo dificultades para hablar. Sabía que eran sus últimos momentos de vida. Mientras yacía en su cama pidió un espejo para contemplar su rostro. Luego Augusto pidió que le peinaran el cabello, sus mejillas estaban gravemente hundidas, y quería que se las arreglaran. Después miró a los amigos que lo rodeaban y les preguntó: «*¿Pensáis que ya he cumplido mi papel en el escenario de la vida? Sí, es así, y ahora cito a un poeta griego, ¡con alegría, poneos de pie, levantad la voz y aplaudid con fuerza para alabar al actor!*»

Luego César Augusto se despidió de cada uno, se quedó a solas con su esposa, con quién había vivido feliz durante cuarenta años, y le dijo: «*Livia, siempre recuerda nuestra unión y que te vaya bien*». Con estas palabras su espíritu abandonó, rápida y silenciosamente el cuerpo, como siempre lo había anhelado.

Los soldados llevaron su cuerpo a Roma, viajando sólo de noche debido al calor durante día, de modo que el viaje tomó varios días.

Su féretro tenía la forma de una cama de oro, y fue llevado desde su palacio en el Palatino hasta el Foro. Iba cubierto en púrpura y llevaba encima una imagen del Emperador vestido con sus ropas de oficio. En la procesión llevaron otra

imagen revestida en oro, seguida por imágenes de sus antecesores hasta Eneas y la diosa Venus. El Foro estaba atestado de gente que llegaba a rendirle honores.

Lentamente, al sonido de las trompetas y de los ensordecedores tambores, la procesión funeraria seguida por la multitud se fue haciendo camino por la orilla del río Tiber, hasta el Campo de Marte donde aguardaba la pira. Solemnemente derramaron vino, aceite y especias. Luego pronunciaron tres veces el nombre del fallecido César y encendieron la pira, pues no hubo respuesta que rompiera el silencio. Mucha gente creyó ver en el humo, la forma de un águila llevando al cielo el espíritu del difunto.

Así finalizaron los tiempos de organización y establecimiento de la Paz Romana, un tiempo conocido como *La Edad de Oro Romana*.

TIBERIO CÉSAR

42 AC - 37 DC

Augusto había escrito con su propio puño el testamento antes de morir, luego se lo entregó a las sacerdotisas vestales para que estuviera custodiado hasta después de su muerte. Entonces trajeron el testamento al Senado para darlo a conocer. Allí Augusto designaba al sucesor, que se convertiría en el segundo Emperador Romano: Tiberio, el hijo del primer matrimonio de Livia, ya que Augusto no tenía hijos propios.

De niño Tiberio era un chico solemne y silencioso. Tenía cabello color arena y una severa miopía, por eso debía entrecerrar los ojos para ver más claramente. Su madre insistía que no lo hiciera, que se sentara derecho y cerrara la boca, porque acostumbraba mantenerla abierta con un gesto estúpido, aunque Tiberio no era tal, por el contrario era extremadamente inteligente. Se interesaba por temas de adultos y por su manera de pensar sus compañeros lo apodaron «*el anciano*».

Durante la cena, Tiberio solía sentarse a escuchar las conversaciones entre Augusto y Agripa, el yerno del Emperador. Tiberio divagaba cómo los bienes y las personas llegaban a Roma desde todas partes del mundo. Él había visto los caballos cargados y las barcas que navegaban por el río. Le interesaba pensar cómo viajaban estas cargas, de un lugar a otro, como para conectar países lejanos y a seres desconocidos entre ellos. Una vez adulto, Tiberio tuvo muchas oportunidades para recorrer tierras lejanas.

Antes de cumplir los veintiún años, Tiberio fue enviado como soldado a España. El próximo encargo del Emperador

fue liderar las tropas más allá de las fronteras del Imperio, hacia Armenia, para coronar a otro rey amigo de Roma. A su regreso con 21 ó 22 años, su padraastro lo envió en una misión mucho más honorable. De niño Tiberio había visto a los extraños habitantes del bosque del Norte, los galos, vestidos con sus capas escarlatas o escocesas y sus peculiares pantalones, y a los altos germanos, que vestían con pieles de lobo, caminando por calles romanas, contemplando las construcciones. Ahora se vio convertido en gobernador de la Galia.

Cuando Agripa murió, Augusto pensó que sería conveniente que su hija se volviera a casar. Augusto quería mucho a los dos hijos de Agripa: Cayo y Lucio, ambos necesitaban un padre y Augusto escogió a Tiberio, de quién se había hecho gradualmente dependiente. Tiberio no amaba a Julia ni ella a él, pero la desposó para complacer a Augusto. Julia amaba el placer y coqueteaba con todos los hombres que aparecían en las fiestas y entretenciones que ella auspiciaba. Tiberio se hallaba en una incómoda posición: su esposa, la hija del Emperador, vivía una vida escandalosa, sin embargo, él no se atrevía a contarle la verdad a Augusto. La única solución para él fue alejarse de Roma y renunciar a sus cargos oficiales.

La Isla de Rodas le pareció el lugar indicado y allí reunió a muchos de los maestros y estudiosos de Oriente y Occidente. Allí podía leer, estudiar y vivir tranquilamente como él deseaba. Tiberio no ambicionaba el poder y le acomodó vivir en Rodas.

Cuando Cayo fue mayor, Augusto lo proclamó gobernador de Armenia y Tiberio fue a visitarlo. Habían pasado veinte años desde que Tiberio estuvo en Armenia cumpliendo una misión especial. Por su parte, Lucio partió a la Galia y a España.

Entretanto Augusto se enteró de los escándalos de Julia y como eran tan vergonzosos, se ocultó por un tiempo y entendió la razón por la que Tiberio había abandonado Roma.

Finalmente, Augusto expulsó a Julia de Roma, no quiso volver a verla nunca más y decretó su divorcio de Tiberio.

El Emperador le escribió a Tiberio y le contó lo sucedido, Tiberio le pidió que no fuera tan duro con Julia y le permitiera conservar los regalos que él le había dado. También pidió permiso para regresar a Roma, aclarando que no buscaba volver a la vida pública, sino preparar a Cayo y a Lucio para enfrentar su gran futuro.

Pero extrañamente Augusto respondió negativamente. *«Ya que estuviste dispuesto a abandonar a tu familia ahora sabrás apaciguar las ansiedades con respecto a su futuro.»*

Al leer estas palabras, en la carta que le envió el Emperador, Tiberio dudó si alguna vez regresaría a Roma.

No importando cuál fue el motivo de esta reacción del Emperador, el asunto es que Livia no lo dejó tranquilo hasta que Tiberio regresó a Roma.

De modo que en el año 2 DC, cuando Tiberio tenía 45 años, subió a bordo de una galera romana con todo su equipaje y rollos de libros rumbo a Roma.

Al año siguiente a su regreso, Cayo fue herido y murió en Armenia, en cambio Lucio fue atacado por la fiebre y murió en el camino de vuelta a casa.

Tiberio aún dudaba regresar a la vida pública, pero sucedió que en la frontera Norte, un joven capitán germano se sublevó contra Roma y Augusto le pidió a Tiberio que se hiciera cargo de controlar el levantamiento.

El joven germano llamado Hermann (el nombre romano era Arminio), había sido soldado de las Legiones romanas, al igual que otros muchos germanos y había soñado con un Imperio Germano similar al Romano. El territorio al Norte del río Rin, no había sido completamente conquistado por los romanos, sin embargo, se hacían cargo de los asuntos de las tribus que allí habitaban. Hermann derrotó todos los fuertes romanos, avanzó hacia el lado germano del Rin y se

temió que continuara hacia la Galia, que era territorio romano, pero Tiberio logró detenerlo. Luego Augusto y Tiberio decidieron no extender su poder al norte del Rin. Este fue un punto crucial en la historia de la independencia del pueblo germano.

Para entonces, Augusto era un anciano y Tiberio se convirtió en su fiel compañero durante dos años hasta su muerte. Así fue como Augusto adoptó a Tiberio como hijo y heredero.

Después de la lectura del testamento de Augusto, el Senado buscó honrar a Tiberio César al igual que lo habían hecho con César y llamarlo al noveno mes, Septiembre, con su nombre. Pero Tiberio no soportó estas «tontas prácticas» y contestó. *«Hay sólo doce meses. ¿Qué haréis cuando tengáis trece Césares?»*

Tiberio fue un gran soberano a pesar del ceño fruncido y su mutismo. Dictó leyes contra los juegos y espectáculos fastuosos, que lo hizo muy impopular a pesar del aumento de las arcas romanas. Fijó impuestos justos para las provincias y territorios alejados, lo que aumentó su popularidad en la distancia. Parecía preocuparse más por la gente que se hallaba lejos que por la más próxima, que él despreciaba en su interior.

Tal como encontró absurdo cambiar el nombre del mes por el suyo, también consideró absurdo pretender que cualquiera gobernara Roma. Entonces se pensó que Tiberio era un tirano y perdió el apoyo de muchos.

Tiberio comenzó a sospechar de atentados contra su vida y se dejó influenciar fácilmente por Sejano —un hombre intrigante y ansioso de poder— para abandonar Roma y buscar refugio en las cercanías de Nápoles, mientras Sejano actuaba como su diputado en Roma.

Sejano acusó y dio muerte a muchos que supuestamente estaban en contra de Tiberio, aunque fuera sólo por un gesto.

Pero la ambición por el poder de Sejanus creció tanto, que él mismo participó de una conspiración contra Tiberio. Sin embargo, Tiberio sospechó de él, alcanzó a darse cuenta de sus planes y lo condenó a muerte por traición.

Las sospechas de Tiberio aumentaron a tal punto que sus últimos días los pasó entre actos injustos y crueles. Por temor, Tiberio nunca más regresó a Roma, murió en el año 37 DC, tras veintitrés años como Emperador. No fue amado ni llorado. Tenía setenta y cinco años.

LA SITUACIÓN DEL MUNDO CUANDO NACIÓ JESÚS

Cuando el poder romano había alcanzado su punto más álgido César se hallaba en la cima del poder. Un dicho popular decía: «*No existe Dios, sino César.*» No se profesaba una verdadera religión romana ya que al principio, Roma había pedido prestados los dioses griegos, pero con el tiempo estos dioses fueron tan poco relevantes para los romanos que incluso César mandó a construir nuevos templos para revivirlos. Pero también mandó a construir un templo para «la divinidad Julio» para que el pueblo pudiera adorar a Julio César, que a pesar de haber sido asesinado por la sospecha de que buscaba demasiado poder en la tierra, era adorado como si fuera un dios. El pueblo comenzaba a considerar a sus emperadores como dioses. Augusto había sido adorado así y se erigieron estatuas suyas por doquier. Según cuenta la leyenda querían construirle un Templo antes de su muerte. En efecto, hace doscientos años se encontró cerca de Cumas un verdadero Templo para adorar a Augusto.

Tiberio, sucesor de Augusto no era percibido como un dios, algo había cambiado. Él no se preocupaba de la entretención del pueblo, no había juegos ni espectáculos públicos de combate. De joven, Tiberio se había interesado más por los acontecimientos del mundo a su alrededor, había sido generoso con su Emperador y había reflexionado acerca de la vida. Mientras vivió en Rodas, se interesó especialmente por el estudio de las estrellas.

En el año 6 AC, apareció en el cielo una estrella especialmente brillante y los astrónomos pensaron que se trataba de tres planetas alineados en la conjunción de Piscis: Saturno,

Júpiter y Marte. Desde entonces se sabe que éste es un evento único que se repite cada ochocientos años. (En el año 800 AC nadie observaba las estrellas, este periodo se llamó «La edad oscura»). La primera observación de este grupo de planetas se produjo en el año 1604 DC y sucederá de nuevo en el año 2408 DC.

Algunos piensan que esta estrella brillante, guió a los Reyes Magos cuando viajaron en busca del niño Jesús.

LA PREDICCIÓN DEL MESÍAS

Durante cientos de años, todas las mitologías predijeron un *Niño Divino*. Se hablaba de él en los Templos de Misterios, incluso los Astrólogos calcularon la fecha de su venida. Además, la Sibila predijo la caída de muchos dioses paganos. Quinientos años antes de Cristo, Esquilo el poeta griego, se atrevió a crear un personaje para una de sus obras que afirmaba el fin del reinado de Júpiter, produciendo tal impacto en los atenienses, que casi parece linchado. Virgilio escribió que llegaría el fin de la Edad de Hierro y que el nacimiento de un niño, Hijo de Apolo, el Dios del Sol, conduciría a la Edad de Oro.

No sólo en el Génesis, sino que en las Escrituras y las Escuelas de Misterio de la Antigua India, Egipto y Grecia, se enseñó que Dios había creado al ser humano a su propia imagen. En los Misterios de Dionisio se enseñaba que el alma del ser humano, provenía del humo de su cuerpo, cuando fue destruido por los Titanes, y que cuando el alma del ser humano ascienda al cielo para reunirse con su corazón, que Atenea dispuso en el cielo como el sol, Dionisio revivirá.

Esta es la enseñanza de los Misterios: «*en cada hombre se encuentra una chispa divina*». En ciertos periodos de la historia de la humanidad, cuando se trata de salvar a la humanidad del mal, viene al mundo algún ser en el que Dios está completamente presente. Ese es un Mesías.

HISTORIAS DE LA VIDA DE CRISTO

Entre los pueblos que los romanos conquistaron, se hallaba el llamado *Pueblo de los Hijos de Dios*. Se trataba del pueblo de Israel que adoraba a Jehová como único Dios. Este pueblo había sido conquistado y gobernado por naciones que no creían en Jehová, los asirios, los persas y luego los romanos. Durante siglos los hebreos esperaban la venida del Mesías, quién los libraría de la esclavitud, como lo habían anunciado todos sus profetas. De modo que la gente de Israel, sacerdotes de las Escuelas de Misterio del Este y ciertos astrólogos, que creían en las profecías se admiraron ante el nacimiento del niño Jesús.

Jeshua, a quien conocemos como Jesús, fue hijo de Miriam, a quien conocemos como María, esposa de un carpintero llamado José. María de Galilea era noble de nacimiento.

Jesús nació durante el reinado de César Augusto, cuando se cerraron las puertas del Templo de Jano. Roma, el mayor poder de la tierra, estaba en paz. En Jerusalén gobernaba el Rey Herodes cuando Tres Reyes Magos, procedentes de Oriente, llegaron buscando al «nuevo Rey», cuyo nacimiento habían anunciado las estrellas. Herodes, al enterarse, sospechó y temió las consecuencias, pero ocultó su temor y le pidió a los Tres Reyes, que tan pronto hallaran al niño, se lo comunicaran para concurrir también a adorarlo.

Los Reyes encontraron al Niño y le obsequiaron oro, incienso y mirra. Tuvieron un sueño en que Dios les advirtió no ir adonde Herodes y regresar a su país por otro camino.



Entonces un ángel le advirtió a José, también en un sueño, que escapara de Herodes junto a la madre y su hijo hacia Egipto. Así lo hicieron, pero cuando Herodes se dio cuenta que los Reyes de Oriente no regresaban, proclamó un edicto ordenando matar a todos los niños menores de dos años. Muchas madres lloraron la muerte de sus hijos.

*«Una voz se oye en Ramá,
Lamentación y gemido grande;
Es Raquel, que llora a sus hijos
Y rehúsa ser consolada, porque no existen»:
(Mateo, Capítulo 2)*

Cuando Herodes murió, José tuvo otro sueño en el que apareció un ángel y le dijo: «*Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban contra la vida del niño.*»

Después José regresó a Israel y se enteró que el hijo de Herodes era el nuevo Rey y temiendo por él, condujo a su familia a Galilea, a una ciudad llamada Nazaret, allí se estableció y ejerció su oficio de carpintero.

El niño Jesús ayudaba a su padre en la carpintería, pero al poco tiempo José murió. Sus hermanos se encargaron de continuar el oficio de José de modo que María autorizó a Jesús para que abandonara el hogar y se dirigiera a lugares lejanos, donde habitaba una Hermandad de hombres que se dedicaban a llevar vida y pensamientos devotos a Dios y a los Misterios de la Antigüedad que ellos conocían. Los hombres de esta Hermandad se llamaban *Esenios*.

Hace sólo veinte años atrás, en remotas cuevas cercanas al Mar Muerto, un grupo de arqueólogos encontró rollos casi desintegrados con escritos de los Esenios. Los rollos estaban tan viejos y deteriorados que se requirió un trabajo metódico para unir los fragmentos, y así poder leer un poco más acerca de la historia de ese tiempo. Los rollos revelaron que en aquel entonces se desencadenó una gran lucha entre las fuerzas de la luz y del mal en el desarrollo de la humanidad.

Jesús de Nazaret vivió muchos años junto a los Esenios, allí estudió los secretos de la naturaleza exterior y bloqueó los sentidos físicos para meditar sobre la humanidad, el sentido de su vida y reflexionar sobre sí mismo. ¿Por qué estaba vivo? ¿Cuál era su misión?

Llegó el momento en que el Líder de la Orden de los Esenios (que debía de haber cumplido cien años) sintió que Jesús mostraba señales de ser tan grande como los profetas de la antigüedad, por lo que merecía beber del cáliz de oro, en el cual, según los Esenios, Moisés y Abraham también habían

bebido. Pero nadie supo responder a Jesús cuál era el sentido de su vida, tal vez debía descubrirlo por sí mismo: «*Nada desde el exterior, sólo desde el interior.*»

Este gesto se oponía al legado del Imperio Romano, pues, más que nunca en la historia de la humanidad, la gente era gobernada por leyes externas.

En ese momento, un hombre conocido como Juan el Bautista, enseñaba a la muchedumbre que el Mesías pronto llegaría para expulsar a los romanos y reestablecer el Reino de Israel en paz y justicia. Además predicaba que, para prepararse para su venida, debían arrepentirse de todos sus pecados. Luego, como un signo de este arrepentimiento, conducía a los fieles a las aguas del río Jordán para lavar sus pecados. La multitud acudía de todas partes de Palestina para escuchar a Juan, ser bautizados y acampar por semanas a orillas del río, en espera de la aparición del Mesías.

Entonces, sucedió que Jesús se encontró con la multitud y se acercó a Juan para que lo bautizara. En Lucas, capítulo 13, la Biblia lo describe así: «*Aconteció, pues cuando todo el pueblo se bautizaba, que bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma sobre Él, y se dejó oír del cielo una voz: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.*»

Luego Jesús se alejó y Juan el Bautista, lleno de asombro, supo que había visto al Mesías, «*la alegría de su vida.*»

Cuando todo esto sucedía, Tiberio César cumplía 74 años y se acercaba al final de su vida. Poncio Pilato era el Gobernador Romano de Israel.

Después de su bautizo, Jesús fue llamado Cristo, que significa *el Ungido*. Esto significaba que Jehová lo había escogido y estaría junto a Él. Jesucristo abandonó el Jordán y se dirigió a las montañas donde vivió durante cuarenta días. Un estudioso de su vida, escribió que se había dirigido a una cueva, que los Esenios ofrecían a cualquiera de sus discípulos,

para practicar la prueba de la soledad, como también lo habían hecho los egipcios. También Buda se había retirado, en soledad, para meditar bajo el Árbol Bodí, sobre la bondad de Dios ante el sufrimiento de la humanidad. Del mismo modo, Cristo buscó una respuesta a las preguntas que le presentaba el mundo.

¿Cuáles eran estas preguntas?

Los Reyes y Sacerdotes de Israel ¿habían triunfado sobre el poder del mal en el mundo? No. Israel padecía bajo la espada romana.

¿Podría la espada poner fin al gobierno de la espada?

¿Debía Él conducir al pueblo para derrocar el poder romano sobre la tierra?

¿O debía enseñar a la gente a buscar el reino de Dios en el interior de sus almas?

Las escrituras relatan que después de cuarenta días Cristo sintió hambre, porque no había comido. Ante Él apareció Satanás, Soberano del Mundo y dijo: «*Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan*». Jesús le respondió: «*No sólo de pan vive el hombre*».

El Diablo lo condujo a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo y le dijo: «*Todo este poder y su gloria te daré, pues a mi me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si te postras ante mi, todo será tuyo*. Jesús respondiendo le dijo: «*Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás*».

Le condujo luego a Jerusalén y lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo: «*Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles ha mandado sobre ti que te guarden y te tomen en las manos para que no tropiece tu pie contra las piedras*». Respondiendo Jesús: «*Dicho está: No tentarás al señor tu Dios*».

Después el Diablo desapareció al ver que era inútil tentar a Jesús con ninguna de estas cosas. Cristo, bajó de las

montañas para hablar con la gente de Galilea, entró a sus Sinagogas y comenzó a discutir con los maestros acerca del significado de las Leyes de Moisés y las palabras de los profetas de la antigüedad.

Entonces, la gente comenzó a reunirse a su alrededor y a seguirlo a todos lados. De entre esta gente, Jesús escogió a doce hombres simples: recolectores de impuestos y pescadores, para que se convirtieran en sus discípulos. Cristo confiaba que junto a estos hombres lograría traer el Reino de Dios al alma de la gente en la tierra.

Jesús no tenía hogar, viajaba por doquier siempre acompañado de sus discípulos. Estos doce hombres, al principio creían que el Reino de los Cielos se trataba de un gobierno judío, que Cristo sería coronado Rey y ellos se convertirían en sus ministros. Sin embargo, las palabras de Cristo eran: «*Amad a vuestro prójimo como os amáis a vosotros mismos. Buscad la perfección a imagen de vuestro padre celestial. Tratad a los hombres de la manera en que vosotros queréis ser tratados*».

Jesús habló otra vez (enseñanza que entrega Mateo, uno de sus discípulos) sobre el reino de los Cielos, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el Reino de los Cielos.

Cristo caminó entre la gente durante dos años, incrementando sus seguidores, porque la gente anhelaba comprender

sus enseñanzas y que Cristo los liberara de la opresión. Además fueron testigos de varios milagros.

Cristo enseñó en parábolas, pequeñas historias que contienen los misterios del conflicto entre el bien y el mal, la rectitud y la maldad, la sabiduría y la ignorancia. En los Evangelios podemos leer sobre los milagros: cómo Cristo curó a los enfermos, devolvió la vida a los muertos y calmó la tormenta de los elementos. Sin duda, una parábola requiere muchas lecturas.

En el Evangelio de Mateo leemos: *«Cuando hubo subido en la nave, le siguieron sus discípulos. Se produjo en el mar una agitación grande, tal que las olas cubrían la nave; pero Él entretanto dormía, y acercándose le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos. Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma. Los hombres se maravillaron y decían: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»*

En el Evangelio de Mateo también encontramos la Parábola del Sembrador:

«Salió un sembrador a sembrar, y parte de la simiente cayó junto al camino, y viniendo las aves, la comieron. Otra cayó en un pedregal, donde no había tierra, y luego brotó, porque la tierra era poco profunda; pero levantándose el sol, la agostó y como no tenía raíz, se secó. Otra cayó entre espinas, las cuales crecieron y la ahogaron. Otra cayó sobre tierra buena y dio fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. El que tenga oídos, que oiga».

A continuación, Jesús interpretó esta parábola a sus discípulos: *«Las semillas sembradas en el camino son como aquéllos que escuchan las palabras del reino y no las comprenden, las aves son las fuerzas del mal que se llevan lejos la palabra de Dios que*

había sido sembrada en sus corazones. Las semillas sembradas en el pedregal son como aquéllos que oyen la palabra de Dios y de inmediato se alegran, pero no forma raíces en ellos. Tan pronto el mal se acerca, tropiezan y se rinden. Las semillas sembradas entre las espinas son como aquéllos que oyen la palabra divina, pero les importa más el mundo y sus riquezas, aunque se sienten estrangulados y estériles. Las semillas sembradas sobre tierra buena son como aquéllos que oyen la palabra de Dios y la comprenden, por esto mismo cosechan frutos de bondad y piedad como obsequios del cielo».

Mientras Cristo vivió, hubo muchos seres como las semillas sembradas en tierra buena; sin embargo, también hubo muchos que actuaron como la semilla sembrada entre espinas. Pero sin duda, hubo algunos que lograron conducir sus palabras hacia el futuro, en cambio otros lo odiaron, como los fariseos y los saduceos, intérpretes de la Ley Judía.

En aquellos días de dominio romano, Jerusalén, la ciudad sagrada de los judíos, se hallaba rodeada por un muro resguardado por Legionarios romanos con lanzas en la mano. Aquí había construido Salomón su Templo, el que había sido destruido y el rey Herodes había reconstruido incluso con mayor magnificencia. El sueño de cada judío era llegar a visitar este Templo y cuando Jesús cumplió los doce años sus padres lo llevaron para que lo contemplara.

Al entrar Jesús al Templo, debió contemplar y admirar el esplendor de los pórticos de mármol, donde los fariseos enseñaban la Ley Judía, paseando con sus mejores trajes. Debíó ver el Santuario o lugar sagrado, donde los sacerdotes vestidos con sus túnicas púrpuras y rojo oscuro, decoradas con oro y piedras preciosas, sacrificaban cabras y toros, salpicándole sangre a la gente mientras pronunciaban sus bendiciones.

Caminando por la ciudad y sus calles, sin duda que Jesús vio mendigos, pálidos de hambre, gente de cara triste que vivían con el recuerdo de las torturas y guerras contra los

conquistadores romanos. Al caminar por fuera de la puerta de la ciudad, debió ver, entre los oscuros barrancos, cuevas de donde aparecían hombres enfermos gritando maldiciones contra los vivos y los muertos. Al descender por una ancha escalera en la Piscina de Siloé, tan profunda como un pozo, Jesús tal vez vio al lado de las amarillentas aguas a los leprosos, a los lisiados, gente cubierta de heridas, algunos pidiendo auxilio y a otros demasiado estupefactos con tanto sufrimiento, incapaces ya de sentir la necesidad de ayuda.

¿Para qué están los Templos? ¿Para qué hay sacerdotes, himnos, sacrificios, si no pueden aplacar el dolor? Estas preguntas permanecen como una de las enseñanzas de Cristo y, «*cuando los maestros sacerdotes y los fariseos escuchaban sus parábolas, sabían que hablaba de ellos.*»

Los fariseos intentaron «*atraparlo con sus palabras*». Le preguntaron: *¿Es lícito pagar tributo al César o no?* «*Le mostraron una moneda con la imagen de César grabada. Cristo respondió: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.»*

También los saduceos se acercaron para atraparlo con preguntas. Los saduceos eran una secta constituida por judíos de clase alta, quienes reconocían los cinco libros de la Ley de Moisés, pero no aceptaban la resurrección de los muertos, la existencia de los ángeles, ni de los demonios. Cuando le preguntaron qué podía decir sobre la resurrección, Él les respondió con una pregunta: *«¿No habéis leído lo que Dios ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos.*

Las conspiraciones contra él, comenzaron cuando Cristo habló a las multitudes y a sus discípulos acerca de los fariseos y los saduceos, llamándolos hipócritas. Algunas de las palabras que dijo fueron: *«Ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre las espaldas de los hombres, pero ellos ni con un dedo intentan moverlas. Todas sus obras las hacen para*

ser vistos por los hombres. Ensanchan sus filacterias (cajas de oración) y alargan los flecos, gustan de los primeros asientos en los banquetes, de las primeras sillas en las sinagogas, de los saludos en las plazas, y de ser llamados por los hombres rabbi... ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos!... Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello.»

Uno de los discípulos de Cristo, Judas Iscariote, fue adonde el sacerdote mayor y le preguntó: *«¿Qué me podéis dar si yo os lo entrego?»* y a cambio recibió treinta piezas de plata.

Después de la Crucifixión y Resurrección, Cristo ascendió a los Cielos y sus seguidores proliferaron cada vez más en el mundo romano. Existe una fábula que cuenta que cada uno de sus discípulos contribuyó con una de las oraciones que conforman el *Credo de los Apóstoles*, el que aún se reza en las Iglesias cristianas.

El Credo de los Apóstoles

Creo en Dios Padre todopoderoso,
 Creador del cielo y la tierra.
 Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor.
 Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo
 Y nació de la Virgen María.
 Padeció bajo el poder de Poncio Pilato.
 Fue crucificado, muerto y sepultado.
 Descendió a los infiernos.
 Al tercer día resucitó de entre los muertos.
 Subió a los cielos,
 Y está sentado a la diestra de Dios Padre.
 Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.
 Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica,
 La comunión de los santos, el perdón de los pecados,
 La resurrección de los muertos,
Y la vida eterna.
 Amén

TIEMPOS DE CAMBIOS

Los romanos fueron perdiendo su propia identidad, en la medida que se mezclaron con los otros pueblos del Imperio. Egipcios, griegos y germanos podían adquirir la ciudadanía romana cuando se integraban a las Legiones romanas; numerosos romanos originarios se asentaron y habitaron países lejanos a Roma. De este modo Roma se convirtió en una más de las tantas ciudades romanas y perdió la categoría de centro del Imperio.

Los romanos no sólo renunciaron a Roma, en este sentido, sino también a sus dioses, adoptando los dioses de estos pueblos. Así aparecieron en Roma templos para Isis, imágenes del Mitra persa y de la diosa Cibele (madre de la montaña). Cuando Tiberio se enteró de los eventos en Palestina, preguntó si Cristo debía ser aceptado entre los otros dioses, pero el Senado no quiso escucharlo y dejó de lado su inquietud. En las calles romanas se podía hallar magos y adivinos de Egipto, Persia y Grecia; ellos vendían sus amuletos y servicios a cualquiera que estuviera dispuesto a pagar una suma adecuada.

En el mundo, mucho había cambiado desde la Antigüedad, cuando sólo unos pocos seres humanos escogidos eran aceptados en las Escuelas de Misterio, para someterse a sus pruebas y convertirse en Iniciados en los Misterios de los dioses. Estos escogidos, se habían transformado en líderes de sus pueblos y debían usar su sabiduría con generosidad en beneficio de todos. Los Iniciados tenían el deber de enseñar a los hombres desde la sabiduría más alta y sabían que, si usaban su sabiduría con fines egoístas, permitían el avance

de las fuerzas del mal en el mundo. Pero ahora estos sagrados secretos de la vida y los dioses, no se hallaban más en las manos de hombres de buena voluntad. Muchos aventureros se aprovecharon para beneficio propio. Eran hombres que, sin ser tocados por una piedad verdadera, sufrían de oscurecimiento interior, vacío y cobardía.

Un hombre de estas características se convirtió en Emperador Romano: el sucesor de Tiberio.

CAYO CÉSAR AUGUSTO GERMÁNICO CALÍGULA

TERCER EMPERADOR ROMANO

Siendo niño, Cayo vivió en campamentos del ejército, donde su padre Germánico (sobrino de Tiberio), era oficial. Al niño lo llamaban Calígula, que significa «pequeñas botas» (*Calígula significa sandalias en latín*) las que usaba junto a una pequeña copia del casco y armadura de soldado romano. Desde entonces le gustaba jugar a ser soldado.

Tiberio proclamó heredero a Calígula. En un comienzo, Calígula se ganó el apoyo del pueblo, porque volvió a abrir las puertas del Arena, permitiendo los combates de gladiadores y juegos para entretención de la gente. Perdonó a muchos condenados y derrochó tanto dinero que, en nueve meses, se agotaron las arcas romanas. Entonces la alegría dio paso a la intranquilidad. Para obtener dinero, Calígula culpó a los ricos por crímenes en su contra, los mandó matar y se apropió de sus bienes.

Luego, Calígula se autoproclamó «*El mejor de los Césares*», apareció en público con una barba dorada fija en su rostro y en su mano sostenía el rayo del dios Marte. En varias ocasiones, Calígula se presentó vestido como la diosa Venus. Al poco tiempo, Calígula se proclamó dios, ordenó que se construyeran templos en su honor y buscó a sacerdotes que se dedicaran a su adoración. Después Calígula dijo ser hermano de Júpiter y mandó a construir un puente que unía su palacio en el Palatino, con el Templo de Júpiter en el Capitolio. Calígula cruzaba el puente, entraba al Templo de Júpiter, se paraba junto a la imagen de Júpiter y le susurraba al oído, después ponía su oreja junto a la boca de la imagen, como para escuchar la respuesta de Júpiter y a menudo gritaba

como si estuviera enojado con Júpiter. Había una imagen de oro de Calígula, en su propio Templo, la que diariamente vestían con ropas similares a las que él llevaba puestas ese día. Pero más tarde no le pareció suficiente, ordenó que cortaran las cabezas de todas las estatuas y las reemplazaran con la de él. Calígula no sólo posaba como un dios en la tierra, sino que cuando había luna llena, fingía abrazarla como si también él fuera un cuerpo cósmico. A pesar de sentirse un dios, Calígula vivía tan lleno de temor, que no se separaba de su fornido guardaespaldas.

Calígula nunca se interesó realmente por los asuntos militares, sólo fingía hacerlo. Una vez ordenó que sus tropas se dirigieran hasta las fronteras germanas, envió a parte de ellas a cruzar el Rin para que pretendieran atacar de noche. Así lo hicieron, fingiendo una batalla. Después Calígula citó a los soldados que no participaron llamándolos «cobardes». Las tropas debían regresar por el camino de la costa, como si hubiesen atacado Bretaña. Calígula ordenó que las tropas recolectaran conchitas como botín de guerra y triunfantes las trajeran a Roma. También disfrutaba de la compañía de los conductores de carruajes y de los caballos. Mandó a construir un establo de mármol para su caballo y un pesebre de marfil. El caballo usaba una pañoleta escarlata y un brazalete de joyas, además era atendido por un séquito de esclavos. Calígula invitaba a cenar a sus amigos en el establo, finamente decorado y las invitaciones iban firmadas con el nombre de su caballo «*Incitatus*» (Impetuoso). Incluso hizo planes para convertir su caballo en Cónsul.

Mientras tanto, Calígula cometía crímenes implacables a su antojo, además de alardear de su poder sobre *la vida y la muerte* de los romanos. Calígula proclamaba: «*Los romanos tienen un solo cuello y yo corto su maravillosa cabeza, cuando así lo quiera*». Incluso, una vez condenó erróneamente a muerte a un hombre inocente. Al enterarse de su inocencia, Calígula

respondió: «*¡No es tan grave, seguro que era tan culpable como los demás!*»

Calígula era alto, pálido, de piernas delgadas. Tenía ojos hundidos y boca débil, el labio superior colgaba sobre el inferior. De niño sufría una enfermedad convulsiva, posiblemente epilepsia. De adulto, tenía problemas para dormir de noche por más de dos o tres horas. Durante el insomnio acostumbraba a sentarse en su cama o a caminar por los pasillos del palacio a la espera del amanecer.

Y sucedió que en una de estas caminatas nocturnas fue estrangulado por uno de sus guardaespaldas muriendo cuatro años después de convertirse en emperador (41 DC).

CLAUDIO I 41-54 DC

El nombre completo era Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico y era tío de Calígula. Cuando Calígula fue asesinado, Claudio se hallaba escondido entre las cortinas del balcón del palacio temblando de terror. Uno de los guardias le vio los pies por debajo de las cortinas y lo hizo salir. Claudio cayó de rodillas rogando clemencia, pero el soldado lo aclamó como el nuevo Emperador y lo escoltó con otros guardias. Al día siguiente, el Senado lo ratificó como el cuarto Emperador de Roma, a pesar de nunca haber ejercido algún oficio en el gobierno.

Los trece años de su gobierno (41-54) fueron beneficiosos para el Imperio. Entre sus logros se hallan las mejoras del puerto de Ostia, nuevas construcciones y acueductos en Roma y la conquista de Bretaña, después de una guerra que duró ocho años, hasta anexarla al Imperio Romano. Para resaltar esta conquista, Claudio bautizó a su hijo Británico. También persuadió al Senado para permitir a los galos convertirse en senadores.

Agripina, la esposa de Claudio, conquistó gran poder como Emperatriz y mandó a ubicar un trono a su lado. Agripina tenía un hijo propio, al que deseaba convertirlo en heredero de Claudio. Ella supo influir en Claudio para que lo nombrara sucesor en vez de su propio hijo.

NERÓN, EL DIVINO

El modo en que Nerón se convirtió en Emperador nos da una idea de cómo fue su gobierno (54-68 DC).

Agripina, su madre, que buscaba adueñarse del poder a través de su hijo consultó el horóscopo para encontrar el mejor momento para envenenar a Claudio, su esposo el emperador, sirviéndole hongos venenosos. Tras la muerte del Emperador, Agripina ordenó un gran luto público y nombró a Claudio César como nuevo dios de Roma, convirtiéndose ella misma en sacerdotisa.

Durante los primeros cinco años de Emperador, la gente creyó que Nerón haría el bien, pero ahora sabemos que esto se debió a la influencia de su maestro Séneca, quién sabía aconsejarlo además de escribir sus discursos. Séneca había sido el maestro de Nerón desde los 14 años, por esto lo conocía muy bien y sabía que en su naturaleza había una voluntad peligrosa y un débil autocontrol. Sabía que Nerón era egoísta y muy fácil de influenciar. Séneca deseaba asegurarse de que su influencia sería benéfica a toda costa. Por otra parte, Agripina se oponía a Séneca y en la lucha en su contra, un evento siguió a otro.

Bajo la influencia de Séneca, Nerón se contuvo, respetó al Senado e intentó hacer un buen gobierno. Pero esto no coincidía con la voluntad de Agripina, quien amenazó a Nerón con poner en el poder a Británico, que en ese momento había cumplido catorce años. De modo que Nerón, actuando bajo voluntad propia, le sirvió a Británico una copa de vino envenenado, cayendo muerto sobre la mesa del Emperador. Lamentablemente, éste no sería el último asesinato por voluntad de Nerón.

La primera esposa de Nerón, Octavia, de veintidós años, era hija de Claudio, pero otra mujer llamada Popea, lo hechizó. Popea tenía celos de Octavia y Agripina, de tal modo que Nerón asesinó a Agripina y se divorció de Octavia, quien primero fue expulsada de Roma y luego asesinada.

Séneca le había advertido a Nerón: «*Tienes el poder para hacer muchas cosas, tienes conocimiento, incluso puedes asesinar a aquellos, que tú imaginas que pueden, de cualquier modo, compartir el orden del mundo después de la caída de Roma, pero hay una cosa que está más allá de tu poder, se trata de aquellos que vendrán después que te hayas ido.*»

Nuevamente por la instigación de Popea en el año 65 DC, Séneca fue obligado a cometer suicidio, pero en el mismo año, en un ataque de rabia, Nerón asesinó a Popea.

Tras la muerte de Agripina, Nerón se liberó de su influencia, comenzó a dejar de lado los asuntos del Imperio y se dedicó a satisfacer los placeres que más disfrutaba: cantar, tocar la lira, actuar en un escenario y conducir carruajes de cuatro caballos.

En el año 64, un incendio casi destruyó Roma, el fuego comenzó cuando algunas personas encendieron fuegos artificiales gritando que contaban con la autorización de alguien. Mientras la ciudad ardía, Nerón actuaba y cantaba la *Caída de Troya*. Pero se rumoreaba que el mismo Nerón había ordenado el fuego para su propia entretención y, a pesar de que acogió a los que perdieron sus casas, crecieron los rumores en su contra. El resentimiento del pueblo se expresó en varias conspiraciones, entonces Nerón se presentó ante el Senado y llevó a los conspiradores para que confesaran sus planes. A pesar de que el Senado odiaba a Nerón, actuó con clemencia y se comprometió a realizar ofrendas agradeciendo a los dioses que Nerón se hallara a salvo, además prometió levantar un templo para *Nerón, el Divino*. Todo aquel que no lo adorara sería cruelmente torturado y asesinado.

Pero con el tiempo, el Senado declaró a Nerón como enemigo del Estado y lo sentenció a muerte. Los guardias de palacio abandonaron sus puestos y Nerón huyó a la villa de un amigo cerca de Nápoles, pero el Senado envió las tropas tras él, y cuando Nerón las vio en la cercanía, decidió quitarse la vida exclamando: «*¡El mundo pierde a un gran artista!*».

SAN PEDRO Y SAN PABLO

Cristo fue crucificado en Judea, una lejana provincia del Imperio Romano, durante el reinado de Tiberio César. Cristo dio su vida para enseñar que el Reino de Dios es un Reino que cada ser humano puede hallar en sí mismo. El Monte de los Olivos en Jerusalén era el lugar dónde se crucificaba a los criminales. Su nombre era Gólgota que significa «El lugar del cráneo». En este lugar sucedió el evento que marcó la llegada de una nueva época.

Con el paso del tiempo, la humanidad se fue interesando cada vez más en los temas terrenales y perdiendo su devoción al mundo celestial. En el momento en que el poder romano dominaba la mayor parte del mundo conocido, la creencia en otro mundo y en los seres espirituales casi desapareció y el ser humano se convirtió en el único dios real. Pero después del evento del Gólgota, surgió un grupo de personas que rehusaron a adorar al Emperador Romano como si fuera un dios.

En el cuarto año de reinado de Nerón, llegó a Roma un hombre llamado Pedro. Muchos hombres que habitaban en territorio romano ansiaban alguna esperanza de vida después de la muerte. Entonces Pedro comenzó a hablar sobre la vida de un hombre que había muerto y resucitado de su tumba. Entre los que oían a Pedro, hubo quienes le creyeron y dejaron de adorar a sus viejos dioses y al Emperador.

Una leyenda nos cuenta que Pedro, quien también se llamó Simón, llegó a Roma buscando a otro Simón que era hechicero, quien se proclamó dios. Este Simón llegó a Jerusalén antes de Pedro, proclamando: «Yo soy la palabra de Dios.

Yo soy el Espíritu Santo. Yo soy Dios en toda su expresión. Pronto deberéis arrodillaros ante mí para adorarme, porque Yo soy el poder máximo: Yo puedo volar por el aire, crear árboles nuevos, convertir las piedras en pan y caminar por el fuego, sin sufrir.»

Pedro llegó a Roma para desenmascarar el fraude, allí Simón se percató que Nerón era considerado un dios y que nadie más podía ocupar ese lugar, entonces Simón se puso bajo las ordenes de Nerón pues, al no poder competir con él, decidió sumársele.

No sabemos si esta leyenda es verdadera o no, pero sí sabemos con certeza que Pedro llegó a Roma cuando estaba finalizando la época antigua y se quedó en Roma durante veinticinco años, hasta su muerte. Pedro, le hablaba a todos los que escuchaban y se convirtió en el líder del grupo que creía en su palabra. En el Nuevo Testamento, podemos leer las palabras que Pedro debe haber repetido muchas veces, en una carta que escribió a los primeros cristianos:

«Porque no fue siguiendo artificiosas fábulas como os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad. Él recibió de Dios Padre el honor y la gloria cuando de la magnífica gloria se hizo oír aquella voz que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco. Y esta voz bajada del cielo la oímos los que con Él estábamos en el monte santo.»

También escribió a los primeros cristianos:

«Honrad a todos. Amad a los Hermanos. Temed a Dios. Honrad al Rey.»

«Por amor al Señor, estáis sujetos a toda institución humana, ya al Emperador, como soberano, ya a los gobernadores, como delegados suyos para castigo de los malhechores y elogio de los buenos.»

«Los siervos estén con todo temor sujetos a sus amos, no sólo a los bondadosos y afables, sino también a los rigurosos.»

Agrada a Dios que por consideración a él soporte uno las ofensas, padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria tendréis si, delinquiendo y siendo golpeados, aguantáis? Pero si, haciendo el bien, aguantáis padeciendo, esto es lo grato a Dios.»

«También Cristo padeció por nosotros. Él que no cometió pecado.»

Mejor es padecer haciendo el bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal.»

«Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.»



En ese tiempo también llegó a Roma, un judío llamado Saulo de Tarso. Había estudiado las Leyes de Moisés y creía en ellas de todo corazón. En Palestina persiguió a los más altos sacerdotes y ayudó a expulsar a los seguidores de Cristo. Un día, Saulo iba camino a Damasco para arrestar y conducir a juicio a unos cristianos, cuando repentinamente *«se sintió rodeado de una luz divina. Cayó de rodillas a la tierra, y escuchó una voz que decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?. Y él preguntó: ¿Quién eres, Señor?. Y el Señor respondió: «Soy Jesús, al que persigues».*

Cuando Saulo se levantó del suelo, abrió sus ojos, pero no podía ver y los que lo acompañaban le tomaron de la mano para entrar a Damasco. Saulo, permaneció ciego durante tres días, sin comer ni beber. De allí en adelante se llamó a sí mismo Pablo, que significa «pequeño», por su gran humildad. Y buscó a los cristianos, no para arrestarlos sino para unirlos.

Pablo viajó por el mundo Mediterráneo, ganaba su sustento fabricando carpas y al finalizar su día de trabajo, buscaba a grupos de personas para difundir las palabras de Cristo.

Pablo pasó un tiempo en Atenas, Corintio, Efeso y Macedonia hasta regresar a Jerusalén. Allí, los judíos lo expulsaron del Templo, porque estaban furiosos con él, y casi lo matan, de no ser por el capitán de las fuerzas romanas que lo salvó. El capitán lo llevó al castillo del gobernador romano, para azotarlo por causar disturbios, ya que toda Jerusalén protestaba. Mientras lo amarraban con correas para golpearlo, Pablo le habló al Centurión: *«¿Piensas que es correcto golpear a un romano sin condenas?»* Entonces los judíos presentaron los cargos en su contra, pero Pablo demandó, como ciudadano romano, el derecho de apelar al César. Así fue como Pablo llegó a Roma para presentarse ante Nerón. Esto sucedió veinticinco años después del evento del Gólgota, cuando Nerón llevaba dos años gobernando.

De este modo, Nerón se enteró que los judíos disputaban con Pablo por un galileo llamado Jesús, que estaba muerto, pero Pablo afirmaba que vivía. Nerón prestó poca atención y le permitió a Pablo andar libremente por Roma. Así fue como Pablo se reunió con Pedro.

Toda la gente que tuvo la oportunidad de escuchar y comprender las palabras de Pablo y Pedro, experimentó más reales las enseñanzas cristianas. Cristo dijo: «*Vengan a mi todos aquellos que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré*». Esto tenía sentido para muchos que sufrían. El sufrimiento se aplacaba con la tranquilidad del alma, incluso con alegría.

Entre los cristianos había gente que había nacido para sufrir, se trataba de los esclavos. Un romano rico era dueño de cientos de esclavos, hombres y mujeres que habían sido el botín de las guerras en las fronteras o eran hijos de esclavos. Ellos no eran considerados seres humanos y eran alimentados como ganado. Los padres eran separados de sus hijos, no se permitía familias de esclavos. No podían casarse y cuando se sublevaban eran castigados a latigazos.

Los oficiales romanos descubrieron una sociedad secreta entre los esclavos, una sociedad que usaba un misterioso signo. Dibujaban un pez en la arena o en los muros, así se identificaban entre ellos como cristianos y se convertían en grandes amigos. Cada siete días, el día del Sabat, grandes grupos de esclavos desaparecían, para juntarse en algún lugar oscuro de Roma a escuchar las palabras de Pedro o Pablo, para rezar y adorar a Dios. Muchos esclavos recibieron fuertes palizas por esto. A pesar de que muchos esclavos continuaron trabajando fielmente para sus dueños, nunca faltaban a los encuentros del día sábado y regresaban a su casa sabiendo que los látigos los aguardaban. Pronto otros que no eran esclavos, también se unieron a la sociedad secreta, soldados, artesanos, gente pobre y modesta.

El primer gran sufrimiento de los cristianos ocurrió después del incendio de Roma, cuando Nerón los culpó de

este hecho. Entonces los cristianos comenzaron a llamar la atención y se descubrió que, no sólo se resistían a rendir adoración al Emperador sino que tampoco participaban de las fiestas en honor a los antiguos dioses, no fabricaban ladrillos para la construcción de sus templos e intentaban detener la crueldad de las luchas públicas entre gladiadores. Los cristianos profetizaban abiertamente la caída de Roma y el comienzo de una nueva época. Pronto se decidió que los cristianos eran enemigos del Estado y como castigo fueron perseguidos y asesinados.

Los castigos fueron innumerables y muy crueles. Por ejemplo, los llevaban indefensos, al Arena, donde soltaban leones y tigres para que acabaran con ellos. Los cristianos rezaban mientras se aproximaba su muerte y los romanos gozaban del espectáculo. Algunos cristianos fueron azotados con látigos con cuentas de plomo hasta morir, otros fueron encerrados dentro de pesados baúles y arrojados al mar, otros fueron atados a estacas cuyos ganchos de hierro les desgarraban la piel. Frente a la oportunidad de arrepentirse y volver a adorar al Emperador, los cristianos respondieron: «*Mientras respire, no renegaré de mi Dios*.» Séneca fue uno de los muchos seres humanos que se impresionaron profundamente con estos mártires. Séneca dijo: «*estos seres no sólo enfrentan la muerte con valor, sino que con una sonrisa en sus labios, como si sus corazones se regocijaron, e incluso se muestran amables con sus asesinos*.»

Mucha gente que observó estas brutalidades contra los cristianos, sintió una fuerza desconocida, un nuevo coraje, que los impulsó a buscar a Pedro o a Pablo y pidieron ser bautizados. Las reuniones y los lugares de encuentro debieron mantenerse en secreto, para eso buscaron lugares en las afueras de Roma, bajo la superficie de la tierra, en antiguos cementerios. Existían pasajes secretos que conectaban las tumbas y allí, en las catacumbas, se reunieron para oír

sobre Cristo. Luego regresaban a Roma para buscar a otros que se unieran a ellos. Así fue como algunos ricos romanos, miembros de altos puestos, también se interesaron. Cuando Nerón se enteró que, incluso algunos de sus oficiales participaban con estos grupos, ordenó que Pedro y Pablo fueran asesinados.

Los amigos de Pedro le aconsejaron que huyera, pero se dice que cuando lo intentó, a la salida de la ciudad Pedro oyó una voz que le decía: «*Si abandonas la ciudad, volveré a Roma para que me crucifiquen por segunda vez*». De este modo Pedro regresó a Roma donde de inmediato fue arrestado para ser crucificado. A la misma hora Pablo era conducido a otro lugar donde fue decapitado por ser romano.

LOS SUCESORES DE NERÓN

Todos los Emperadores posteriores a Nerón fueron hombres de carácter que trabajaron con fuerza para servir al Imperio y a los ciudadanos romanos en todo el territorio. Es interesante destacar que, de los ocho Emperadores que sucedieron a Nerón, no hubo ninguno que fuera un auténtico romano, excepto por Nerva, un anciano Senador, que sólo alcanzó a gobernar durante dos años. Vespasiano y sus dos hijos, Tito y Domiciano eran italianos, Trajano y Adriano eran españoles, Antonino Pío y Marco Aurelio eran galos. Estos reinados se extendieron entre los años 68-180 DC.

Vespasiano reinó durante diez años, mandó a derribar el palacio de Nerón y construyó en su lugar el Coliseo. Vespasiano procedía de una familia pobre, él mismo vivía en forma sencilla y buscaba formas de ahorro para el Estado. Gobernó entre los años 68-79 DC.

Tito fue Emperador durante tres años, 79-81 DC. Tito se proclamó: «*El deleitoso y querido por la humanidad*,» porque siempre buscó el amor de sus súbditos, aunque fue muy temido por su crueldad como general. Tito destruyó Jerusalén y robó las vasijas de oro para llevárselas a Roma. Tito expulsó y dispersó a los judíos de la Ciudad Santa. Durante su reinado ocurrieron tres calamidades: otro incendio en Roma, una plaga y una erupción del volcán Vesubio. Tito murió de fiebre.

Domiciano reinó durante quince años (81-96 DC). Construyó varios espléndidos edificios. Aumentó el salario de los soldados expropiándoles el dinero a los ricos, por lo que fue muy odiado. Durante su gobierno se reiniciaron las

persecuciones a los cristianos. Domiciano conquistó Bretaña y llegó muy lejos, al Norte en el límite con Escocia. Finalmente fue asesinado. No tenía hijos.

El Senador anciano Nerva, amable y gentil, fue importante porque escogió a Trajano para que lo sucediera. Trajano, fue el primer provinciano en convertirse en Emperador, gobernó durante 19 años y bajo su gobierno el territorio del Imperio Romano alcanzó su máxima extensión, incluyó Armenia, Siria, Mesopotamia y Media (antiguo reino tribal al Oeste de actual Irán). No hubo otras conquistas posteriores.

Adriano, compañero de Trajano, no continuó con las conquistas. Durante los 21 años de su gobierno su meta fue gobernar bien y civilizar a los pueblos incluidos en los dominios del Imperio Romano. Sus soldados se apostaban en las fronteras más que nada para defenderlas. Adriano visitó cada lugar del Imperio y en cada uno estableció las mismas leyes. Construyó un Templo para Zeus en Atenas, el muro romano en el Norte de Inglaterra, un Panteón para los dioses en Roma y su propia tumba en la orilla del Río Tiber. Proclamó a Antonino Pío como sucesor.

Finalmente, Antonino Pío era gentil y pacífico, de ahí su sobrenombre *Pío*. Durante sus veintitrés años de gobierno reinó la paz y la alegría en el Imperio. Antonino Pío fue el primero en insistir en la ley «*Todo hombre es inocente hasta que se pruebe su culpabilidad*». Su sucesor fue su sobrino Marco Aurelio, quien fue Emperador por 19 años.

MARCO AURELIO

Marco Aurelio fue devoto a Antonino Pío y deseaba imitar los rasgos de su personalidad, pero no pudo imitarlo como Emperador, porque su reinado estuvo marcado por guerras y otras calamidades. Marco Aurelio no era guerrero de corazón. Era un Rey filósofo y se habría sentido feliz de vivir una tranquila vida de estudio y pensamiento, pero aceptó su destino de líder a la cabeza de su ejército, en el centro de la lucha y la excitación. Dondequiera que Marco Aurelio fuese, iba pensando, planeando y trabajando en pos del bien para el Imperio. Marco Aurelio le regaló al mundo su carácter, que se conoce por un pequeño volumen de pensamientos o «*Meditaciones*,» que escribió durante su tiempo libre.

Un ejemplo de meditación es: *»El que no sabe lo que es el mundo, no sabe dónde está. Y el que no sabe por qué ha nacido, tampoco sabe quién es él ni qué es el mundo. Y el que ha olvidado una sola cosa de esas, tampoco podría decir para qué ha nacido. ¿Quién te parece que es aquél que evita los elogios de los que aplauden... los cuáles no saben dónde están, ni quiénes son?...»*

Marco Aurelio logró detener las invasiones y ataques de los persas, germanos y británicos, a los que derrotó, pero los soldados al regreso llevaron la plaga a Roma. Marco Aurelio debió gastar todo el dinero de las arcas en la guerra y la plaga, incluso debió vender sus propios tesoros para recolectar dinero: envases de oro, jarrones de cristal, trajes bordados con hilos de oro de la Emperatriz y joyas de la corona. Consideraba que los cristianos eran enemigos del Imperio, porque adoraban un Dios que no tenía nada que ver con lo que

sucedía, y los persiguió y reprimió sin piedad. Sin embargo, Marco Aurelio se compadecía de los pobres y suprimió los espectáculos de gladiadores.

Marco Aurelio, tenía casi sesenta años cuando murió en el año 180 DC. Fue muy amado, pero nadie se entristeció el día de su muerte, porque estaban seguros que *había venido de entre los dioses y ahora regresaba a ellos*. Así reinó el último gran Emperador. En cambio su hijo, Cómodo, fue débil y poco valioso, parecido a Nerón y finalmente fue asesinado.

LOS SOLDADOS EMPERADORES

Durante cien años, luego de la muerte de Marco Aurelio, hubo veintinueve emperadores, escogidos por la Guardia Pretoriana. Todos, a excepción de cuatro, fueron asesinados, entre ellos Cómodo y Pertinax. Después la Guardia remató el puesto de Emperador al mejor postor. Lo compró Juliano, quien había sido Cónsul, pero alcanzó a reinar sólo dos meses. Séptimo Severo, un general africano a cargo de la Legiones a lo largo del Danubio, lo derrocó, se convirtió en Emperador y gobernó sin participación del Senado. Luego su hijo Caracalla tomó su lugar y entregó la ciudadanía a todos los hombres libres del Imperio, pero fue cruel, odiado y también asesinado.

Después de la muerte de Caracalla, Roma tuvo un gobernador distinto cada año, y durante los próximos 50 años, se desarrollaron constantes guerras civiles por la sucesión del trono. La vida y la propiedad ya no estaban a salvo, se debilitó el ejército, las tribus germanas del Norte comenzaron a presionar hacia el Sur en busca de alimento y territorio. Invadieron la Galia y España y quemaron las ciudades romanas.

En el año 284 DC se escogió al Emperador Diocleciano, el Comandante de la Guardia Pretoriana. Diocleciano actuaba como Rey persa, usaba una corona de oro, trajes con adornos de oro y ordenó que la gente se postrara de rodillas ante él. Diocleciano revivió la adoración por el Emperador y las persecuciones a los cristianos fueron las peores de todas. Abolió el Senado y gobernó el Imperio sin ayuda. Dividió las cien provincias en cuatro grandes grupos: la Galia, Italia, Grecia y el Oriente, a cada una la llamó prefectura y designó

prefectos para que gobernaran y rindieran cuentas directamente al Emperador. Después dividió las prefecturas en dos partes, Oriente y Occidente; él mismo gobernó el Oriente y Maximiliano el Occidente. Ambos adoptaron el título *Augusto*, sin embargo, Diocleciano se quedó verdaderamente con el poder. Luego, Diocleciano designó a dos Césares para que asistieran a los dos Emperadores. En el año 304 DC, Diocleciano abdicó y forzó a Maximiliano a hacer lo mismo, de modo que los Césares se convirtieron en Emperadores y se asignaron nuevos Césares. Uno de ellos se llamó Constancio, que murió un año después y el ejército en Bretaña proclamó a su hijo Constantino, Emperador de Occidente.

CONSTANTINO EL GRANDE

Constantino debió subyugar a un rival que había sido proclamado Emperador por el ejército italiano. ¡Otra vez guerra civil!

Helena, la madre de Constantino, era una devota cristiana, que había peregrinado hacia Tierra Santa y había traído a Roma un pedazo de madera de la Cruz.

Constantino no era cristiano, pero la leyenda cuenta que mientras se aproximaba a Roma junto a su ejército para expulsar a su rival, vio en el cielo, una gran cruz flameante, en la que leyó las palabras: «*In hoc signo vinces*». Constantino lo tomó como un signo de ayuda del Dios de los cristianos para la lucha que se aproximaba y ordenó que los soldados pusieran el signo de la cruz en sus escudos. Ganó la batalla y se convirtió en único soberano del Imperio. En el año 311 Constantino proclamó el edicto de Milán, garantizando la libertad y la seguridad para todos los cristianos. Después escogió una ciudad de Oriente como capital, Bizancio, a orillas del Mar Negro y le cambió el nombre por Constantinopla. Constantino sentía que Roma era como un anciano próximo a la muerte, pero que la grandeza de su espíritu, podía renacer en un nuevo lugar.

Se decía que la imagen de Atenea en el Paladio, había caído del cielo en la antigua Troya. Se decía que la gente, que poseyera esta imagen y la preservara, tendría garantizado el liderazgo de la humanidad. Esta imagen, había llegado a Roma en la antigüedad y había sido enterrada en un lugar secreto.

Cuando Constantino trasladó el Paladio a Constantinopla, para reconstruirlo en el nuevo territorio, anunció que

poseía fragmentos de la cruz en que murió Cristo y las transformó en un estandarte para la imagen del dios Apolo. Con los clavos de la cruz, fabricó los rayos de una corona para la cabeza de Apolo. Esta estatua y estandarte, fue ubicada en el terreno destinado a los muertos, que se hallaba en el Paladio. Constantino mandó a escribir estas palabras en el estandarte: *«Esto que aquí está activo, será como el sol, eterno, y llevará consigo la voluntad de su fundador Constantino hacia la eternidad.»*

En el año 330 DC, Bizancio o Constantinopla, fue dedicada a la madre de Cristo. Desde ese momento, se prohibieron en ella todas las manifestaciones a los dioses paganos. Constantino estaba convencido que era el fundador de una nueva época y pidió ser bautizado como cristiano en su lecho de muerte, en el año 337 DC.



LA CAÍDA DE ROMA

El motivo principal para que Constantino trasladara la capital del Imperio Romano a Bizancio, era renovar la grandeza del espíritu de Roma. Sin embargo, la Roma de esos días estaba enferma y moribunda, incluso él mismo era un déspota, a pesar de ser más humanitario que otros. Los impulsos democráticos, que durante cientos de años guiaron a los ciudadanos romanos, fueron superados por la antigua actitud oriental de dependencia del soberano ubicado *a la cabeza de la pirámide*.

Los ciudadanos ya no podían participar de las decisiones del Estado y los nuevos líderes surgieron entre las tropas militares, no desde las filas de hombres libres interesados, sino de hombres que buscaban el poder personal.

Los impuestos que el Estado exigía, eran tan altos, que los pequeños agricultores ya no podían cumplir. Los hombres más ricos se apropiaron de grandes extensiones de tierras y los campesinos debían trabajar para ellos. A pesar de que los campesinos no eran esclavos quedaban sujetos, por ley, a la tierra en que trabajaban y así pasaban de dueño en dueño cuando el terreno cambiaba de propietario. De modo que las familias pertenecían al terreno en dónde habían trabajado sus abuelos, que a su vez, pertenecía a las familias ricas que eran sus dueños. Estos campesinos y sus descendientes se llamaron *colonos*.

Como Roma no había conquistado ningún nuevo territorio, tampoco contaba con nuevos esclavos, como prisioneros de guerra. Es así que los colonos quedaban atados a la

tierra y contaban con tan poca libertad como un esclavo, sin esperanzas de un futuro mejor para ellos, ni sus hijos.

Muchos campesinos, que no querían convertirse en colonos, abandonaron las tierras y regresaron a la ciudad para liberarse, por lo que era común ver grandes extensiones de tierra no trabajada y llena de maleza. También se produjo escasez de alimentos para satisfacer las necesidades del pueblo romano. Los precios en la ciudad eran altos y el gobierno se vio obligado a distribuir gratis granos, vino y carne para alimentar a los más pobres en las ciudades. En vez de trabajar, se perdía el tiempo entreteniéndolo al pueblo con las carreras de carruajes, juegos y espectáculos absurdos. Pero la gente no encontraba trabajo en la ciudad, porque no había dinero para pagar sueldos. Se agotaron las minas de plata y oro del Imperio. Incluso las familias más ricas debieron proveer con fondos al gobierno. Para que un hombre rico se convirtiera en un líder del gobierno, él debía asumir la carga económica, de modo que pocos hombres buscaban este honor, evitando más bien, la responsabilidad. Cuando el dinero del Estado se hizo tan escaso que se acabaron las transacciones comerciales, no quedó otra salida que el gobierno recibiera el pago de impuestos con granos y pagara a sus soldados con ellos.

Los soldados ya no eran de origen romano, sino extranjeros, por lo que rudos bárbaros ejercían los más altos cargos del Estado. Las provincias se sentían iguales a Roma. Estos soldados bárbaros lucharon para que continuara el reinado de los emperadores, ochenta emperadores en noventa años durante el período de los «*soldados emperadores*» fueron responsables de la pérdida de libertad ciudadana.

La voluntad del Emperador era Ley. Sus decretos se enviaban a todo el Imperio para conocimiento de sus ciudadanos:

- Cuánto dinero se podía recibir por salario,
- Cuanto dinero debía pagar de impuesto,
- Qué tipo de trabajo podía realizar.

Los hombres no podían cambiar de oficio. El carnicero, el tejedor, el herrero, o lo que fuera, debía continuar siéndolo para beneficio de la población. En algunas regiones, el Estado forzaba a los hijos a continuar con la ocupación de su padre. Así sucedió que cada hombre debía trabajar duro para el Estado, sin otra opción. Nadie podía desplegar sus propios intereses.

NUEVOS LÍDERES

En otro tema, que no se relaciona con el Estado Romano, surgieron varios hombres con capacidad de liderazgo. Después del Edicto de protección para los cristianos, surgieron numerosas Iglesias para acoger a los muchos ciudadanos cristianos. Los hombres con capacidad de liderazgo encontraron apoyo y una oportunidad de independencia en la Iglesia. Estos cristianos líderes, pronto influyeron en los asuntos mundanos, mientras que, en la misma proporción los hombres de Estado, perdían poder. En todas las grandes ciudades, el sacerdote líder, responsable por todas las Iglesias de su ciudad, se llamó Obispo que podía llegar a ser Arzobispo, cuando también recibía la responsabilidad por las Iglesias de otra ciudad. Bajo el Obispo venía el sacerdote y el diácono, quien no predicaba, sino que ayudaba al sacerdote con los asuntos prácticos de las Iglesias.

Los obispos eran sucesores de los discípulos. San Pedro fue el primer Obispo de Roma y sus sucesores ocuparon el mismo lugar en Roma y todas las Iglesias se hallaban bajo su tutela. Cuando el Emperador cambió su corte a Constantinopla, el hombre más importante de Roma llegó a ser el Obispo de Roma. En el año 445 DC se dictó un decreto que proclamó al obispo de Roma como el Soberano de todas las Iglesias cristianas del mundo.

La idea era reunir al mundo en un reino espiritual, Roma sería su centro en la tierra y Cristo su Rey para siempre.

JULIÁN EL APÓSTATA

Hubo un hombre que se rebeló en cierto modo al desarrollo del cristianismo. No persiguió a los cristianos, ni abolió sus Iglesias, sino que intentó renovar algo que había sido muy importante en el pasado, y que la gente de Occidente casi había olvidado —algo desconocido para los galos, británicos, germanos o de algún otro lugar de occidente.

Mientras más nos adentramos en el pasado veremos que en la antigüedad los seres humanos eran guiados por hombres que habían recibido la Iniciación en las Escuelas de Misterio. La sabiduría del Sacerdote de Egipto y de los filósofos griegos, contenía un Conocimiento del Mundo y del Espíritu del Ser Humano. Este conocimiento de los Misterios de la Vida era el que Julián buscaba reestablecer entre la gente, deseaba mantener vivo el pasado. Julián nunca supo con certeza si Cristo era aquél que continuaba con el espíritu de la antigüedad.

Julián llegó a llamarse Julián el Apóstata. Un apóstata es alguien que abandona su religión, así lo llamaron los cristianos, pues consideraron que había abandonado la cristiandad.

Julián era sobrino del Emperador Constantino. Antes de su nacimiento, los que continuaban actuando en los Oráculos de los Templos, profetizaron que nacería un niño que se opondría a Constantino. Los seguidores del Emperador planearon asesinarlo en el nacimiento pero sus planes fracasaron. El niño nació, vivió y la gente que había conspirado en su contra se confortaba diciendo: *«Estando alerta para frenar cualquier acto que intente contra Constantino»*. Sin

embargo, por mucho tiempo, no comprendieron de que actos se trataba.

Julián partió en una expedición militar hacia la Galia, y una noche, un hombre caminó sonámbulo, mientras la expedición marchaba. El hombre apuntando a Julián exclamó: «*¡Este es el hombre que restablecerá los antiguos dioses y nos devolverá sus imágenes!*»

Julián pertenecía a una familia noble, que había hecho todo lo posible por cristianizarlo, pero él se había rebelado, y mientras más lo presionaban mayor era su deseo de marginarse del cristianismo. En cambio, Julián había desarrollado un gran amor por los escritos griegos comenzando con Homero, además de Pitágoras, Sócrates, Platón y otros. En Grecia aún se podía encontrar una antigua Escuela de Sabiduría, se trataba de Eléusis, cerca de Atenas, adonde Julián se dirigió para convertirse en un Iniciado de esos Misterios.

Después la historia siguió su curso, Julián se convirtió en Emperador, como sucesor de Constantino. Entonces, hizo todo lo posible para renovar estos Misterios y para averiguar si el cristianismo tenía alguna realidad. Julián escuchó que Cristo había profetizado la destrucción del Templo de Jerusalén y que no quedaría ni una sola piedra en pie, él sabía que esto había sucedido cuando Tito destruyó Jerusalén. Pero Julián deseaba comprobar el poder de la profecía de Cristo o desaprobarla. Para esto mandó a reconstruir el Templo. Reunió a muchos obreros, pero se cuenta que cuando la gente se acercó para comenzar con la obra, *llamas de fuego disparaban hacia ellos y tuvieron que retroceder*. Finalmente este Templo nunca se construyó.

Entonces, Julián quiso reforzar su propósito con un viaje a Persia, en busca de los Misterios persas. Esto coincidió con las campañas militares contra el reino de Persia, que como siempre, causaba problemas al Imperio. Nuevamente Julián fracasó y perdió la vida en el intento.

Julián fue el último Emperador que luchó contra el cristianismo, de tal modo que la Iglesia quedó libre para convertirse en el máximo poder de Roma.

VUESTRA ROMA HA MUERTO MUCHAS MUERTES,
SU PODER ORIGINAL,
POR UNA LENTA ENFERMEDAD,
COMO LA NACIÓN SABE,
CUANDO SE PIERDE LA LIBERTAD,
SE CONVIRTIÓ EN UN ESPECTÁCULO,
EN POMPA DE ESCLAVOS;
HASTA QUE LLEGÓ LA HORA,
DE SU MUERTE EXTERIOR.
Y COMO, CUANDO MARCHITA UNA FLOR,
CAE UNA TEMPESTAD;
¡OH, COMO CAYÓ SU MENTIRA!,
LAS BÁRBARAS LEGIONES,
FLUYERON SIN RESISTENCIA,
LLOVIERON MARES DE MUERTOS,
EN TEMPLOS, CALLES Y TORRES.

LOS BÁRBAROS

Si observamos un mapa de Europa en la época de Constantino, no veremos países separados, sino que sólo encontraremos terrenos verdes al Norte del Mar Muerto; montañas al Norte de Grecia e Italia, y bosques al Norte de los Alpes. En este territorio habitaban tribus compuestas por alrededor de cien miembros, que se mudaban de lugar en lugar, por su ganado. Ellos no construían casas ni les interesaba el cultivo. Este pueblo era de los Godos o Germanos.

Su apariencia era robusta, de ojos azules y mirada feroz, tenían el cabello rojizo y largo, algunas veces lo llevaban amarrado en un moño, en la punta de la cabeza, y una larga barba. Se vestían con unos pantalones bien apretados. Estaban acostumbrados al frío y al hambre, no así al calor y la sed. Tenían gran poder para luchar, en cambio poca voluntad para el trabajo pesado. Sus pertenencias consistían en manadas de ganado, caballos, ovejas, cabras y cerdos. Esto se usaba como dinero mientras el oro era usado para la joyería. Los germanos se alimentaban de frutas, de animales que cazaban y algunos granos, que cultivaban sus esclavos y las mujeres. Bebían hidromiel, que preparaban con granos fermentados y leche amarga. Gozaban apostando con dados y en tiempos de paz, los guerreros se dedicaban a haraganear, dormir, comer y cazar mientras las mujeres realizaban labores del hogar y del campo. Cuando un joven pasaba a ser adulto, la tribu le hacía entrega de una lanza y un escudo, en presencia de toda la tribu. Perder estas armas, constituía un acto de deshonor. Los guerreros se reunían en un Consejo o Asunto y cuando aprobaban una propuesta hacían coincidir sus antebrazos. La

cabeza de una tribu se llamaba Rey y los guerreros no podían exceder al Rey en coraje. No realizaban comercio, sino que saqueaban a otros para obtener sus productos necesarios. Así recorrían los lugares, en busca de otros a quienes saquear, seguidos por sus esposas y familias, quienes viajaban en pesados carruajes. Los grupos de pelea de la tribu, contemplaban cien hombres de cada pueblo. Cuando se unían cincuenta pueblos, conformaban un ejército de cinco mil hombres, pero sólo cien peleaban juntos, constituyendo una unidad de combate. Con esta organización llegaron a convertirse en feroces luchadores.

Los romanos, por su parte, se hallaban relajados y cómodos, ya no debían luchar contra los invasores. El Emperador, hacía tiempo que les había permitido a los germanos establecerse dentro de las fronteras e incluso los había contratado como soldados del ejército romano y recibían sueldo a cambio. Es decir, Roma era atacada y defendida por bárbaros.

Entre las tribus que invadieron el territorio romano se encontraban: los francos, a lo largo del Rin; los alemanes, a lo largo del Danubio; los ingleses, los sajones y los vándalos, que venían de los alrededores del Báltico y el Mar del Norte, y los Godos, (visigodos y ostrogodos), refiriéndose al Oriente y Occidente de la región del Mar Negro.

Cuando estos primeros invasores se asentaron y mezclaron con la civilización del Imperio, aprendieron un oficio, se casaron con romanos nobles, se educaron y se convirtieron al cristianismo. El Obispo godo Ulfilas tradujo el Nuevo testamento al gótico, por primera vez usó la escritura gótica, que creó del alfabeto griego y latín. Este es el primer ejemplo que conocemos de la escritura germana.

En el año 375 DC, durante el reinado del Emperador de Oriente, Valens, ocurrió la mayor invasión que sufrieron los godos en el Imperio de Oriente. Desde el Norte y el Este, se abalanzaron hordas de jinetes que horrorizaron a los godos,

dejando en ruinas los lugares por donde pasaban, solamente por el placer de destruir, en busca de oro y plata, que atesoraban pero no usaban. Atila, su gran jefe, alardeaba que donde su caballo pisaba no volvía a crecer el pasto.

Esta gente, no tenía ojos azules ni piel blanca, sino que ojos negros, piel amarillenta y cuerpos agazapados, las piernas arqueadas de tanto cabalgar, la nariz plana y las orejas largas. Eran de hábitos obscenos y feroces. No se sabía exactamente de dónde provenían, pero la leyenda cuenta que nacieron en el desierto, que eran descendientes de brujas y demonios. Eran los hunos.

Los visigodos huyeron en dirección al territorio romano para pedir asilo. Valens, sucesor de Julian como Emperador del Este, les admitió bajo la condición que depusieran las armas. Y así lo hicieron. Pero una vez que estaban desarmados, los oficiales romanos se aprovecharon de ellos y les vendieron provisiones al más alto valor. De a poco, los godos, perdieron todo su dinero, así es que continuaron vendiendo sus esclavos, e incluso sus hijos, hasta que también esto se acabó. Entonces los visigodos, comenzaron a tomar por la fuerza aquello que se les negaba. Asaltaban en grupo, fabricaron armas, merodearon por los campos saqueando y robando. Valens, reunió a sus tropas para combatirlos, sin embargo, los asentamientos germánicos de los primeros tiempos se unieron a los godos.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Adrianópolis. El Capitan gótico, primero envió mensajes de paz y luego retuvo a las tropas aguardando en una calurosa tarde de Agosto. Los godos no tenían escudos. La sed, el hambre y la fatiga cansó a los romanos, entonces los godos se abalanzaron y los romanos huyeron abandonando a su Emperador. Valens herido, tuvo que esconderse en una choza, mientras fue rodeado por sus enemigos que le prendieron fuego y Valens murió quemado.

Luego marcharon los godos triunfantes en dirección a Constantinopla, donde fueron vencidos por los sarracenos. Al regresar al Este, los godos no encontraron a nadie contra quien luchar, de modo que se establecieron en el campo fértil que se extendía hasta los bordes de Italia y el Océano Atlántico.

El próximo Emperador del Este, Teodosio, sabía que los visigodos habían llegado a esas tierras para quedarse, de modo que hizo un pacto con ellos. Teodosio aprovechó su liderazgo para gobernar en el Este, incluso entregó a una sobrina en matrimonio a uno de los germanos, un vándalo llamado Stilicho.

Este fue el comienzo de una migración, aún mayor, de bárbaros hacia el mundo civilizado. Lo que ellos llevaron consigo, como contraste al modo de vida romano, era una fuerza individualista feroz por sobre el amor al Estado. Los bárbaros absorbieron lentamente el Imperio de Occidente hasta terminar desmembrándose en reinos bajo la conducción de líderes germanos.

TEODOSIO

Teodosio era cristiano, ordenó la destrucción de los antiguos templos y prohibió la adoración a los antiguos dioses. La Iglesia Católica se había fortalecido a tal punto que superó al Emperador.

En Antioquia hubo una sublevación en contra de Teodosio, pero después de condenar a los responsables y amenazarlos, terminó por perdonarlos diciendo: *«A pesar de que el ejercicio de la justicia es el deber más importante de un Emperador, garantizar la compasión es el placer más grande para un soberano.»*

Sin embargo, Teodosio perdió el sentido de la compasión cuando uno de sus generales fue asesinado en Tesalónica. En vez de castigar a los responsables del crimen, su mente flaqueó, y a pesar de que los obispos le imploraron perdón, Teodosio se dejó llevar por la venganza y envió a sus soldados para castigar a todo el pueblo. En nombre del Emperador, Teodosio invitó a toda la gente al Circo a mirar los juegos. Entonces salieron los soldados y masacraron a los godos, culpables e inocentes, jóvenes y viejos, a todos por igual. Asesinaron entre siete mil y quince mil godos en tres horas. Teodosio, conocía bien la ciudad, había pasado mucho tiempo allí, de modo que conocía muy bien al pueblo que destruyó.

Cuando el Obispo de Milán se enteró de lo ocurrido, prohibió que Teodosio se acercara a un altar para recibir la comunión de Cristo, hasta el día de su muerte, permitiéndole sólo el ingreso a una Iglesia para rogar por su perdón.

Teodosio murió en el año 395 DC, encomendándole sus dos pequeños hijos al vándalo Stilicho. Más tarde sus hijos

se convirtieron en Emperadores de Oriente y de Occidente; Arcadio en el Este y Honorio en el Oeste.

«Los doce buitres han finalizado su vuelo»

Antes de morir, Teodosio nombró a Alarico, como Rey de los visigodos. Alarico condujo a los godos hacia Grecia, allí saquearon la ciudad y capturaron Atenas. Alarico también condujo a los godos de oriente hacia Grecia. Arcadio, Emperador de Oriente, lo proclamó Comandante. Honorio por su parte, ejecutó a Stilicho, de tal forma que nadie se opuso a Alarico, quien finalmente tomó y saqueó Roma en el año 410 DC.

Más tarde, los vándalos y los borgoñones, cruzaron el Rin, cruzaron por la Galia y España. Allí se instalaron tres reinos germanos: los visigodos y los borgoñones se quedaron en la Galia y los vándalos se ubicaron en España, reconociendo al Emperador Honorio. Luego los vándalos navegaron por el Estrecho de Gibraltar y se apropiaron de la provincia romana en África.



Los ingleses y sajones, que no reconocían la soberanía romana invadieron Bretaña. Los romanos se habían retirado para ir a Roma a defenderla de los ataques de Alarico.

El Imperio de Occidente se redujo a Italia, e incluso allí, Honorio se encontraba subyugado a los Comandantes y oficiales germanos.

En el Este, los Hunos habían forzado a los visigodos a cruzar el Danubio y después formaron un gran Imperio, desde el Mar Negro hasta el Rin, bajo el dominio del Rey Atila, quien también conquistó el poder en el Imperio de Oriente y ordenó pagar tributo. En el año 450 DC se abalanzó con sus huestes hacia Italia. Los godos y los germanos de Occidente, se unieron para asistir al Emperador de Occidente. En Châlons, la Galia, marcharon contra Atila y lo vencieron. Dos años después Atila regresó para invadir Italia, sin embargo, murió en el camino. A su muerte, el Imperio huno, se desmembró y nunca más reapareció por Europa. En cambio los vándalos, avanzaron desde Cartago hasta Sicilia, invadiendo Roma por el Sur hasta capturarla.

Desde el año 455 DC y por los siguientes veintiún años, Roma dependió enteramente de los líderes militares germanos, quienes proclamaron Emperadores a su antojo. El último fue el Emperador Rómulo Augusto, un joven que llevó los nombres del fundador de Roma y del fundador del Imperio Romano. Pero un día, silenciosamente los soldados germanos lo dejaron de lado. En su lugar pusieron a Odoacro, uno de los soldados. Así finalizó, la sucesión de Emperadores nombrados por Augusto. Odoacro pidió ayuda al Emperador de Occidente, reconociendo su soberanía y a cambio recibió autorización para gobernar en Occidente bajo el título de *patricio*.

En el año 493 DC, Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, avanzó por Italia, le arrebató la corona a Odoacro, instaló un Reino Oriental de los godos en Italia y extendió su

poder por Sicilia, Galia y España. Teodorico, a pesar de no saber leer, era sabio y buen gobernante. Parecía que durante su reinado volvería a resurgir el Imperio de Oriente.

En el año 527 DC, Justiniano I se convirtió en Emperador de Occidente y soñaba con restaurar un Imperio único. Justiniano venció a los vándalos de África, pasó por el Norte de Italia y expulsó a los godos orientales, ganando poder hasta en España. Después intentó nuevamente gobernar todo el Imperio hasta Constantinopla. Pero ahora, Italia estaba indefensa y los lombardos aprovecharon para invadirla. Los lombardos eran una tribu germana, incivilizada y no lograron formar un Estado poderoso. Justiniano fracasó en su deseo de unificar el Imperio de Oriente y Occidente. Una de las razones fue la fuerte división religiosa entre la Iglesia Oriental griega y la Occidental o latina. Tal como el Estado se dividió en un Imperio Oriental y otro Occidental, se produjo un cisma en la Iglesia.

Desde el día en que Rómulo fundó Roma, en el año 753 AC, hasta el 476 DC, cuando los germanos derrocaron a Rómulo Augusto, se cuenta un periodo de doce siglos. Los adivinos habían profetizado que cada uno de los doce buitres que los romanos habían visto, representaba un siglo en la vida de la ciudad.

Ahora los doce buitres habían finalizado su vuelo.

FIN

ÍNDICE DE IMÁGENES

Las imágenes que ilustran este libro están libres de derechos.

La Creación de la Luz	G. Doré	pág. 12
Creación de la Luz	W. Miller	pág. 38
Ahura Mazdao	Dibujo basado en bajorrelieve antiguo	pág. 40
Gilgamesh	Dibujo	pág. 49
Senaquerib y los Asirios	Antiguo Grabado	pág. 65
Embarcación Egipcia	Antiguo Jeroglífico	pág. 75
Dibujo Egipcio	Basado en Jeroglífico	pág. 79
Pirámides de Gizah	Grabado Antiguo	pág. 82
Pirámides y Esfinge	Grabado Antiguo	pág. 87
El Alma ante Osiris	Dibujo basado en jeroglífico	pág. 93
El Peso del alma	Antiguo Jeroglífico	pág. 98
Héroes Griegos	Anónimo	pág. 118
Laocoonte	Dibujo de la escultura	pág. 125
El Caballo de Troya	Henri Paul Motte	pág. 127
Hércules y el León	J. Matheus y I. Briot	pág. 128
El Oráculo de Delfos	Dibujo de Cerámica griega	pág. 133
Juegos Olímpicos	Dibujo basado en ilustración antigua	pág. 135
Educación en Esparta	Dibujo basado en ilustración antigua	pág. 137
La Polis de Esparta	Dibujo basado en ilustración antigua	pág. 142
El Partenón	Anónimo	pág. 150
Jerjes Fustiga al Mar	Anónimo	pág. 161
Combate Naval	Grabado antiguo	pág. 167
El Taller de Fidias	Dibujo basado en antigua ilustración	pág. 169
El Discóbolo	Dibujo de la escultura	pág. 172
El Partenón en tiempo de Pericles	Tomado de Grabado Antiguo	pág. 175
La Muerte de Sócrates	J.L. David	pág. 181
Alejandro domando a Bucéfalo	Dibujo basado en antigua ilustración	pág. 188
Aristóteles y Alejandro	Dibujo basado en antigua ilustración	pág. 190

La Piedad de Eneas	J. Matheus y I. Briot	pág. 203
La Loba de Remo y Rómulo	Anónimo	pág. 210
El Juramento de los Horacio	J.L. David	pág. 217
En la Arena	Dibujo	pág. 216
Cayo Mucio ante Lars Porsena	M. Stomer	pág. 231
Las Guerras Púnicas	Grabado antiguo	pág. 244
La Batalla de Zama	Henri-Paul Motte	pág. 248
Coliseo	Piranesi	pág. 254
Retrato de Julio César	Basado en Busto Antiguo	pág. 270
Julio César cruzando el Rubicón	Grabado Antiguo	pág. 273
Retrato de Augusto	Basado en Busto Antiguo	pág. 280
La Huida a Egipto	A. Durero	pág. 295
La visión de Saulo de Tarso	Grabado Antiguo	pág. 316
La Conversión de Constantino	Rafael Sanzio	pág. 328
Alarico entra en Roma	Anónimo	pág. 341

BREVE RESEÑA SOBRE LA AUTORA

DOROTHY HARRER fue maestra de grado en la Escuela Rudolf Steiner School de Nueva York (1941-1971). Colaboró con varias publicaciones pedagógicas en el ámbito de las Matemáticas, Literatura e Historia para las clases de Enseñanza Básica.